

LA BAETURIA

Un territorio prerromano en la baja Extremadura

Luis Berrocal-Rangel

colección **arte/arqueología**

DIPUTACIÓN DE BADAJOZ
Departamento de Publicaciones
1998

LA BAETURIA
Colección Arte-Arqueología nº 20

© Luis Berrocal Rangel
© De esta edición: Departamento de Publicaciones
de la Diputación Prov. de Badajoz.

Depósito Legal: BA-395-1998
ISBN: 84-7796-830-6

Imprime: Tajo Guadiana, artes gráficas
Pol. Ind. El Nevero, Embasa nº 9
Telf. y Fax: 924 27 46 56
06006 BADAJOZ

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	9
I LA BETURIA: LOS TEXTOS CLÁSICOS, PUNTO DE PARTIDA	15
La Beturia durante la conquista romana.	
Estrabón y Plinio: anotaciones geográficas.	
Los <i>oppida</i> de la Beturia.	
CONCLUSIONES: la Beturia según los textos greco-latinos	42
II EL SEGUNDO COMPONENTE: DEFINICIÓN OROGRÁFICA Y POTENCIAL	45
Geología e hidrografía: las cuencas del Ardila y el Zújar.	
Relación entre recursos y poblamiento	
Patrones del poblamiento entre célticos y túrdulos.	
CONCLUSIONES: los recursos y las capacidades de explotación.	72

III EL TESTIMONIO ARQUEOLÓGICO COMO EVIDENCIA:	
¿MINEROS O METALÚRGICOS?	73
Arqueología, minería y metalurgia: herramientas y restos.	
CONCLUSIONES: dinámicas minero/metalúrgicas entre célticos y túrdulos.	84
IV CÉLTICOS y CELTÍBEROS: RELACIONES y MIGRACIONES	
HACIA EL SUROESTE	87
Precedentes en las transformaciones autóctonas: el siglo VI a.C.	
El siglo V a.C. como período de transición.	
La llegada de contingentes meseteños y la identidad céltica del S.O.	
Materiales e indicios de una presencia celtibérica tardía.	
CONCLUSIONES: principales fases de un proceso de celtización.	129
V TÚRDULOS, TURDETANOS y PÚNICOS: PROCESOS DE SEMITIZACIÓN	133
La formación de la personalidad cultural túrdula.	
Procesos de convergencia y «turdetanización» de la Beturia.	
Restos e indicios sobre presencias púnicas, oretanas y celtibéricas.	
La heterogeneidad como factor diferencial entre los túrdulos.	
VI CONCLUSIÓN: LA BETURIA ¿UN TERRITORIO?	147
BIBLIOGRAFÍA	153
ÍNDICE DE FIGURAS	179

PRESENTACIÓN

*P*resentar una obra de investigación como la que se recoge en este libro es altamente difícil y más cuando la persona a la que se invita a hacerlo es profana en la materia.

La nacencia marca pero la vivencia más. Por nacencia y por vivencia piso el suelo descrito en este magnífico trabajo que el lector tiene en sus manos y, con mi imaginación, me traslado a milenios anteriores integrando en mi mente el pasado y el presente con el sano orgullo de ser de una tierra vieja, sabia y noble. Los hombres que en ella vivieron y viven, cual árboles nacidos de sus entrañas, contienen en su propia esencia esos valores que solamente los pueblos viejos, sabios y nobles adquieren con el contacto de sus efluvios.

Conocer la Historia no es solamente importante sino imprescindible si queremos saber de donde venimos y planificar el «a donde vamos». Historia que en muchos casos nos permanece oculta y, gracias a trabajos como el de Luis Berrocal, se nos desvelan los misterios del pasado llevándonos a conocer lo desconocido y así entenderlo y comprenderlo.

Vivir esta tierra siempre fue difícil, pero fue, y es, esa dificultad la que forja la grandeza de nuestra gente que aún distanciados en el tiempo, con esos primeros pobladores de la Baeturia, túrdulos y célticos, siguen manteniendo la tradición y las costumbres que se han ido forjando desde entonces para acá.

Me imagino que aquellos antiguos pobladores de la Baja Extremadura disfrutarían de un ambiente parecido al que actualmente tenemos y que, al igual que nosotros, se sentirían íntimamente ligados a este medio, medio que les proporcionaría, o al menos así lo pienso, el gran placer de habitar en una tierra que cautiva y quizás por ello cuando llegase el momento, combatían para poseerla y morían por no dejarla.

El paso de los pueblos, y sus mezclas, va configurando la idiosincrasia de cada comunidad, enriqueciendo con esa amalgama los valores humanos que terminan configurando al hombre actual. Por ello cobra singular importancia el conocimiento de la historia, del patrimonio, cuya valoración no nos sería posible sin la labor callada, abnegada y silenciosa de investigadores como el Dr. Berrocal, que hacen posible trabajos como el presentado en estas páginas

Por todo ello, espero que este no sea el último trabajo sobre nuestro pasado, que pueda, si no presentar, sí al menos ayudar para su consecución, tanto en el plano institucional como en el personal, pues teniendo pendiente de publicación otras investigaciones de este y otros jóvenes investigadores sobre nuestra comarca, desearía que contasen con mi colaboración en lo que sea posible, guiándome solamente el interés de conocer.

En Fregenal de la Sierra,
a veinte de Marzo de mil novecientos noventa y cinco.

Luis Moreno Gamito.

INTRODUCCIÓN

Hace dos mil cien años, los primeros militares romanos, que penetraban al Norte de las estribaciones occidentales de Sierra Morena, tomaron posesión de un nuevo territorio, de unas estribaciones que, hasta entonces, conocían por expediciones más o menos esporádicas y que, a partir de entonces, denominarían *Baeturia*.

Con ello se daría la paradoja de adjudicarles su primer nombre conocido con un significado que habría variado desde su concepto inicial, desplazado de las tierras del Baetis hacia las del río Ana conforme el poder lusitano era doblegado y las legiones imponían sus dominios sobre este territorio, como ocurriría siglos después con su nombre más reciente, dado durante su conquista por las huestes leonesas y castellanas, hasta incorporarlas en el concepto «Extremadura».

Las similitudes no acabarían aquí, porque, al igual que hubo varias extremaduras, extremos de la «Reconquista» medieval, la Beturia no reflejaría más que una concepción territorial de anexión, según la imagen recogida en los textos geográficos y políticos del inicio de la Era cristiana. Por el contrario, distancia dicha analogía la constatación de que la Beturia nunca llegó a tener una trascendencia socio política como tal, pese a ser reconocida como uno de los escasos conceptos territoriales claros en los primeros conocimientos de la Península Ibérica adquiridos por los greco-romanos.

Sin duda esta intrascendencia fue el motivo de su desaparición, a poco de ser asimilada por Roma, pero, como el Ave fénix, la Beturia vuelve a alzar su vuelo dos milenios después, de la mano de la renovación cultural y científica que los estudios arqueológicos, etnológicos, filológicos y numismáticos han adquirido en nuestra reciente España democrática.

De los textos clásicos se desprenden tres planteamientos iniciales que nos han servido para introducirnos en nuestro intento de aproximación hacia la definición de la Beturia como territorio y como entidad poblacional prerromana: la delimitación geográfica, en las tierras del Guadiana lindantes con las del Guadalquivir; el subsuelo montañoso, agreste y minero; y la ocupación de estas tierras por gentes de etnias diferentes, gentes llamadas célticas y túrdulas, cuyas relaciones de origen y desarrollo las implicaban con los celtíberos, a las primeras, y con los turdetanos del Guadalquivir, a las segundas. Otros datos más concretos se refieren ya a categorías y adquisiciones romanas que, claramente, responden a una dinámica externa impuesta por las nuevas directrices geopolíticas.

A partir de tales supuestos, extrapolados de las informaciones recogidas en los textos greco-latinos, nuestra intención ha sido profundizar sobre dichos planteamientos hasta lograr un grado de comprensión que, en absoluto, puede considerarse definitivo pero, al menos, pretende recoger los conocimientos actuales desde una óptica integradora.

En realidad, las páginas que configuran este libro no son más que el desarrollo profundo de un trabajo anterior, realizado para el coloquio Celtas y túrdulos: la Beturia, celebrado en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida en Marzo de 1994 y cuyas actas están próximas a su publicación (editadas por Velázquez Jiménez y Enríquez Navascués). Dada la excesiva extensión de nuestro trabajo y el carácter colectivo de las actas que recogen las diferentes intervenciones de este coloquio, se impuso una fuerte síntesis que dejaba fuera del conocimiento público los procedimientos y la documentación intermedia a través de los que alcanzamos nuestras conclusiones. Por ello, y siempre recomendando la consulta de las citadas actas, con las que el lector podrá enriquecerse mediante las aportaciones de diferentes especialistas, decidimos aceptar la invitación de D. Luis Moreno Gamito, alcalde de Fregenal de la Sierra y diputado provincial de Badajoz por su comarca, para configurar nuestro trabajo, en extenso, como una monografía.

En sus páginas hemos recogido y desplegado gran parte de los avances alcanzados mediante las investigaciones que, desde hace más de una década, venimos realizando en este territorio, al que nos une nuestra procedencia y nuestro desarrollo vital. Desde 1979, año en que realizamos los primeros estudios sobre el patrimonio arqueológico y geológico¹ de la comarca de Fregenal

¹ *Naturaleza y Potencialidad de los recursos férricos del Ardila*=magnetitas y oligisto especular, curso 1979-1980, bajo dirección de la Dra. Blanca Tello, Dpto. de Geografía, UAM.

de la Sierra, en plena Beturia de los célticos, nuestro interés fue en aumento hasta consolidarse con las campañas de prospecciones llevadas a cabo en los primeros años ochenta, en compañía de colaboradores que, como D. Andrés Oyola Fabián, son hoy nuestros más sólidos apoyos. El descubrimiento del castro de Capote (Higuera la Real), a lo largo de 1984, y su elección para iniciar en él un proyecto de excavaciones sistemáticas que nos permitiesen profundizar, con testimonios materiales de quiénes fueron y cómo vivieron estos «betúricos», fue un paso decisivo del que, no obstante, no esperábamos obtener tantas satisfacciones como hemos recibido una década después.

Muchos han sido los sacrificios personales, y no menos los económicos, que durante estos diez años hemos desplegado, pero gracias a la ayuda de instituciones como el ayuntamiento de Fregenal de la Sierra y el Servicio de Publicaciones de la Exma. Diputación Provincial de Badajoz, y de la Dirección General del Patrimonio de la Junta de Extremadura y la Universidad Autónoma de Madrid, los resultados se van alcanzando y prometen un futuro lleno de metas e ilusiones para quienes, como nosotros mismos, sienten un aprecio vital por la tierra y por las gentes que les vieron nacer.

Entre ellos, la Beturia más occidental fue objeto de nuestra memoria de licenciatura², con el título *La Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Ardila. Aproximación arqueológica al concepto histórico de la Beturia de los célticos*, cuyo texto se encuentra inédito como tal, aunque fue substancialmente incluido y mejorado en nuestra tesis doctoral, dedicada a la definición cultural de los pueblos célticos del Suroeste peninsular. Tras la publicación de ésta, en la serie extraordinaria de monografías de la Universidad Complutense de Madrid (1992), y tras las de otros libros sobre el yacimiento de Capote (1988 y 1994), nuestras investigaciones sobre el territorio y sobre los pueblos betúricos (esencialmente, los occidentales) no han cesado, espoleadas por los proyectos e ilusiones de convertir yacimientos como Capote y Nertóbriga en baluartes del patrimonio histórico y artístico, mediante su excavación, exposición y conversión en parques etno-arqueológicos.

² Fue leída en Septiembre de 1988, en la Universidad Autónoma de Madrid, y con ella se obtuvo el Premio extraordinario de licenciatura en Prehistoria y Arqueología, estando dirigida por la Dra. Rosario Lucas Pellicer, catedrática de Prehistoria de dicha Universidad, y formado su tribunal, junto con la citada profesora, por la Dra. Concepción Blasco Bosqued y la Dra. Alicia M^a Canto y de Gregorio, ambas de la misma universidad.

Junto a ellos, el interés por la Beturia ha revelado un excepcional incremento, desde enfoques pluridisciplinarios que partieron de las bases textuales, con el pionero trabajo de otro profesor de esta tierra -el Dr. Luis García Iglesias-; se renovaron desde las investigaciones arqueológicas que consumados investigadores como el Dr. José María Álvarez Martínez o los profesores Alonso Rodríguez Díaz, Juan Javier Enríquez Navascués y José María Fernández Corrales imprimieron en las primeras campañas sistemáticas abiertas en estas tierras; y acabaron consolidándose en diversos trabajos, más recientes, que desde enfoques epigráficos y numismáticos han culminado en el coloquio referido. Sin lugar a dudas puede hablarse de una auténtica «moda» en la Investigación española y bien venida sea, como todas las modas que sirvan para profundizar y para levantar de su profundo aletargamiento, el rico patrimonio cultural e histórico de este, a menudo, desconocido territorio extremeño.

Por ello hemos abordado con sumo interés esta publicación que, en parte, continúa la trayectoria iniciada en 1984 con nuestra memoria de licenciatura (actualizada en 1994, dentro del volumen *Castros y oppida en Extremadura*, Almagro-Gorbea y Martín Bravo, eds.) y amplía el horizonte de miras hacia el territorio túdulo con el fin de confirmar y comprender el grado de veracidad de las informaciones greco-latinas, en primer término, y de acercarnos a una valoración adecuada e íntegra de nuestro patrimonio, y de nuestros orígenes, en segundo.

No queremos concluir esta breve introducción sin abordar lo que supone, para nosotros, la más grata labor a la hora de culminar un proyecto como el materializado en estas páginas. Dicha actividad radica en el reconocimiento de una inmensa deuda a todos los que, durante estos años, han colaborado con nuestras investigaciones y a los que se deben no pocos méritos de los que puedan considerarse alcanzados.

Junto a las instituciones y personas citadas, entre las que queremos destacar por las ayudas recibidas en la elaboración de este trabajo a los profesores Dra. Lucas Pellicer y Dr. Blánquez Pérez, no podemos olvidar el apoyo y la colaboración mutua que recibimos de nuestro colegas y compañeros de las Universidades Autónoma de Madrid, Complutense y de Extremadura, como del mismo Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz y del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida. Tampoco olvidamos las aportaciones de los que han sido nuestros compañeros de actuación en las campañas de excavaciones de Capote y Nertóbriga, y en las prospecciones que hemos intensificado en los últimos años. Al Dr. D. José Luis De

la Barrera Antón, del Museo de Mérida, director principal de las actuaciones llevadas en este yacimiento; a D. Rafael Caso Amador, de la Escuela-Taller «Nertóbriga» de Fregenal de la Sierra, inseparable compañero que coordinó buena parte de estas campañas junto a D. Aurelio Salguero Marín, de Higuera la Real. Al profesor D. Andrés Oyola Fabián, de Segura de León, con quien hemos recorrido tantos kilómetros y yacimientos de nuestra, todavía verde, Beturia; a D. Luciano Rodríguez García y D. Juan Carlos Ledesma, del «I. B. Maestro Juan Calero» de Monesterio, por la ilusión recibida al guiarnos en sus pesquisas arqueológicas del territorio curiguense; a D. Juan Carlos Delgado, delegado de ADENEX en Fregenal; a D. Francisco Zarallo, de Burguillos del Cerro, y a tantos otros que nos hacen valorar y querer, a menudo desde el anonimato, la importancia de conservar y transmitir este legado para que, como nosotros, lo disfruten las generaciones venideras.

Pero si nuestros orígenes y la atracción por el patrimonio extremeño nos unen a estas personas, no menos meritoria es la ayuda recibida de un amplio número de colaboradores que, procedentes de otras tierras, intervienen con nosotros en el tratamiento de los materiales y de la información, base de los resultados presentados. A Raul Arribas, Sonia Garrido; Pedro García Chain, M^a Paz Martínez Seco, Carmen Ruiz Triviño y tantas otros colaboradores que han volcado sus esfuerzos e ilusiones para conseguir que nuestra Baeturia vuelva, como el Ave fénix, a remontar el vuelo.

Luis Berrocal-Rangel.

En Badajoz, a doce de Marzo de mil novecientos noventa y cinco³.

³ En los años transcurridos desde al entrega del original a su publicación, han aparecido nuevos estudios sobre la Beturia, algunas con resultados remarcables como el muy recientemente coordinado por el Dr. Rodríguez Díaz, *“Extremadura Protohistórica”*. Y sin embargo, no hemos alterado un ápice de nuestro texto original, no sólo por razones de integridad histórica sino porque, en términos generales, mantenemos todos los planteamientos vertidos por entonces. En ellos, el lector avezado, sabrá encontrar por el momento nuestras respuestas a ésta y a otras nuevas publicaciones.

Badajoz, a dieciocho de Julio de mil novecientos noventa y ocho.

LOS TEXTOS CLÁSICOS, PUNTO DE PARTIDA

Sin duda constatar que la *Baitouria* ha sido una de las paradojas patentes de la historiografía peninsular es una de las primeras impresiones que recibe quien, espoleado por un interés científico, se aproxima a este concepto histórico.

Constatación que resulta sorprendente, porque se trata de un término con larga y vieja tradición, con estudios específicos que ya aparecen en pleno siglo XVII, como *Los Partidos triunfantes de la Beturia túrdula* de Ortiz de Tovar, y con menciones detalladas previas, en trabajos de Solano de Figueroa, Dosma y Caro. A raíz del clásico estudio de García Iglesias y las excavaciones de Álvarez Martínez, entre otros arqueólogos¹, la Beturia entró a mediados de la década

¹. García Iglesias, 1971 y 1972; Álvarez Martínez y Rubio Muñoz, 1988; Álvarez y Mosquera Müller, 1991; Álvarez Sáenz de Buruaga et alii, 1992; Rodríguez Díaz, 1987, 1987-1988, 1989, 1990, 1991-a, -b, -c, 1993 e.p y 1993; Almagro-Gorbea y Lorrio, 1986; Rodríguez Díaz y Ortiz Romero, 1986 y 1990; Rodríguez Díaz y Jiménez Ávila, 1987-1988; Rodríguez Díaz y Berrocal, 1988; Enríquez y Rodríguez Díaz, 1985 y 1988; López Palomo, 1987; Ortiz Romero, 1991; Fernández Corra-

pasada en una continuada trayectoria de investigación, apoyada por aportaciones epigráficas y numismáticas², que han culminado en esta obra y en el coloquio que la acompaña³.

Posiblemente las noticias recogidas de los viejos relatorios de la conquista romana de *Hispania*, escritos durante los dos últimos siglos antes de Jesucristo, sean las que han legado la primera y más clara constatación sobre la existencia de un territorio llamado *BAETURIA*. Pero dichas informaciones fueron recopiladas secundariamente en densos tratados que, de naturaleza genérica, podían prestar escasa atención a tierras como éstas, marginales en el naciente Imperio. Es por ello por lo que, asumiendo los graves defectos de una información tan sesgada como la que, bajo la firma de clásicos como Plinio, Apiano o Livio, ha perdurado, sorprende la riqueza y exactitud de estas escasas y fragmentadas noticias que en algunos casos se han revelado como asombrosamente veraces.

Tal es el emplazamiento de la Beturia, como de sus pobladores, en un territorio que aparece citado por vez primera como retaguardia de la resistencia, no ya lusitana sino de sus vecinos turdetanos a inicios del siglo II a.C. Ciento cincuenta años después, Tito Livio (*Ab Ur. Con.*, 33. 21, 6) relata esta gran sublevación de los pueblos del Guadalquivir, acaecida hacia el 197 a. C.

Sea cierta la adhesión, que se proclama con sospechosa ampulosidad en esta obra, o se refiera a la tradicional participación de celtíberos y celtas entre los ejércitos mercenarios de los turdetanos (Diodoro, *Bib.Hist.*, XXV, 10), para algunos autores estos célticos eran de clara adscripción lusitana, si no betúrica⁴.

les, Rodríguez Díaz y Saucedo, 1988; Pastor y Pachón, 1991; Pastor, Pachón y Carrasco, 1992; Fernández Corrales y Rodríguez Díaz, 1989; Fernández Ochoa y Caballero, 1988; Fernández Ochoa y Zarzalejos, 1992; Zarzalejos et alii, 1994 e.p.; Berrocal-Rangel, 1985, 1987; 1988-b, 1988- c; 1989-1990; 1991; 1992; 1994-a y b; Ramirez, 1993 y 1994; etc.

2. Stylow, 1991; Canto, 1989 y 1991; García-Bellido, 1993-a y -b; Jiménez Ávila, 1989-1990 y 1990.

3. «Celtas y túrdulos: la Beturia», celebrado en el Museo Nacional de Arte Romano entre el 25 y 26 de Marzo de 1994 y en próxima publicación en Cuadernos Emeritenese, 9, (1995).

4. Roldán, 1978: 25.

En el texto de Livio, la Beturia se nombra como un concepto territorial no exento de un sentido gentilicio, dado que es incluida en una relación de pueblos («*así como toda la costa de los Malacinos, los Sexetanos y toda la Beturia*»). Con tal sentido, ambivalente, se mantiene en las fuentes tardorrepurbanas, como vemos en otra nota de Livio que refiere nuevas luchas de resistencia contra Roma, en la que participan los pueblos que, después, serán adscritos al territorio betúrico: túrdulos y celtíberos (*Ab. Ur. Con.*, 34: 17).

Desde esas actuaciones, de resultado incierto y en un marco geográfico alejado de la Beturia, no se tienen más referencias hasta las Guerras lusitanas, cuando es evidente que sus poblaciones son el núcleo del territorio de Viriato (según se deduce del marco bélico y de la ofensiva final de Serviliano, en el 141 a.C., Apiano, *Iber.*, 68). Sin duda la participación de betúricos y lusitanos en las primeras sublevaciones meridionales⁵ motivó que, tras las primeras décadas del siglo II cuando la consolidación del territorio al Sur del Betis comienza a fraguarse mediante una estrategia basada en incursiones de castigo sobre los lusitanos, la Beturia reaparezca como tierra de penetración. Así quedó patente en el 185 a. C., con una gran incursión hacia el cauce del Guadiana y Tajo que los pretores romanos llevan a cabo, con desastroso resultado inicial, para convertirla en zona-barrera⁶ frente a los lusitanos (Livio, *Ab Ur. Con.*, 39, 30).

El fracaso de tal estrategia favoreció el mantenimiento de las correrías lusitanas en la Turdetania, incrementando el peligro y la asiduidad de sus resultados. En tales movimientos, más complejos de lo que la tradicional justificación de pobreza y codicia han hecho ver, las poblaciones betúricas no sólo estuvieron implicadas, sino que debieron ser confundidas con las lusitanas, según se desprende de la operación de castigo emprendida en el 152 a.C., cuando se toma Nertóbriga, llamada lusitana⁷. Así mismo, son pueblos al sur

5. Chic García, 1980.

6. Knapp, 1977: 31-32.

7. Tal como Pérez Vilatela indica (1990: 21), la confusión entre lusitanos y los célticos de la Beturia es evidente en estos primeros siglos. Con todo, este autor redundante en la opinión, ya planteada por Knapp (1977) y otros en que la toma de la fortaleza céltico-lusitana es efectuada por Marco Claudio Marcelo, mediante un tratado a semejanza de la que supone «metrópolis» celtibérica. Sin entrar en la nula evidencia o fundamento para tal suposición, ya hemos reiterado que es más coherente adjudicar la acción a Marco Atilio, que a la sazón era el pretor de la Ulterior (Berrocal-Rangel, 1992: 45-46):

del Tajo los que realizan tales incursiones (la sorprendente actuación de Púnico, cuyo nombre pudiera hacer referencia a viejas alianzas, es sucedida por la de Cauceno, con la descripción de Apiano, *Iber*, 57: «*También los lusitanos del otro lado del Tajo se levantaron contra los romanos*». De la misma manera, Orosio adjudica un origen al sur del Tajo para los lusitanos de Viriato -*Hist.*, 4, 21, 10-).

De ahí se comprende su actuación en apoyo del caudillo indígena, especialmente citada por Apiano en *Iber*, 68-70, al indicar que Serviliano: “*invadió la Beturia y saqueó cinco ciudades, que habían ayudado a Viriato*” e informar del refugio, y posterior abandono, que encuentra el lusitano en el *oppidum* de Erisama (identificado con la Arsa betúrica, tradicionalmente Azuaga, aunque sin fundamento⁸).

Poco más se vuelve a comentar sobre este territorio y sobre sus poblados, que debieron ser conquistados tras la muerte del Caudillo y ocupados en las últimas décadas del siglo II a. C., al Sur de los emplazamientos militares (*Castra Servilia*, *Castra Caepiniana*, *Turris Caepionis*), bases de las futuras fundaciones romanas de la Lusitania y de los que el Castelo da Lousa da un magnífico testimonio arqueológico (sólidamente comprobado para estas fechas⁹).

Estos datos, recopilados en torno al cambio de Era, permiten observar como la Beturia, entendida como un territorio con límites y poblaciones específicas, había pasado de tener una cierta singularidad, a finales del siglo III a.C.,

«Le sucedió [a Lucio Mummius, pretor de la Ulterior], Marco Atilio. Este atacó a los lusitanos y les mató setecientos hombres, destruyendo su principal ciudad, Oxtacas.....Pero cuando Atilio se retiró a sus campamentos de invierno, inmediatamente hicieron todos defección y sitiaron algunos aliados romanos.»

(Apiano, *Iber*, 58).

«Los celtíberos, después de pactar una tregua con Marco Claudio, general de los romanos, enviaron una embajada a Roma manteniéndose quietos en espera de la respuesta del Senado. Por su parte, Marco [Atilio], después de hacer una incursión contra los lusitanos y tomar al asalto la ciudad de Nerkóbrika, pasaba su invierno en Córdoba.»

(Polybios, *Hist.*, 35: 2).

⁸. Schulten, 1937: 119; sobre las razones para dicitir dicha localización, véase más adelante.

⁹. Wahl, 1985: 149-176; Berrocal-Rangel, 1992: 305.

a ser confundida con los dominios lusitanos, a lo largo de todo el siglo II a.C.¹⁰ . Dicha asociación se mantuvo en los inicios del siglo I a.C., dado que debió ser en gran parte territorio sertoriano, como puede colegirse del ataque a *Dipo* (Juromenha) por parte de Metelo tras las operaciones en el Algarve¹¹ .

Aunque las fundaciones militares relacionadas con Cecilio Metelo a lo largo del Guadiana y del Tajo son buena prueba del dominio que alcanzaron los romanos, tras la guerra, la consolidación del proceso de romanización del Centro-Sur occidental no parece consolidada hasta las actuaciones de César. Valorando el significado de la presencia mayoritaria de *cognomina lulia* en las poblaciones alto-imperiales de los célticos del Sado y del Guadiana, habitualmente se ha querido relacionar la Beturia con la actuación cesariana ocurrida durante el ejercicio de su magistratura en la Ulterior, donde emprendió actuaciones de saqueo contra bandas lusitanas y de policía entre las poblaciones occidentales que, en pleno proceso de transformación geopolítica, debían andar en polémica¹² .

Pero estos *cognomina* pueden haber sido el reflejo de la propaganda oficial impuesta o, mejor, el resultado de una política postbélica encaminada a granjearse la simpatía de los célticos y betúricos en general. Dichos planteamientos dan mejor respuesta a una serie de inconvenientes surgidos sobre el momento de su integración definitiva y permiten comprenderlo dentro de un proceso general documentado a lo largo de la vieja provincia Ulterior. Así Vittinghoff, García y Bellido, Roldán Hervás, Sayas o Marín Díaz, entre otros¹³,

¹⁰. En tal sentido creemos concluyentes las aportaciones de Sayas, 1989: 46-47.

¹¹. Plutarco, Sertorio, 13; Salustio, Hist., 1: 112-113. Se dispone de un testimonio decisivo en algunos registros arqueológicos procedentes de yacimientos célticos, especialmente representados por el castrejón de San Sixto, en el término de la onubense Encinasola, donde se han recogido numerosos glandes de plomo, y proyectiles en general, con la inscripción Q.SERTORI-PRO-COS (Pérez Macías, 1987: 34-36). Un caso parecido, aunque entre los túrdulos y posiblemente en el bando opuesto, se registra en el Castillo de Azuaga, bajo el que se emplaza, sin fundamento sólido, el *oppidum* de Arsa: Stylow, 1991.

¹². Plutarco, Cesar, 12.

¹³. Vittinghoff, 1953: 72-81; García y Bellido, 1959: 447; Roldán Hervás, 1972: 121-122 y 1982: 143; Sayas, Abengoechea, 1989: 39 y esp. 40; Marín Díaz, 1988: 219-221, etc.

apoyan la presencia de una estrategia que, desarrollada tras la Guerra Civil, sirviera para afianzar el dominio sobre las antiguas poblaciones pro-pompeyanas del Suroeste y para premiar a sus propios licenciados, distribuyéndolos entre dichos *oppida*.

No obstante, la Beturia, como podrá verse en las páginas siguientes, es una entidad demasiado compleja, y compuesta por diferentes «gentes», como para presumir una concepción unitaria, más allá de los rasgos geomorfológicos principales. Por ello no descartamos la existencia de poblaciones partidarias de César, como han mantenido Tovar y Canto de Gregorio con apoyos epigráficos¹⁴, aunque no tengamos constancia si es una actitud «pre-bélica» o «post-bélica».

Pero que ciertas poblaciones betúricas debieron ser apoyo pompeyano lo refrendan algunos indicios: el beneficio del viejo sentimiento reaccionario contra Roma fue un recurso usado por Pompeyo y sus seguidores para, siguiendo el ejemplo sertoriano, congraciarse el apoyo de los lusitanos (en cuya memoria, las actuaciones de César como magistrado, no debían dejar gratos recuerdos) y, por lo mismo, de los betúricos que los habían apoyado (recuérdense las citas de la Beturia como vanguardia y retaguardia de Viriato).

Así se observa en la repartición de los territorios en los que se concentran, defensivamente, las tropas pompeyanas: Afranio en la Citerior, Petreyo entre Sierra Morena y el Guadiana, (es decir, en la estricta Beturia) y Varrón al norte del Guadiana. Un pasaje del mismo César¹⁵, que incluimos en nota final e invitamos al lector a recordarlo, es la base de dicha información y ofrece, a continuación, una estrategia que permite comprender cómo, para César o para su informador, en aquel tiempo no debían existir diferencias entre las tierras de la Ulterior al noroeste de Sierra Morena («*Sierra de Cástulo*»), es decir, entre la

14. Tovar, 1974: 33; Canto y de Gregorio, 1989: 159.

15. «los tres legados de éste -Pompeyo-, Afranio, Petreyo y Varrón (de los cuales, el primero ocupaba con tres legiones la Hispania Citerior; el segundo, con dos legiones, la Ulterior desde la Sierra de Cástulo hasta el río Anas y el tercero, a partir del Anas, la región de los Vettones y la Lusitania, también con dos legiones), se repartieron entre sí los cometidos: Petreyo desde la Lusitania y atravesando el país de los Vettones se reuniría con Afranio con toda su fuerza y Varrón, con las legiones que tenía, aseguraría la defensa de toda la Hispania Ulterior»

(*De Bello Civili* I, 38, 1-4).

Beturia y la Lusitania, porque es Petreyo, al final, quién se encarga de movilizar las tropas lusitanas hacia la Celtiberia: la Celtiberia, la Beturia y la Lusitania eran los territorios iniciales del bando pompeyano.

Esta deducción, que muestra la singularidad de las tierras betúricas y su estrecha relación con la Lusitania, esconde paradójicamente la clave explicativa de su posterior incorporación a los dominios de la que será provincia romana *Baetica* y su confusión con el etnónimo más conocido de ésta, con la Turdetania (es por ello por lo que la descripción de la Turdetania recogida por Estrabón y Plinio es, cuando menos, cuestionable, dado que se confunden términos étnicos con otros administrativos, es decir, el solar de los turdetanos con el territorio de la provincia Bética -que a su vez, tampoco es el territorio del río *Baetis*- Fig: 1).

En nuestra opinión, tales asimilaciones tiene dos tipos de explicaciones consistentes: las primeras, arqueológicas, pues como han demostrado las excavaciones y prospecciones dirigidas por los profesores Alonso Rodríguez Díaz y Pablo Ortiz Romero (cf. *infra*) la cultura material de los túrdulos se diferencia poco de la turdetana (como tampoco lo hace la referida a los oretanos y otros pueblos de la Submeseta Sur); las segundas deben encontrarse entre los mecanismos de consolidación del territorio que el mismo gran estratega inicia en las tierras del Guadiana (Beturia y Lusitania), tras la victoria de *Munda*, fundando y organizando los *oppida* que, desde entonces irán adoptando los sobrenombres que hacen referencia a sus actuaciones (*Concordia Iulia*, *Fama Iulia*, *Liberalitas Iulia*, *Pax Iulia*, *Contributa Iulia*, etc.). En este sentido cobra relevancia la estrategia cesariana postbélica, analizada por Vittinghoff, García y Bellido, Roldán, Sayas o Marín Díaz e, incluso, puede comprenderse el inicio de la «política de enclaves» que caracterizará la ocupación de la Lusitania y de la misma *Emerita*¹⁶.

La naturaleza recopiladora de las fuentes anteriores, indefectiblemente relacionadas en primer término con el proceso de la Conquista, refleja parcialmente una concepción sobre la Beturia que se ve reforzada por las obras contemporáneas, esta vez de naturaleza geográfica y etnográfica, de Estrabón y

¹⁶. Sobre «la política de enclaves», De La Barrera, 1985. Acerca de la hipotética fundación cesariana de Augusta Emerita, remitimos a los trabajos de su autora:

C y d. G, 1989 y 1990.

Plinio. El primero de estos textos confirma la localización occidental que se presume en las anteriores, en tierras del Guadiana¹⁷.

El párrafo, con una tópica y discutible descripción¹⁸, procede de las mismas fuentes que las anteriores, aunque Estrabón llegó a utilizar datos de *Polybios*, contemporáneo de las Guerras lusitanas y, por ello, más cercano a la realidad indígena que estas descripciones pretendían aportar¹⁹. Tal impresión se ve reforzada por una oportuna cita que hace referencia a los betúricos y a su estilo de vida, de carácter bárbaro frente a lo esperado de un pueblo romanizado²⁰.

La información confirma la diferencia entre célticos y turdetanos pese a su proximidad geográfica e, incluso, étnica. Pero cierta confusión, propia de una época en la que la Beturia estaba artificialmente incluída en la provincia Bética, se manifiesta en las apreciaciones realizadas sobre los túrdulos que, entonces, se asimilan a los turdetanos, aunque se recoge la prestigiosa apreciación de *Polybios*, quien afirma que son los vecinos septentrionales de la Turdetania²¹.

17. «Las regiones con minas se comprende que son ásperas y tristes, y tal es también el país junto a la Carpetania y aún más el que está junto a los Celtíberos. Y así es también la Beturia con los llanos áridos que acompañan al Ana»

(Geog., III: 2,3).

18. Domergue, 1990: 16-17.

19. Domínguez Monedero, 1984; Schulten, 1959: 44.

20. «Por la riqueza de su país los turdetanos resutaron también mansos y civilizados, y también los célticos, por ser vecinos de ellos, según Polybios, o por ser sus parientes, pero los célticos menos, porque generalmente viven en aldeas.»

(Geog., III: 2,15).

21. «Esa región se llama Bética, del nombre del río, y Turdetania, del de sus habitantes. Se llaman los habitantes turdetanos y túrdulos, creyendo unos que estas tribus son idénticas, otros que son diferentes. Entre éstos figura también Polybios, diciendo que los túrdulos son los vecinos de los turdetanos por el Norte....Esta región, situada acá del Ana, se extiende por el Este hasta Oretania, por el Sur hasta la costa entre la desembocadura del Ana y las Columnas.»

(Geog., III: 1,6).

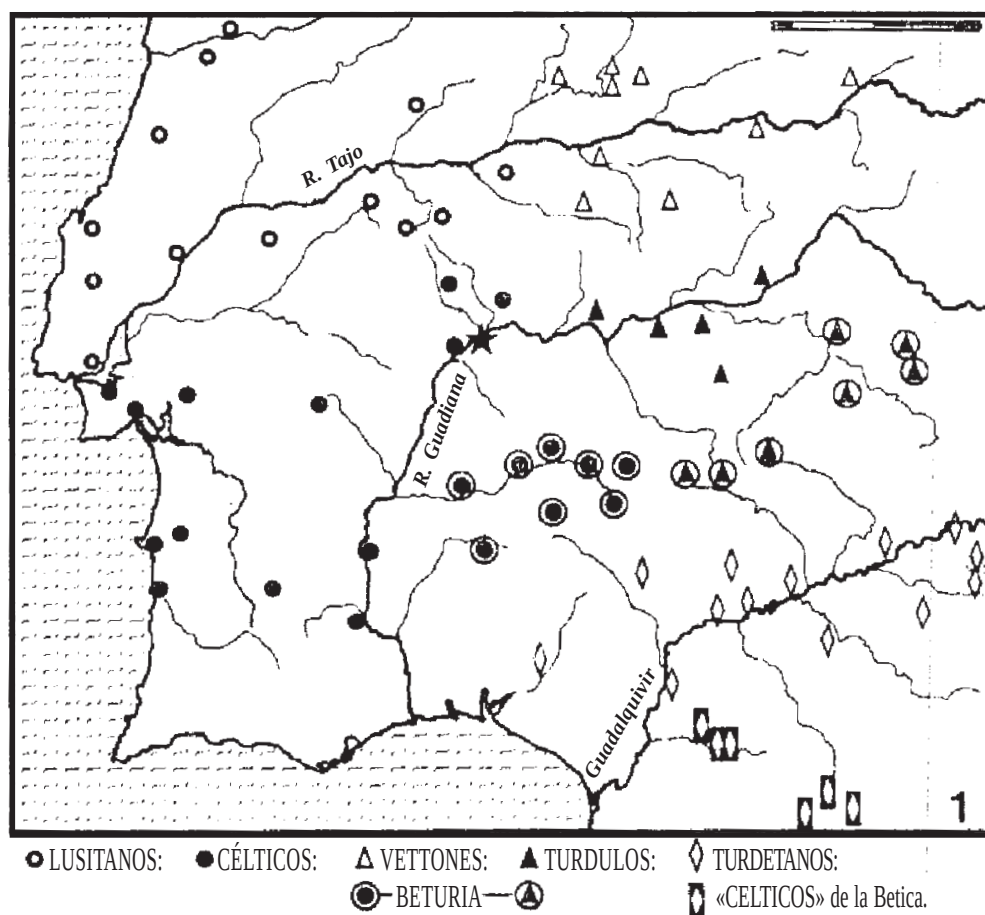
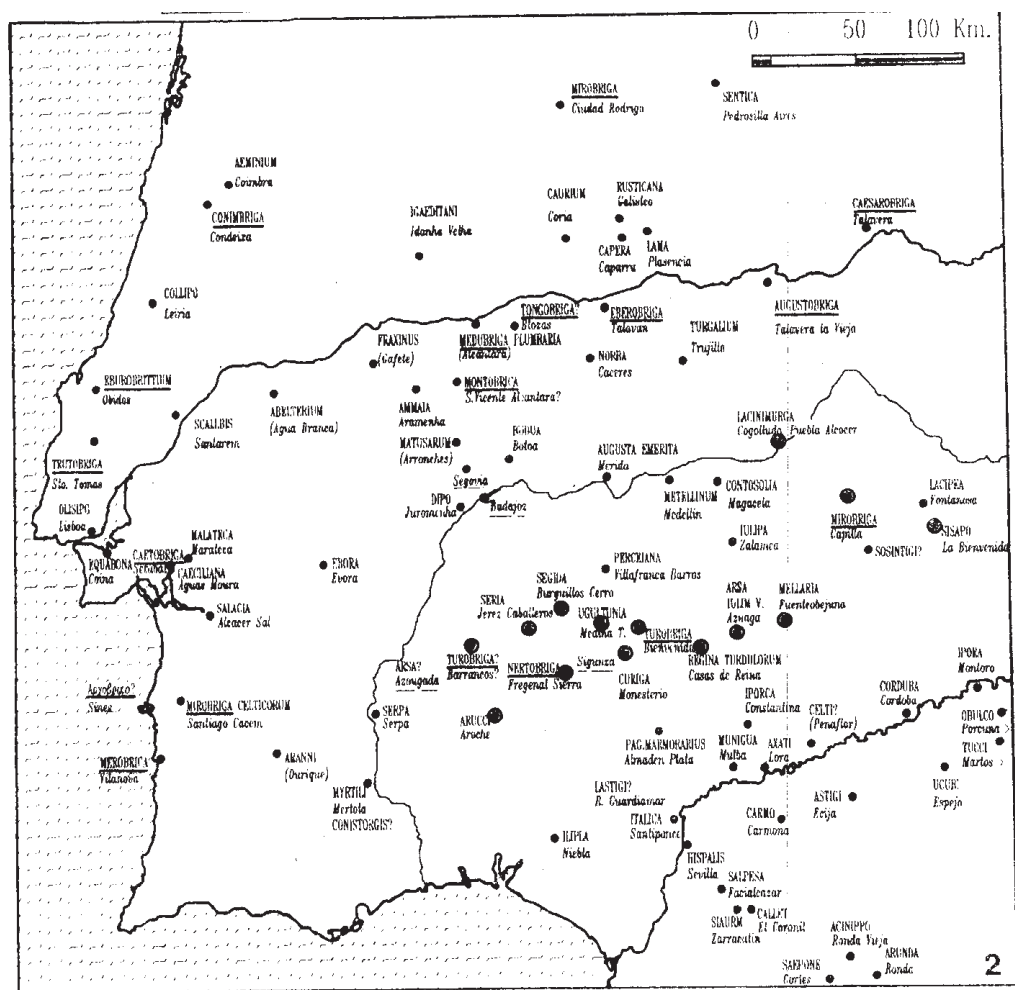


Fig.: 1.1.- Oppida y ciudades del cuadrante sudoccidental de la Península, citados según los textos clásicos según sus adscripciones étnicas prerromanas. Obsérvese la relación con las principales cuencas hidrográficas.



1.2.- Localización actual aproximada de estas poblaciones con la dispersión de topónimos en -briga, según las propuestas más aceptadas: TIR, J-29.

Todo ello deja claro que, una de las fuentes más fidedignas y antiguas, *Polybios* redundante en la diferencia étnica y geográfica entre célticos, túrdulos y turdetanos, opinión que confirma con las distintas formas de poblamiento, una urbanizada frente a la otra, céltica, dispersa en aldeas, y por tanto recuerda el estado inicial del proceso de transformación, de romanización, de las «gentes» célticas del Suroeste. Y por ello cita a continuación la fundación de las principales colonias del Interior peninsular (*Pax Augusta*, entre los célticos; *Augusta Emerita*, entre los túrdulos y *Caesaraugusta* entre los celtíberos), como diferencia de la vieja tradición «civilizada» que le supone a los turdetanos (aunque tal categoría no debe asimilarse a su romanización, un concepto, hoy, muy matizado²²).

Tales divergencias se establecen, fundamentalmente, entre los célticos del Suroeste, ocupando tal sector de la Beturia, y los turdetanos del Betis, al Sur de Sierra Morena, pero no son tan evidentes con el otro pueblo betúrico, los túrdulos, plenamente asimilados por los turdetanos²³.

Que, en origen, tal hecho no era así parece quedar claro en una nueva referencia estraboniana, quizá también tomada de *Polybios*, por la antigüedad que se supone a un singular hecho de armas, en el que se describe la conquista y ocupación de las tierras del cabo Nerión, en el Sur galaico, por parte de los pueblos célticos y túrdulos del Guadiana²⁴. Que eran las poblaciones betúricas lo sabemos por las informaciones que Plinio Cayo Secundo recogió de su propia experiencia y de textos como los anteriores respecto a los *oppida* de la Beturia, ahora por vez primera meticulosamente citados. Los testimonios epigráficos, junto con los geográficos y arqueológicos, han permitido la localización de gran parte de dichas poblaciones, como veremos a continuación (Figs.: 2 y 3).

En este pintoresco pasaje, gentes de ambas poblaciones emprenden un extraño movimiento de conquista hacia tierras del Noroeste. Extraño por cuanto es una de las pocas referencias, si no la única, de tales movimientos, aunque no debían ser escasos en estos momentos (por ejemplo, los que se deducen

²². Bendala, 1982 y 1987; Prieto Arciniega, 1986.

²³. Se confunden ya con los turdetanos, al menos en su concepto geográfico, sin duda a causa de homologar, erróneamente, la Turdetania con la provincia bética, como se hacía entre la Lusitania y la provincia lusitana: (Estrabón, Geog., III: 2,1).

²⁴. Geog., III,3,5.

entre vacceos y vettones) y, por ello mismo, ha sido interpretado como una acción de conquista por parte de las tropas auxiliares que Décimo Bruto llevó en su penetración del 138 a.C. Así quiso entenderlo Schulten²⁵ aunque, a la vez, García y Bellido declaraba que no tenía porqué comprenderse como una acción conjuntada con las romanas²⁶.

Sea como fuere, nosotros nos inclinamos por la segunda opción porque extraña que, de ser la primera, los escritores greco-latinos no recojan referencia de ello, y no caben dudas de la relativa antigüedad de la noticia, que no se comprende en un contexto del siglo I a. C. y, con ello, tampoco dudamos de su contemporaneidad con las informaciones de *Polybios*, confirmando su apreciaciones sobre la singularidad de los Betúricos, y sus relaciones con el resto de los pueblos atlánticos peninsulares (p.e., los *turduli veteres* del centro-oeste del territorio portugués).

Procedentes del prestigioso Marco Vipsanio Agripa, y de lo que pudiera haber recogido durante el desempeño de su magistratura en la Citerior, Plinio aporta datos precisos sobre la Beturia: su localización más allá de las tierras bañadas por el *Baetis*, entre las del Guadiana («*Quae autem regio a Baete ad fluvium Anam tendit extra paraedicta*»); el nombre de sus gentes, célticos y túrdulos que, como se observa en otros párrafos de esta obra, superaban los límites de la Beturia, correspondiendo a otros conceptos prerromanos; sus límites y adscripción jurídica romana (a los conventos hispalense y cordubense); sus características étnicas, referidas a la lengua, origen y procedencia de los célticos, y el nombre de sus principales *oppida*, ya admitidos y potenciados por la concepción geopolítica romana²⁷.

²⁵. 1952: 198.

²⁶. 1952: 234 ss.

²⁷. «Sin embargo, la comarca que se extiende después de la del Baetis, acabada de describir [el convento hispalense] hasta el río Anas, es llamada Baeturia y está dividida en dos partes y otras tantas gentes: célticos, que lindan con la Lusitania y que pertenecen al Convento hispalense; y túrdulos, que limitan con la Lusitania y la Tarraconense, pero que dependen de la jurisdicción de Córdoba. Los Célticos, oriundos de los Celtíberos, son venidos de la Lusitania y ello se manifiesta en los cultos, lenguas y los nombres de los oppida, por cuyos cognomina se distinguen en la Bética: Seria, llamada Fama Iulia, Nertóbriga Concordia Iulia, Segida Restituta Iulia, Contributa Iulia Ugultunia, ahora también Curiga, Lacimurga

Dado que el análisis en profundidad de estas poblaciones ya ha sido realizado²⁸, se ha preferido sintetizar los principales datos respecto a la definición y al emplazamiento de estos poblados: son *oppida* de la Beturia céltica, exclusivamente, *Seria Fama Iulia*, *Nertobriga Concordia Iulia*, *Segida Restituta Iulia* y *Contributa Iulia Ugultuniae*. Una relación dada a continuación corresponde también a poblaciones célticas de la Beturia, aunque aparecen en clara distinción de las anteriores, al menos por el uso de «*cum qua et*» que parece indicar una implicación temporal: *Curiga*, *Lacimurgae Constantia Iulia*, *Siarenses Fortunaes* y *Callenses Aeneanicos*. Posteriormente continúa con una tercera serie, de las que no se deduce que pertenezcan a la Beturia sino, más bien, que comparten sus orígenes célticos (Fig.: 2.2; véanse, como síntesis, los trabajos citados).

Respecto a los *oppida* túrdulos, su problemática se plantea más sencilla, quizá menos singular y, por ello, ha merecido menos atención por parte del autor: *Arsa*, *Mellaria*, *Mirobriga*, *Regina*, *Sosintigi* y *Sisapo* no reflejan un *trianomina*, al estilo de los célticos, lusitanos o betúricos²⁹, ni existen diferencias que eviten reunirse en una sólo lista. Probablemente no tenían la condición de «ciudades privilegiadas» y, de ahí, la ausencia de nombres latinos³⁰.

Sin entrar en discusiones, que la misma toponimia y el emplazamiento de los primeros plantean (a veces, nombres célticos con localizaciones muy

Constantia Iulia, a los Siarenses Fortunaes y a los Callenses Aeneanicos. Más allá de éstas, en la Céltica, se hallan Acinippo, Arunda, Arundi, Turóbriga, Lastigi, Salpesa, Saepone, Serippo. La otra Baeturia que hemos dicho pertenecía a los túrdulos y al Convento cordubense, tiene oppida no sin fama: Arsa, Mellaria, Mirobriga, Regina, Sosintigi, Sisapo.»

(Plinio, *N.H.*, III:13-14).

²⁸. García y Bellido, 1947; García Iglesias, 1971; Tovar, 1974/1976; Fernández Cordero, 1988 y, para los célticos, Berrocal-Rangel, 1988 y 1992: 36-41; Canto y de Gregorio, 1989 y 1991.

²⁹. Recuérdese *Pax Iulia* -cuyo *cognomen* indígena desconocemos-, *Ebora*, *Olisippo*, *Myrtilis*, *Scallabis*.

³⁰. Pérez Vilatela, 1990: 20.

disparos que, fundamentalmente, se emplazan al sur del *Baetis*), nos parecen claras las siguientes conclusiones (Figs.: 2 y 3):

1. Son *oppida* de los celtas betúricos, de ocupaciones prerromanas/republicanas y alto-imperiales (ss. II a.C.-I d. C.), las poblaciones de *NERTÓBRIGA*, localizada arqueológica y epigráficamente en la Sierra del Coto-Llanos de Valera la Vieja, término de Fregenal de la Sierra (Badajoz); *UGULTUNIA*, localizada arqueológicamente en el poblado romano de Los Cercos del Castillejo, término de Medina de las Torres (Badajoz); y *CURIGA*, localizada epigráficamente en Monesterio (Badajoz) y arqueológicamente, quizá, en el cercano cerro de Alto Tumbo 1. De tales consideraciones y emplazamientos no caben grandes dudas, ante la evidencia de sus restos arqueológicos y epigráficos, así como sus aceptables ubicaciones de las distancias marcadas en las Fuente viarias romanas³¹.

³¹. Para economizar referencias bibliográficas remitimos a las obras generales citadas, aunque deben consultarse, entre otras, las de Ceán (1832), Cortés (1835-1836), Marchetti (1917), Albertini, 1923; Mérida (1925); Müller (1983), Alvarez Martínez (1986), Fita, García y Bellido, Fernández Guerra, etc., así como las inscripciones incluidas en los principales corpora.

De estas localizaciones cabe destacar los emplazamientos de Nertobriga y Curiga. Sobre el primero, junto con D. Rafael Caso Amador, profesor de la Escuela-taller Nertóbriga de Fregenal de la Sierra, abrimos una serie de cortes de excavación en sus murallas y foro en 1987, bajo dirección del Dr. De la Barrera del Museo de Mérida. Dicha campaña la completamos y finalizamos con D. Rafael Caso Amador en 1993, de manera que pretendemos terminar su memoria y publicación en el presente año. Sus materiales demuestran la ocupación del cerro desde el siglo II a.C. (aunque hay cerámicas datables en épocas anteriores) hasta el II d.C.

Sobre el *oppidum* de Curiga, se emplaza en Monesterio, no sólo por la localización de una impresionante lápida recogida por Hübner (C.I.L. II nº 1040) nombrando una RES PVBLICA CVRIGENSIVM (lápida perdida hasta su reciente localización, gracias a D. Juan Carlos Ledesma Mestre, profesor del I.B. «Maestro Juan Calero», donde se encuentra depositada), sino por los numerosos sillares, cornisas, columnas y otros elementos constructivos de marmol, granito y cuarcita que se documentan con profusión en los muros de su iglesia parroquial, así como en otros edificios del casco urbano de Monesterio. Además D. Luciano Rodríguez García, profesor de Historia del citado Instituto, ha



Fig. 2.1.2: Emplazamiento de la Beturia y localización de pueblos y ríos citados.
 2.2. a.: río Baetis (Guadalquivir); b: río Baites (Miño); A: Bitúrigos viviscos; 1: célticos de Gallaecia;
 2: célticos de Baetica

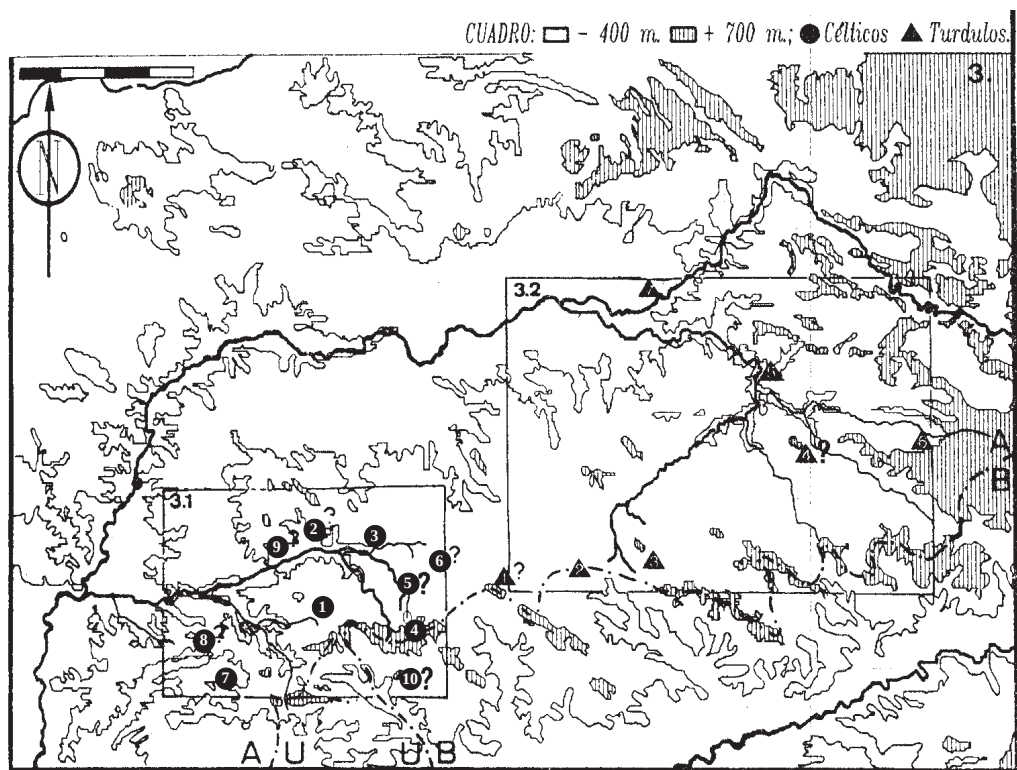


Fig.:23. Definición geográfica de la Beturia, en la cuenca del Guadiana y su divisoria con el Guadalquivir, según sus oppida: 1. Nertobriga, 2. ¿Segida?, 3. Ugultunia, 4. Curiga, 5. ¿Laci<ni>murga?, 6. Turobriga, 7. Arucci, 8. Nova Civitas Arucitana o Turobriga?, 9. ¿Seria?, 10. ¿Callet?, entre los célticos, y 1. Regina, 2. ¿Arsa?, 3. Mellaria, 4. ¿Sosontigi?, 5. Mirobriga, 6. Sisapo, 7. Lacimurga, entre los túrdulos.

Una inscripción, C.I.L. II nº 1041, conocida por Hübner entre los sillares de los muros de la iglesia de esta última población extremeña (y en la actualidad indocumentada), cita dos *pagi*, Translucano y Suburbano, en relación con *Curiga* y, posiblemente, *Ugultunia*. Una de estas aldeas pudo ser el poblado de Los Castillejos 2, término de Fuente de Cantos, Badajoz³².

2. Son *oppida* túrdulos: *ARSA*, tradicionalmente localizada bajo el castillo de Azuaga, aunque sin suficientes fundamentos³³, sólo en función de contextos literarios y epigráficos indirectos -estos últimos reafirman la vocación militar de sus habitantes, algo frecuente en la Beturia, como se ve por los nertobriguenses-; *MELLARIA*, localizada por la Epigrafía en el Cerro del Trigo, Fuente Obejuna, provincia de Córdoba³⁴; *MIROBRIGA*, emplazada arqueológica y epigráficamente en el Cerro de Capilla, Badajoz³⁵; *Regina*, emplazada arqueológicamente y textualmente (IA) en Casas de Reina, provincia de Badajoz³⁶; *SOSINTIGI* <*SOSONTIGI*> ,

registrado varias villas (zona de Cabarco) y, en sus cercanías, nos ha mostrado la importancia arqueológica del destacado cerro Alto Tumbo 1. En tal yacimiento, con taludes, sillares y fragmentos de tejas romanas en superficie -y una pieza troncopiramidal de prensa de molino de aceite-, se encuentran las condiciones óptimas para aventurar la existencia de un *oppidum* republicano similar a Nertobriga (Sierra del Coto). Puede suponerse que, como demuestra el registro arqueológico de este *oppidum*, su población bajó al llano entrado el siglo II d. C., para desarrollar una ocupación dispersa en villas que tendría su máximo reflejo en los monumentos y edificios emplazados bajo el actual Monasterio, en los que se albergaría la inscripción citada (Berrocal-Rangel, 1989-1990).

³². Bien documentado en fuentes modernas y en proceso de excavación, con varias campañas abiertas: Fernández Corrales, Rodríguez Díaz y Saucedo, 1988; Fernández Corrales y Rodríguez Díaz, 1989.

³³. Tovar, 1974:92; Stylow, 1991; García y Bellido, 1993:82. El nombre de Azuaga es uno de los pocos conocidos en la Beturia que responde con claridad a un origen islámico, de la tribu Zuwâga: Terrón, 1991: 308; pero García-Bellido, 1995, e.p. expone razones para no descartar definitivamente la localización Arsa = Azuaga.

³⁴. Tovar, 1974: 93; Padilla Monge, 1989: 307.

³⁵. Pastor, Pachón y Carrasco, 1992.

³⁶. Álvarez y Rubio Muñoz, 1988; Álvarez y Mosquera, 1991; muy posiblemente la Turriregina de las monedas púnicas, según M^ª Paz García-Bellido, 1993.

emplazada epigráficamente en los entornos de Alcaudete, Jaén³⁷, según una inscripción reconstruida como [Soson]*tigit*[anorum] y *SISAPO*, que ha sido emplazada en La Bienvenida, Ciudad Real³⁸.

Si aceptamos esta última localización porque las evidencias arqueológicas y epigráficas, y el contexto geográfico, permiten a sus excavadoras mantenerla con muchos más apoyos que los que pudieran relacionarse con la tradicional opción por la vecina Almadén, más difícil es comprender la presencia de una *Sosontigi* betúrica en un territorio tan alejado como es su emplazamiento en el jienense Alcaudete, al sur del Guadalquivir.

Contrasta dicha propuesta con otra anterior, mantenida por García y Bellido, quien la emplazaba en los entornos de Santa Eufemia, en los límites de Córdoba con Ciudad Real y Badajoz³⁹. Esta comarca, con menos fundamentos y apoyos, cuenta sin embargo con la coherencia de su emplazamiento, dentro de la cuenca del Zújar y con una relación minera y de comunicación perfectamente integrada entre las del resto de *oppida* betúricos que le acompañan en Plinio (*Mirobriga* y *Sisapo*): la coordinación es demasiado evidente para descartarla totalmente, y la abundancia de su radical permite suponer dos poblaciones homónimas.

3. Aunque sin dudas en el ámbito céltico, la localización de *SEGIDA*, recientemente ubicada con apoyos epigráficos y arqueológicos en la localidad de Burguillos del Cerro (Badajoz), parece una propuesta sólida aunque está claro que su principal argumento epigráfico no es suficientemente concluyente. Pero, tal como Jose Luis Ramírez publicó, los entornos de Burguillos son demasiado ricos en testimonios arqueológicos como para pasar inadvertidos⁴⁰. Así lo habíamos en-

³⁷. Tovar, 1974: 119.

³⁸. Fernández Ochoa, Caballero Klink y Morano, 1982-1983; Zarzalejo et alii, 1994; Fernández Ochoa et alii, 1994. La importancia de los restos arqueológicos de este yacimiento, especialmente si se tiene en cuenta su prolongada ocupación a lo largo de toda la Protohistoria, sus materiales foráneos (griegos, fenicios, iberos.....) y su localización estratégica, no puede pasar inadvertida en nuestra bibliografía.

³⁹. 1963: 203. Llama la atención, por contra, el emplazamiento de Baedro, *oppidum* que fue citado por Plinio fuera de las listas betúricas y que según todos los testimonios se emplazaba muy cerca de Santa Eufemia, bien en El Viso, Balalcázar o Hinojosa del Duque, todas ellas poblaciones modernas de Los Pedroches (Tovar, 1974: 98; Padilla Monge, 1989: 302).

⁴⁰. El emplazamiento bajo Burguillos del Cerro ha sido sugerido para el núcleo de población romana por Alicia M^a Canto según testimonios epigráficos y arqueoló-

tendido, por nuestra parte, cuando proponíamos el notable yacimiento protohistórico, romano y medieval de El Guruviejo (Burgo Viejo, *sic*), a unos kilómetros al Oeste de esta localidad, como una hipótesis aceptable para la ubicación de la Segida prerromana y republicana⁴¹.

Una situación similar, o quizá con menor grado de confianza, presenta la localización de la céltica *SERIA* porque, aunque no existe un documento epigráfico definitivo, se conocen otros entre los que hay una referencia a un *ser(iensis)* -EE VIII, 303- en Jerez de los Caballeros (Badajoz) junto a importantes restos, como una *domus suburbana* que ha sido asociada con la villa de Pomar, en los límites meridionales del actual casco urbano⁴². Con este indicio, cuya realidad no permite aceptarlo como evidencia (más bien, es un indicio en contra, como explicó M. L. Albertos), se viene aceptando su emplazamiento bajo el suelo de la señorial ciudad extremeña, identificación apoyada arqueológicamente con las excavaciones realizadas en su castillo templario, que ha dirigido M^a Jesús Carrasco Martín⁴³.

gicos de la localidad (1991). Nuestra propuesta, a partir exclusivamente del conocimiento del territorio (con importantes yacimientos protohistóricos, como el Guruviejo o la Ermita de Belén : Rodríguez Díaz, 1987 y 1991; Berrocal-Rangel, 1992: 317 y 59; y 1994-b: 202; y romanos: Ramírez, 1993: 347), había barajado con dudas que el oppidum republicano se emplazaba en estos «entornos» de Zafra (Berrocal-Rangel, 1992: 59, Zafra- ¿Segida?- Burguillos). A partir de la publicación de los apoyos epigráficos por parte de la Dra. Canto, la opinión sobre la localización de la Segida prerromana (o republicana) se fortalece, para nosotros, a favor del vecino Cerro del Guruviejo, un importante yacimiento con materiales de la Edad del Bronce, del Hierro, romanos y medievales.

⁴¹. En ningún momento hemos mantenido su emplazamiento en Burguillos del Cerro (Berrocal-Rangel, 1992: 317). Por el contrario, es posible que tras una bajada al llano, quizá en el siglo II d. C., la población del Guruviejo pudo asentarse en otros importantes yacimientos romanos de la localidad actual, como nos ha comentado D. Francisco Zarallo, profesor y buen conocedor del Patrimonio arqueológico de Burguillos.

⁴². Álvarez y Sáenz de Buruaga, Álvarez Martínez, Rodríguez Martín, 1992: 12-17; una crítica más reciente, y muy clara, en Ramírez, 1994: 350, que aumenta nuestras dudas sobre el emplazamiento en Jerez de los Caballeros.

⁴³. Para simplificar descripciones ya reiteradamente publicadas remitimos a la reciente recopilación sobre el tema, realizada por Álvarez y Sáenz de Buruaga, Álvarez Martínez y Rodríguez Martín, con un riguroso planteamiento de la cuestión y las citas a otras posibles localizaciones, en Serpa y Moura, que tienen menor apoyo. Con todo, los restos conocidos en Jerez no parecen reflejar la importancia que se

Igual ocurre con *LACI<NI>MURGA*, considerada también *Lacimurga*. En función de la homogeneidad geográfica y arqueológica que las localizaciones de los anteriores *oppida* van demostrando, destacada por nuestras investigaciones desde 1979, abogamos por descartar su identificación con otra población homónima (como tantas otras en la *Hispania* céltica), situada sobre el Peñón de Cogolludo, entre Navalvillar de Pela y Puebla de Alcocer, sobre la orilla norte del Guadiana⁴⁴. Este emplazamiento responde a un *oppidum*, epigráficamente conocido como *Lacimurga*, que no tiene porqué ser el pliniano. A ello se opone, no sólo la excesiva distancia, que rompe la concordancia general del resto de los emplazamientos célticos de la Beturia, sino lo insólito de esta localización, entre vettones y túrdulos.

El apoyo buscado en la cita de Ptolomeo sobre un *oppidum* vettón con tal nombre no es justificación alguna, porque sabemos que las homonimias entre «ciudades» prerromanas son frecuentes⁴⁵ y porque Ptolomeo es una fuente tardía y ausente de crédito en las relaciones de ciudades no costeras y en sus coordenadas (sólo basta comprobar la situación de los municipios conocidos, como *Nertobriga*, *Acinippo* o *Arundi*, listados, al parecer, siguiendo rutas en algunos casos, relatando categorías jurídicas en otros⁴⁶). Por otra parte, el hallazgo de un cuestionable testimonio epigráfico, un fragmento de una inscripción catastral en bronce, vuelve a recordarnos la poca credibilidad que infiere el origen de piezas

supone para un *oppidum* como Seria, algo que parece discernirse del estudio espacial aplicado a la Beturia céltica (Berrocal-Rangel, 1994-c) y que otros investigadores sobre esta localidad habían supuesto (Álvarez Sáez de Buruaga, Álvarez y Rodríguez Martín, 1992: 24, nota 61; Carrasco Márquez, 1987).

⁴⁴. Pese a la opinión de sus excavadores (Aguilar y Guichard, 1993). Continuamos, con nuestro planteamiento, manifestaciones similares vertidas por L. García Iglesias (1971:93) y A. M.Canto (1989:186, cf. infra). En una posición ecléctica, aunque parece inclinarse por aceptar Cogolludo: Ramírez (1994: 349).

⁴⁵. Otro caso es aceptar la cuestionable hipótesis de Canto y de Gregorio sobre la existencia de un grupo específico de siete poblaciones homónimas entre la Beturia y la Lusitania, según deduce de una lectura e interpretación literal de Plinio- 1989: 186-187. Nuestro planteamiento, inspirado por tal apreciación, nunca ha ido más allá de la aceptación de repeticiones comunes entre territorios de similar o idéntico substrato lingüístico, entre las que contabilizamos el caso de *Lacinimurga/Lacimurga* (1992: 41, con referencia a la Dra. Canto, y 1994-c: 192).

⁴⁶. Véase la acertada crítica de Pérez Vilatela, 1990: 35 ss. (y Newton, 1978). Sobre la dificultad de interpretar los datos de Plinio y su relativo valor informativo, véase Bendala y Corzo, 1991-1992.

metálicas conocidas en Sevilla sin procedimiento ni contexto claro⁴⁷. Por todo ello, aceptamos como más probable la relación de la *Lacinimurga* pliniana con la *mansio Lacunis* (*Lacinis*), situada por el Itinerario entre *Contributa* y *Curiga* (¿Los Castillejos 2, Fuente de Cantos?-el *Laqant* arabizado, cf. *infra*), lo que coincide con lo supuesto por Ramón Martínez, Hübner, Roldán y García Iglesias, entre otros⁴⁸. Para nosotros, el *oppidum Lacimurga* del Peñón de Cogolludo, al Norte del Guadiana, sería un homónimo túrdulo y posiblemente betúrico (Fig.: 2.3).

Algo parecido pudiera ocurrir con los ípagos? de los Siarese Fortunales y Callenses Eneanicos. Sobre el primero se ha corregido su lectura (*Steresisibus*, *sic.*) para aproximarla a la histórica *Siarum*, emplazada epigráfica, numismática y arqueológicamente al Sur del Betis, junto al Cortijo de Zarracatín (Utrera). Si tal enmienda es correcta, tiene que referirse a otro *Siarum*, porque el bético ya había sido citado por el mismo Plinio al referirse a estas tierras (*NH*, III, 11). No puede, por ello, confundirse con la población betúrica⁴⁹, a no ser que de nuevo Plinio haya mezclado términos de este relatorio con el tercero, céltico pero no betúrico. Si ello es así, entonces, no hay reparos en admitir que la cita de Plinio es la referida a la Bética, al sur del Guadalquivir, pero ello descarta la consideración estricta de betúrica.

Similares conclusiones y emplazamiento cabe especular con el problema de identificación de los *Callenses*, nombre que a cualquier oriundo de esta tierra recuerda demasiado a una comarca limítrofe del Ardila (Calera, Cala y Santa Olalla de Cala), por lo que en función de la coherencia geográfica que venimos defendiendo y la toponimia actual hemos propuesto dicho emplazamiento, relacionándolo con los importantes restos arqueológicos que documentamos entre los cerros de El Cascajal-Los Castillejos, junto a las minas de Cala⁵⁰.

⁴⁷. Sáez Fernández, 1992- ya mencionamos un tema similar referido a Segida (Berrocal-Rangel, 1992: 38). Aprovechamos esta oportunidad para, de nuevo, manifestar la escasa credibilidad informativa que nos merecen (especialmente en los referido a los lugares de procedencia) las piezas metálicas que sin contexto ni procedimiento arqueológico claro, suelen publicarse como aparecidas en los «mercados» sevillanos.

⁴⁸. Berrocal-Rangel, 1992: 39; Ramón Martínez, 1903: 228; Hübner, CIL II: pg. 134; Roldán Hervás, 1969: 91; García Iglesias, 1971: 94 y 1972.

⁴⁹. Pese a lo que opina Pérez Vilatela, 1990: 23.

⁵⁰. Berrocal-Rangel, 1988 y 1994-c: 202; En el desarrollo del coloquio *Celtas y Túrdulos: La Beturia* (Museo de Mérida, Marzo 1994), conocimos un interesante razonamiento lingüístico expresado por A. M. Canto para apoyar esta localización, que suponemos será recogido en las actas.

4. De la tercera serie de poblaciones, *ACINIPPO*, *ARUNDA*, *LASTIGI*, *SALPE(N)SA*, *SAEPO* Y *SERIPPO*, sus emplazamientos generalizados al Sur del *Baetis* las descartan como betúricas, pudiendo comprenderse su aparición por una relación étnica con los célticos de la Beturia, relación sobre la que comienzan a existir indicios consistentes⁵¹.

Además, dos de estas poblaciones se ubican con alto grado de certeza en territorio betúrico, bien alejado de las restantes: *ARUCCI* se identifica lógicamente con la localidad onubense de Aroche, donde Luzón llamó la atención sobre los importantes restos romanos y donde la perduración del topónimo es demasiado clara, aunque el testimonio epigráfico más concluyente apareció en la Serranía de Aroche-Barrancos y fue depositado en Moura⁵². Según esta inscripción, es posible que pudiera documentarse una *N(OVA) CIVITAS ARUCITANA*, una hipótesis de Frago de Lima que no niega la relación entre el emplazamiento onubense y la *Arucci* pliniana. Por lo general, se viene aceptando dicha dualidad, que daría explicación a las 25 millas dadas por el Itinerario desde la *mansio Fines* a *Arucci*⁵³.

El segundo topónimo es *TUROBRIGA*, *oppidum* cuya localización tradicional se relacionaba con la *Arucci* de Plinio⁵⁴. Tal emplazamiento también ha sido cuestionado, especialmente tras el hallazgo epigráfico de lo que parece ser un probable topónimo que lo emplazaría en los entornos de Bienvenida (Badajoz),

⁵¹. Pérez Vilatela, 1990-a. Esta obra, exhaustiva en cuanto al aprovechamiento de las informaciones clásicas y de los documentos epigráficos, abunda en conclusiones discutibles (p.e., considerar a Livio para apoyar la existencia de unos turdetanos «ceranos a Sagunto» en la Celtiberia -página 100; o la existencia de una Lusitania al Sur del Guadalquivir: Pérez Vilatela, 1990-a: 100 y 1990-b). Tiene la incuestionable valía de destacar la personalidad y raigambre céltica de las poblaciones de la tercera lista pliniana, con un débil apoyo arqueológico (López Palomo, 1987), pero con crecientes evidencias epigráficas (p.e., CIL II 1335, *C. Applei Apolonius*, de Acinippo, en clara relación, aunque tardía, con el *Ablonios* capotense).

⁵². Luzón Nogué, 1974: 290 y 307.

⁵³. Lima, 1951: 184; García Iglesias, 1971: 98; Tovar, 1974: 172.

⁵⁴. Porque es el único nombre que rompe el claro orden alfabético que guardan los de esta tercera serie y ello se interpretó como referencia a la misma población (Albertini, 1923: 86; Corzo y Jiménez, 1980: 45). Sin embargo, en disposición contraria, puede constatar que ninguno de los testimonios epigráficos conocidos citan estos topónimos juntos.

entre los cercanos territorios de Ugultunia y Cúriga, cerca de la «Vía de la Plata». Esta proximidad permite comprender la relación con la *Vettonia*, donde la diosa a la que se asocia, *Ataecina*, tiene el importante centro de culto de Santa Lucía del Trampal⁵⁵. No obstante, la consideración de topónimo de la inscripción no es, en absoluto, segura porque pudiera ser más una advocación a la diosa «Ategina de Turóbriga» que «en Turóbriga», y extraña que con tal emplazamiento no haya sido incluida en las listas anteriores.

Tal es el estado de la cuestión en la actualidad. Usando exclusivamente lo que está demostrado (*Nertóbriga*, *Ugultunia*, *Curiga* y, quizá, *Segida*), podemos concluir la directa relación de estas poblaciones entre sí, no sólo en el origen común de su toponimia, celta, sino en su localización geográfica, definida por su pertenencia a la cuenca del río Ardila, importante afluente meridional del Guadiana, que supone el límite de éste con la del Odiel y, en menor medida, con la del Guadalquivir: es decir, cumplen al pie de la letra lo indicado en los textos clásicos para la Beturia (véase anteriormente en Estrabón y Plinio).

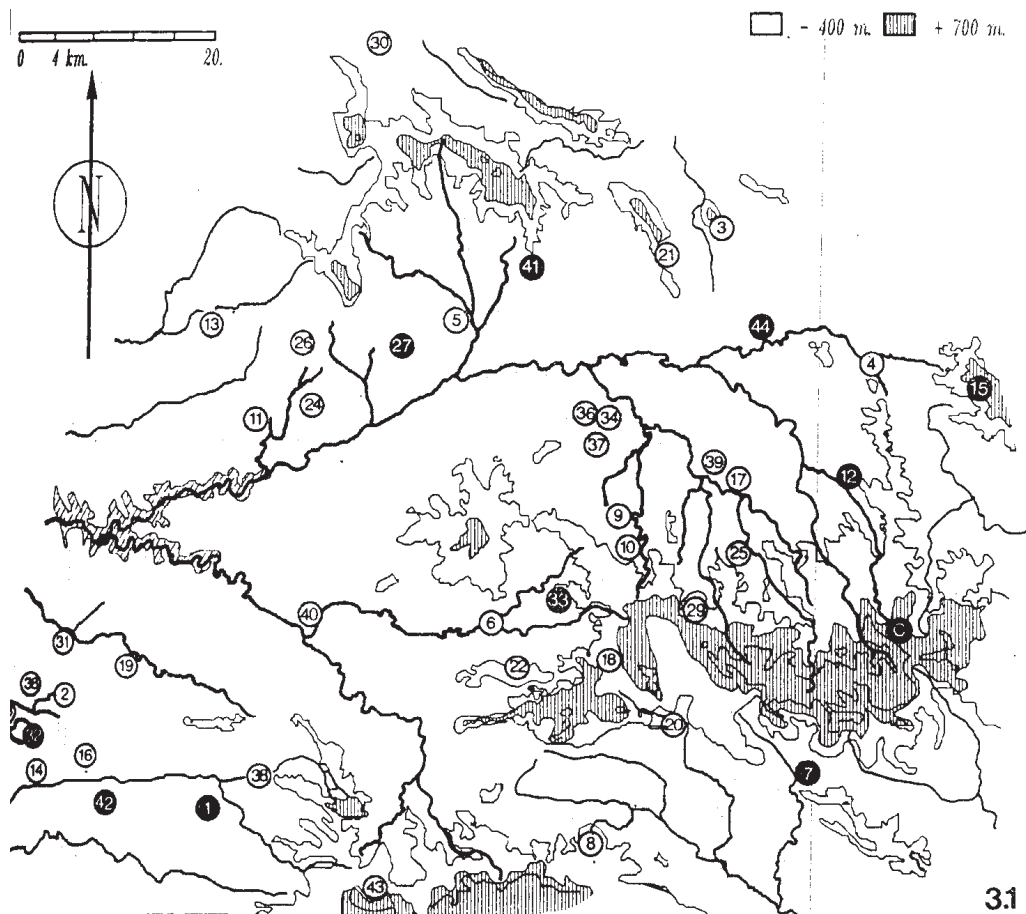
Esta constatación, que realizamos hace tiempo⁵⁶, se ve confirmada por los emplazamientos con localización menos segura, aunque suficientemente admitida: *Seria*, *Arucci* y *Turóbriga*. Por último, las posibilidades de reconocer Lacinimurga en la *Mansio Lacunis*, Fuente de Cantos, se refuerzan por su nombre arabizado, *Laqant*; y de los *Callenses* en Cala/Santa Olalla y una posible *Nova Civitas Arucitana* en los entorno de Barrancos no contradicen tal afirmación, aunque no tenemos más que indicios para apoyarlas. Sí lo hacen, y de forma evidente, las restantes poblaciones de la tercera lista, la única que Plinio deja clara como no betúricas, aunque posiblemente de raigambre céltica.

Opiniones como la expresada por Pérez Vilatela se basan en lecturas un tanto forzadas. Así la cita de Plinio de dos *Lastigi*, prácticamente en párrafos seguidos⁵⁷, puede lógicamente significar la existencia de dos ciudades homónimas diferentes (como *Siarum*, *Lacimurga* o *Sosontigi*, entre

⁵⁵. López Melero, 1986: 93 ss.; Esteban Ortega, 1984; Fernández Corrales, 1988: 48. Para el santuario de Santa Lucía: Caballero Zoreda, 1991, en *Extremadura Arqueológica*, II.

⁵⁶. Berrocal-Rangel, 1988-b y 1989/1990.

⁵⁷. *NH*, III:12 y 14.



3.1

⑤ OPPIDA, CASTROS y CASTREJONES BETURICOS.

▲ FORTINES y TORRES DE LOS TURDULOS.

⑬ OPPIDA CITADOS POR PLINIO.

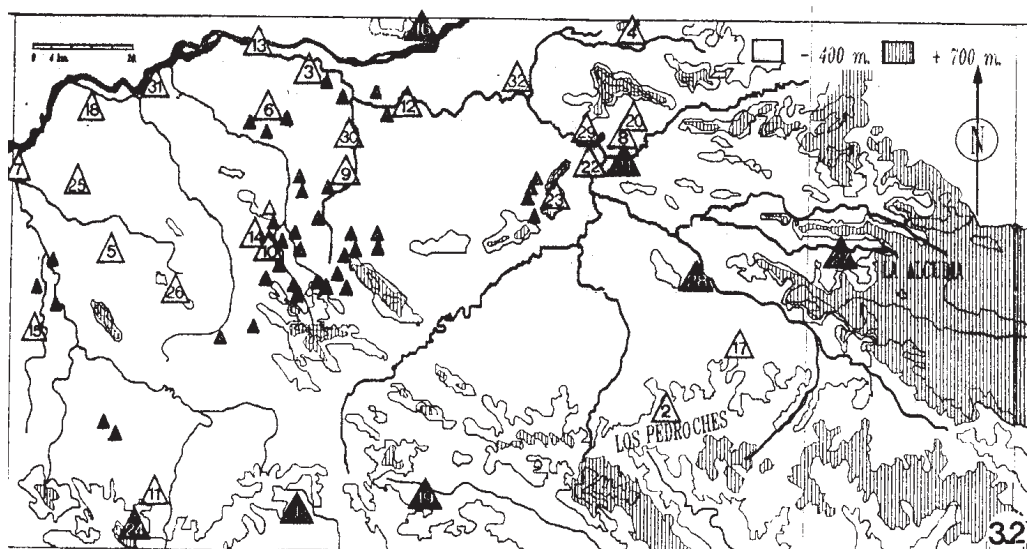


Fig.: 3.1- Poblados de la Beturia céltica, según el testimonio arqueológico:

1. Arucci, Aroche (Tovar, 1974; Luzón, 1975);
 2. Becerra de Ouro; Santo Aleixo da Restaurão (Lima, 1981);
 3. Belén, Ermita de; Zafra (Rodríguez Díaz, 1991);
 4. Cabeza Gorda; Calzadilla de los Barros (Rodríguez Díaz, 1989; Berrocal-Rangel, 1992);
 5. Cañuelo, El; Valungo (Berrocal-Rangel, 1992);
 6. Capote; Higuera la Real (Berrocal-Rangel, 1992);
 7. Cascajal-Castillejo de Cala; **¿Callenses?** (Berrocal-Rangel, 1992);
 8. Castañuelo, El; Aracena (Del Amo, 1974; Berrocal-Rangel, 1992);
 9. Castejón 1, El; Bodonal de la Sierra (Berrocal-Rangel, 1992);
 10. Castejón 2, El; Bodonal de la Sierra (Berrocal-Rangel, 1994, e.p.);
 11. Castillejo, El; Oliva de la Frontera (Berrocal-Rangel, 1992);
 12. Castillejos 2, Los- **¿Lacunis?**; Fuente de Cantos (Fernández Corrales y Rodríguez, 1989);
 13. Castillo del Godolid, El; Jerez de los Caballeros (Rodríguez Díaz, 1989);
 14. Castillo de la Pasada del Abad, El; Rosal de la Frontera, Huelva (Pérez Macías, 1993);
 15. Castillo de la Sierra de Bienvenida - **¿Turobriga?** (Rodríguez Díaz, 1989; Berrocal, 1992);
 16. Castillo, Pico del, El; Aroche, Huelva (Pérez Macías, 1987; Berrocal-Rangel, 1992);
 17. Castrejón, El; Valencia del Ventoso (Berrocal-Rangel, 1992);
 18. Castro, Cerro del; Fuentes de León (Berrocal-Rangel, 1992);
 19. Convento de Tominha, Castro del; Barrancos, Baixo Alentejo (Lima, 1981);
 20. Cueva del Agua, La; Fuentes de León (Berrocal-Rangel, 1992);
 21. Chaparral, El; Burguillos del Cerro (Rodríguez Díaz, 1989);
 22. Esperanza, Ermita de la; Cumbres de San Bartolomé, Huelva (Berrocal-Rangel, 1992);
 23. Fagilde, Castro de; Adiça, Baixo Alentejo (Lima, 1981);
 24. La Gama, Cerro de; Oliva de la Frontera (Berrocal-Rangel, 1992);
 25. Gigonza, Castillo de; Segura de León (Berrocal-Rangel y Caso Amador, 1991);
 26. Helechal, Cerro del; Jerez de los Caballeros (Berrocal-Rangel, 1992);
 27. Jerez de los Caballeros - **¿Seria?**, Castillo de; (Carrasco Martín, 1991);
 28. Maribarba, Castillo de; Aroche (Pérez Macías, 1987);
 29. Martela, Sierra de la; Segura de León (Enríquez y Rodríguez Díaz, 1988);
 30. Monsalud, Castillo de; Nogales (Rodríguez Díaz, 1989; Berrocal-Rangel, 1992);
 31. Murtigão, Castro do; Santo Aleixo da Restaurão (Lima, 1981);
 32. Negrita, Castro de; Santo Aleixo da Restaurão (Lima, 1981);
 33. **Nertobriga** - Sierra del Coto / Valera la Vieja, Fregenal de la Sierra (Berrocal, 1992);
 34. Pepina 1, El Cantamento de la; Fregenal de la Sierra (Rodríguez Díaz y Berrocal, 1988);
 35. Pepina 1, Necrópolis de la; Fregenal de la Sierra (Rodríguez Díaz y Berrocal, 1988);
 36. Pepina 2, El Cantamento de la; Fregenal de la Sierra (Berrocal-Rangel, 1994, e.p.);
 37. Pepina, El Castellar de la; Fregenal de la Sierra (Berrocal-Rangel, 1994, e.p.);
 38. Safarejinho, Castro de; Santo Aleixo da Restaurão (Lima, 1981);
 39. San Pedro, Cerro de; Valencia del Ventoso (Berrocal-Rangel, 1992);
 40. San Sixto, Castro de; Encinasola, Huelva (Berrocal-Rangel, 1992);
 41. **¿Segida?** - El Guruviejo; Burguillos del Cerro (Berrocal-Rangel, 1992; Canto, 1991);
 42. Solana del Torreón, Aroche (Pérez Macías, 1987; Berrocal-Rangel, 1992);
 43. Talavera, Cerro de; **Corticata** - Cortegana, Huelva (Luzón, 1975; Berrocal-Rangel, 1992);
 44. **Ugultunia** - Los Cercos del Castillejo; Medina de las Torres (Rodríguez y Ríos, 1976);
- C: **Curiga** (Monesterio-Alto tumbo 1).

3.2. Poblados de la Beturia túrdula:

1. **¿Arsa?** - Castillo de Azougada (Tovar, 1974);
2. Atalayuela, Alcaracejos, Córdoba (López Palomo, 1987);
3. Casarón, El; La Coronada (Rodríguez Díaz, 1989);
4. Castillejo, El; Garbayuela (Vaquerizo Gil, 1984);
5. Castillejos, Los; Puebla de la Reina (Rodríguez Díaz, 1989);
6. Castillo de Magacela, El; (Ortíz Romero, 1991);
7. Castillo de Alange, El; (Enríquez Navascués, 1989);
8. Colgajo, El; Capilla (Vaquerizo Gil, 1984);
9. Colmenar de Guadalefra; Castuera (Rodríguez Díaz, 1989);
10. Dehesilla, La; Castuera (Rodríguez Díaz y Ortiz Romero, 1986);
11. Dehesillas, Las; Higuera de Llerena (Rodríguez Díaz, 1989);
12. Embalse del Zújar, Castuera (Rodríguez Díaz, 1989);
13. Entre Ríos, Cerro de (Almagro-Gorbea y Llorio, 1986);
14. Hijoviejo 2, Recinto de; Castuera (Rodríguez Díaz y Ortiz Romero, 1986);
15. Hornachuelos, Ribera del Freno (Rodríguez Díaz, 1991);
16. **Lacimurga** - Cogolludo (Aguilar y Guitchart, 1993);
17. Majalaiglesia; El Guijo, Córdoba (López Palomo, 1987);
18. Medellín (Almagro-Gorbea, 1991 y e.p.);
19. **Mellaria** - Cerro del Castillo; Fuenteovejuna, Córdoba (Tovar, 1974);
20. Minerva-Los Batanes; Garlitos (Vaquerizo Gil, 1984);
21. **Mirobriga** - Cabezo de; Capilla (Pastor et alii, 1992);
22. Peñón del Pez; Capilla (Rodríguez Díaz, 1989);
23. Poyatas, Las; Zarza Capilla (Rodríguez Díaz, 1989);
24. **Regina Tourdulorum** - Castillo de Reina (Álvarez y Mosquera, 1991; Rodríguez Díaz, 1989);
25. Sierra de Oliva, Poblado de la (Rodríguez Díaz, 1989);
26. Sierra del Corcho, Poblado de la; Retamal de Llerena (Rodríguez Díaz, 1989);
27. **Sisapo** - La Bienvenida, Ciudad Real (Fernández Ochoa y Zarzalejos, 1992; 1994);
28. **Sosontigi?** - ¿Santa Eufemia?, Córdoba (García y Bellido, 1960);
29. Tabla de las Cañas, La; Capilla (Domínguez de la Concha, 1991);
30. Terciomalillo; Campanario (Rodríguez Díaz, 1989);
31. Travieso; Valdetorres (Rodríguez Díaz, 1989);
32. Vadillos, Los; Esparragosa de Lares (Rodríguez Díaz, 1989).

las que hipotetizamos, o *Mirobriga*, *Nertobriga* y *Segida*, entre las que conocemos), y no planteamientos tan complejos como «el hecho de que Plinio la mencione en dos listados, siendo el segundo una rúbrica bajo el nombre de los *Celtici* lo que reafirma la conciencia de identidad céltica de este *oppidum*, no conformándose con la mera notación de su posición en el valle: aduce en otra lista su adscripción étnica»⁵⁸.

¿Por qué no aceptar una *Lastigi* en la comarca rondeña, «céltica» y diferente de la turdetana emplazada sobre el Guardiamar, como planteó Ceán sobre Zahara, en función a documentos numismáticos, que son testimonios más sólidos que cualquier cita procedente de los textos greco-latinos⁵⁹ ?

CONCLUSIÓN

La *Baeturia* aparece en los Textos clásicos como *un concepto exclusivamente territorial*, una *regio* sin relación alguna con sus habitantes (que nunca son denominados «betúricos», sino célticos y túrdulos, integrantes de unas etnias que no estaban adscritas específicamente al territorio de la Beturia⁶⁰) y con una clara personalidad geográfica. Esta se define en función de dos conceptos, en los que vamos a profundizar a continuación: su identificación con el reborde paleozóico meridional del Occidente peninsular (y, por ello, con la *cuenca sur del cauce central del Guadiana*) y su relación con unos *recursos de clara naturaleza minera* que, en principio, justificarían el asentamiento de sus pobladores.

⁵⁸. Pérez Vilatela, 1990: 27 ss.

⁵⁹. Lógicamente, excluyendo los epigráficos. De nuevo una lectura estricta del texto, que es el único indicio válido -nunca evidencia-, descarta que las poblaciones al Sur del Baetis sean betúricas y, ciertamente, se admita una única localización de *Lastigi* en el Guardiamar o no, ello precisamente NO «muestra que los célticos de la Beturia se extendían por puntos intermedios entre los núcleos fundamentales de Sierra Morena occidental pacense y Serranía de Ronda», como pretende demostrar Pérez Vilatela (1990: 27).

⁶⁰. Aunque no impida que usemos el gentilicio «betúrico», quede claro que es una utilización arbitraria, permitida sólo como facilidad metodológica.

La identificación, más o menos completa, de sus *oppida* nos permite asegurar que, tanto la Beturia de los célticos como la túrdula, se definían sobre la cuenca de los dos principales ríos meridionales del Guadiana: el Ardila y el Zújar, respectivamente. Entre ambos, el territorio fluvial está cubierto, principalmente, por el río Matachel que parece bañar tierras más túrdulas que célticas, pues los límites entre ambos pueblos se emplazan arqueológicamente a lo largo de lo que será llamado «Vía de la Plata».



II

EL SEGUNDO COMPONENTE DEFINICIÓN OROGRÁFICA Y POTENCIAL DE LA BETURIA

RELACIONES ENTRE RECURSOS Y POBLAMIENTO

A partir de estas definiciones textuales de naturaleza histórica, la Geografía permite profundizar en las razones de esta localización general, que coincide con una comarca natural bien determinada, definida por la cuencas del Ardila y del Zújar, que se abren al Norte de las estribaciones septentrionales de Sierra Morena -Fig: 2.3 y 3-⁶¹.

Biogeográficamente se incluye en la *Provincia Luso-Extremadurensis* y conforma gran parte de un sector específico, denominado *Mariánico-Monchiquense*, con dos subsectores, cuya extensión viene a coincidir, en gran medida, con los territorios célticos y túrdulos: el *Araceno-Pacense*, para los primeros, y el *Marianense* (distritos *Tierra de Barros* y *Serena-Pedroches*), para los segundos⁶².

⁶¹. Realmente, en términos geológicos, la Beturia céltica no se incluye en Sierra Morena, cadena que termina en Alcalá del Río por el Oeste, en las proximidades de Sevilla (Ribeiro y Lautensach, 1987: 12-13; Crespo-Blanc, 1987: 505-517). Quedaría, por tanto, bien alejada de las estribaciones de los célticos.

⁶². Ladero, Pérez Chiscano y Amor (1987).

En este caso, las mismas estribaciones se encargan de delimitar esta amplia comarca y determinan con ello gran parte de sus características biogeográficas, claramente condicionadas por la falta de impedimentos orográficos desde el Atlántico a sus extremos orientales (con las comarcas de Los Pedroches y Valle de Alcudia como primer umbral de la Submeseta Sur). El cauce del Guadiana, en este caso más que como barrera, funciona y ha funcionado como estímulo del intercambio, dado el singular régimen de este río, sin aportes nivales y con un lecho cámbrico que propicia vados, isletas y ausencia de terrazas, y favorece las vías de comunicaciones sobre y a lo largo de su cauce⁶³.

No obstante, según estos rasgos y los emplazamientos de los *oppida* clásicos, los límites septentrionales y occidentales de la Beturia deben emplazarse en el mismo curso del río Guadiana. Por el Sur y por el Este, las tierras bañadas por sus afluentes Zújar, Matachel y Ardila penetran en las provincias de Ciudad Real (La Alcudia), Córdoba (Los Pedroches), Guadalcanal (Sevilla) y Huelva (Aroche-Aracena) como una prueba más de un cierto carácter fronterizo, que se manifiesta en el emplazamiento de alguno de sus poblados (como la débil propuesta *Arsa* = Azuaga) en las primeras subsidiarias del Guadalquivir o en que otros, vecinos, no fueran listados como betúricos por Plinio (como *Baedro*, en Los Pedroches).

La importancia de una orografía tan singularizada condicionará la naturaleza y el tipo de rutas más utilizada para la comunicación humana y, por ello, gran parte del territorio del Zújar, de poblamiento túrdulo, se beneficiará de numerosos y amplios valles que facilitan la comunicación con la Depresión del Guadalquivir y con la Mancha (como evidenciarán las calzadas *Per Lusitaniam ab Emerita Caesaraugustam*, *Iter ab Corduba Emeritam*) mientras el territorio céltico, en el Ardila, se encuentra cerrado hacia el Mediodía y plenamente integrado en las tierras occidentales del Alentejo portugués (con un escaso entramado viario romano)⁶⁴.

⁶³. Zamora Cabanillas, 1987. Sólo las avenidas otoñales y primaverales han hecho, momentáneamente, infranqueable, al Guadiana, algo muy diferente del cauce del Tajo.

⁶⁴. Roldán, 1975; Álvarez Martínez, 1985: 144-145. La vía XXIII del Itinerario, de *Emerita* a la desembocadura del *Ana*, bordea la cuenca del Ardila por el Este.

Todo este relieve es especialmente agreste, pese a su escasa altura (dado que sólo algún pico marginal, como Tentudía por el Suroeste o El Judío por el Este, superan el millar de metros s.n.m.) y viene caracterizado por las erosionadas elevaciones del Macizo Hespérico que indican, hacia el Oeste, la transición gradual de la Meseta sudoccidental a la costa Atlántica y, hacia el Sur, el fin de la primera. Por ello es por lo que las alturas orientales, entre 600 y 800 m. s.n.m., conforman pequeñas serranías de inclinación NO-SE-NO, favoreciendo la utilización de sus valles como amplias vías de comunicación (p.e., el Valle de Alcudia, con *Sisapo* dominante⁶⁵). Tal disposición se ve parcialmente alterada en la cuenca del Ardila porque su cauce, en este caso, corre de Este a Oeste y por ello articula sus pasos hacia el Sur más por «puertos» (el Álamo, La Cruz, Puerto Lucía, Puerto Tumbo o La Jabata) que por amplios valles.

Básicamente, como el resto de la orla atlántica, estos ríos se asientan sobre una base pre-cámbrica y paleozoica típicamente afectada por la orogenia herciniana, con la formación de una gran penillanura poligénica, continuadora de la Submeseta sur, y con las sedimentaciones miocénicas que conformarán la cuenca inferior del Guadiana⁶⁶.

Geológicamente, como se ha indicado, se considera el extremo sur de una amplia cordillera paleozoica, el «Macizo Hespérico» de Hernández-Pacheco, que recorrería el Occidente hasta la depresión del Guadalquivir. Posteriormente erosionada, se compone fundamentalmente de pizarras y esquistos, flanqueando series de areniscas y calizas, con bolsadas de granitoides que le confieren una rigidez estructural que impedirá plegamientos terciarios notables, de forma que los paroxismos de esta Era se limitaron a fracturarla y elevarla en sus rebordes⁶⁷. Corresponde a la Zona de Ossa-Morena de Lotze, recogida en los sectores 3, 4 y 5 de los definidos por Bard⁶⁸.

⁶⁵. No es fruto de la casualidad que los oppida túrdulos citados por Plinio se sitúen en posiciones dominantes sobre estos valles (incluyendo Azuaga - Arsa?).

⁶⁶. Julivert et alii, 1980: 43-46; Daveau, 1987: 209-210; Castro, 1987: 249-260.

⁶⁷. Cabo, 1979: 17; Julivert et alii, 1980: 9-11; Ribeiro e Lautensach, 1987: 8; Barrientos, 1990: 21-27.

⁶⁸. Bard, 1969: 42.

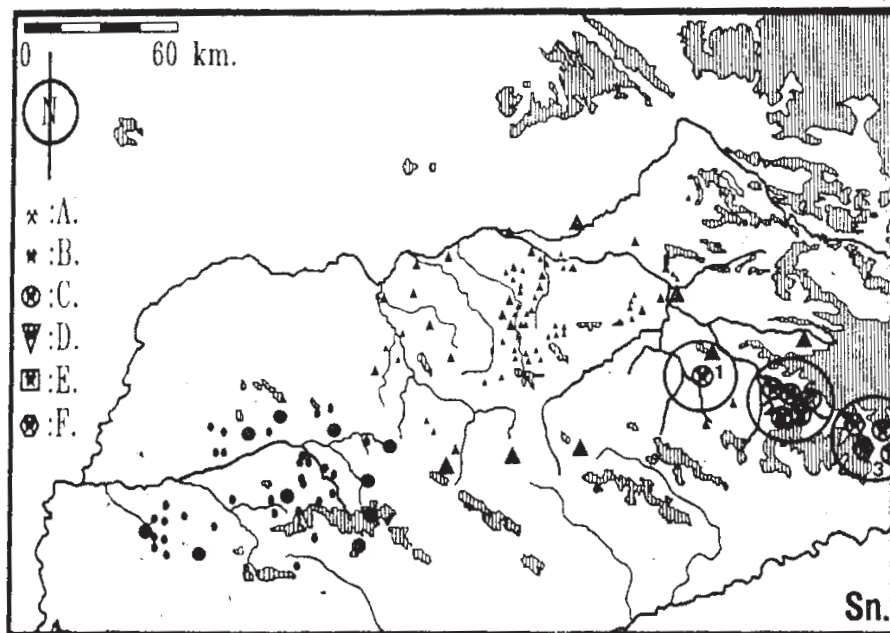
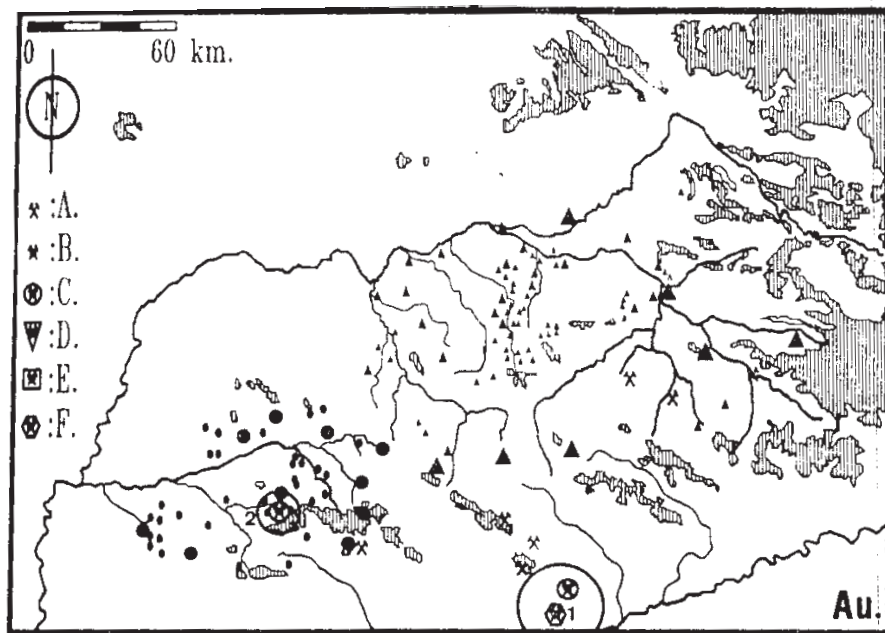


Fig.: 4.- Dominios metalíferos en el Suroeste: previsiones de recursos de oro y estaño.
En círculo, los poblados célticos y en triángulo, los túrdulos.

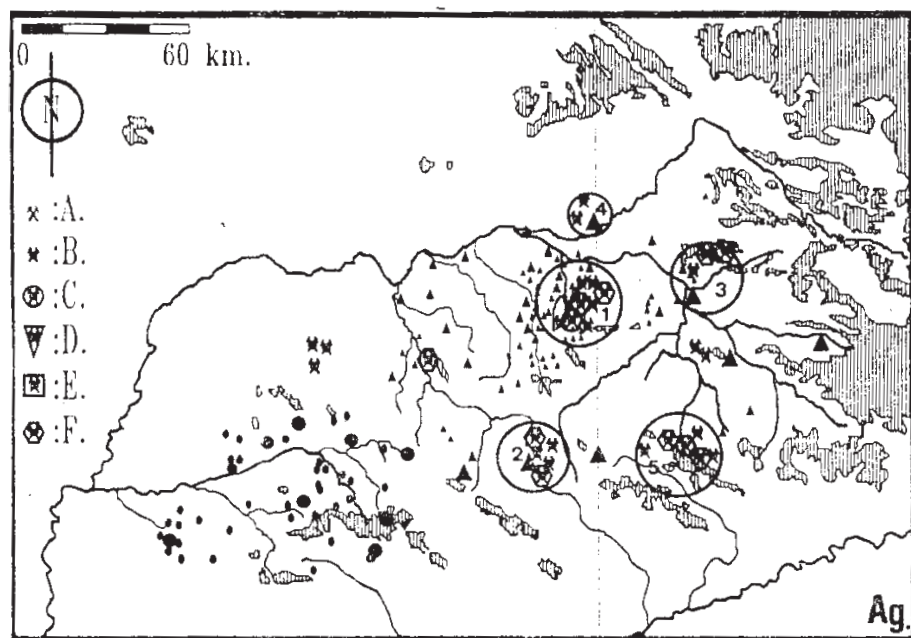
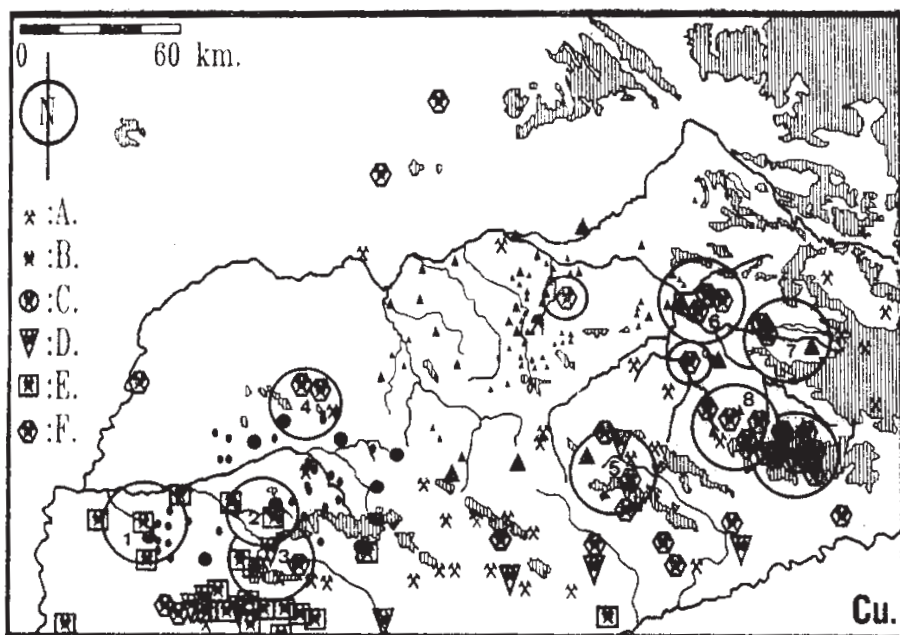


Fig.: 5.- Dominios metalíferos del Suroeste: previsiones de recursos de cobre y plata.

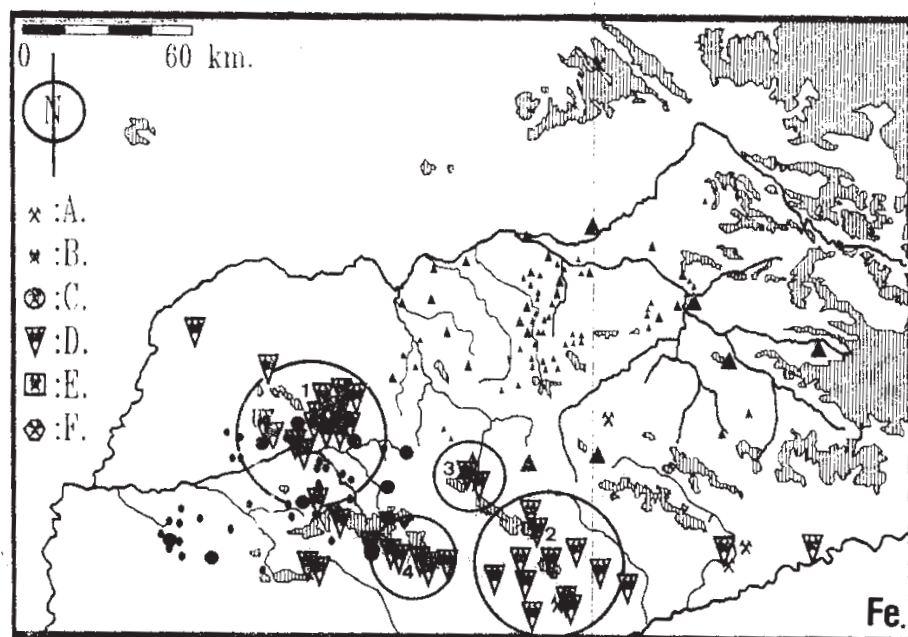
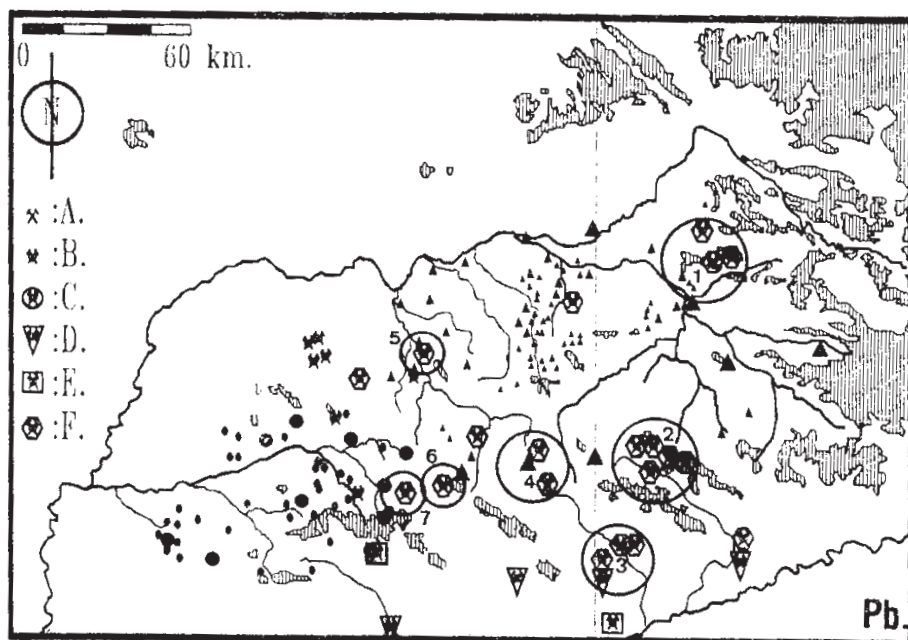


Fig. 6.- Dominios metalíferos del Suroeste: previsiones de recursos de plomo e hierro.
 En círculo, los poblados célticos y en triángulo, los túrdulos.

Todo este panorama define una región con especiales concentraciones de piedra ígnea y metamórfica, granitoides y pizarras que permitirán el uso de gran aparejo constructivo y serán esenciales para comprender la estructura genética de los recursos mineros, mientras las sedimentaciones terciarias y cuaternarias redundarán en las tierras centrales del Matachel, las únicas idóneas para las explotaciones agrícolas⁶⁹. Este dato confirma los postulados de partida porque, si esta somera visión de la Orografía e Hidrografía demuestra la singularidad y naturaleza geográfica de este territorio (la *Baja Extremadura*⁷⁰), la otra característica destacada por los textos clásicos hacía referencia a su riqueza minera que, en sus mentes, estaba asociada a terrenos montañosos y poco fértiles⁷¹.

Conocida desde el Calcolítico⁷², la causa de su riqueza se debe a mineralizaciones de diversos tipos, localizables en estas rocas ácidas o básicas, con filones en forma de aureolas en los que destaca uno o varios minerales-tipos cuando la erosión es lenta y profunda, como ocurre en la más meridional zona de escamas de la Faja Piritosa onubense⁷³.

Por ello mismo, en la Beturia occidental son numerosas las menas de hierro y cobre (aunque concentradas en las comarcas de Jerez de los Caballeros - Burguillos del Cerro y de Cala - Santa Olalla), mientras las tierras orientales serán importantes focos de menas plumbíferas, a menudo factibles de beneficio argentífero (Azuaga - Peñarroya - Pueblonuevo; Los Pedroches; Capilla) y de cinabrio (Almadén - Valle de Alcudia).

⁶⁹. Remitimos, para una visión completa, al excelente trabajo recogido en el Mapa Provincial de Suelos de Badajoz, 1972, de la serie del Mapa Agronómico Nacional.

⁷⁰. La *Baixa Estremadura* de los tiempos modernos (ss. XVI-XIX) abarcaba, también, las Vegas Bajas del Guadiana, porque su capital, Badajoz, era referencia política obligada. No obstante este territorio, como el extendido hasta Mérida, no puede considerarse como «betúrico».

⁷¹. «como la Beturia, con los llanos áridos que acompañan al Ana» (Estrabón, Geog., III, 2, 3).

⁷². Realmente en el foco más al Sur, Riotinto - El Andévalo: Rothenberg, 1989; Arribas et alii, 1989.

⁷³. Julivert et alii, 1980: 36-37; Monseur, 1977: 340-342.

Las figuras 4, 5 y 6⁷⁴ demuestran claramente la entidad y naturaleza de estas asociaciones genéricas sobre las seis mineralizaciones considerables como recursos principales en la Protohistoria: oro, estaño y cobre, en primer término, y plata, plomo e hierro, en segundo.

Respecto a las tres primeras, objetos de explotación en tiempos más antiguos, su localización demuestra conclusiones importantes: el oro era prácticamente desconocido en la Beturia, porque el único agrupamiento considerable, emplazado junto a la antigua *Celti* -Peñaflor- 1, queda fuera de este ámbito. No obstante Almagro-Gorbea había recogido la existencia de pequeñas menas de oro en Cala, según informaciones orales del Instituto Geológico y Minero⁷⁵. Tales datos, hoy bien conocidos como las menas «del Padre Pilón», se han visto recientemente incrementados con la localización de un pequeño filón de oro nativo que corresponderá a las típicas asociaciones occidentales de limonitas y

⁷⁴. Dichas cartografías se han digitalizado a partir de un exhaustivo estudio que tiene como base de partida la serie *Mapas previsores de mineralizaciones* E. 1:1,500.000 del *Mapa Metalogenético de España*, especialmente los referidos al cobre, hierro, oro y plomo-plata.

Además, dado el ámbito nacional de estos mapas y pese a su excepcional capacidad de detalle se han manejado las hojas de escala 1:200.000 del Mapa Metalogenético de España y 1:50.000 del Mapa Geológico de España. De todas ellas se han seguido los códigos referidos a la naturaleza y la entidad de los Mapas previsores de mineralizaciones, porque nos parecen los más claros y adecuados a nuestros propósitos. Asimismo se han consultado obras generales (p.e., Domergue, 1987, 1990) y específicas (p.e., Oriol, 1891; Guerra, 1972 y 1975) sobre minería prehistórica, romana y moderna, a fin de paliar las amplias lagunas de información que, sobre importantes regiones como la del Ardila, evidencian las obras generales, y se han tenido en cuenta todas las informaciones extraíbles de la cartografía oficial a escalas 1:25.000, :50.000, 100.000 y 200.000. El esfuerzo invertido ha sido grande y, con todo, nos deja insatisfechos porque junto a ello, las informaciones procedentes del conocimiento arqueológico y real del terreno - que en nuestro caso sólo podemos asegurar en lo referido a la Beturia céltica (Berrocal-Rangel, 1988, 1992 y, especialmente, 1994) son mucho más escasas de lo que sería deseable. Todo será, posteriormente contrastado en las figuras 7-12, a fin de huir de «soluciones fáciles» y «mapas-panaceas» que, a menudo, suelen perjudicar la investigación alejando resultados serios y objetivables.

⁷⁵. Almagro-Gorbea, 1977: 9.

cuarzos como mineralización primaria, y de un hidrotermal consecuente en el arroyo del Torviscoso -2-, afluente del Sillo, en las inmediaciones de los yacimientos de Nertóbriga y Capote⁷⁶.

Dichos hallazgos, bajo explotación de *Minera de Riotinto S.A.*, son de excelente ley, pero en pequeñas concentraciones, y prueban la solidez de la hipótesis de considerar el río Sillo como placer aurífero en época prehistórica. No obstante, como habíamos indicado en publicaciones previas, se trataría de pequeñas explotaciones similares a las que Manuel Maia ha supuesto como explicación a los castella del *Baixo Alentejo*, a lo largo de las *Riveiras del Oeiras y del Cobres*⁷⁷.

El estaño se acumula exclusiva y masivamente en el batolito de Los Pedroches (Cerro Gordo, El Viso, etc.), al Sureste de la Beturia túrdula. En esta conocida comarca minera sus menas se alternan con otras de cobre, en tal singularidad que pueden explicar las especiales concentraciones de estelas del Bronce Final, cada vez más numerosas⁷⁸. Este último mineral, en sus diferentes acepciones, es el único que se documenta con profusión en ambos extremos de la Beturia (todos además corresponden al holotipo *Butte*, con intrusiones muy variadas de hierro, plomo, oro y plata, entre otros minerales) pero, así como en Los Pedroches presenta afloramientos de importancia, entre los célticos las menas son secundarias -p.e., Cala, Encinasola/San Sixto- y en nada compa-

⁷⁶. Nos causa gran satisfacción poder agradecer dichas informaciones a dos de nuestros colaboradores en las excavaciones y prospecciones de Capote y Nertóbriga, D. Alberto Marfil García y D. Angel Canales Gallarosa, directores del Laboratorio de Química Inorgánica y de los equipos de prospecciones geológicas de la empresa *Prerreducidos Integrados del Suroeste S.A. (PRESUR)*, de Fregenal de la Sierra, sin duda profundos conocedores del substrato geológico y minero de la Beturia céltica. Aunque pudiera contabilizarse, además, el recientemente descubierto yacimiento de Aguasblanca (Monesterio, BA), su estructura geológica descarta inicialmente cualquier aprovechamiento protohistórico.

⁷⁷. Que significa, en viejo Portugués, «río del oro». Remitimos a Berrocal-Rangel, 1992:237-238, fig.60; 1994-b, e.p. y Maia, 1986: 223.

⁷⁸. Hay que confirmar que estas concentraciones son mal conocidas y suelen aparecer en capas intercaladas de escasa o estéril productividad, aunque las investigaciones en yacimientos primarios están abiertas (yacimientos aluviales de tipo D): *Mapa previsor de mineralización de Estaño*, 1972:26 ss.

rables a las de la franja meridional Riotinto-Tharsis-El Andévalo (que son masas piritosas de holotipo *Huelva* y representaban en 1972 el 97 % de la producción nacional, frente al 2 % de Cala⁷⁹).

Intensificadas estas explotaciones y completadas con los minerales de plomo e hierro durante los siglos previos a la llegada de Roma, las diferentes vocaciones de las tierras habitadas por los túrdulos y célticos se incrementan porque, frente a una clara concentración de los yacimientos de plomo, y plata asociada, a lo largo de las cuencas del Zújar (Zalamea-Castuera, Miróbriga-Capilla, Los Pedroches y Azuaga-Arsa?) y del Matachel (Fornacis-Hornachuelos o Regina), sobresale su evidente escasez entre los célticos del Ardila donde, por el contrario, encontramos afloramientos férricos que, en dirección NO-SE-NO, se extinguen hacia en el valle del Guadalquivir (Guadalcanal-*Celti*, Pedroso), para aflorar de nuevo en la serranía rondeña, entre los que precisamente citaba Plinio como célticos de la Bética.

Sin embargo, este hierro es de muy difícil explotación por su baja ley. En el Mapa previsorio del Hierro se identifican como yacimientos de magnetita y hematites de categoría B2, considerada como secundaria aunque en actividad, al menos en Santa Olalla y Jerez de la Caballeros, con el 4 % de la producción nacional en 1969⁸⁰. Ello no debe significar nada más que una llamada a la prudencia porque, por ejemplo, las explotaciones del Sistema Ibérico, con las serranías Menera y Albarracín, de indudable importancia en época celtibérica, sólo suponían en este año el 9 % de la producción nacional.

⁷⁹. Mapa previsor de mineralizaciones de Cobre, 1972: 26, figs. 2.1-2 y 4-5.

⁸⁰. Se trata de masas irregulares de magnetita y hematites, incorporadas a rocas carbonatadas, especialmente en relación con granitos, cuya explotación exige, especialmente en las de Santa Olalla-Cala por la presencia de sulfuros de cobre, un tratamiento previo de molienda fina: *Mapa previsor de mineralizaciones de Hierro*, 1972: 27, figs. 2.1-1 y 4. Estos yacimientos, de naturaleza masiva, configuran la Zona metalífera del Suroeste - junto a Olivenza - y son idénticos a los de la Sierra de Ronda (que, curiosamente, destacan por su singularidad en la Zona Metalífera Bética, la nº 5). No tienen nada que ver con otras explotaciones del Guadalquivir pero sí con las del Sistema Ibérico, especialmente Sierra Menera, Albarracín y Atapuerca, porque éstas, en mena de siderita y hematites, son también masivamente asociadas a rocas carbonatadas, respondiendo al holotipo Bilbao.

Otros minerales de aparente menor importancia arqueológica suelen pasar inadvertidos. En este sentido, en tierras betúricas se localizan importantes y reconocidos depósitos de cinabrio (Almadén - Fig. 11) junto a otros de escasa importancia en términos productivos actuales, pero de indudable interés en contextos muy diferentes. Así valoramos los yacimientos de grafito (Fig. 10) y hulla (Fig. 9 y 12), éstos con destacables concentraciones entre Casas de Reina (Badajoz) y Guadalcanal (prov. de Sevilla, pero hasta el siglo XIX en la Baja Extremadura). El uso de estos minerales en la metalurgia del hierro pudo haber sido una clave técnica y económica fundamental.

Si todo este *potencial* de recursos mineros es evidente, su valoración debe hacerse de forma muy matizada, cuando se refiere a tiempos prehistóricos y romanos, porque parece claro que tales recursos pudieron no ser explotables con la tecnología de aquellos tiempos, o pudieron no ser rentables o, simplemente, fueron ignorados.

Sólo el testimonio arqueológico y, exclusivamente, el procedente de excavaciones sistemáticamente realizadas y con horizontes cronológicos bien delimitados, puede aportar evidencias esclarecedoras de dichas relaciones. El hallazgo aislado, el procedente de las perniciosas labores de los «buscadores de monedas» e, incluso, el extraído de inscripciones y materiales superficiales hallados en prospecciones podrán ser, en el mejor de estos casos, considerados como sólido indicios pero no alcanzan a la consideración de «evidencia» alguna.

Además, una correcta valoración de dichos recursos debe realizarse dentro de un estudio no menos exhaustivo sobre las capacidades de generar riqueza de la comarca en general, con análisis concretos de cada recurso, a fin de poder valorar la verdadera importancia de cada cual y evitar tanto las omisiones generalizadas que, de este territorio, reflejan algunas de las más reputadas investigaciones⁸¹, como sobrevaloraciones surgidas de inevitables «modas de la

⁸¹. Es llamativa la escasa repercusión que de las minas de la Beturia céltica reflejan las obras de Domergue y ello es altamente significativo del bagaje general sobre nuestras informaciones, porque nadie duda de la calidad de la obra de este investigador ni del conocimiento profundo que tiene de tierras no muy alejadas -como sabemos personalmente por sus excavaciones en Aljustrel, Portugal (1983, 1987, 1990) y prospecciones a los largo de los yacimientos túrdulos - especialmente en la cercana Azuaga (1970 y 1987: 17 ss.).

investigación» y del conocimiento, aún superficial, que de la Arqueología y de los recursos naturales del territorio tenemos⁸².

Dado que la envergadura de un trabajo como éste supera, en mucho, nuestras posibilidades actuales y que hemos realizado un primer ensayo exclusivamente aplicado a la Beturia céltica, hoy en prensa⁸³, hemos optado por aplicar un enfoque selectivo por comarcas, a escala 1:200.000, aprovechando la excelente cartografía provincial al uso y su homogeneidad con las hojas a esta escala del *Mapa Metalogenético de España* y con el *Mapa de Cultivos y Aprovechamientos de la provincia de Badajoz*⁸⁴. De esta forma se han analizado, con información asimilable y ampliada por las numerosas obras antes citadas, los recursos mineros, pero también los agro-pecuarios y los referidos al control de las comunicaciones y a otros factores de dominio del entorno que, bajo la calificación de «recursos estratégicos», suelen dar explicación a las razones del poblamiento.

Según estos planteamientos, y siguiendo las pautas más utilizadas a la hora de definir diferentes modelos que expliquen una colonización intencionada del territorio⁸⁵, hemos analizado el tipo de poblamiento de la Beturia a través del análisis de las razones o pautas que lo encauzaron.

Tales razonamientos se han querido buscar en las relaciones de los poblados con los recursos, contempladas como factores o pautas naturales, fluviales y orográficas, económicas, comerciales y defensivas, estando estas tres últimas, como siempre, íntimamente relacionadas.

⁸². A tal efecto el término de *Ferrum Baeticum*, acuñado por Canto y de Gregorio para destacar (en la línea abierta por Rodríguez Díaz: véase nota 125 y 1989: 171-172) la importancia del hierro en las explotaciones de la Beturia -1991: 275-, aunque encuentra sólidos indicios (véase nuestra nota 80) puede conducir a presunciones e impresiones exageradas sobre la verdadera valía «peninsular» del potencial minero del hierro en este territorio occidental, como explicaremos a continuación.

⁸³. Berrocal-Rangel, 1994-c.

⁸⁴. Hojas 60, 67-68 y 69, publicación de 1974, IGME y, Mapa de Cultivos y Aprovechamientos, Provincia de Badajoz, 1988.

⁸⁵. Haggett, 1976; Hudson, 1969; Bradley, 1978; Brun, 1988.

Las primeras se han considerado de carácter natural y productiva, implicadas en las capacidades agropecuarias y mineras potenciales, o de las tierras en que están enclavados los poblados que son, según nuestros postulados iniciales (tierras áridas y mineras), las que más nos interesan. Como pautas estratégicas se definen los factores comerciales desde el punto de vista del control y localización en las redes de caminos observables y, en el mismo contexto, han de comprenderse los factores defensivos, desde el dominio visual al grado de accesibilidad al hábitat.

La conjunción de estas pautas, en diferentes proporciones, permitirá plantear hipótesis sobre la dinámica organizativa de los poblados a nivel comarcal, con procesos de concentración, o agrupamiento, y respuestas a intereses concretos dominantes, a la explotación de recursos específicos, dirigidos hacia la monopolización del territorio⁸⁶.

De la aplicación selectiva, con criterios que han favorecido las mayores concentraciones de poblados prerromanos conocidos⁸⁷, se ha concluido la definición de seis ejemplos de patrones de poblamiento, en función de otros tantos tipos de pautas que en principio han sido analizadas siguiendo los clásicos tratamientos de Hagget, Hodder y Orton⁸⁸:

a. *Poblamiento lineal* (Fig: 7):

En función del dominio directo sobre una concentración lineal de recursos principales se ha definido la red de poblados prerromanos que ocupan las tierras ribereñas al Norte del cauce medio del Ardila. Sus tres hábitats principales, a juzgar por las superficies ocupadas y la trascendencia histórica de la ocupación, son *Seria-Jerez?* -[27]-, *Segida-Guruviejo?* -[41]- y *Ugultunia-Los Cercos* -[44]-, tres de los *oppida* citados por Plinio.

⁸⁶. Berrocal-Rangel, 1992: 243 ss.; y, especialmente, 1994-c.

⁸⁷. Hemos seguido los trabajos de síntesis sobre el poblamiento, publicados por Enríquez Navascués y Hurtado Pérez, Rodríguez Díaz, Vaquerizo Gil, Ortiz Romero, y de nosotros mismos, para seleccionar dichos yacimientos, datados de forma genérica entre finales del siglo V y mediados del I a.C. Se han admitido, además, aquellos romanos de posible origen protohistórico, aunque diferenciándolos con letras.

⁸⁸. Hodder y Orton, 1990: 98-99; Haggett, 1976.

Entre ellos se intercalan otros de aparente importancia secundaria, a veces bajo el claro dominio visual de los anteriores, y en evidente relación con recursos de sus entornos⁸⁹ : es el caso de El Cañuelo -[5]-, junto a minas de hierro -Stª. Justa, S. Guillermo- y sobre aguas y tierras de interés agro-pecuario. La dispersión regular de poblados a lo largo de la ribera citada y de la ruta de comunicación que proponemos⁹⁰ viene a coincidir con un tercer recurso, minero, en forma de banda paralela con pequeños afloramientos férricos: mineralizaciones de magnetita en rocas carbonatadas que, mediante una fina molienda y aplicación de magnetismo, han permitido una explotación continuada hasta los tiempos actuales en minas como «Monchi» y «Consuelo», con una ley superior al 61%, y «La Berrona», «Bilbaína» y «Bóveda»⁹¹.

b. *Poblamiento concentrado regular (Fig: 8):*

En función del dominio cerrado sobre un recurso puntual y un entorno regular ha sido documentado otro patrón del poblamiento del Ardila, éste al Sur de su cauce y pivotando en torno al enclave central de Nertóbriga -[33]-.

En este caso, el esquema centrípeto y regular puede deberse al aprovechamiento de dos recursos de diferente naturaleza. El primero, de tipo puntual, parece identificarse con la sólida posibilidad que el río Sillo haya sido explotado como placer aurífero. A las escorias con beneficio de oro halladas¹¹⁰ en este importante *oppidum* se une la consideración aurífera de una de sus pequeñas corrientes subsidiarias, el arroyo del Torviscoso que nace en las inmediatas proximidades de Nertóbriga. Este recurso, complementado con la localización de pequeñas minas en Valera y La Gallega, explica la naturaleza concentrada del poblamiento de su entorno, mientras su regularidad, a distancias muy aproximadas (entre 5 y 10 km., en torno a Nertóbriga: Capote -[6]-, San Cristobal -[c]-, La Pepina -[37]-, Castejones de Bodonal -[9/10]-, La Martela -[29]- y Cas-

⁸⁹. Para un desarrollo más completo, Berrocal-Rangel, 1992: 259-261 y 1994-c.

⁹⁰. La consideramos junto al Castillejo de Oliva, Helechal, Jerez, El Cañuelo, El Guruviejo, El Chaparral y Belén, siguiendo la Colada de la Trocha, la carretera de Oliva a Jerez, la de Jerez a Burguillos y desde ésta, confluyendo con la Cañada a Medina, se dirige a Zafra por la carretera que afectó al poblado de Belén. Para mayor detalles: Berrocal-Rangel, 1992: 258 y 1994-c).

⁹¹. Quesada, Hoja 67-68, Mapa Metalogenético: 43-44; Arribas, 1962.

tro de Fuentes -[18]-) responde a la ocupación de la única altiplanicie de la comarca, con posibilidades de explotación agro-pecuaria extensiva de cierta trascendencia, ya para cultivo de cereales como de pastos que justifican el cruce a sus pies de varias cañadas. Estas refuerzan el carácter concentrado y puntual de este tipo de poblamiento.

c. *Poblamiento concentrado irregular (Fig: 9):*

En función del dominio cerrado sobre un recurso puntual y una distribución irregular parece identificarse el poblamiento de un territorio fronterizo y sudoccidental de la Beturia túrdula, los entornos de Azuaga, la tradicional y discutible Arsa -[1]- entre *Regina* - Casas de Reina -[24]- y *Mellaria* - Fuente Obejuna -[19]-.

Este territorio presenta dos tipos de recursos principales: en primera instancia, una densa concentración de pequeñas menas filonianas de plomo cuprífero y argentífero que se extiende en los entornos de Azuaga, localidad que ocupa una posición central sobre tal recurso y, en segunda, una importante vía de comunicación que, de E-O-E, corre a lo largo de la divisoria de aguas (Guadiana - Guadalquivir) y de las provincias actuales, comunicando *Regina* con *Mellaria* y, más allá, con Los Pedroches de la provincia de Córdoba. Esta vía, resaltada recientemente por Stylow con referencia a la explotación de su potencial minero⁹², ha permitido la distribución de estos recursos desde época protohistórica hasta momentos recientes⁹³.

Respecto a ambos recursos se define un poblamiento concentrado e irregular, bordeando dicho manchón minero y flanqueando la vía, cada 10 km., sobre una estructura orográfica accidentada que favorece dicha disposición, porque estos *oppida* se emplazan sobre las serranías que con dirección NO.-SE.-NO. se suceden intercaladas con los valles de la divisoria de aguas.

d. *Poblamiento agrupado regular (Fig: 10):*

En función de un dominio selectivo y regular sobre un recurso concentrado y principal se definen otros poblados de la Beturia, como los documentados en la cuenca central del Zújar, en la comarca de la Serena. En ella, se localiza otra

⁹². Stylow, 1991: 12; 1987.

⁹³. Domergue, 1970 y 1985.

importante concentración de galenas argentíferas, especialmente idóneas para las extracciones de plomo⁹⁴, y cartográficamente rodeadas a lo largo de su entorno Norte, Oeste y Sur por densos agrupamientos de pequeños y medianos hábitats prerromanos y republicanos. Estos responden, mayoritariamente, a castrejos y a lo que se han denominado «recintos-torres».

Claramente relacionados con el control de las rutas de acceso y de salida, al menos las emplazadas en alturas estas pequeñas fortalezas «torre» debieron tener, además, funciones implicadas con la explotación de los pequeños yacimientos mineros de esta comarca⁹⁵. Su disposición aparece articulada en dos bandas: una, interior y en directo contacto con los yacimientos mineros (articulados alrededor de la actual localidad de Castuera), y otra exterior más abierta y con asentamientos tan diversos como los castros de El Bonal -[14]- y Las Dehesillas -[10]-, Cancho Roano -[c]- y la misma *Iulipa*, bajo Zalamea de la Serena -[I]-.

e. *Poblamiento agrupado irregular (Fig: 11):*

En función de un dominio selectivo e irregular sobre un recurso concentrado y principal aparecen agrupados una serie de poblados en torno al horcajo formado por los ríos Esteras y Zújar, en el medieval «Estado de Capilla».

Junto a la abundancia en aguas de estas tierras, que han permitido la realización del gran embalse del Zújar a partir de este punto, se deben contabilizar dos importantes factores: un concentrado e importante manchón de galenas argentíferas, localizado al Este de la localidad de Garlitos, y una vía de trascendencia social y económica indudable, que comunica la comarca de La Serena con La Alcuña, dominada por asentamientos en altura tan significativos como Las Poyatas -[23]-, el Peñón del Pez -[22]-, *Mirobriga* -[21]-, pasando por los yacimientos de cinabrio de Almadén y, poco más allá, por la *Sisapo* túrdula, en La Bienvenida -[27]-. Esta vía tiene una reconocida tradición en uso, especialmente destacada en época romana, por coincidir en gran parte con la calzada *Per Lusitaniam ab Emerita Caesaraugustam*, por la que se encauzarían gran parte de las riquezas mineras de la Alcuña y de Capilla, y se controlarían los accesos sudorientales del territorio emeritense.

⁹⁴. VV.AA., 1978: 112; sobre sus explotaciones hasta el siglo XIX, consúltese: Oriol, 1891.

⁹⁵. Ortiz Romero, 1991; Rodríguez Díaz y Ortiz Romero, 1990: 53 y 59.

f. *Poblamiento disperso irregular* (Fig: 12):

En función de un dominio irregular sobre un recurso disperso parecen emplazarse gran parte de los *oppida* y castros orientales de la Beturia céltica. Zona, definida por el cauce inicial del Ardila, engloba poblados tan conocidos como *Ugultunia*-Los Cercos -[44]-, *Curiga*-Monesterio -[C]-, *Turobriga*-Bienvenida -[15]-, Los Castillejos 2 -[12]-, el Castellar y los Cantamentos de la Pepina -[34, 36 y 37]-, los Castejones de Bodonal -[9 y 10]-, Gigonza -[25]-, etc. Su distribución demuestra una repartición irregular que debe ponerse en relación con la inexistencia de recursos espacialmente agrupados, así como con el control de pasos y caminos tan importantes como la *Real Cañada Oriental Leonesa*, habitualmente conocida como «Soriana»⁹⁶ y con un trazado NE-SO-NE a lo largo de la zona, o la delimitadora Vía de la Plata que presenta el conocido trayecto Norte - Sur.

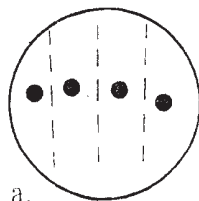
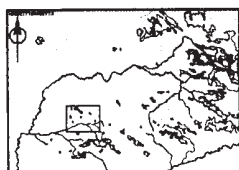
La ausencia tanto de concentraciones mineras -realmente, de yacimientos mineros- como de tierras especialmente idóneas para la agricultura permite comprender el porqué de la irregularidad de sus asentamientos, cuya relación con caminos, pastos y vías pecuarias es fundamental para entender, en gran parte, la colonización hispanocéltica del Ardila. Tal como hemos desarrollado en publicaciones previas, estos poblados como la gran mayoría de los célticos responden a emplazamientos naturales en los que la relación con los recursos hídricos en forma de arroyos, fuentes y manantíos, es evidente⁹⁷.

Todo ello debe ponerse en relación con la importancia de las riquezas ganaderos y, probablemente por ello, se buscan emplazamientos con dominios múltiples, abarcando bajo sus entornos inmediatos arroyos, rutas y tierras de diversas clases agrológicas, ganaderas (V y IV) y forestales (IV), con algunos manchones de la clase III (adecuados para una agricultura extensiva, compaginada con olivar)⁹⁸. Sólomente dos de los catorce poblados, los *oppida* *Ugultunia* -[44]- y *Turobriga*?-Bienvenida -[15]- que son limítrofes con la rica comarca agraria de Tierra de Barros, se emplazan dentro de estos últimos manchones (Fig.: 13).

⁹⁶. García Martín, 1988: 434-437 y 455.

⁹⁷. Berrocal-Rangel, 1992: 226 y 246-248; 1988 y 1994-c.

⁹⁸. La dispersión de clases se ha digitalizado sobre el Mapa de cultivos y aprovechamientos de la provincia de Badajoz (1988), complementado con las lecturas de los Mapa provincial de Suelos. Provincia de Pontevedra, 1964: 263 ss. y Badajoz, 1972.



a.

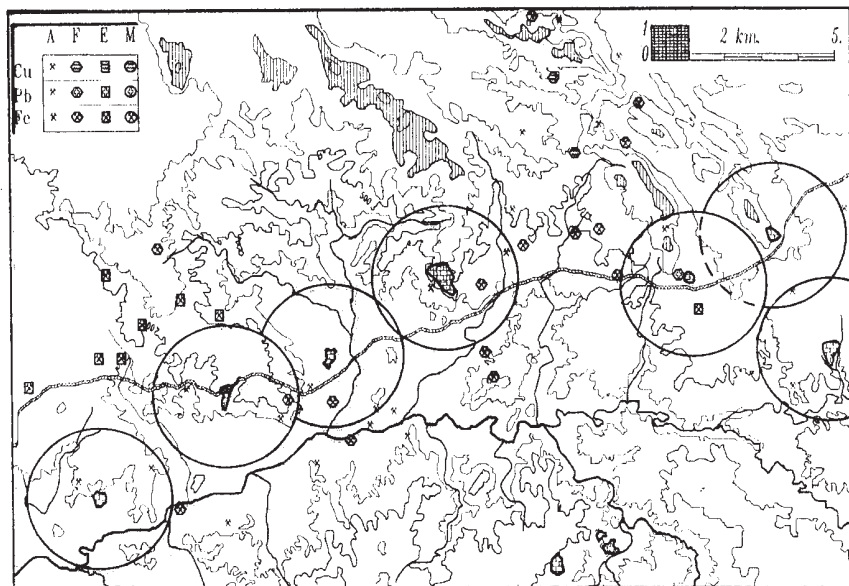
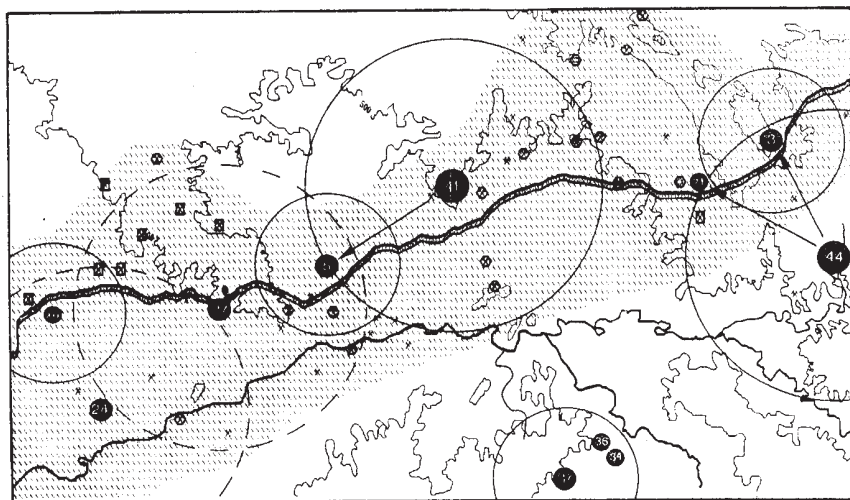


Fig.: 7.- Patrón de poblamiento lineal entre los célticos de Seria, Segida y Ugultunia.

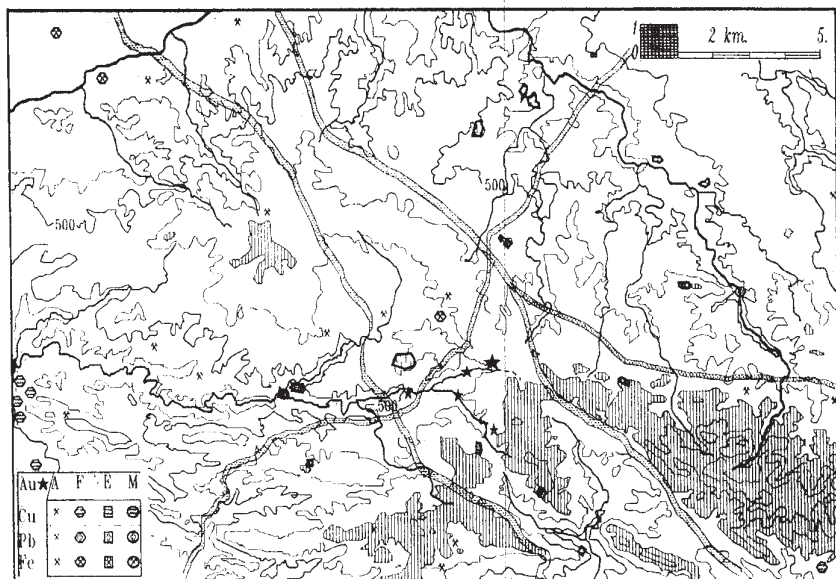
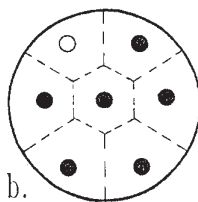


Fig.: 8.- Patrón de poblamiento concentrado y regular en la comarca de Nertobriga.

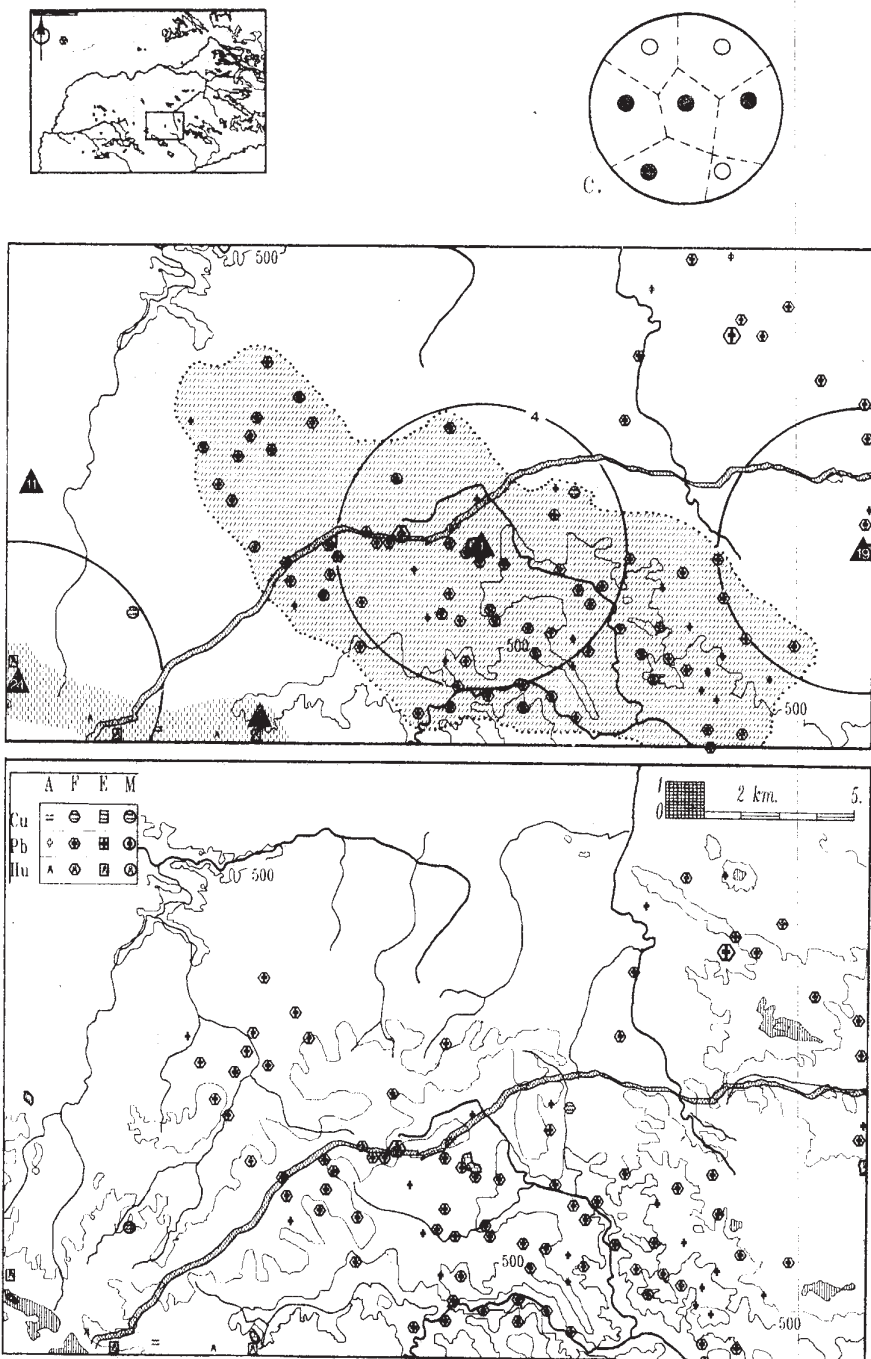


Fig.: 9.- Patrón de poblamiento concentrado e irregular en la comarca de Regina - Mellaria.

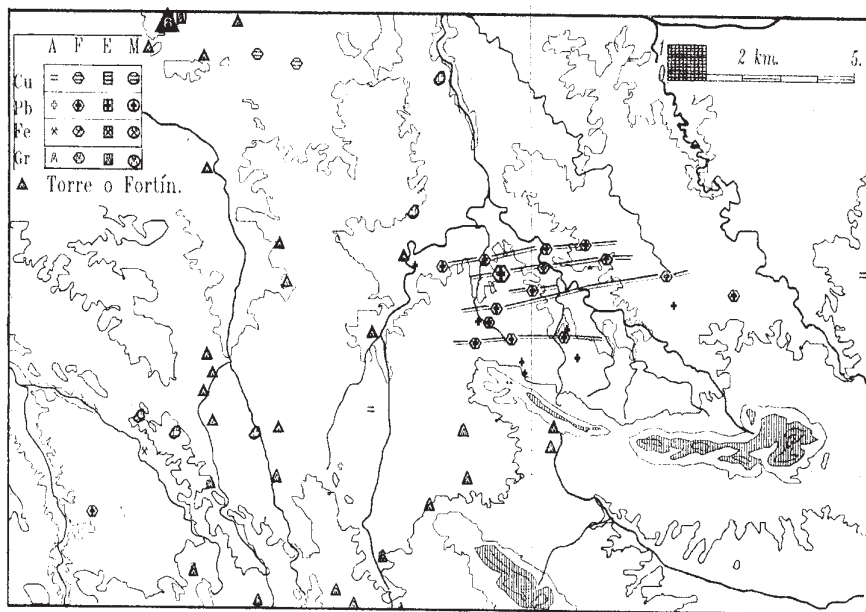
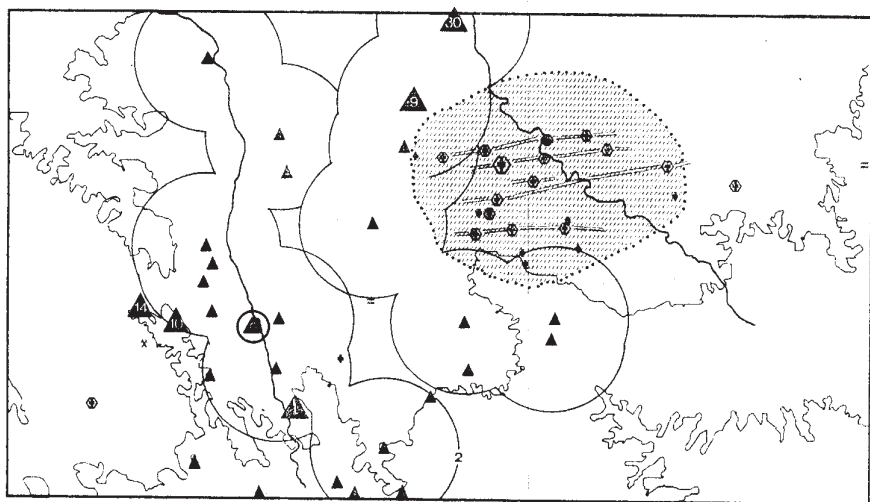
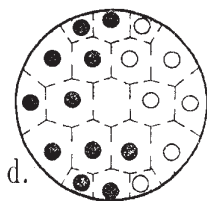
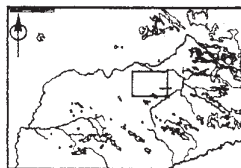


Fig.: 10.- Patrón de poblamiento agrupado y regular en la comarca de Iulipa.

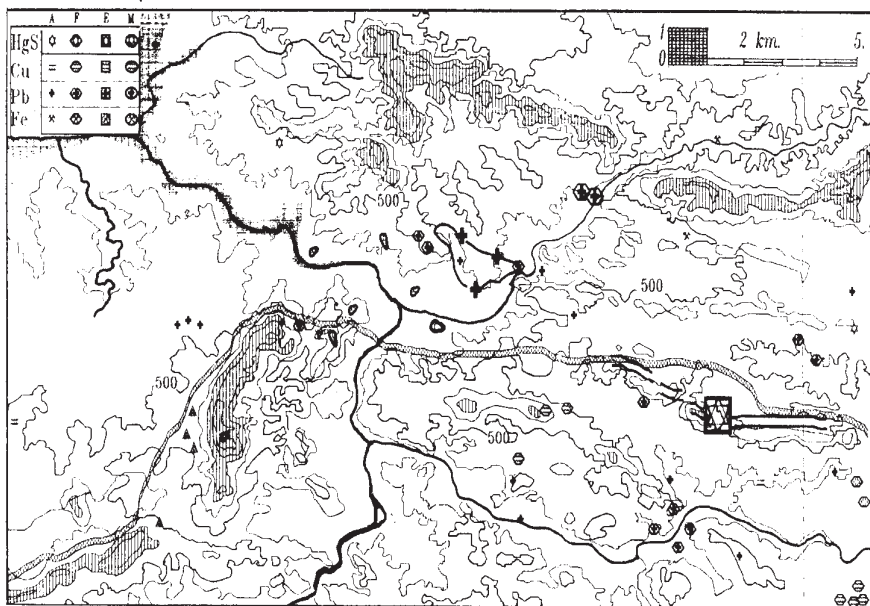
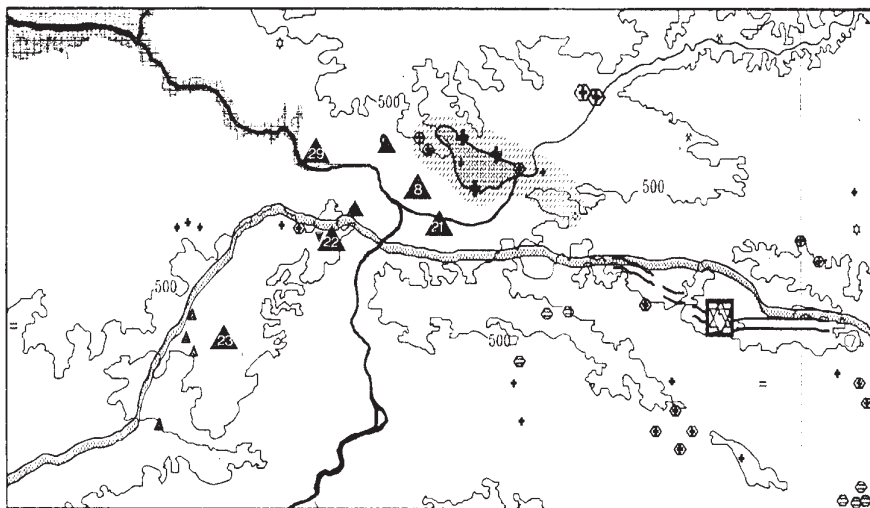
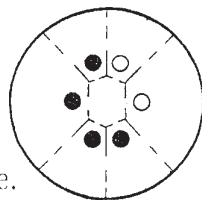
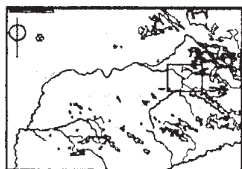


Fig.: 11.- Patrón de poblamiento agrupado e irregular en los entornos de Mirobriga.

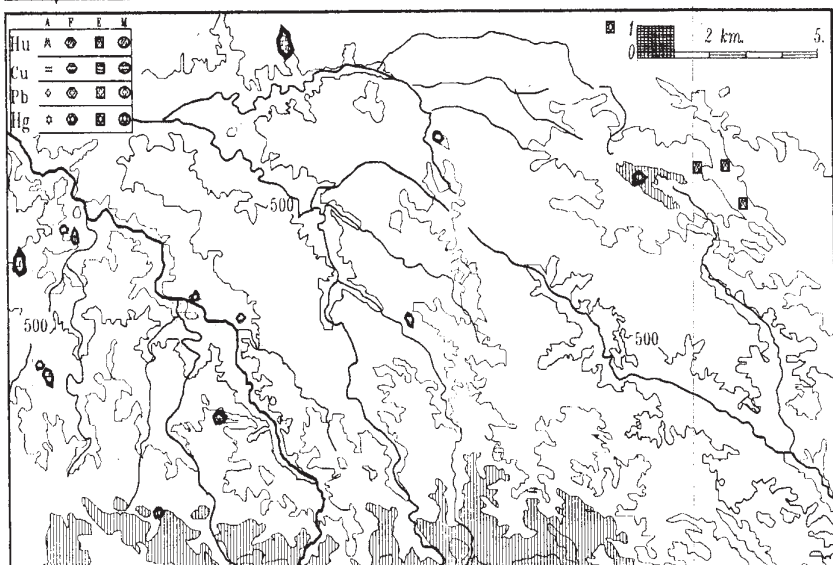
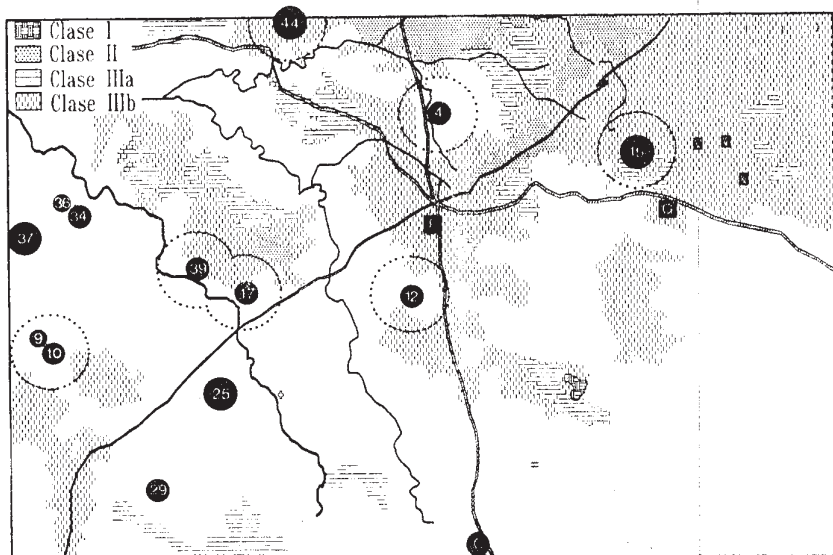
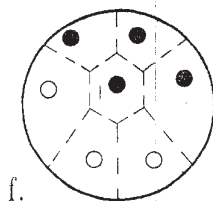


Fig.: 12.- Patrón de poblamiento disperso entre los oppida de Ugultunia, Laci<ni>murga y Curiga.

El aprovechamiento ganadero, aunque mal conocido en los escasos estudios arqueozoológicos realizados⁹⁹, comienza a confirmarse como uno de los principales motivos del poblamiento en la Beturia. No en vano, las llanuras y pastos de esta región fueron base de las acampadas mesteñas durante siglos posteriores¹⁰⁰, y en tal sentido resulta especialmente significativa la trayectoria de las principales cañadas que durante la Edad Media y Moderna (y Contemporánea, también) unieron esta tierra con la Meseta Norte (Fig.: 13).

Por otra parte, las observaciones actuales encuentran confirmación entre las históricas, con diversas vocaciones ovinas o bovinas según los territorios betúricos. De esta forma, junto a la importancia reconocida de la oveja en el entramado mesteño, no podemos descartar la trashumancia bovina, cuya existencia se conoce en las verdes comarcas centrales del Ardila según preciosos textos medievales que remiten, al menos, a las primeras poblaciones cristianas¹⁰¹. Todo ello nos lleva a plantear nuevas dinámicas poblacionales que, como ha defendido Almagro-Gorbea para la Meseta Norte¹⁰², serían de naturaleza ganadera.

⁹⁹. Morales Muñoz, 1977 y 1994; Castaño Ugarte, 1991-a y 1991-b; Berrocal-Rangel, 1994-a: 245 y -b: 241 ss.

¹⁰⁰. Klein, 1919; 1979; García Martín, 1988; García Martín et alii, 1991; Mangas Navas, 1992; etc.

¹⁰¹. Contamos con importantes documentos, escritos de forma continuada desde el siglo XIII, y localizados en archivos municipales y eclesiásticos de poblaciones como Segura de León y Fuentes de León por nuestro compañero, D. Andrés Oyola Fabián, durante las investigaciones de su tesis doctoral. Gentilmente nos ha facilitado dos ejemplos que hacen referencia a reiterados pleitos establecidos ante la llegada de ganado «extrangero y de baca» al Ardila: en el libro *Apuntamiento legal sobre el dominio solar.....de la Orden de Santiago*, de Bernabé de Chaves (c. 1745, fol. 54), se recoge la *Carta de privilegios en favor del Concejo de Segura de León* (carta que está localizada), de fecha 1389 y cita «.....por quanto aquel concejo se le querello que el Comendador Mayor le quebrantaba el exido, metiendo en el ganados extrangeros y sus bacas.....»; y en la *Carta de privilegios de Fuentes de León*, de 1484 (indiferente, fol. 3 y 3v^a), haciendo transcripción de un documento anterior, de fecha 1417, se recoge «Que los dichos conçejos dieron al dicho comendador mayor en que dixeron que les vendio sus términos e pastos a ganados extrangeros.....fallamos quel dicho comendador mayor avía vendido / el dicho término e aun mas meter vacas de fuera a ervaje e aun agora las trae dentro en el dicho termino.» Estos, y otros testimonios que destacan la importancia del ganado bovino en estas tierras, están siendo recopilados y analizados por D. Andrés Oyola para su próxima publicación (Oyola Fabián, e.p.)

¹⁰². Almagro-Gorbea, 1987-b; Gómez Pantoja, 1993.

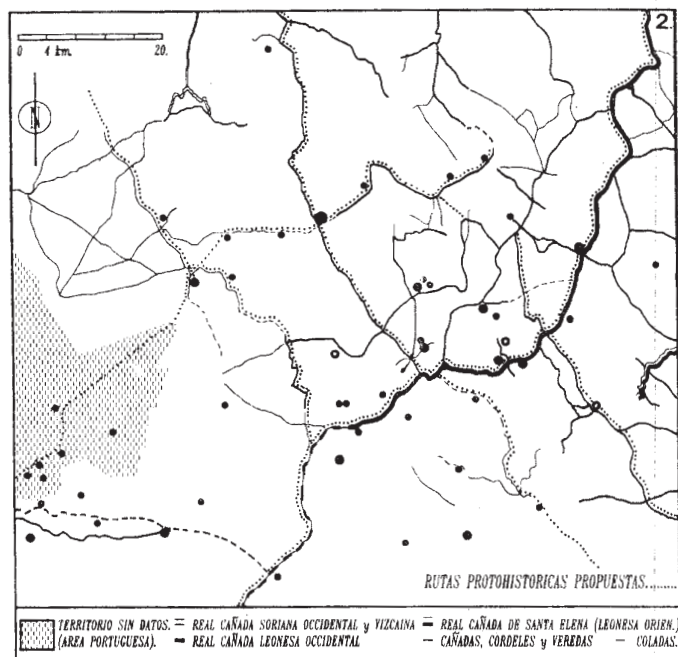
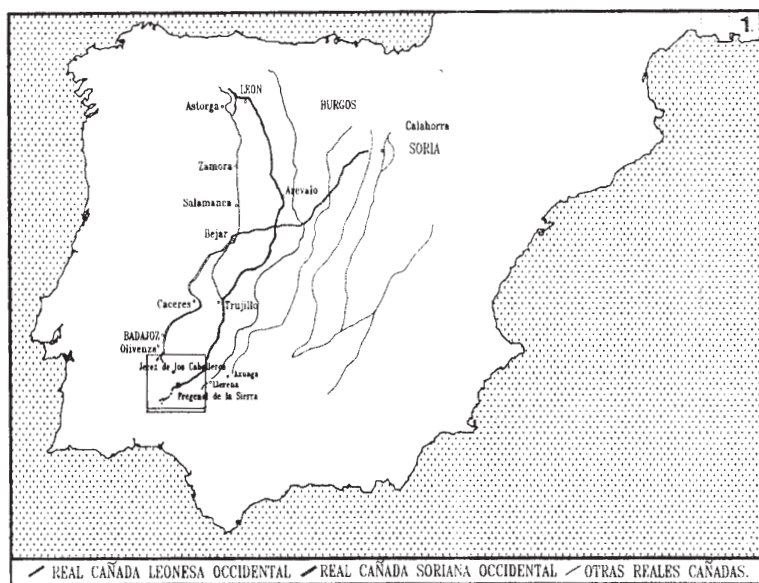


Fig.: 13.1.- Mapa de las principales cañadas mesteñas, realizado a partir de García Martín et alii, 1991 y Mangas Navas, 1992, ampliados; 13.2.- Cañadas, cordeles, veredas y coladas del Ardila y su confrontación con el poblamiento prerromano y con las vías de intercambio propuestas, y ampliadas con las recogidas en las hojas 1:25.000 y 1: 50.000 del MTN (mayor desarrollo en Berrocal-Rangel, 1994-c).

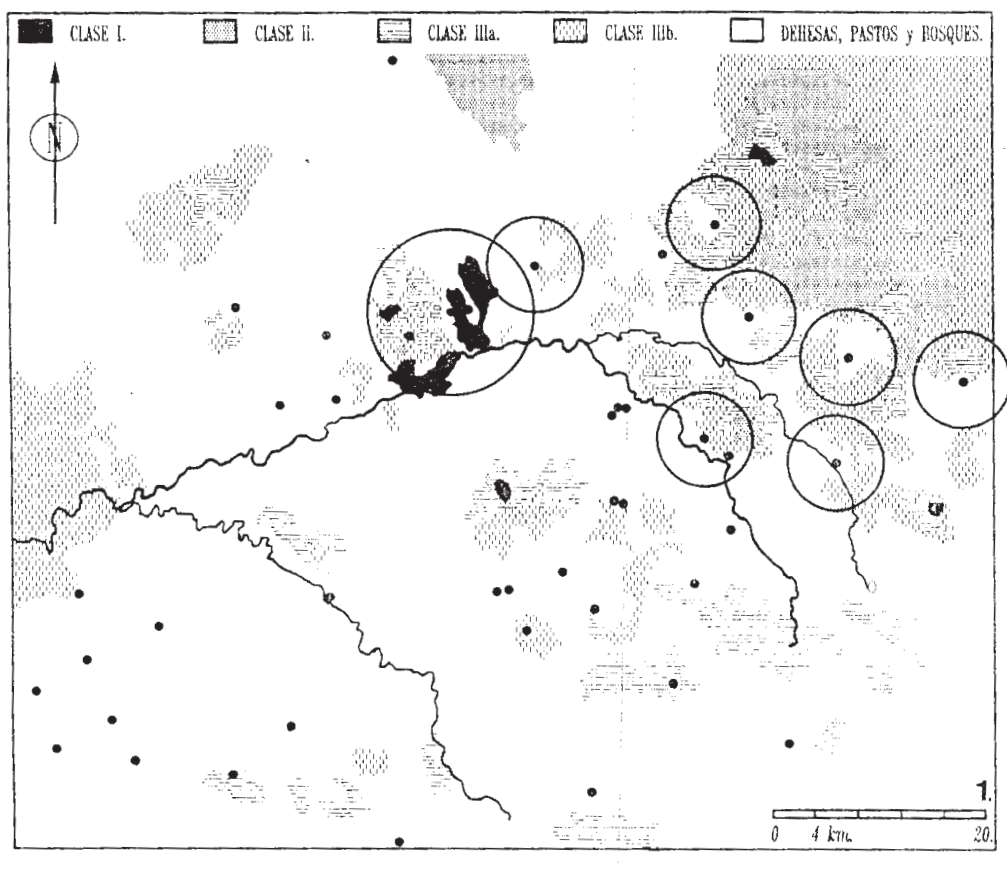


Fig.: 14.1.- Repartición de las diferentes clases agrológicas en la Beturia céltica y sus relaciones con los poblados prerromanos (círculos negros), con información del Mapa provincial del Suelo y Hojas y Mapas de cultivos y aprovechamientos de Badajoz: clase I (agricultura de regadío, prados naturales); II (vides y asociación con olivos); IIIa (olivos y frutales); IIIb (agricultura de secano, cereales).

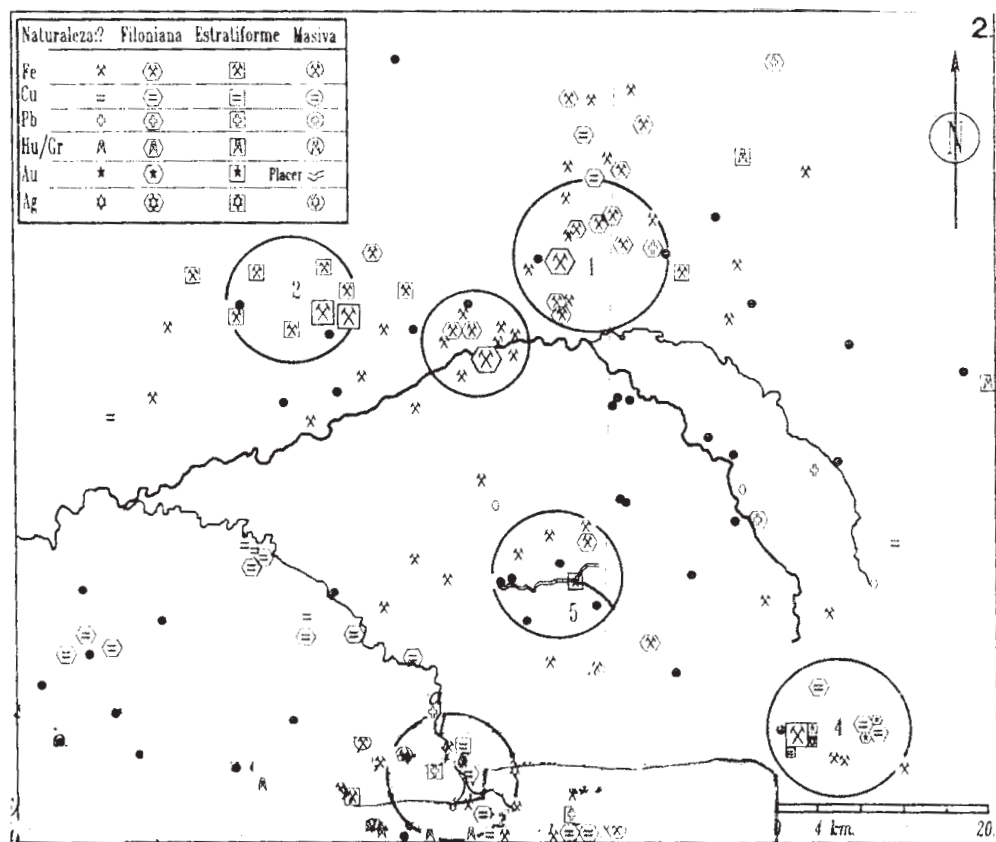


Fig.: 14.2.- Repartición de los recursos mineros: 1 (núcleo de El Guruviejo), 2 (núcleos de El Cañuelo y Jerez), 3 (Núcleo de Cortegana); 4 (Núcleo de Cala); 5 (Núcleo de Nertóbriga). Información de los mapas previsoros y hojas metalogenéticas ampliadas con cartografía y bibliografía específica (en Berrocal-Rangel, 1994-c).

CONCLUSIÓN

La definición de recursos estratégicos, realizada sobre las seis áreas seleccionadas, viene a confirmar las informaciones clásicas sobre la trascendencia de la minería como factor de la colonización protohistórica de la Beturia: en cinco (dos célticas y tres túrdulas) de las seis áreas, las concentraciones de menas metalíferas parecen haber condicionado o, al menos, influido en su poblamiento prerromano y romano¹⁰³ : entre los célticos, el hierro y el oro; entre los túrdulos, el plomo y la plata.

Pero tales relaciones no son más que presunciones sugeridas a partir de la cita de Estrabón sobre la riqueza minera de la Beturia y del análisis espacial de este territorio y, por ello mismo, para confirmarse tienen que ser cotejadas con el testimonio arqueológico, fuente única de información contrastable. En tal sentido, como veremos en las siguientes páginas, la vocación minera que se presume a estos pueblos queda muy matizada, especialmente en lo referido a los célticos, y permite valorar adecuadamente la importancia que, entre las razones del poblamiento, jugaron otros recursos menos destacados, como los pecuarios.



¹⁰³. En este caso, realizado de forma extensiva y, si se quiere, parcial. Para una aplicación intensiva e integral de los castros de la Beturia céltica, remitimos a Berrocal-Rangel, 1994-c.



EL TESTIMONIO ARQUEOLÓGICO COMO EVIDENCIA

¿MINEROS O METALÚRGICOS?

Este análisis, aunque selectivo, destaca la existencia de numerosos yacimientos de índole desconocida y de otros muchos no recogidos en los Mapas Metalogenéticos Nacionales y en los tratados paleometalúrgicos citados (Figs: 7-12).

Es por ello por lo que se debe contar con el inconveniente de no conocer el verdadero alcance de la minería en esta región, como en otras de la Península, habida cuenta de la gran profusión de pequeños yacimientos dispersos por doquier que pudieron ser apropiados para explotaciones a escala familiar, como las que se han mantenido abiertas en el Ardila hasta hace unas décadas¹⁰⁴ y pueden suponerse tras los restos arqueológicos hallados en las excavaciones de los poblados del Ardila: La Ermita de Belén -[3]-, el Castrejón de Capote -[6]-, El Castañuelo -[8]-, Los Castillejos 2 -[12]- o el Castillo de Jerez de los Caballeros -[27]-, entre los célticos de la Beturia.

¹⁰⁴. En estas tierras se observa que la mayoría de los yacimientos metalíferos son desconocidos, o improductivos en la actualidad, puesto que su escaso tamaño y su ley

Así, en uno de los trabajos referidos a esta Beturia, registramos todos los yacimientos mineros con indicios, o pruebas, de su explotación prerromana hasta recopilar un total de cincuenta explotaciones, relacionadas con una veintena de yacimientos arqueológicos, un 40 % de los conocidos hasta ese momento. El término medio computado de las distancias entre la cincuentena de yacimientos metalíferos con los poblados prerromanos es de 4.3 km. (con un rango de variabilidad delimitado entre 10 y 0.1 km).

Esta amplitud matiza, si no anula, el concepto de «término medio», demostrando la fuerte divergencia entre los tipos de poblados, hecho que debe responder a diferentes jerarquías y criterios de explotación, porque no son los mismos los mineros que los debidos a la «fundición» o al control de la distribución. Este dato se comprende mejor si se confrontan las superficies de los poblados con las distancias a las menas y con la ergología que pueda definir las dedicaciones específicas de cada poblado¹⁰⁵.

Pero si bien la localización de los yacimientos metalíferos ha permitido abrir campos hacia un mayor grado de precisión en el establecimiento de los dominios territoriales de estos poblados y en algunos privilegiados casos ha propiciado considerables avances en la comprensión de las relaciones de subordinación-coordinación entre los asentamientos arqueológicos, para asegurar que la relación espacial confirmada en el apartado previo es resultado de procesos de colonización protohistóricos tienen que afrontarse dos graves inconvenientes: la seguridad de su explotación en época prerromana¹⁰⁶ y el reconocimiento de la existencia de una relación directa entre un poblado concreto y alguna de las menas mineras referidas.

baja los hacen poco rentables. Sin embargo, la eficacia de estas pequeñas explotaciones debió ser suficiente en épocas anteriores, con otras relaciones socio-económicas que los rentabilizaban: baste saber que, en el siglo XVI, se conocían más de un centenar de yacimientos de metales nobles en la provincia pacense (Guerra, 1972: 427) y numerosos registros, tales como los de Aguilar, Nogalito, la Hinchona, Baldío o El Risco, en los términos municipales de Fuente de Cantos, Valencia del Ventoso y Bodonal (generalmente de plomo), según Roso de Luna y Hernández Pacheco eran explotaciones con rentabilidad a pequeña escala, casi familiar, y nunca de importancia nacional (1956: 73-76).

¹⁰⁵. Berrocal-Rangel, 1994-c.; Domergue, 1967: 46 y 47.

¹⁰⁶. Algo que desgraciadamente no cabe más que presumir (fuera de ciertas menas cuya constitución especial hace inviable tal conjetura).

Desgraciadamente, sin análisis metalográficos específicos, sólo en casos en que los registros, las trincheras u otras restantes manifestaciones de la actuación minera aparezcan junto a, o en, el mismo poblado pueden afirmarse con un aceptable nivel de seguridad ambas relaciones (p.e., en el Castrejón de Capote -[6]- o en El Cascajal -Los Castillejos de Cala -[7]-).

Con todo, la obra de Domergue demuestra una profundidad loable, que permite entender el grado de relatividad que manejamos a la hora de encartar un yacimiento minero a una época pre- o protohistórica y, por los mismos motivos, a la hora de descartarlo. Por ello es por lo que hemos considerado todo yacimiento minero con pruebas o indicios de su explotación arqueológica romana o prerromana, así como las pequeñas minas abandonadas, productivas durante siglos pasados en un régimen menor, calificable como «doméstico»¹⁰⁷.

La falta de rentabilidad actual de tales manifestaciones mineras no puede implicar su inutilidad protohistórica, como sabemos por sistemas «menores» de explotación como el uso de pequeñas menas almagreras que afloran en las barranqueras abiertas por la erosión en ciertos sectores orientales peninsulares y que debieron ser masivamente aprovechadas entre los pueblos protohistóricos¹⁰⁸.

La naturaleza del testimonio arqueológico y su conocimiento actual impide su documentación en dimensiones homologables y, en tal sentido, estamos lejos de confirmar estos postulados, por sólidos que parezcan. Además, las escorias, que son los restos más abundantes, solían ser materiales a los que se prestaba poca atención y, como resultado de ello, no sólo son singulares los análisis publicados sino que las noticias sobre sus hallazgos, a menudo, se omiten. Poblados de la Beturia céltica, como Belén -[3]-, Capote -[6]-, El Cascajal-Cala -[7]-, El Castañuelo -[8]-, Los Castillejos 2 -[12]-, Jerez de los Caballeros -

¹⁰⁷. Véanse, por ejemplo, las informaciones recogidas en tal sentido por Oriol, 1891 y Guerra Guerra, 1972 y 1975.

¹⁰⁸. Madroñero y Agreda, 1989: 113; Berrocal-Rangel, 1992: 235. Desgraciadamente la misma naturaleza de arcilla ferruginosa que define la formación de la almagra se contradice con el subsuelo silíceo dominante en la Beturia, especialmente en la occidental o céltica. No es de extrañar, por ello, que no se conozcan almagreras de entidad, similares a las del Sistema Ibérico, ni que por ello pueda colegirse que fuesen abundantes en los periodos protohistóricos y romanos. Sobre este tema, no obstante, se precisa una investigación más detallada.

[27]- o Nertóbriga -[33]-, o entre los túrdulos El Cerro de las Cruces -[33]-¹⁰⁹, son conocidos por el hallazgo de escorias. Mayoritariamente, proceden de reducciones de mineral de hierro y plomo, con algunos casos notables que han aportado beneficios de oro en las muestras de escorias recogidas en los célticos Capote -[6]-, El Cascajal-Cala -[7]-, El Castañuelo -[8]- y Nertóbriga -[33]-¹¹⁰.

Un segundo elemento, más valorado por su significado, es el hallazgo de herramientas mineras y metalúrgicas (Fig: 15). Tales documentos escasean no sólo por ser instrumentos valiosos y siempre aprovechables, sino por la falta de excavaciones abiertas en extensión que puedan proporcionarlos. No es por ello extraño, y no deben distorsionarse sus consecuencias, que las pocas herramientas de estos tipos procedan de los poblados mejor conocidos, pues no son más abundantes que otros elementos relacionados con la agricultura, la caza e, incluso, la defensa (Fig: 16).

Tanto el castro de La Martela -[29]- como Capote -[6]- han proporcionado picos, martillos, machos, tajaderas y otras herramientas de hierro que evidencian actividades mineras y metalúrgicas, pero debe destacarse que la gran mayoría de estas piezas, como las escorias, están relacionadas con las segundas y que, con la excepción de algún pico-dolabro, no se conocen mazos o instrumentos usados específicamente en la minería¹¹¹). Faltan las típicas mazas de minero, en piedra o hierro, como faltan constataciones de sus labores, a cielo abierto o en minas soterradas, frecuentes en regiones donde la minería tiene una importancia esencial (p.e., mas al Sur, en Riotinto - El Andévalo o, al Este, entre los túrdulos¹¹²).

Por ello, de estas escasas pero incontestables evidencias, entre los célticos, sólo se deducen las actividades metalúrgicas, en concordancia con otro tipo de hallazgos, más concluyentes.

¹⁰⁹. Jiménez Ávila, 1989-1990: 124.

¹¹⁰. Del Amo, 1978: 325 ss.; Berrocal-Rangel, 1989 y 1992: 179. La información referente al *oppidum* de Nertóbriga, con importantes evidencias del beneficio del oro, a debemos a D. Alberto Marfil y D. Angel Canales, de PRESUR S.A.

¹¹¹. Enríquez Navascués y Rodríguez Díaz, 1988: 125; Berrocal-Rangel, 1988-a: 11 y 69-70.

¹¹². Blanco y Rothenberg, 1981; Domergue, 1987: láms. XXXI-XLI y 1990.

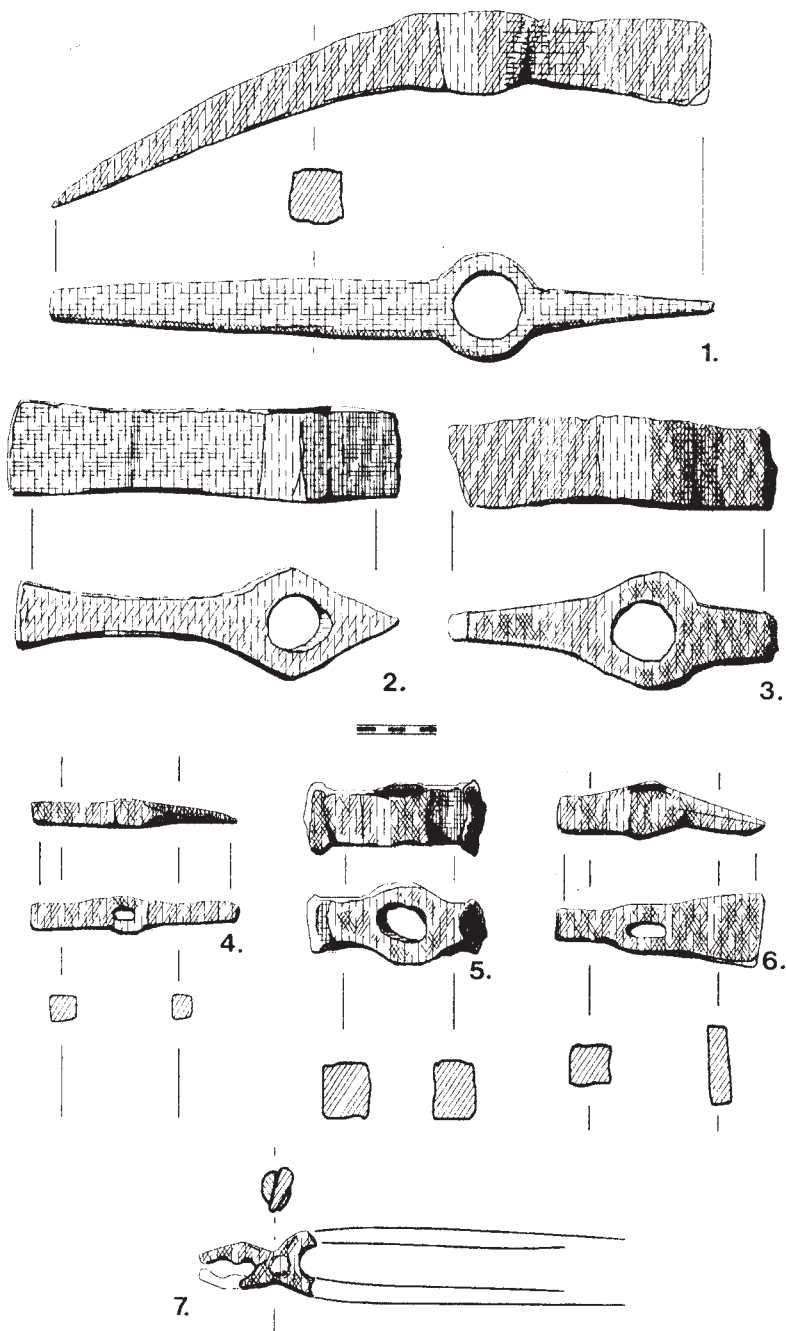


Fig.: 15.- Herramientas mineras (1) y metalúrgicas (2-7) de hierro, procedentes de los castros de Capote (1, 2, 3, 5 y 7) y La Martela (4 y 6, de Enríquez y Rodríguez Díaz, 1988). ss. IV/III a.C.

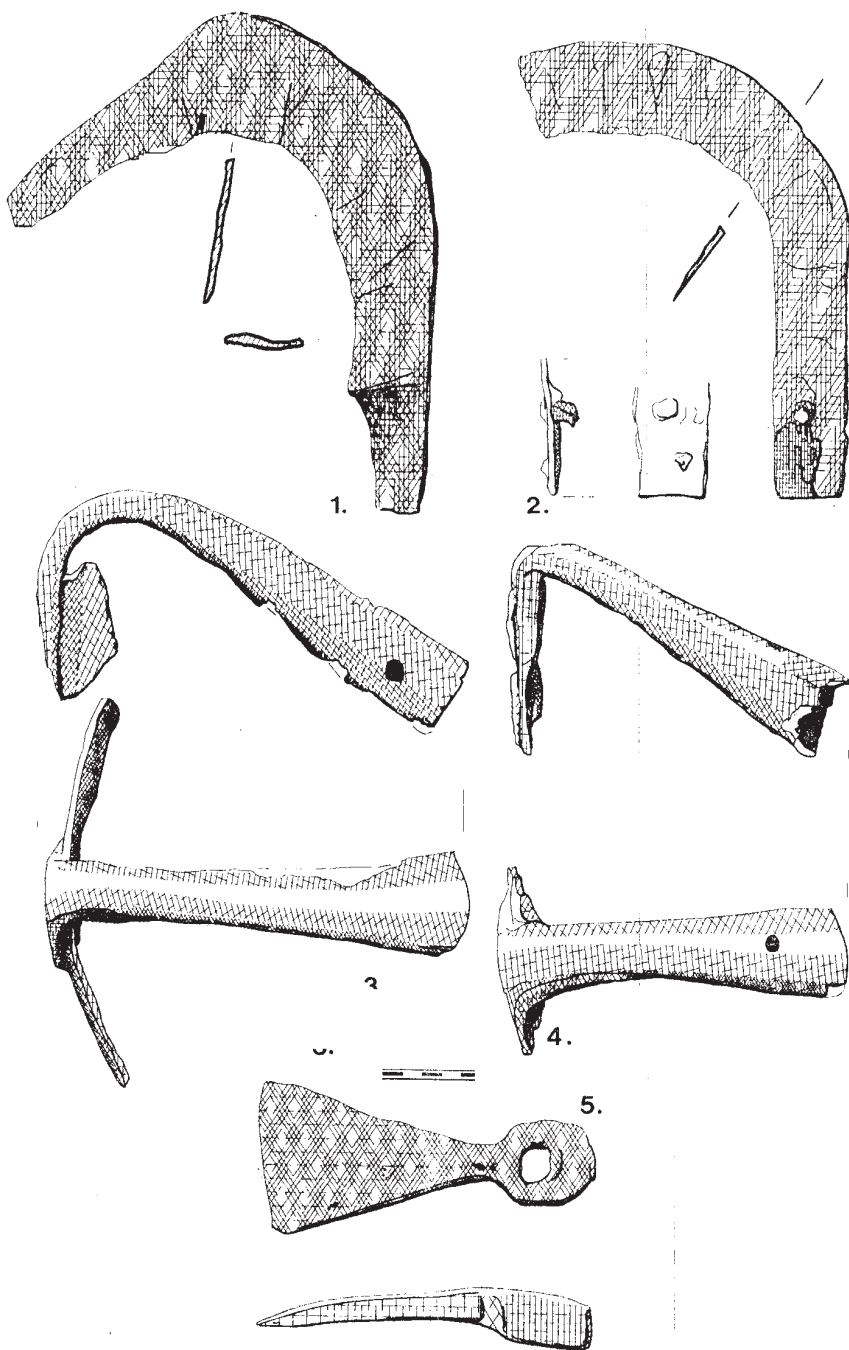


Fig.: 16.- Herramientas agrícolas de hierro de los castros de Capote (2, 3 y 4) y La Martela (1 y 5), estos últimos digitalizados a partir de Enríquez y Rodríguez Díaz, 1988.

Nos referimos a los hornos, elementos imprescindibles en toda infraestructura metalúrgica que, a diferencia de las fraguas, dejan restos más consistentes y quizá por ello es por lo que significativamente son cada vez mejor conocidos: no carece de importancia que estas estructuras hayan aparecido en cuatro de los cinco poblados con mayor labor de excavación: Belén, Capote, Los Castillejos de Fuente de Cantos y el Castillo de Jerez.

En función de estos hallazgos, hemos diferenciado dos tipos básicos¹¹³ : uno simple, conformado por hoyo abierto en la roca madre y, posiblemente, sin toberas, siguiendo un esquema ampliamente documentado en la Prehistoria reciente de la Europa Occidental y otro, más complejo, «cupulado», construido con adobes y dotado con toberas para la aireación y la evacuación de gases (Fig: 17). De los primeros sólo se han documentado algunos ejemplos, repletos de escorias de hierro y carbones, en la estancia AB4 de Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos, mientras de los segundos, sin duda por su mayor entidad y singularidad física, tenemos buenos ejemplos en Belén, Jerez y, especialmente, Capote¹¹⁴.

Sobre este espectacular yacimiento es preciso detenerse a causa del interés de sus restos que, en función de las herramientas aparecidas en contiguas habitaciones del Sector central (dos tajaderas, una especialmente grande, un martillo-plana, una tenaza de «boca de hormiga», lingotes de hierro, etc.- Fig: 15), cabe suponer que procedían de una fragua, allí emplazada. Esta suposición tiene mayor importancia por cuanto en este mismo sector se localizó el horno referido, en niveles fechados entre los siglos V-III a. C. y a una decena de metros del «Altar», donde se encontró el martillo-plana y cuyo uso corresponde a las mismas ocupaciones (Fig: 15.5, E, bajo estancia KE-A/B: ambos pertenecen a las ocupaciones previas a esta planimetría y estaban, a mediados del siglo II a.C., amortizados y enterrados).

Probablemente a causa de un desarrollo menor de la investigación arqueológica, los testimonios materiales procedentes de excavaciones en tierras túrdulas han sido más escasos, a pesar de que el estudio espacial fue claro al

¹¹³. Berrocal-Rangel, 1992: 177-179, fig: 36.

¹¹⁴. Rodríguez Díaz, 1989:183 y 1991: 37; Carrasco Martín, 1991: 565; Berrocal-Rangel, 1992: 178-179.

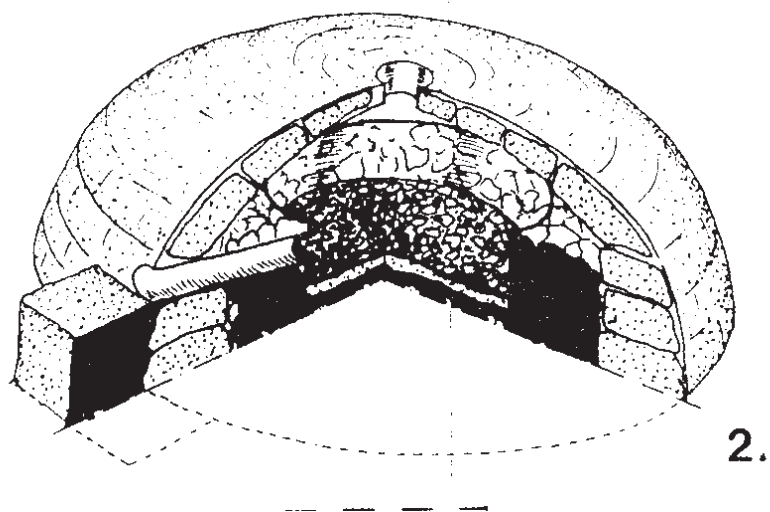
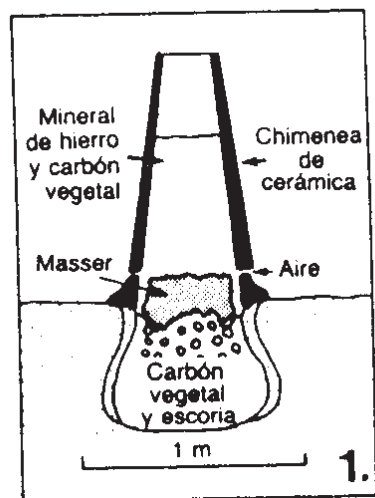


Fig.: 17. 1 y 2.- Prototipos de los hornos metalúrgicos de tipo 1 (según Hings, 1978) y 2 (Ros Sala, 1989)

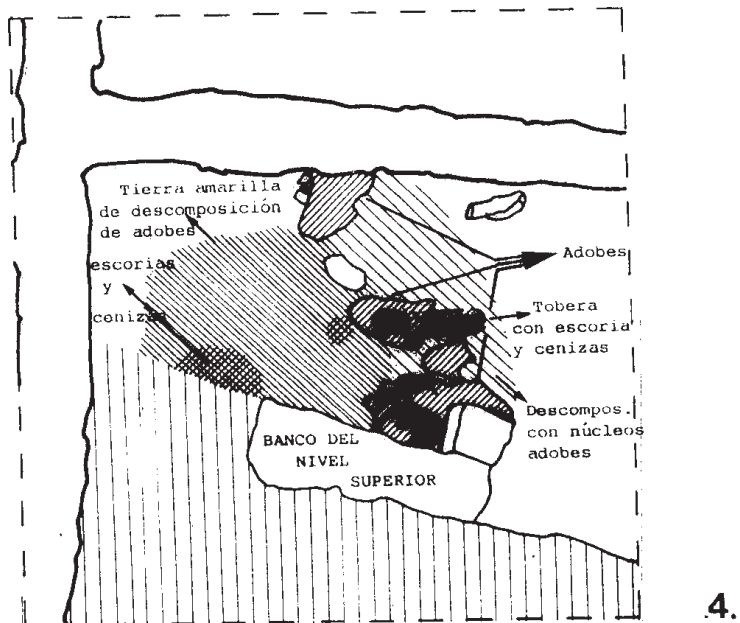
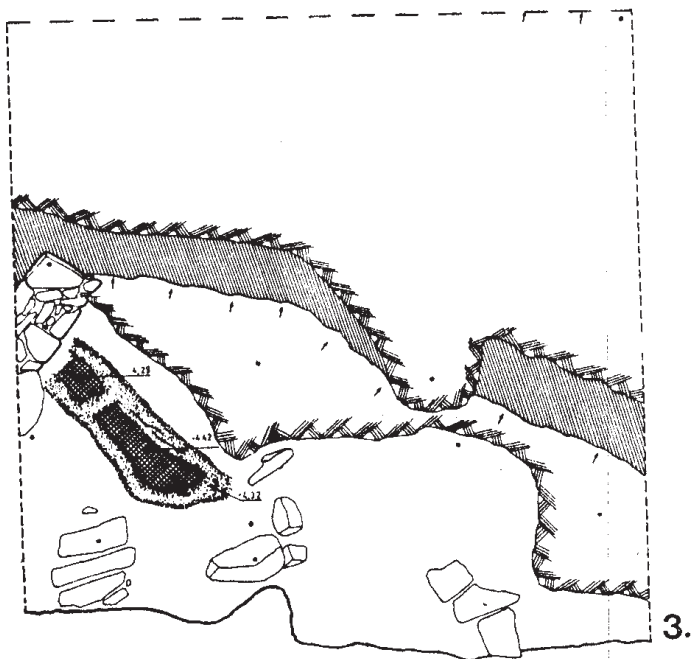


Fig.: 17. 3 y 4: Restos de los hornos de tipo 2 hallados en los castros de Belén (según Rodríguez Díaz, 1991) y Capote (dibujo de Carmen Ruiz Triviño).

demostrar un grado mayor de relación entre sus poblados y los recursos mineros que sus vecinos célticos. No obstante, trascendentes trabajos de Domergue ya demostraron la importancia de las explotaciones romanas del plomo de La Alcu-dia y Azuaga-Berlanga, y se vieron completados por otro posterior, de L. Alonso Rubio Muñoz y M^a José Chico Pajares, que permitió rescatar viejas herramientas de minería procedentes de los términos de Castuera, Granja de Torrehermosa y Casas de Reina, depositadas de antiguo en el Museo de Badajoz¹¹⁵.

Estos instrumentos fueron adscritos, no sin las reservas que la antigüedad de sus hallazgos exigía, al Período romano y tienen la importancia, no sólo de provenir de viejas minas de galena argentífera (*La Gamonita*, *La Rica extremeña*, etc.), sino de certificar actividades estrictamente mineras (picos, mazo, dolabro, cuñas, etc.).

En este sentido, las diferencias entre las dedicaciones metalúrgicas entre túrdulos y célticos siguen incrementándose, porque entre los primeros no se conocen ni fraguas ni hornos¹¹⁶ y, sin embargo, sí se han localizado y estudiado minas como las anteriores que, seguramente fueron explotadas ya en épocas de la Prehistoria prerromana. Ello no debe implicar que neguemos la existencia de estructuras y procesos de transformación del mineral, posteriores a su extracción, porque se han documentado en época republicana suficientes testimonios y yacimientos en territorio túrdulo (p.e., en Los Eneiros, a 2 km. de Mellaria, o en los 10 yacimientos, de 28 registrados en el área de Azuaga por Domergue, en los que consideró la existencia de fundiciones) y especialmente entre los oretanos vecinos de Sierra Morena¹¹⁷.

No obstante, el singular hallazgo del poblado de Valderrepisa (Ciudad Real) demuestra un tipo de manipulación bien diferente de la «doméstica» conocida entre los célticos betúricos: la estructura ortogonal y normalizada de las construcciones, las canalizaciones y la misma cultura material oretana reflejan hasta que punto la implantación romana había sucedido a la presencia ibero-turdetana que caracteriza este territorio.

¹¹⁵. Domergue, 1967 y 1970, ampliado e integrado en 1987: 17 y ss; Rubio y Chico, 1984: 79-84, y Domergue, 1987: 29 y 38. Véase, también, Rodríguez Díaz, 1989: 172..

¹¹⁶. Parece claro que el horno hallado en Sisapo debe relacionarse con producciones alimenticias: Zarzalejo, Fernández Ochoa, Hevia y Esteban, 1994: 177 y 191.

¹¹⁷. Domergue, 1987: 17-45, 62-70, 80-81, 88-89, 102-110 y esp. 130 ss., etc.; Blázquez, 1982-1983; Fernández Rodríguez y García Bueno, 1994: 195-210.

Pero debemos incidir en que, de este gran cúmulo de yacimientos y materiales, muy pocos proceden de excavaciones, frente a las prospecciones y recolectas ocasionales y, lo que no es menos importante, prácticamente todos se refieren a época tardo-republicana e imperial. El testimonio claramente referido a estructuras y herramientas protohistóricas entre los túrdulos es, por ello, poco menos que nulo¹¹⁸.

Por último, cabe referirse a otros materiales, sin duda de menor valor testimonial, por cuanto no proceden de excavaciones ni de actuaciones arqueológicas sistemáticas sino, por el contrario, de las destructivas actividades de los «buscadores de monedas»¹¹⁹.

No obstante, nos referimos a piezas de indudable interés, como las téseras de plomo con leyenda púnica supuestamente halladas en el Cerro de Hornachuelos. Estas piezas y un lingote del mismo metal, con las siglas S[OCJETAS] F[ORNACENSIS] B[AETURICA] y procedencia cercana¹²⁰, han sido debidamente destacadas por M^a Paz García-Bellido al valorar la singular naturaleza económica y comarcal que representan las primeras¹²¹: su presencia viene a confirmar la clara relación que, con la minería, reflejan otras piezas de los entornos de Hornachuelos, como monedas, pesas, sellos, glandes y plomadas de plomo, todos hallados sin contexto conocido ni procedencia garantizada¹²².

¹¹⁸. Y sin embargo hay constancias de su existencia, como desarrollaremos a continuación.

¹¹⁹. Con este «eufemismo» no nos referimos a quienes adquieren sus piezas en el «Jueves» sevillano o en la Plaza Mayor de Madrid a fin de completar las acumulaciones domésticas que llaman «colecciones», sino a los que alimentan dichos mercados y que, con la ayuda de detectores de metales, van esquilmando y aniquilando nuestro patrimonio arqueológico sin el menor escrúpulo ético o social. El lamentable estado actual de lo que fueron las necrópolis del Peñón de Cogolludo o del Cantamento de la Pepina son, en primera instancia, el resultado de estas actividades «coleccionadoras».

¹²⁰. Jiménez Ávila, 1989-1990: 123 ss., con la propuesta de lectura *B[aeturica]* que, ciertamente, parece la más adecuada. Desgraciadamente, aunque no se indique, nos tememos las circunstancias del «hallazgo» de tales piezas y, con ello, su relativo valor testimonial: el mismo autor, con loable sentido científico, llama la atención sobre dicha apreciación en otra de sus publicaciones (1990: 27).

¹²¹. García-Bellido, 1993-a: 88 y ss.; 1993-b.

¹²². Jiménez Ávila, 1989-1990: 123-134.

CONCLUSIÓN

El testimonio arqueológico ratifica, con obras abiertas en las minas, herramientas de extracción y manipulación, restos de fundiciones y una fragua, la vocación minero-metalúrgica transmitida en los textos clásicos e intuita por el análisis espacial. No obstante, por el momento, existen claras diferencias entre los poblados célticos y túrdulos, que no sólo afectan a distintos metales dominantes.

a) *Entre los poblados célticos, las labores mineras son comparativamente muy escasas. Domergue sólo recoge cuatro frente a un centenar entre los túrdulos, y ello no puede ser achacado a la falta de investigación, sino a la escasez de testimonios arqueológicos. Todo lo que sea ir más allá de éstos es mera especulación. Sin embargo las excavaciones, por escasas que todavía sean, se manifiestan altamente significativas a la hora de aportar herramientas y estructuras relacionadas con los procesos de manipulación metalúrgica, claramente fechados en época protohistórica (ss. IV/III a. C.) y de naturaleza aparentemente «doméstica».*

No obstante, dado el subsuelo metalífero de este territorio, puede especularse con que su régimen de explotación minera se basara en un sistema de pequeñas labores, similares al aprovechamiento de las almagreras celtibéricas de cuyas evidencias no han quedado restos de notable importancia (en comparación con las grandes minas del Sur o del Este de Sierra Morena). Este régimen, aunque no exclusivamente, condicionaría el sistema de transformación y control posterior del producto y, nos atreveríamos a suponer, la naturaleza del poblamiento.

Así, amplias zonas de la Beturia céltica (por ejemplo, entre *Ugultunia* y *Curiga*) tienen un escasísimo potencial minero y, por otra parte, son idóneas para otras actividades que no pueden descartarse como agentes principales de este poblamiento (p.e., las ganaderas). En tal sentido aquilatamos la importancia relativa del hierro como recurso estratégico en el Ardila, limitado a algunas zonas de una notable concentración de pequeños yacimientos (Jerez-Burguillos, Cala), y de cuya explotación protohistórica, aunque lógica, no existen restos notables.

Por todo ello, en función del análisis de la naturaleza de los recursos metalíferos, de los restos arqueológicos relacionados y del subsuelo silíceo del Ardila, podemos afirmar que la explotación del hierro no fue el único recurso estratégico de estos pueblos, aunque en ciertas comarcas su metalurgia parece

ser importante, ni tampoco se demuestra que fuese motivo, exclusivo o no, de la presencia de celtíberos en el Ardila¹²³. Ello no significa que restemos valor a las actividades mineras y metalúrgicas de estos pueblos, especialmente si consideramos, como lo hizo Álvarez Martínez, que la Beturia céltica haya jugado un cierto papel en el control y la manipulación metalúrgica de los recursos procedentes de tierras más septentrionales del Occidente peninsular¹²⁴.

b) Entre los túrdulos, por el contrario, las importantes labores de extracción y de manipulación del mineral están suficientemente probadas, al menos desde el siglo I a. C. y con clara intervención romano-republicana. Grandes escoriales, importantes galerías -Los Eneros-e, incluso, cercanas factorías de transformación del mineral, como la de Valderrepisa, son un claro testimonio de la importancia de la minería entre estas poblaciones, que sería de *naturaleza concentrada y dimensiones más que notables («industriales» con los romanos)*.

No obstante queda por aclarar si tal fenómeno es un efecto de una temprana y rápida adscripción al dominio romano y a sus intereses económicos o hunde sus raíces en prácticas y desarrollos anteriores, porque los restos arqueológicos, a diferencia de los célticos, todavía no han permitido documentar dichas dedicaciones con claridad. Suponemos, además, que de ser así el poblamiento reflejará secuencias diferentes al de los habitantes occidentales de la Beturia.

En suma, y tal como apuntó en su día Alonso Rodríguez Díaz, los recursos de hierro y plomo en la Beturia confirieron una especial dedicación a su explotación y manipulación por parte de sus habitantes, e incluso «pudieron

¹²³. A este respecto, la opinión expresada por A. M. Canto sobre las explotaciones de hierro como razón fundamental para comprender la presencia de célticos oriundos de la Celtiberia en el Suroeste (según publica en 1991: 275 y desarrolló en el coloquio emeritense, Marzo 1994), encuentra graves inconvenientes por la naturaleza poco productiva de este mineral en el Ardila (en términos genéricos: Berrocal-Rangel, 1994-c:223) y por la misma explicación de tales «celtíberos», que no son los «célticos» del S.O. (en todo caso relacionados con pueblos «vacceos antiguos») ni, cuando pudieran aparecer verdaderos celtíberos, su presencia se relaciona con la minería, como desarrollamos más adelante.

¹²⁴. Álvarez Martínez, De La Barrera y Velázquez, 1985: 140.

condicionar la distribución de sus poblados»¹²⁵ pero su beneficio, en absoluto, puede considerarse como factor único para comprender dicha distribución, muy variable según las comarcas: recursos ganaderos, agrícolas y de control del intercambio fueron, en diversas zonas, tanto o más importantes que las actividades minero-metalúrgicas.

Incluso donde estos recursos demuestran mayor peso, la metalurgia parece destacarse sobre las actuaciones mineras, y en tal contexto cobra mayor sentido la importancia, manifestada por el mismo investigador, de la presencia de asentamientos controladores de las principales vías de intercambio¹²⁶, y el concepto de la Beturia como territorio de control y manipulación no sólo de sus recursos mineros, sino de los procedentes de las regiones del Noroeste.



¹²⁵. «los recursos agrarios y minero-metalúrgicos (hierro y plomo, esencialmente) son más abundantes y, en ciertas zonas de la mitad sur de la provincia, éstos últimos pudieron condicionar la distribución de los poblados.» (Rodríguez Díaz, 1990: 134, y 138; 1989: 171-172). Sobre la importancia del hierro entre los célticos, ya expresamos nuestra opinión en la primera publicación sobre la Beturia céltica, basada en la información recogida por Estrabón y en los incuestionables herramientas mineras y metalúrgicas halladas en nuestras prospecciones y excavaciones en Capote, 1985-1987 (Berrocal-Rangel, 1988-a: 11 y 69 y 1988-b: 64).

¹²⁶. Rodríguez Díaz, 1993: 8 y 1994: 116 ss.

IV

CÉLTICOS Y CELTÍBEROS

RELACIONES Y MIGRACIONES HACIA EL SUROESTE

Sobre la Beturia, el tercer elemento definitorio era, según los clásicos, la presencia de dos pueblos diferentes que a juzgar por los mismos textos, parecían ocupar este territorio en su totalidad. Además, dichas poblaciones eran reflejos de linajes y etnias distintas (se reconoce, así, la relación de los célticos con lusitanos y celtíberos; de los túrdulos, con los turdetanos) configurando ese singular panorama en el que etnias diferentes ocupan un territorio geográfico común, pero con claras discrepancias internas que lo hacen articular sobre dos aportes principales del Guadiana y sobre minerales dominantes (y, posiblemente, especies ganaderas) diferentes, entre sus recursos principales.

Frente a tal descripción, de especial complejidad antropológica, los planteamientos arqueológicos se están encaminando hacia la confirmación del tercer elemento: la definición cultural de dichas poblaciones.

Tradicionalmente, la celtización de los territorios betúricos era una constante más de las que se barajaban cuando se aludía a la repartición de la Hispania céltica. En este sentido se lanzaron hipótesis más o menos fundamentadas, que abarcaban desde las complejas y sugerentes explicaciones de Bosch Gimpera a planteamientos lingüísticos basados en paradigmáticas localizaciones, como los

topónimos con *-briga*¹²⁷: si aquellas se han visto postergadas por la carencia absoluta de contraste arqueológico, estos dejaban a la investigación sin respuestas, quizá a causa del estado «superficial» de muchos de los conocimientos sobre ciertas áreas de la Prehistoria reciente peninsular. Una de estas áreas ha sido, indefectiblemente, la Beturia.

Afortunadamente, en los últimos años, se van alcanzando resultados esperanzadores, beneficiados por la reducción de estas lagunas, tanto en la Península como en el extranjero -p.e., en Irlanda-, y por la realización de estudios pluridisciplinarios que procuran integrar las diferentes aportaciones (resulta evidente la disgregación entre la Arqueología y la Lingüística, tanto en los estudios célticos, como en otros tan polémicos como los indoeuropeos¹²⁸).

En tal trayectoria ya defendimos *el proceso de celtización del Suroeste* en publicaciones anteriores, aunque tal fenómeno fue aplicado estrictamente a los pueblos célticos del Guadiana, entre los que se encuentran lógicamente los de la Beturia. En tal sentido, hemos interpretado la formación hispano-celta del SO. peninsular mediante *una confluencia, especialmente evidente a partir de finales del siglo V a.C., de una «Celtización acumulativa» acaecida al menos desde el Bronce Final Atlántico, con el aporte de poblaciones septentrionales a partir de la fecha indicada*¹²⁹.

No obstante, parece obvio que quedan muchas respuestas sin contestación, empezando por las implicadas en ámbitos peninsulares, como el surgimiento de la hoy innegable naturaleza céltica de los celtíberos¹³⁰, y finalizando

¹²⁷. Bosch Gimpera, 1974: 469 ss., 565-569 y 732-735; Untermann, 1961, K.3; Almagro-Gorbea y Lorrio, 1987; Albertos, 1990.

¹²⁸. Sobre el tema remitimos a los artículos aparecidos en *Argrítica*, 2, 3 y 4, especialmente los firmados por Ruiz-Gálvez y Ruiz-Zapatero, 1991; De Hoz, 1992-a; Villar, 1992; Ruiz-Gálvez, 1992 y Ruiz-Zapatero, 1992, surgidos tras la publicación en Castellano del conocido libro de Renfrew.

¹²⁹. Berrocal-Rangel, 1992: especialmente, 275-277 y 1994-d; «continentalización», en términos de Rodríguez Díaz, 1990: 151-152. En la línea manifestada por Hawkes, 1973; sintetizada y desarrollada en Almagro-Gorbea, 1992-a para contextos peninsulares. Véase, también, Almagro-Gorbea y Lorrio (1987).

¹³⁰. Burillo, 1987 y 1993; De Hoz, 1993: 393 y ss. Un excelente estado de la cuestión: Lorrio, 1995 y en prensa).

con la detallada confirmación del proceso de confluencia que propugnamos. Además, si este panorama es, cuando menos, difícil de interpretar, la presencia de una «celtización» se hace especialmente obscura cuando pasamos a revisar la arqueología de las comunidades túrdulas, donde la ergología no parece apoyar las escasas pruebas de índole lingüísticas.



La llamada PRIMERA EDAD DEL HIERRO EN EXTREMADURA había sido caracterizada por Almagro-Gorbea gracias al comportamiento que los productos orientalizantes evidenciaban en diversas excavaciones de la Beturia. Tal planteamiento presentaba este territorio con cierta uniformidad ergológica, bien por la escasez de yacimientos conocidos como porque, en realidad, la definición se realizaba a partir de elementos foráneos que por su misma naturaleza reflejaban presencias e influencias similares. Por ello no parece que existieran diferencias entre los que, siglos después, serían territorios célticos y túrdulos. Hoy, tras el incremento de las actuaciones arqueológicas, tales diferencias siguen siendo escasas (p.e., compárense los materiales de la Alcazaba de Badajoz con los del *oppidum* de Medellín¹³¹).

En este panorama, el siglo V a.C. supuso la transformación de esta uniformidad cuando los elementos alóctonos, dinamizadores de la evolución cultural, demuestran un evidente cambio, seguido de incendios, abandonos y rupturas de las pautas en los hábitats conocidos (Alcazaba, Medellín, La Bienvenida, Cancho Roano, La Mata), claros testimonios de lo que Rodríguez Díaz denomina «Crisis del 400»¹³².

¹³¹. Berrocal-Rangel, 1994-d; Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994-b.

¹³². Rodríguez Díaz, 1993, e.p.; Berrocal-Rangel, 1992: 301 y 1994-d; Almagro-Gorbea, 1977: 507; Zarzalejos et alii, 1994: 177; Celestino Pérez y Jiménez Ávila, 1993; Rodríguez Díaz, 1990, etc.

Que la segunda mitad del siglo V a. C. fue especialmente conflictiva en Europa Occidental es algo consabido porque, entonces, acaecieron las distintas circunstancias que configuran los períodos La Tène B y C como la «época de las migraciones» celtas¹³³.

Que dichos movimientos hayan sido caracterizados históricamente por el principal pueblo de los «viejos reinos» celtas, los *Bitúrigos*, y que, junto a la asombrosa coincidencia con el especulado gentilicio «*Betúricos*», aquellos hayan sido motores de comprobadas migraciones hacia Centroeuropa, así como hacia el SO francés (de marcado cariz oceánico), no quiere implicar ninguna relación con la llegada de nuevas poblaciones a la Beturia, pero son convergencias y coincidencias interconectadas a larga escala en una dinámica europea general¹³⁴.

Hasta el momento, *los signos más evidentes de la nueva trayectoria cultural* se detectan en la Beturia céltica a partir del siglo V a.C. y podrían ser representados por dos: una probable explosión demográfica que repercute en un claro *cambio en los sistemas de colonización* del territorio y, además, la adopción o regeneración de una cerámica fabricada a mano, claramente representativa de un estilo *específico, cuya simbología nos ha permitido interpretarlo sin dudas como étnicamente «emblemático»*¹³⁵.

Sobre el primero hemos escrito que la aparente eclosión de hábitats, que las estratigrafías y prospecciones en el sector occidental de la Beturia demuestran, no tiene porque ser tan repentina como parece deducirse del mismo registro arqueológico, pero no caben dudas que la trayectoria evidencia el aumento considerable de nuevos poblados, a partir de mediados del siglo IV a.C., aunque siempre con una tendencia hacia ocupaciones cada vez más menores. Tal hecho lo hemos interpretado como reflejo de un cambio en los sistemas de poblamiento del territorio betúrico occidental, cambio que podría responder a un «fuerte» incremento poblacional. Si como los textos clásicos indican y la

¹³³. Collis, 1989: 183 ss.; Cunliffe, 1988: 35 ss.

¹³⁴. Berrocal-Rangel, 1992: 68 y 277. Sobre el trasfondo de realidad que tienen las historias recogidas por Livio, baste consultar las paradigmáticas excavaciones abiertas en la capital de los *bitúrigos cubii*, *Avaricum* (Bourges), dirigidas por Gran-Aymerich y Almagro-Gorbea, 1991: esp., 335 y ss.

¹³⁵. Berrocal-Rangel, 1992: 272 ss. y 281 ss.

toponimia y tardía antroponimia ratifican, los celtas betúricos hablaban una lengua afín al Celtibérico, no puede descartarse un rápido aumento de la población (causado por la llegada de contingentes hispano-célticos que la justificasen), porque los lingüistas son rotundos al afirmar que la adopción «rápida» de una lengua sólo puede hacerse con el aporte sustancial de nuevas poblaciones¹³⁶. Otra cuestión es que las gentes de la Beturia ya hablaran una lengua céltica antes de este momento.

Sobre dicha posibilidad cabe aportar argumentos arqueológicos y lingüísticos.

Los primeros hacen alusión a la continuada ocupación que los principales hábitats del Hierro I presentan (Badajoz, Medellín, La Bienvenida) en sus tránsitos hacia el siglo IV a.C.¹³⁷. En tal sentido, durante el estudio de las ocupaciones protohistóricas de Badajoz consideramos que «el mismo poblado de La Alcazaba es un excelente testimonio de transición sin ruptura hacia una nueva dinámica que definirá la Segunda Edad del Hierro (p.e., en el Nivel de ocupación IIIA)», ejemplo que se ve repetido en otros yacimientos y que tiene su mejor reflejo en la continuidad de ciertos elementos materiales: las placas de Segura de León presentan esquemas laténicos realizados en la más pura técnica orientalizante (Fig.: 24) y las cerámicas fabricadas «a mano» de Capote (y Garvão, Badajoz, Jerez, Belén, Aroche, etc.) tienen su mejor comprensión dentro de una comunidad de rasgos y técnicas que, en parte, renuevan viejas tradiciones del Bronce Final y, en parte, remiten a círculos de la cuenca media del Duero¹³⁸ (Fig: 19.a y .d).

¹³⁶. Concluyente la unanimidad expresada por Gorrochategui (1991: 16), De Hoz (1992-b: 13) y Villar (1992: 15). Resulta interesante recordar la relación entre esta constatación en el siglo IV y el «importante crecimiento demográfico» planteado para momentos «protoceltibéricos» en la Meseta oriental (Lorrio, 1995, e.p.).

¹³⁷. Se observan nuevas construcciones, a veces realizadas tras incendios previos, pero no existe un abandono del hábitat: Berrocal-Rangel, 1994-d: 180; Almagro-Gorbea, 1977 y 1994. En La Bienvenida, dicho abandono se realizará a inicios del siglo III a.C.: Zarzalejos Prieto et alii, 1994: 171.

¹³⁸. Berrocal-Rangel, 1988, 1994-b: 75-196 y 1992: 285-288: «muestran tipos y decoraciones de profunda tradición en la Prehistoria peninsular, tanto entre los

Delimitar el origen de estos nuevos componentes se ha convertido en una tarea tan ardua como interesante, ya que las características observadas redundan en unas producciones cerámicas «a mano» muy barrocas y específicas de ciertos círculos y ambientes muy concretos (rituales y funerarios) de la Meseta norte (Cuéllar, Padilla de Duero, Lara, Castrojeriz, Numancia.....). Parece lógico relacionar la llegada y proliferación de estas cerámicas con la culminación principal del proceso transformador que definirá la personalidad de los pueblos del Suroeste como célticos y, por ello, suponer a sus relaciones septentrionales como originarias de esta «celtización» (o «continentalización»).

Las dificultades se encuentran en el momento de definir cuales fueron los pueblos responsables de la «celtización» de la Beturia occidental, pese a la buena delimitación de sus materiales en el Duero medio, ya que hasta años recientes era confusa la diferenciación entre vacceos y arévacos, las poblaciones citadas por los textos clásicos para este territorio¹³⁹.

El «resurgimiento» de las producciones cerámicas a mano, especialmente renovadas y singularizadas en su característico y peculiar estilo decorativo,

pueblos del Bronce Final del Alentejo (Corão do Frade, Outeiro do Circo) como en el Bronce Final indígena, previo o en contacto con las presencias coloniales interiores del Suroeste andaluz (Alhonor, Setefilla, Cástulo, Cerro Salomón, Tejada, etc.). Se trata de una perduración arcaizante de tipos y motivos que sólo tiene explicación en el éxito que mantienen las producciones a mano hasta el siglo II a. C. en el Sado-Guadiana. Esta constancia puede interpretarse como consecuencia de un relanzamiento de estas cerámicas cuando convergen con nuevos tipos y componentes de índole septentrional y similares tradiciones.....cuyos más cercanos paralelos los encontramos en la cuenca media del Duero....» En las obras citadas recogemos la bibliografía referida a estos yacimientos meseteños.

¹³⁹. Baste recordar el viejo término acuñado por Wattenberg, «protoarévaco-vacceo» para referirse a los primeros pobladores prerromanos de esta comarca (1959 y 1963), aunque hoy se avanza hacia su definición como testimonian recientes publicaciones como la editada por Romero, Sanz Mínguez y Escudero (1993), o las síntesis anteriores debidas a Martín Valls y Esparza (1991-1992: esp. 270), reconociendo tal fase más como «vacceo antiguo» (siglo V a.C.: Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, 1991/1992:471; Delibes y Romero, 1991/1992: 245-255) que como el «protovacceo» de Wattenberg (1959 y 1963). En tal sentido, las aportaciones pluridisciplinarias están facilitando consistentes avances, como la llamada de atención que desde la Numismática realiza M^a Paz García-Bellido,

será clave esencial de nuestra interpretación posterior pero además refuerzan dicho planteamiento los argumentos lingüísticos recientemente barajados sobre la naturaleza indoeuropea de la lengua oculta tras la Escritura del Suroeste, en nuestra opinión denominada «tartésica» sin un apoyo o razonamiento suficiente.

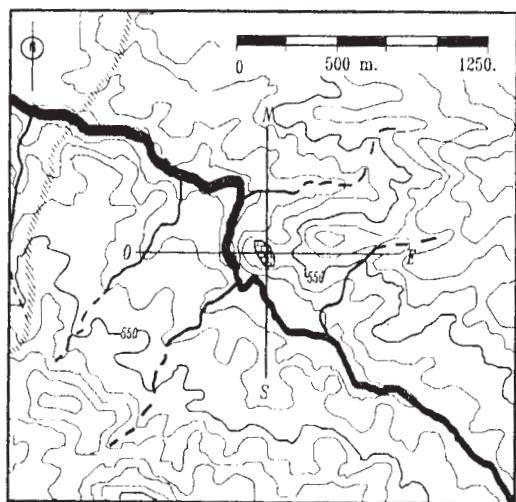
En tal sentido las aportaciones de J. Antonio Correa han ido consolidándose con sugerentes y esclarecedores testimonios, como la propuesta de lectura de la lápida de Monchique, de clara naturaleza celta¹⁴⁰, y con confirmaciones incuestionadas como el antropónimo a.Co.o.s.i.o.s (en la estela de Almoroqui) que ha sido interpretado como «un ejemplo de contacto entre las gentes autóctonas y los primeros meseteños que penetraban en la zona», en palabras de Javier De Hoz¹⁴¹.

Quizá otra respuesta a esta presencia, que el profesor De Hoz matiza en un trabajo más reciente relacionándola con una tradición funeraria y una lengua «no tartésica», sea la coincidencia destacada entre los textos de las dos únicas inscripciones de este tipo halladas en el territorio posteriormente co-

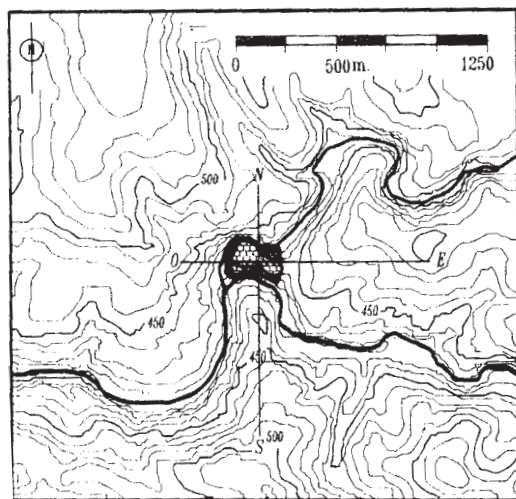
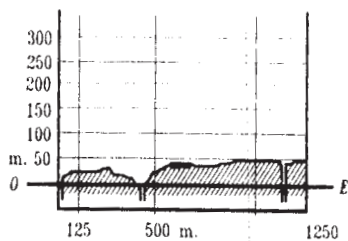
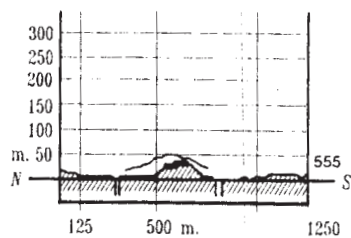
valorando en profundidad la incuestionable constatación de que los pueblos vacceos no acuñen moneda frente al desarrollo monetario celtibérico, y su relación con el mismo hecho entre los célticos betúricos (cf. infra, 1995, e.p.).

¹⁴⁰. Correa, 1985: 393; y 1992.

¹⁴¹. De Hoz, 1993: 366; y Correa, 1988; 1989: 244 y 1992. En una posición opuesta a considerar la lengua del S.O. como indoeuropea, Gorrochategui, 1993. Javier De Hoz, en una línea de investigación (mantenida por él y por Jose Antonio Correa, entre otros) que cada vez da mejores y más atrayentes resultados, indica: «Las observaciones previas implican una definición restrictiva de lo que podemos llamar epigrafía tartésica, y que es la que he justificado en páginas previas. Según esa definición debemos considerar la epigrafía del S.O., representada en su casi totalidad por lápidas sepulcrales, como testimonio de una escritura y una lengua no tartesias, aunque contemporáneas al menos en parte de la cultura tartesia y atestiguadas en algunos casos en los territorios de ésta» (1994:12-13). Un párrafo claro y preciso en la línea de nuestra opinión sobre el indiscriminado uso del calificativo «tartesio». No obstante, el mismo autor nos ha puntualizado, personalmente, las dificultades para considerar indoeuropea dicha lengua.



YACIMIENTO TIPO: CASTILLEJOS 2.



YACIMIENTO TIPO: Cast. CAPOTE.

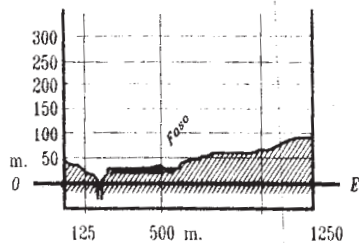
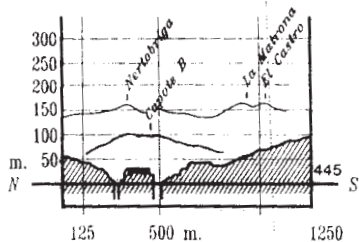


Fig.: 18.- Tipos de castros y castrejos, emplazados en colinas y espigones fluviales, y ocupados en los comienzos de la Segunda Edad del Hierro: 1. Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos; 2. El Castrejo de Capote.

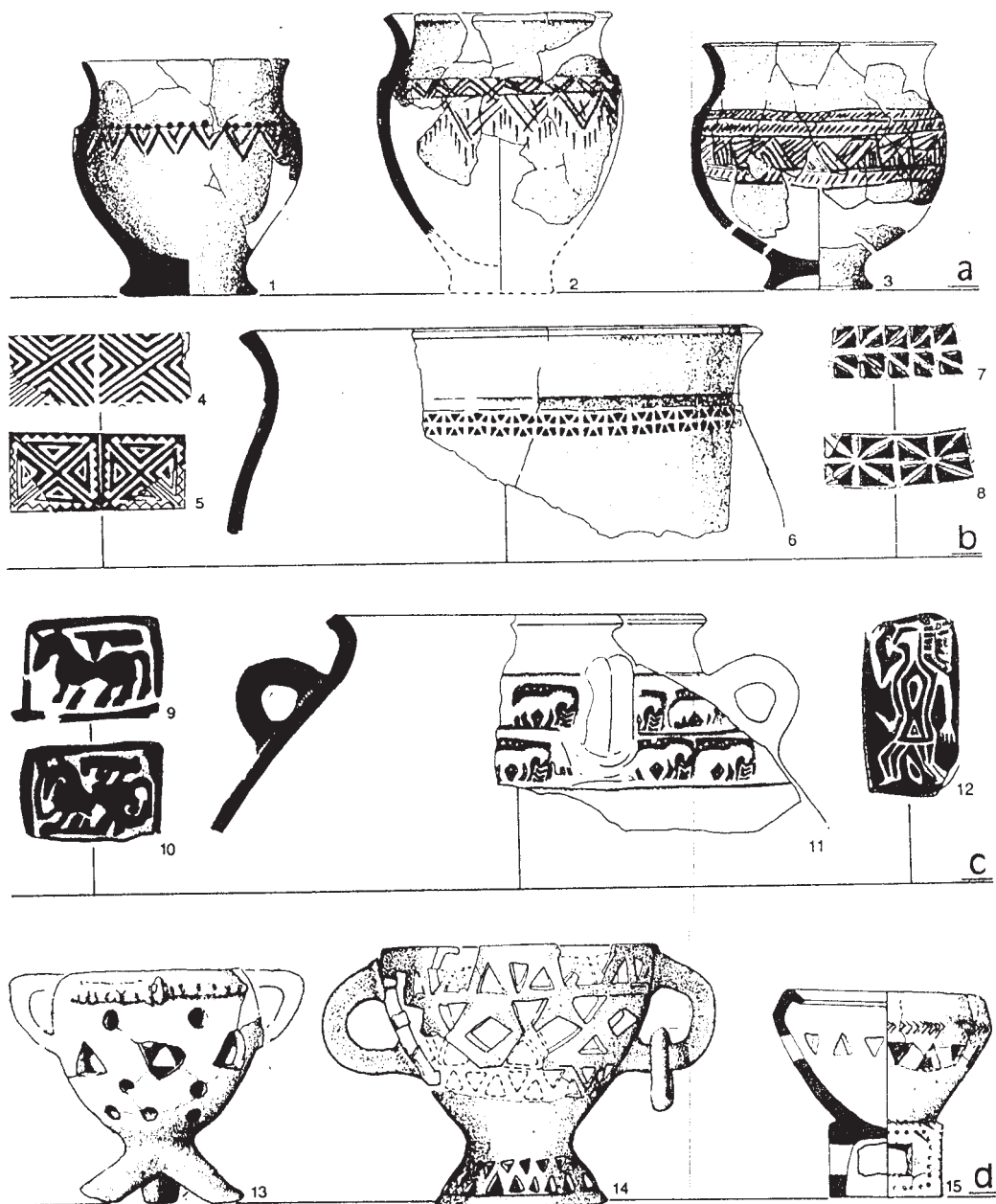


Fig.: 19.- Elementos «simbólicos» del estilo cerámico de los célticos del Suroeste peninsular: 1-3, 6-10 y 14 de Capote; 4-5 de Segovia (Elvas); 11-12 de La Alcazaba de Badajoz; 13 y 15 de Garvão (Ajustrel), en Berrocal-Rangel, 1992: 286, con bibliografía de procedencia.

nocido como Beturia: Siruela y Capote. En ambas se leen dos términos iguales, *e-r-Ta a-u-n-e* y *o-r-Ta a-(una)*, que han sido interpretados como categorías étnicas o gentilicios¹⁴². No es gratuito que estas inscripciones correspondan a los emplazamientos más septentrionales de estas manifestaciones, a los hallazgos más completos en el territorio de la actual Extremadura (con otros testimonios de menor entidad, p.e. en Medellín¹⁴³).

Sea como fuere, tradicionalmente se han barajado algunos materiales, aislados ante la avalancha «orientalizante», que pueden confirmar relaciones con la Hispania Septentrional y la Europa central a lo largo de estos momentos. Me refiero, cómo no, a los tesoros de Mérida, Navalvillar, Olivar del Melcón, etc., o a ciertos materiales del castro de Azougada, que muestran la continuidad de una línea de relaciones y de convergencia social ya puesta de manifiesto con la misma tradición de las estelas del Suroeste¹⁴⁴.

En sí, todos estos datos y materiales no forman, todavía, más que un cuerpo creciente de noticias aisladas que difícilmente conducen a planteamientos más claros que la mera denuncia del escaso conocimiento que de estos primeros siglos del milenio se tiene hasta el presente.

¹⁴². Berrocal-Rangel, 1987:203-205, con interpretación de Manuel Pérez Rojas, pg. 205; Otero y Melena, 1976. Lecturas según Correa, 1992

¹⁴³. Almagro-Gorbea, 1977 y 1991.

¹⁴⁴. El mismo concepto de «estela, funeraria, de guerrero», aunque no neguemos su implicación con precedentes atlánticos, como hemos defendido en otra ocasión (Berrocal-Rangel, 1987-b, Almagro-Gorbea, 1993). Sin embargo, su rango cronológico, entre el apogeo del Bronce Final Atlántico y las primeras repercusiones de Fenómeno orientalizante en el interior de Occidente, no sólo pone en dificultades su comprensión en una óptima exclusivamente atlántica o del Egeo-sino que elimina todo origen fenicio que se quiera ver: hay que enfatizar, prudentemente, las interpretaciones y rutas a través de la Meseta, o a través del Mediterráneo -pero de raigambre indoeuropea, como opina Manuel Bendala- (Bendala, 1977, 1983 y 1987-b; Enríquez, 1988; Celestino, 1990; Celestino, Enríquez y Rodríguez, 1992: 312; Galán, 1993 y Pavón, 1994). Sobre el tesoro de Mérida, p.e., Almagro-Gorbea, 1977:35-38 y Harrison, 1977:17-18, y para Azougada y Alcácer: Schüle, 1969: 215, 280 ss.; en general: Enríquez y Hurtado, 1986: 61.

No obstante, la clara constatación de estos materiales, y de la lengua que se va trasluciendo de las losas con escritura del S.O., así como la gradual transición en el hábitat de poblados como Badajoz o Medellín entre sus ocupaciones orientalizante y la Segunda Edad del Hierro sirven para incidir en el concepto de *continuidad e innovación* que suponemos para este último período, el único en el que con claridad se observa una celtización del territorio occidental de la Beturia¹⁴⁵: *continuidad* porque desde el trasfondo orientalizante se desarrollan soluciones que tienen sus orígenes en las viejas tradiciones del Bronce Final, quizá oscurecidas para la investigación durante el período Orientalizante y resaltadas a partir de mediados del siglo V a. C. *Innovación* porque este desarrollo se encauza hacia resultados más cercanos a los gustos autóctonos (célticos y túrdulos) que a los coloniales, quizá reflejando unas comunidades de orígenes que ahora, sin las relaciones orientales, vuelven a resurgir con nuevas formas.

Como introducción abogamos por unas poblaciones en completa transformación a lo largo del siglo V a.C., período en transición que se manifiesta en todo el territorio betúrico con una continuidad de la Cultura material autóctona, de la naturaleza indígena bien destacada siglos antes por las estelas del Bronce final, y con una clara modificación en las dinámicas culturales y económicas que reflejan la presencia de materiales y estilos foráneos: desaparece el componente semita para mostrar la potenciación de los contactos con el Mediterráneo Occidental helenizado y con las tierras del Golfo de León.

En tal sentido, aunque estas relaciones septentrionales, como las orientalizantes, se manifiestan por toda la Beturia a lo largo de la primera mitad del milenio (iniciando un proceso que podríamos considerar como «acumulativo», en el más estricto y «poco conocido» sentido del término), cuando se constata una auténtica identidad étnica hispano-celta es a partir de este siglo V, con la eclosión del hábitat, el supuesto aporte de contingentes hispanoceltas y la adquisición de un peculiar estilo entre las poblaciones del Oeste betúrico.

Ciertamente, en estos momentos, las diferencias entre los pueblos del Ardila y del Zújar eran todavía relativamente escasas, marcadas tanto por la ausencia creciente de materiales de diáfana adscripción oriental como por la presencia masiva de importaciones griegas en el Oeste¹⁴⁶. Históricamente su

¹⁴⁵. En términos iniciales similares a Rodríguez Díaz, 1990: 132 ss.

¹⁴⁶. Rouillard, 1991: 117-123; Shefton, 1979: 403-405.

aparición, consecuencia de las rutas abiertas por los tartésicos y fenicios, se comprende dentro de una serie de transformaciones que en el mismo Mediterráneo Occidental han sido relacionadas con las consecuencias arrastradas por la propia «caída» de Tartessos y el surgimiento de un nuevo equilibrio de poder en el Suroeste y, arqueológicamente, esta transición fue definida por Martín Almagro-Gorbea al utilizar el término de *Período Postorientalizante*¹⁴⁷.

En tales momentos, previos y contemporáneos con la «*Crisis del 400*», adquiere una especial importancia la presencia de otros elementos foráneos, aún mal comprendidos, aunque lo más fácil es englobarlos en los nuevos circuitos comerciales abiertos para las producciones griegas: materiales de origen etrusco, nordítalico e, incluso, plenamente alpinos aparecen no sólo en contextos aislados, sino plenamente integrados en estructuras y yacimientos indígenas (Fig.: 20).

Estas últimas consideraciones, claras por su hallazgo en ambientes rituales (o sacralizados), como la quema del palacio de Cancho Roano y el depósito del altar de Capote, nos llevan a considerar el alto grado de implicación cultural que pudieron tener entre estas poblaciones en transición, de forma que no habría que descartar razones culturalmente más trascendentes que las sugeridas por el mero comercio de objetos suntuosos apuntado previamente. Porque, así como el yacimiento de Cancho Roano y su función inicial (edificios B y C) responden a paralelos orientalizantes¹⁴⁸, no ocurre lo mismo con muchos de los materiales de sus momentos finales. La «quema» del edificio ha sido interpretada como parte de un «auténtico altar de cenizas» según indicó pioneramente Blanco y ha reconsiderado Francisco Marco¹⁴⁹ e incluso hoy, tras las últimas excavaciones, podemos afirmar que la planta total del edificio A, recuerda en forma y función a ciertos santuarios

¹⁴⁷. Almagro-Gorbea, 1977: 507.

¹⁴⁸. Celestino y Jiménez Ávila, 1993; Aunque Celestino vincula la planta del edificio más tardío, A, con los anteriores (1994), el mismo autor la considera consecuencia de un «cambio socioeconómico o religioso» en sus constructores (1992: 31).

¹⁴⁹. Al más puro estilo céltico centroeuropeo: Blanco Freijeiro, 1982; Marco Simón, 1993: 496.

celtas, como el de Gournay-sur-Aronde (Oise), aunque con evidentes diferencias constructivas, geográficas y cronológicas¹⁵⁰.

En tal sentido deben entenderse las funciones ejercidas por ciertas paradigmáticas piezas, enmascaradas por una «aplastante» facturación orientalizante (como los carros votivos de Mérida o Almorquí, o la figura del sileno de Capilla¹⁵¹).

Y en este mismo sentido contemplamos las trayectorias señaladas por las placas laterales de atalajes de Cancho Roano, especialmente las denominadas de tipo A (Fig: 20.6), que encajan perfectamente con el resto de los bocados y responden a un tipo de clara dispersión itálica y alpina¹⁵², como ciertas piezas aparecidas en el depósito del altar de Capote (Fig: 20.1-5): conos de bronce, una figurita plana de bóvido, en plomo, un quemador de hierro con cabezal trilobular horadado y un colgante de vástagos articulados, de los denominados de tipo «Albate», conocidos en estas regiones europeas, en Sicilia y en contextos «paleoibéricos» de los siglos VI y V a lo largo de la costa mediterránea septentrional, especialmente en el Bajo Ebro (Coll del Moro, Mas de Mussols, etc.¹⁵³).

¹⁵⁰. Aldhouse-Green, 1993: 457. Existe un margen de 300 años entre ambas construcciones, además de la distancia espacial y cultural, pero la coincidencia en la estructura formal y funcional, y su singularidad, es de tal magnitud que permite suponer, especular, con la posibilidad de comprenderlas como manifestaciones arquitectónicas surgidas de un mismo trasfondo ritual que, creemos, es de naturaleza indígena, atlántica, aunque se refleje en conceptos materiales orientalizados (¿helenizados?).

¹⁵¹. Blázquez, 1955: 41-58 y 1976; para una correcta valoración, en el momento, Almagro-Gorbea, 1977: 251-253 y Olmos Romera, 1977; Celestino Pérez y Julian Rodríguez, 1991.

¹⁵². Maluquer de Motes, 1981: 290, fig:10; 326 y 1987: 55-59. Para los paralelos centroeuropeos a las placas A, véase Egg, 1986.

¹⁵³. Para el colgante articulado: Vilaseca, 1953, lám.IV.1; Munilla, 1991: 128 ss.; Maluquer de Motes, 1987-b:104, figs: 17 y 20; Ruiz Zapatero, 1985: 978-979; etc. Para Italia y Alpes, p.e., Ridgway, 1979, fig: 32.9.; para la figura de bóvido y el quemador: Ruiz Zapatero, 1985: 562 y 979, Bruschetti, 1989: 119-120; Eadem, 1968: 143; Feruglio, 1989: 66-67, etc. Queremos expresar nuestro agradecimiento a los profesores Dres. Lucas Pellicer y Almagro-Gorbea por las precisiones recibidas en el tratamiento de estos materiales.

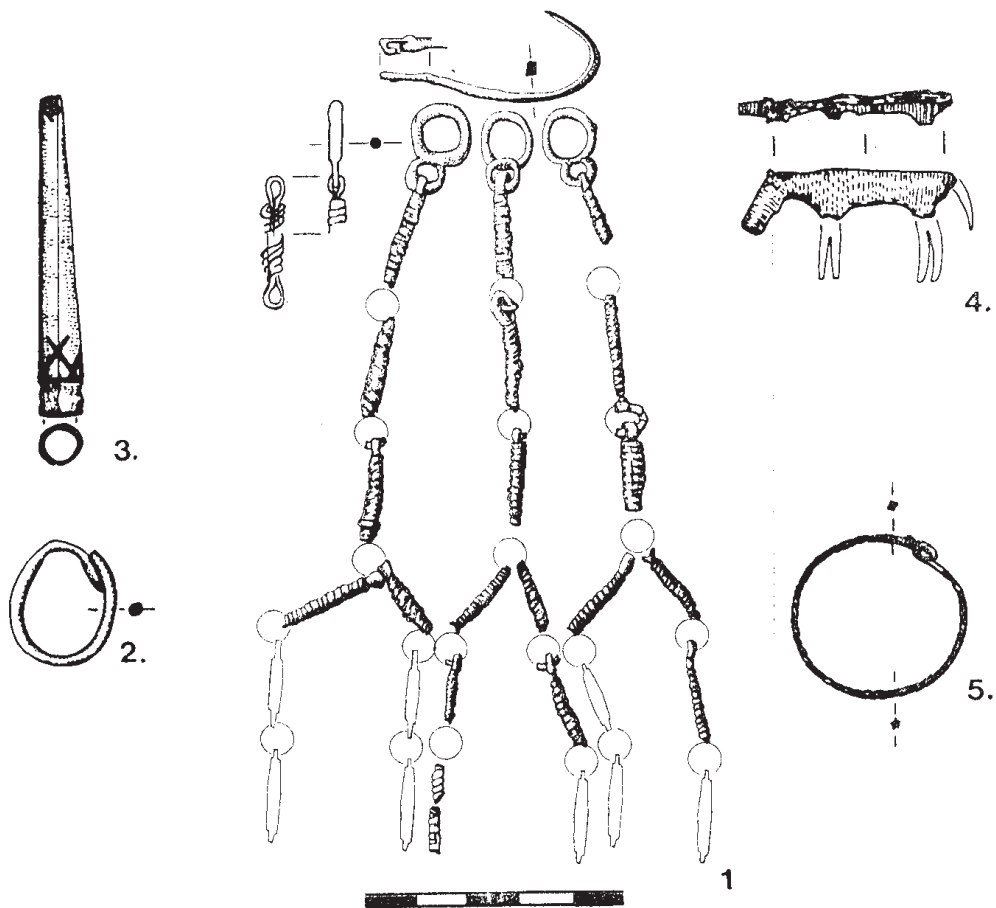


Fig.: 20.- Piezas de bronce, plomo y plata procedentes del Castrejón de Capote (1-5)

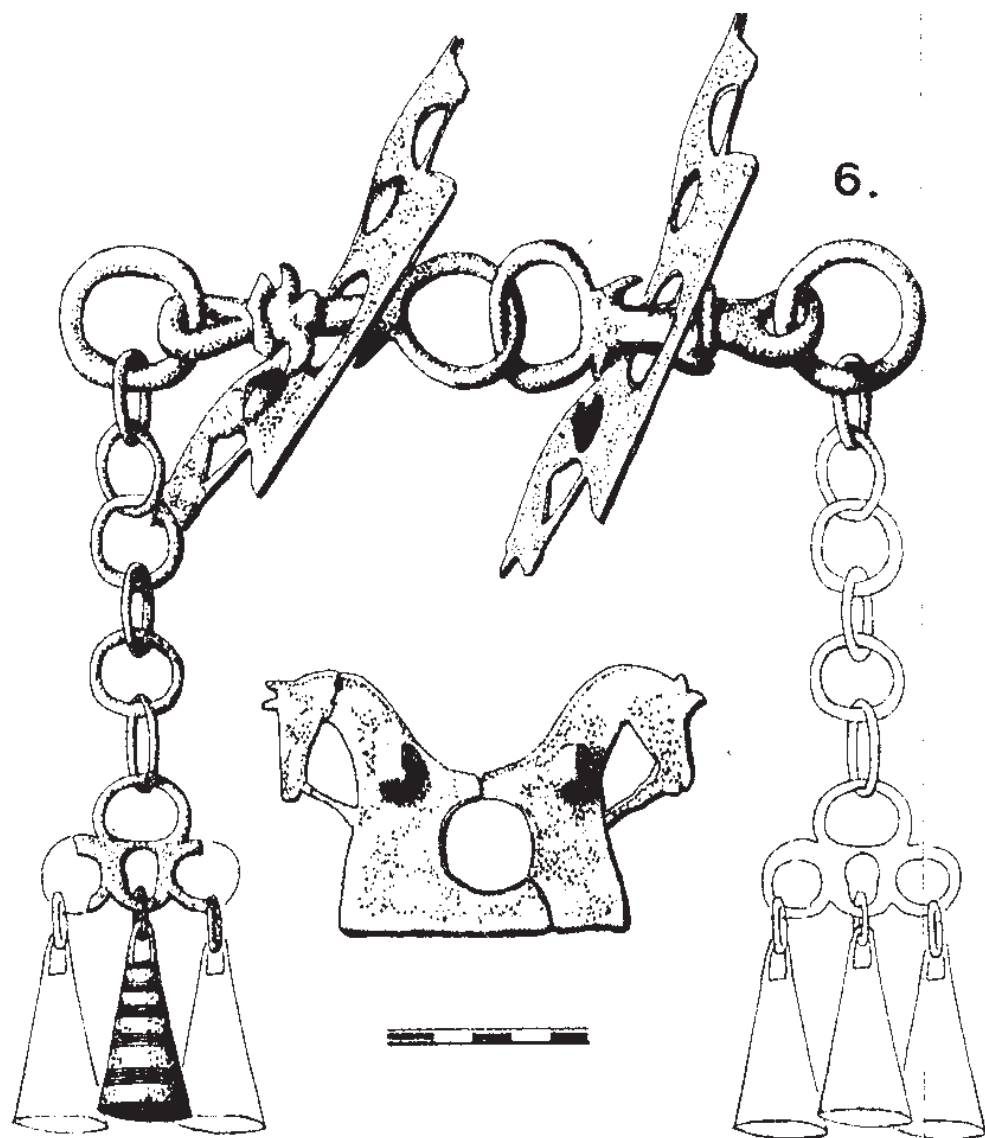


Fig.: 20.6.- Edificio A de Cancho Roano (6, esta reconstrucción, realizada a partir de Maluquer de Motes, 1981). Ss. VI/V a.C.

Naturalmente, estos materiales no dejarían de ser conjuntos más o menos asociados pero foráneos a la cultura material de los indígenas, si no fuese por el paralelismo fácilmente observable entre las posteriores producciones a mano, de las que serán cerámicas de los célticos betúricos, en sus decoraciones y formas más complejas, con aquellas norditalianas, francesas y catalanas de los siglos IX al VI a.C., que fueron confundidas entre los «socorridos» Campos de Urnas tardíos (Fig: 21) - (paralelismo ya destacado por los prehistoriadores portugueses en los estudios sobre el depósito de Garvão)¹⁵⁴.

¿Son las paradigmáticas decoraciones de las cerámicas «a mano» del siglo IV a. C. en Suroeste, un reflejo último de tradiciones fomentadas por contactos con los pueblos tardíos de Campos de Urnas y ambiente colonial del Mediterráneo nordoccidental?

En ello creemos, pero por ahora no tenemos pruebas suficientes para justificar nuestra respuesta a una pregunta cuya formulación no deja de ser meramente especulativa, aunque recuerde el reciente planteamiento de Javier De Hoz para la explicación del «misterioso» surgimiento de la lengua *Celtibérica*¹⁵⁵. Este investigador, tomando como base sólidos argumentos lingüísticos, ha argumentado la existencia de una penetración, desde más allá de los Pirineos, paralela a los llamados «Campos de urnas» en Cataluña y de la que no se ha sabido reconocer sus restos arqueológicos, aunque sí sus efectos lingüísticos, gracias a la clara personalidad del celtibérico (que fue capaz de sobrevivir y adaptarse a la iberización). Dicha penetración debió ocurrir hacia el siglo VI a.C. (antes del Hallstatt D) y se deduce, de su importante «efecto», el que sus integrantes hablaban una lengua celta común, aunque lógicamente en un estado arcaizante. En suma, un proceso similar al ocurrido con el *Celta lepóntico* del que por su antigüedad se sabe muy poco, excepto su indudable naturaleza céltica y que fue hablado por, al menos, un grupo de Campo de Urnas¹⁵⁶.

¹⁵⁴. Beirão et alii, 1987; Ruiz Zapatero, 1985; Lucas Pellicer, 1987.

¹⁵⁵. De Hoz, 1992-b: 17-19 y 392-393. Asumimos que, por las consecuencias, podemos acercarnos a las causas. El grado de aproximación, o mejor de certeza, estriba en la naturaleza y singularidad del efecto, a veces claramente significativo, como son la categoría celta del lenguaje celtibérico, o la indudable personalidad de los pueblos prerromanos del Suroeste, conocidos como «célticos».

¹⁵⁶. «not only in the Golasecca culture, but also in the previous Canegrate culture» (De Hoz, 1992-b: 18) y 1993: 394. Véase Almagro-Gorbea, 1992 y 1993; De Hoz, 1993; Ruiz-Zapatero, 1993. Sobre la constatación arqueológica de CU «catalanes» en la Meseta: Fuente Estaca, véase Martínez Sastre, 1992 y Lorrio, 1995, e.p.

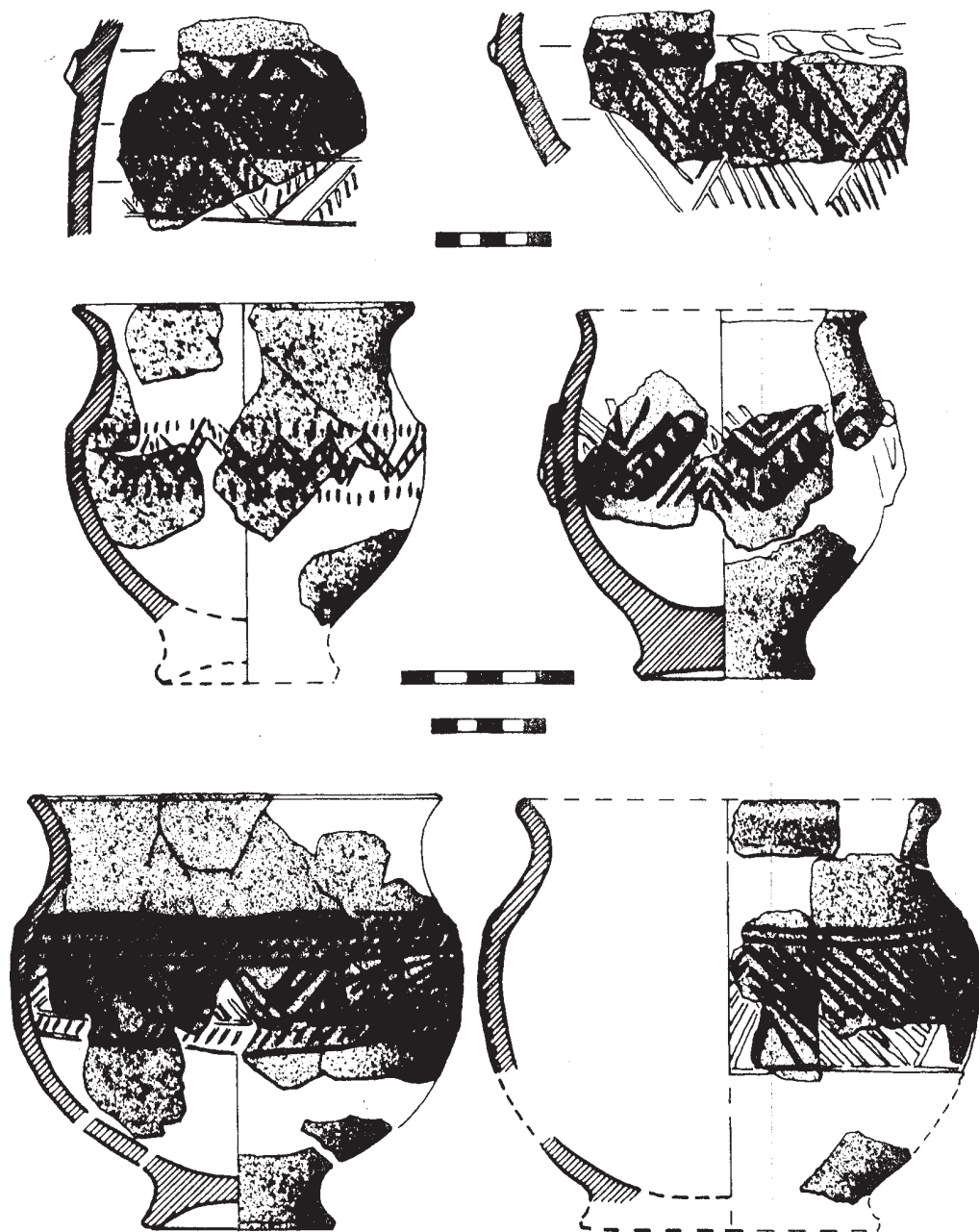


Fig.: 21.- Copas de cerámica hechas a mano, decoradas con motivos incisos en patrones similares a los derivados de los pueblos de Campos de Urnas tardíos, del Mediterráneo noroccidental, procedentes del depósito ritual hallado en el Altar de Capote (en Berrocal-Rangel, 1994-b).

Por coincidencias en las que no creemos, muchos de los rasgos cerámicos que caracterizan estas culturas italianas, los volvemos a reconocer como específicos de las producciones «a mano» de los célticos del S.O., como la profusión de triángulos y «dientes de lobo» rayados y perlados, de figuraciones ramificadas o de vasos-calados, conocidos como «quemadores» (Fig: 19 y 21). El estudio de D. García, sobre las cerámicas del valle del Herault, muestra como es posible la perduración de estas producciones hasta los siglos IV y III a.C., en una época y con unos resultados homologables a los del Suroeste¹⁵⁷.

Si, a tal tradición cerámica, unimos las evidencias de naturaleza septentrional de la lengua oculta en las losas con Escritura del S.O., y las producciones metálicas de Cancho Roano y Capote, por citar conjuntos fechables a finales del siglo V a. C., creemos que las relaciones con las tierras del Golfo de León y la desembocadura del Ebro durante este siglo tuvieron que ser decisivas para facilitar un posterior proceso de «celtización» del SO.

Tal impulso, independiente en su origen inmediato de lo anterior (cuenca media del Duero), y con un componente poblacional que, nos atrevemos a mantener, es el responsable tanto de la eclosión del hábitat, claramente demostrado a partir del siglo IV a.C., como de gran parte del aspecto innovador de sus cerámicas, tanto realizadas a mano como con torno.

Estas concomitancias se han visto a través de la proliferación de formas, técnicas y motivos decorativos muy específicos, como las estampillas circulares, impresiones a punta de espátula, pseudo- y excisiones, vasos polípodos, calados, etc., cuya presencia en el Duero medio y alto, y en el Suroeste, es singularmente significativa. Por otra parte, la escasez de cerámicas peinadas al estilo Cogotas y la ausencia de pintadas de tipo celtibérico pueden ser indicios sobre el momento de partida de tal movimiento (es decir, coetáneo al proceso de iberización del Duero).

Los puentes geográficos y culturales son, cada día, mejor conocidos. Así ya fueron apuntados por Barrio Martín al cotejar la identidad de singulares vasos

¹⁵⁷. Berrocal-Rangel, 1994-b; para sus analogías intermedias, obras generales como: Ruiz-Zapatero, 1985; Lucas Pellicer, 1987 y Werner, 1987; para comprobar la perduración de estas producciones en el Golfo de León: García, 1993. Una buena recopilación gráfica, muy recomendable, la encontramos en Gómez de Soto, 1993.

calados y polípodos del Duero, como los de las necrópolis de Las Erijuelas de San Andrés (Cuéllar, Segovia), con los depósitos de Garvão y Capote¹⁵⁸, que no pueden achacarse por su singularidad a convergencias culturales o relaciones económicas (son producciones locales y de función ritual, algo que antropológicamente es muy significativo¹⁵⁹).

Puentes más completos se han apuntado posteriormente, pero conviene destacar dos yacimientos que, además, ofrecen datos lingüísticos y numismáticos de importancia en esta, difícil, definición. Nos referimos a los castros de Villasviejas del Tamuja y de La Coraja, ambos en la cacereña cuenca del Almonte, entre los cauces medios de los ríos Tajo y Guadiana¹⁶⁰.

En el primero de ellos ha sido localizada, como se ha comentado anteriormente, la ceca celtibérica de *Tamusia*, algo que encaja con planteamientos lingüísticos (la derivación es nítida¹⁶¹) y con su ubicación, cerca de la «Falla de Plasencia» (coherente con los movimientos poblacionales según los clásicos) pero con objeciones numismáticas y arqueológicas.

Respecto a las monetales, Villaronga aduce una serie de razones para no considerar el emplazamiento de una ceca exclusivamente por la densidad de hallazgos de sus monedas¹⁶². Otros datos llevan a este numismata a mantener el tradicional emplazamiento en el Ebro, pero no explica porqué no hay hallazgos consistentes de esta ceca en la cuenca de este río.

¹⁵⁸. Barrio Martín, 1987; Beirão et alii, 1987.

¹⁵⁹. Es importante porque, tales cerámicas aparecen en depósitos votivos y en ajuares funerarios, y son de clara fabricación local, es decir son los productos que según la Etnografía suelen reflejar importantes valores culturales y ser representativos de los conceptos étnicos. Por ello, eran escasamente propicios para su «comercialización» o su utilización por parte de gentes que no estuviesen simbólicamente representados con ellos.

¹⁶⁰. Hernández Hernández et alii, 1989; Hernández Hernández, 1993; Esteban Ortega, 1993.

¹⁶¹. Es muy significativa la conservación de la «m» en el topónimo Tamuja, rasgo propio de la escritura celtibérica occidental, ulterior o arévaca, según deja claro García-Bellido, siguiendo a Javier De Hoz (García-Bellido, 1995, e.p.)

¹⁶². Villaronga, 1990: 79 ss.

Tampoco la directora de las excavaciones del castro, la profesora Paquita Hernández, cree que los materiales arqueológicos (entre los que no se han recuperado ases de *Tamusia*, pero sí de una ceca «hermana», *Titiacos*, con una inusual mayoría) prueben la existencia de celtíberos¹⁶³. No obstante, su cultura material es muy similar a la de los poblados célticos de la Beturia y el Alentejo, como Capote o Belén (quizá con un porcentaje mayor de materiales «turdetanos», comprensible por su situación cercana a la «Vía de la Plata») y, en éstos, tampoco hay cerámicas «celtibéricas» (entendiendo por tales, las conocidas producciones ibéricas a torno y con decoración pintada). Mayores analogías se encuentran con el vecino castro de La Coraja, donde la similitud se constata en las formas de las cerámicas de almacén y en los recipientes menores, producidos a mano y decorados o, a torno, generalmente estampillados¹⁶⁴. Algo muy importante es comprobar que en ambos castros parece documentarse un tipo de casa de planta cuadrangular dividida, internamente, en dos por un tabique, medianil, o por un banco, en esquema que coincide con el definido en Capote, como concuerdan sus complejos sistemas defensivos, con fosos y bastiones, que consideramos de inspiración helenística (Fig.: 22)¹⁶⁵.

Todo ello nos permite afirmar que existen sólidos indicios, y no pocas evidencias, para mantener una presencia de raigambre «vaccea» en estos poblados cacereños, al menos, durante los momentos de ocupación inicial de la Segunda Edad de Hierro (ss. IV / III a. C.)¹⁷⁷.

La Alcazaba de Badajoz es el siguiente nexo claro con la Beturia céltica, hasta el punto que por sus cerámicas permite considerarla dentro del ámbito natural de estos célticos del Suroeste, que ocuparían por igual el Alentejo y la Beturia occidental¹⁶⁶. Porque, aunque las posiciones de la Alcazaba y del castro de Segovia (Elvas, Portugal) parezcan demostrar

¹⁶³. Hernández Hernández, 1993: 120.

¹⁶⁴. Esteban Ortega, 1993: 57 ss.

¹⁶⁵. Berrocal-Rangel, 1995-a: 34-35 .

¹⁶⁶. Berrocal-Rangel, 1992 y 1994.d: la referencia de Plinio, sobre la procedencia de los célticos betúricos de la Celtiberia, a través de la Lusitania, debe entenderse dentro de los esquemas geopolíticos de época imperial. Arqueológicamente, Capote, Jerez o Belén no muestran materiales «célticos» más modernos que los lusitanos.

pioneramente el cambio de la cultura material (p.e., en los estampillados), no se observa una especial antelación respecto a poblados alentejanos meridionales, como Mesas do Castelinho o Garvão, ni tampoco respecto a los betúricos (p.e. El Castañuelo, Capote, Jerez, etc.).

A partir de estos momentos, la cultura material de los célticos de la Beturia se muestra homogénea y singular, idéntica a la de sus contemporáneos del otro lado del Guadiana, e integrada en una propuesta evolutiva que tiene su final hacia mediados del siglo I a.C., según otros trascendentes hechos históricos, culturales y arqueológicos: la implantación masiva de las producciones cerámicas romanas; la fundación de asentamientos (o la refundación de otros) y la actuación de César, reorganizando el sistema de la población lusitana y betúrica, permiten sostener una fecha aleatoria del 50 a. C. como «final» del Período prerromano¹⁶⁷.

Delimitado el marco cronológico, que engloba las ocupaciones de los poblados analizados a lo largo de fases intermedias de «apogeo» (375/175 a. C.) y «tardía» (175/90 a. C.), se ha sintetizado una singular cultura, representada en sus producciones cerámicas, realizadas a mano y a torno, ricamente decoradas y en sus materiales metálicos, meseteños; en sus hábitats castreños, costumbres igualitaristas y creencias, y lengua, hispanocelta¹⁶⁸.

Tal marco ha servido para diferenciar, al menos, seis momentos ocupacionales que se corresponden a otros tantos intereses y problemáticas, de acuerdo a la sistematización que refleja la secuencia representativa tanto del agotamiento del mundo anterior (*poblados «tardo-orientalizantes»*) como de la permanencia y confirmación en el hábitat (*poblados de continuidad*), del establecimiento de comunidades en poblados fundados «ex-novo», en pleno proceso indígena (*poblados célticos*), y como testimonios de una nueva dinámica, posterior y relacionada con Roma (*poblados céltico-romanos y protorromanos*)¹⁶⁹.

¹⁶⁷. El mundo cultural indígena perdurará con cierta identidad, entre el 90 y el 50 a.C.: Berrocal-Rangel, 1989/1990 y 1994-a.

¹⁶⁸. Berrocal-Rangel, 1992: 269-288.

¹⁶⁹. La bibliografía sobre los poblados está recopilada en Berrocal-Rangel, 1994-c.

Los yacimientos tardo-orientalizantes son asombrosamente escasos, pequeños o grandes poblados de continuada ocupación que suelen alcanzar generalmente la época romana: El Castañuelo y La Martela¹⁷⁰, entre los primeros, y Jerez¹⁷¹ y, posiblemente, *Nertobriga* entre los de mayor extensión, informan de la transición desde los siglos anteriores que ya habíamos visto en la Alcazaba de Badajoz y en el castro de Azougada (Moura), por citar importantes yacimientos del Guadiana. La continuidad ocupacional viene justificada por la singularidad de sus posiciones, de dominio y control sobre los más importantes recursos, dinámica deducible de indicios históricos, según topónimos singulares como *Arucci* (Aroche) y *Dipo* (¿Juromenha?).

Desde los inicios del siglo IV a. C. (en comunión con las últimas producciones áticas) comienzan a fecharse una serie de yacimientos de nueva fundación, dado que por el momento las excavaciones no han facilitado la certeza de una ocupación orientalizante, como ocurre en Capote, en la cercana Serpa y, posiblemente, en el Castañuelo (Fig.: 22).

Tal dinámica colonizadora se hace patente a lo largo de este siglo, especialmente en su segunda mitad, con una «explosión» de yacimientos de fundación prerromana temprana¹⁷² que pudiera incrementarse con muchos otros que, por el momento, parecen responder a una ocupación prerromana más tardía. En menor número, estos poblados surgen en los momentos iniciales del dominio definitivo romano y se consolidan a comienzos del siglo I a.C., como ocurre

¹⁷⁰. Las placas áureas, lotes de cerámicas y un broche de cinturón de tipo «Osma», pese a la carencia de una ocupación arqueológica que los engloben (algo coherente por la urgencia de las dos campañas de excavaciones), pudieran confirmar la continuidad del hábitat durante el siglo V a. C. (Enríquez y Rodríguez Díaz, 1988).

¹⁷¹. No descartamos ocupaciones anteriores, especialmente previas a los siglos orientalizantes. Sólo así se comprenden ciertas cerámicas y piezas metálicas de tipología calcolítica, del Bronce Final e, incluso, del siglo VI a.C. (Carrasco, 1991 y materiales inéditos depositados, por nosotros mis¹⁹⁹. Pastor, Pachón y Carrasco, 1992: 188.

¹⁷². Provisionalmente consideramos, en estos momentos, poblados como la Ermita de Belén, Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos, Los Cantamentos de la Pepina, Los Castejones de Bodonal, Cerros del Castillo de Bienvenida y Aroche, Maribarba, etc.

en San Pedro, El Castillejo de Oliva o San Sixto, dentro de los nuevos procesos de control alentados por Roma, aunque como construcciones heredadas de las locales anteriores y con un carácter que por su cultura material puede considerarse indígena. En relación con este momento, que situamos a finales del siglo II pero que consideramos tiene su máximo impacto en la primera mitad del I, hemos emplazado la potenciación de los que serán conocidos como *oppida* plinianos, tal como barajamos para Nertóbriga en función de su registro arqueológico y de su paradigmático emplazamiento central en la cuenca del Ardila¹⁷³ (Fig.: 23).

Por último, no reconocemos asentamientos de clara fundación romano-republicana, aunque el cercano ejemplo del Castelo da Lousa, a pocos kilómetros al Noroeste de Jerez, se muestra como un auténtico fortín de «nueva cuña», similar pero diferente a los *castella* bajo-alentejanos y a los recintos-torres de los túrdulos, estudiados por Manuel y María Maia, y por Pablo Ortiz y Alonso Rodríguez Díaz, respectivamente (cf. *infra*).

Con tales planteamientos, se ha procurado definir tres secuencias de agrupaciones temporales, adaptadas de las ya generalizadas para los poblados célticos del Suroeste: *escasos y trascendentes poblados de época orientalizante* que perduran durante el período prerromano, agrupados en tamaños pequeños (entre 0,5 y 2 ha) y medianos (entre 4,5 y 5,5 ha.), reflejando una cierta «jerarquización» potenciada con las primeras intervenciones romanas, contrastan con la aparente homogeneidad de los que conforman el siguiente grupo temporal: *numerosos castros y castrejones de la Segunda Edad del Hierro*, de dimensiones similares entre sí (entre 2,5 y 4 ha.) y, por último, un grupo tardío, con dimensiones medianas y pequeñas (1,5 a 2,5 ha.) y en disposiciones que entran en la nueva dinámica ocupacional, promovida por Roma.

Como hemos citado anteriormente *entre los materiales más característicos* de estas poblaciones célticas aparecen, desde sus primeros momentos, las producciones cerámicas realizadas a mano, decoradas con motivos inciso-impresos, calados y excisos, y los recipientes «a torno» con ornamentación estampillada (p.e., sucesiones de grandes improntas geométricas y, singularmente, los estampillados figurativos) - (Fig.: 25.M,TG,TC). Estos materiales, que potencian viejas tradiciones locales e incorporan otras nuevas de origen septentrional, se

¹⁷³. Esta «potenciación» de los *oppida* condujo al abandono de los castros menores (Berrocal-Rangel, 1989-1990:114-115), aunque su plasmación es mucho más paulatina y sin rupturas, ofreciendo un esquema del poblamiento complejo a finales del siglo II a.C. (1994-a: 262; 1994-c: 236-237).

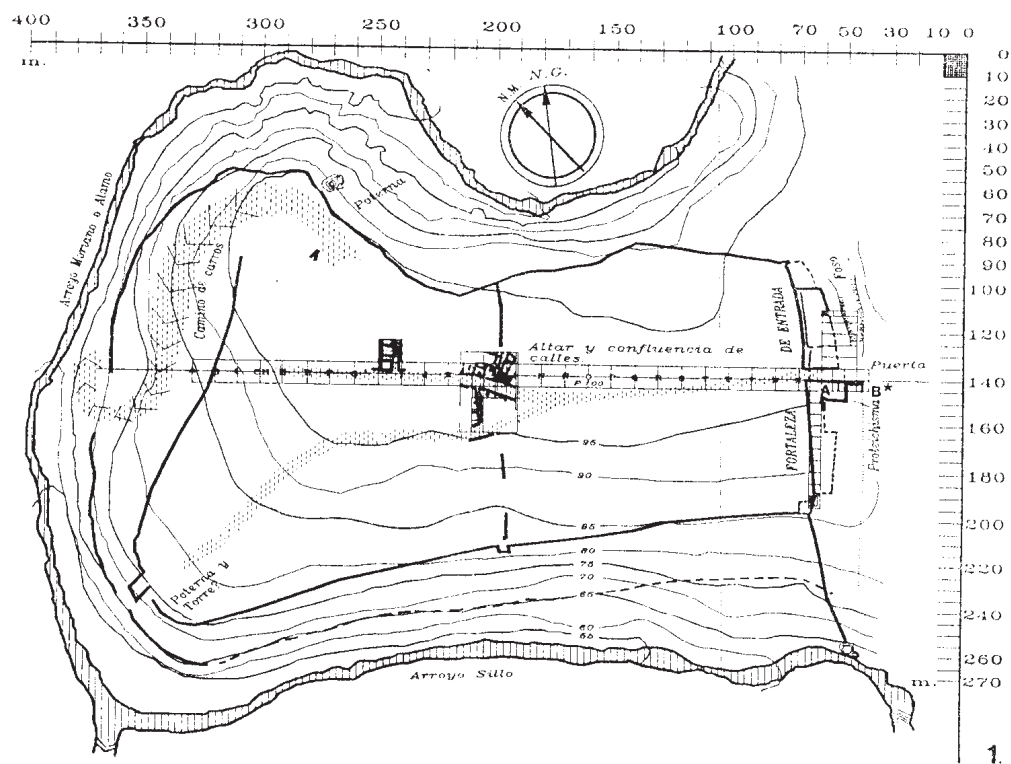


Fig.: 22.1.- Plano el Castrejón de Capote, con indicación de la sección abierta en el bastión de entrada (A-B).

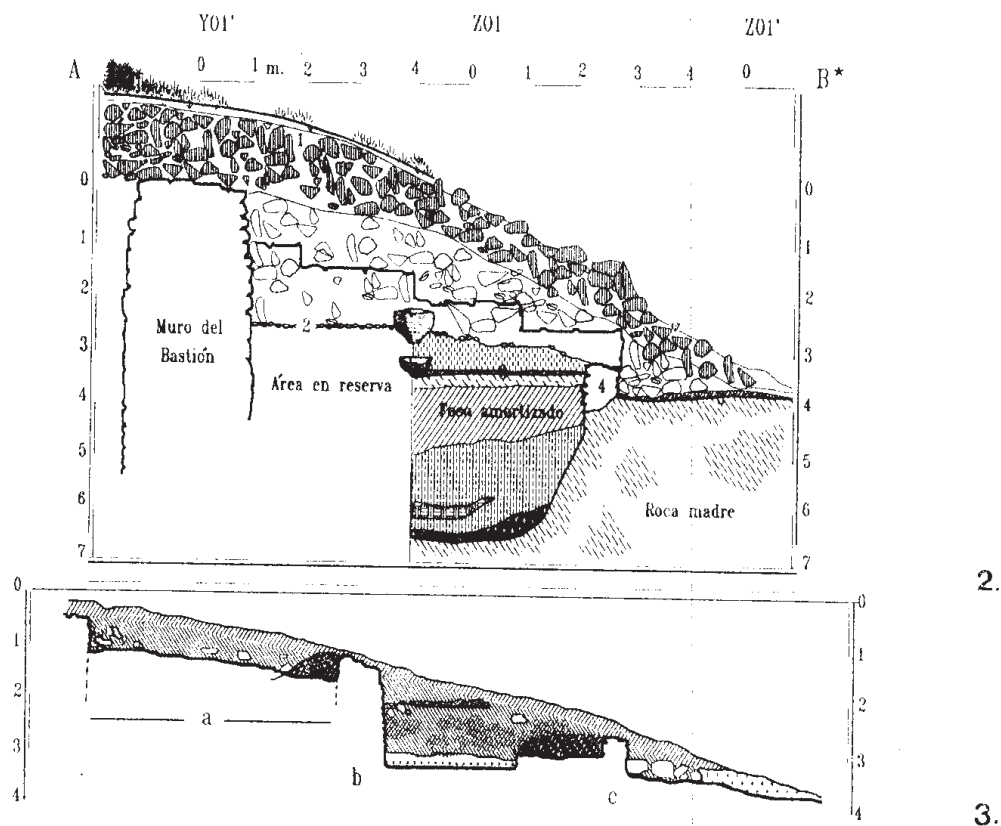


Fig.: 22.2.- Sección A-B referida, con indicación de la proteichisma (4) levantada sobre el extremo de un foso amortizado en el siglo III a. C.; 21.3.- Sección de la muralla de Los Castillejos 2, digitalizada a partir de Fernández Corrales, Saucedo y Rodríguez Díaz, 1988, con casamatas (a) y ¿proteichisma? (c).

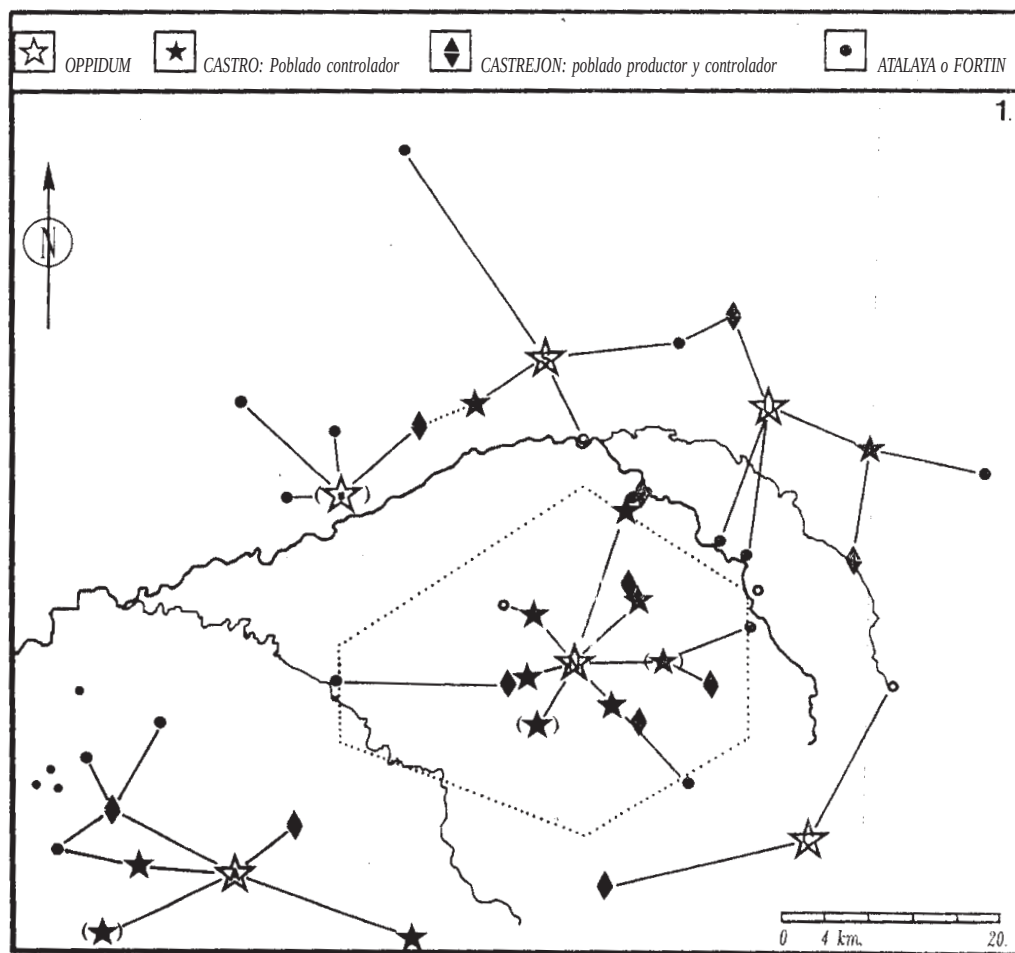


Fig.: 23.1.- Propuesta de relaciones geopolíticas entre los poblados célticos de la Beturia, a finales del siglo II a. C., con potenciación de los oppida republicanos: N (Nertobriga), s (Seria? entre La Gama y Jerez de los Caballeros), S (Segida?), U (Ugultunia), C (Curiga) y A (Arucci). En puntos, los límites teóricos del territorio nertobrigense;

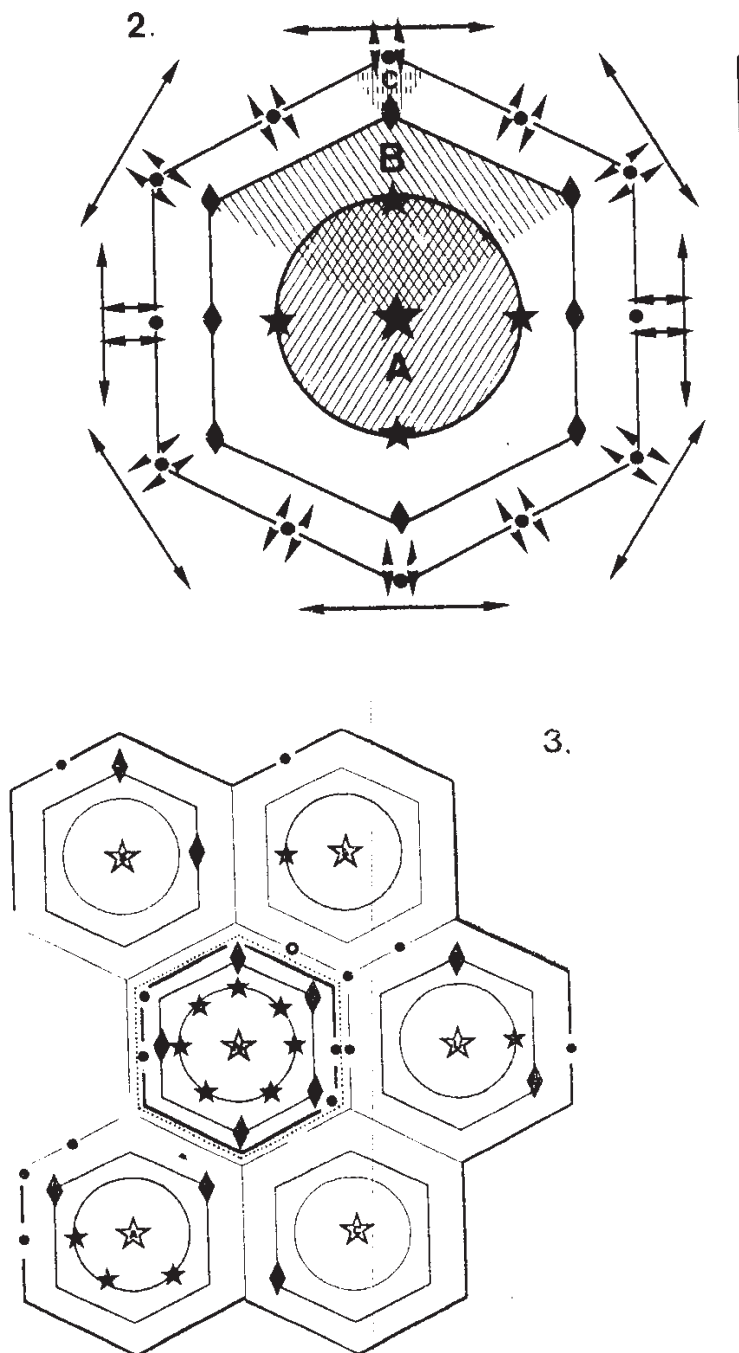


Fig.: 23.2.- Patrón teórico de dicha organización; 23.3.- Plasmación de dicho patrón sobre los poblados conocidos de la Beturia céltica en el siglo II a. C. (en Berrocal-Rangel, 1994-c).

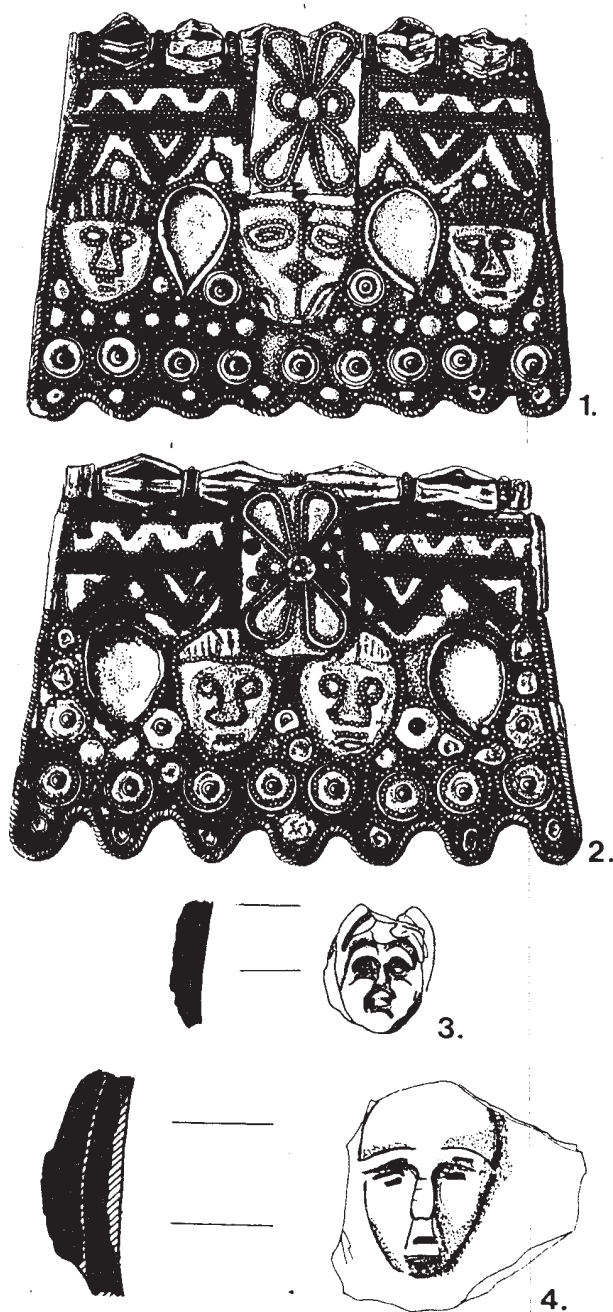


Fig.: 24.- Representaciones laténicas en la Beturia céltica: 1 y 2, placas de oro de la Martela; 3 y 4 apliques de cerámica en vasijas del Altar de Capote (ss. V/III a.C.). Las nº 1, 2 y 3, representan figu-
raciones del dios celta Esus, flanqueado por hojas colocadas en sentido inverso.

corresponden con una profusión de fíbulas anulares y de La Tène I, y con piezas tan características como las del tesoro de La Martela (Segura de León). Estas son placas que reproducen rostros de animales cuadrúpedos (¿felinos o équidos?) y cabezas humanas de tipología céltica, flanqueadas por hojas invertidas, según las representaciones laténicas de *Esus* (Fig: 24.1-2).

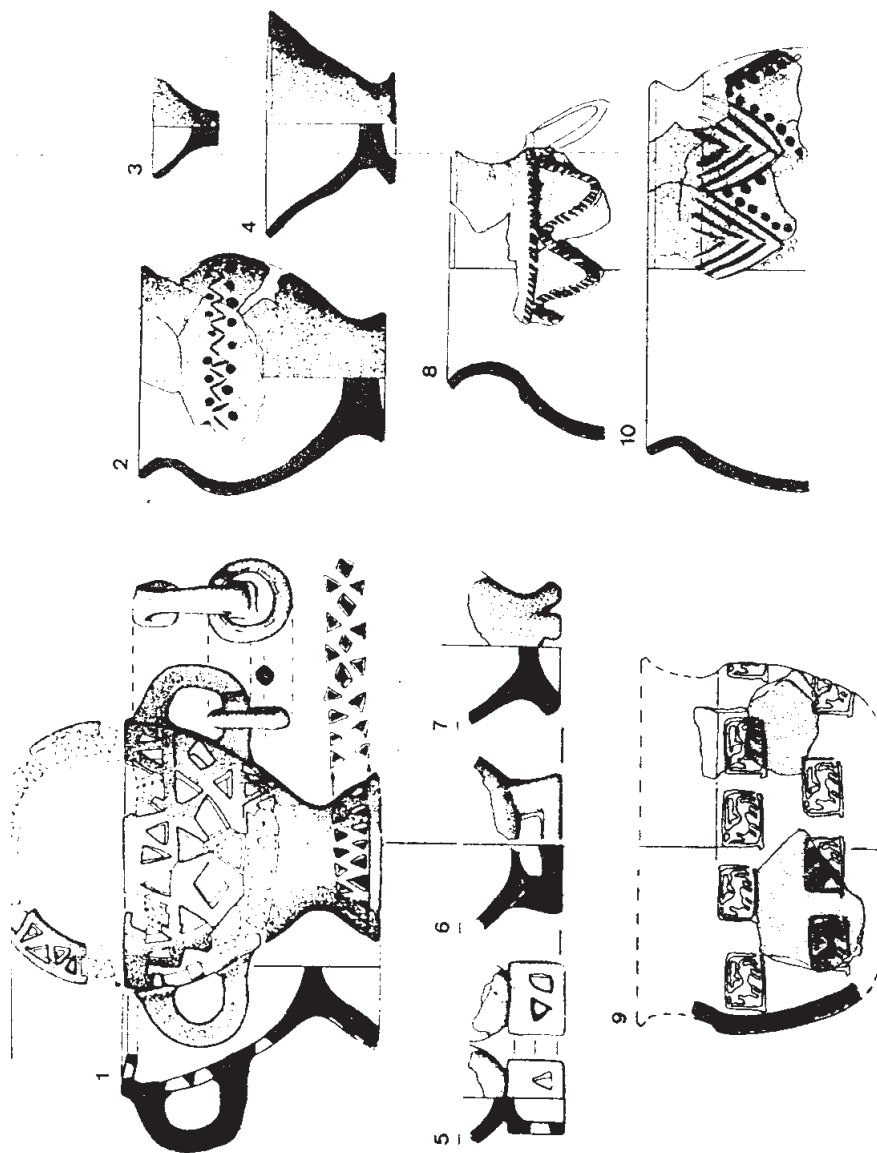
Otras manifestaciones equiparables permiten ver que no se trata de materiales aislados, importados y sin relación con el trasfondo de la Beturia, porque a pocos kilómetros de La Martela en el depósito votivo de Capote (sobre un altar de clara naturaleza occidental) se recogieron dos galbos cerámicos con sendos rostros del mismo estilo, uno de ellos poco valorado hasta el momento pese a ser una plasmación de las figuras centroeuropeas repujadas sobre metal (Fig: 24.3) -p.e., Schwarzenbach, Horowicky, etc.¹⁷⁴.

En una posición menos singularizada se conocen cerámicas de cocciones oxidadas, de fabricación a torno y decoraciones pintadas, generalmente formando bandas bícromas en rojo y negro, así como algunas ánforas ibero-turdetanas y escasos recipientes de «barniz tardío», éstos, las únicas cerámicas de importación que suceden a las áticas tardías.

A partir de mediados del siglo II a. C., la desaparición prácticamente total de las cerámicas realizadas a mano; el dominio de las producciones grises «a torno», decoradas con pequeñas estampillas e impresiones al gusto occidental; y la aparición de las primeras formas que copian tipos y aspectos «campanienses» vienen a definir una segunda fase arqueológica que relacionamos con el ambiente de conflictividad bélica que caracteriza este siglo en la Beturia y en el resto del territorio extremeño¹⁷⁵ (Fig.: 26).

¹⁷⁴. Sobre las placas de la Martela: Enríquez Navascués y Rodríguez Díaz, 1985 y Berrocal-Rangel, 1989-a; sobre las piezas cerámicas de Capote, Berrocal-Rangel, 1989-b y 1994-b. Acerca de la integración de estas piezas en las representaciones célticas hispanas, véase Almagro-Gorbea, 1993 y para sus paralelos centroeuropeos: Hatt, 1989, consideradas representaciones de *Esus*.

¹⁷⁵. En este sentido, la Dra. García-Bellido recoge parte de las conclusiones de un sólido estudio numismático que se encuentra en preparación por parte de Cruz Blázquez, en el que se señalan las fechas entre el 113 y 100/90 a.C. para la renovación de los conflictos bélicos tras dos décadas de la finalización de las guerras con Viriato: M.P. García-Bellido, 1995, e.p. y C. Blázquez, «Los hallazgos de moneda en la Vía de la Plata y los horizontes cronológicos de inestabilidad social.» (en preparación).



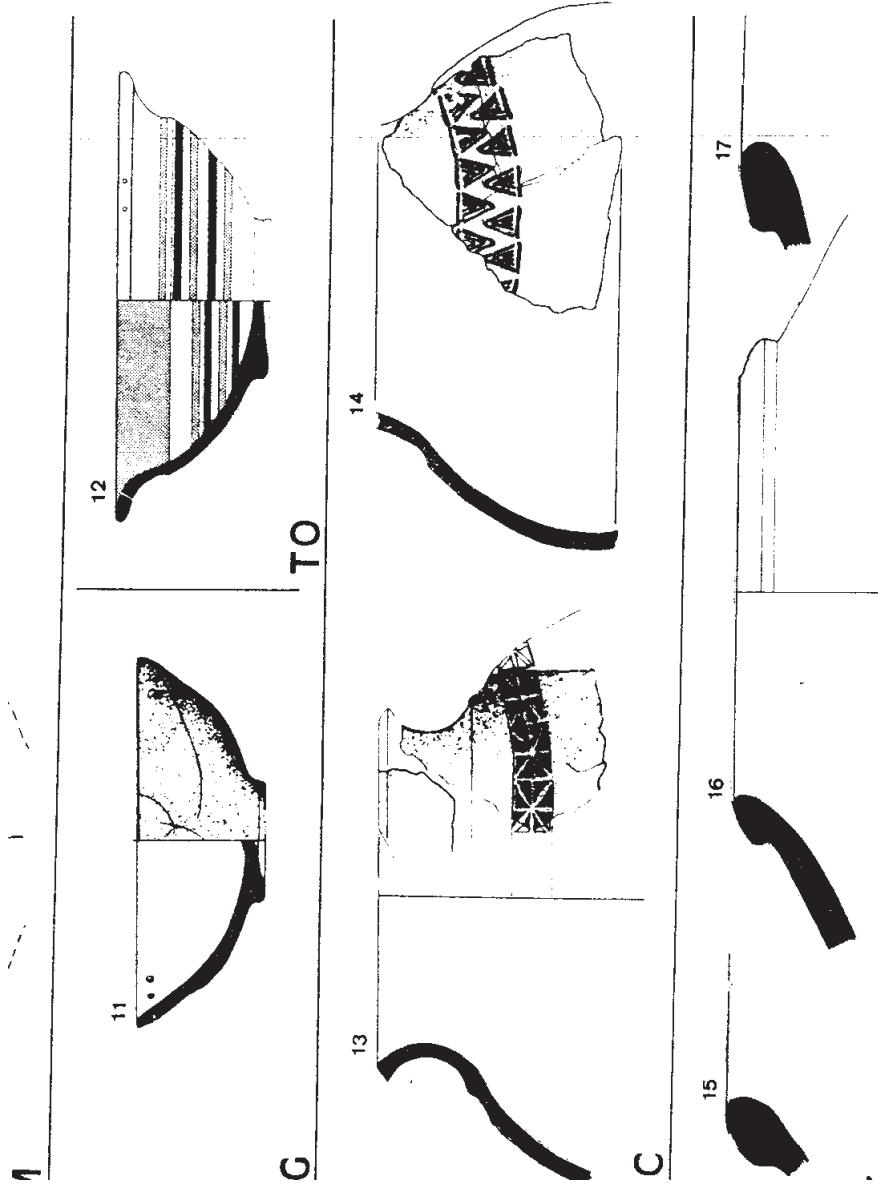
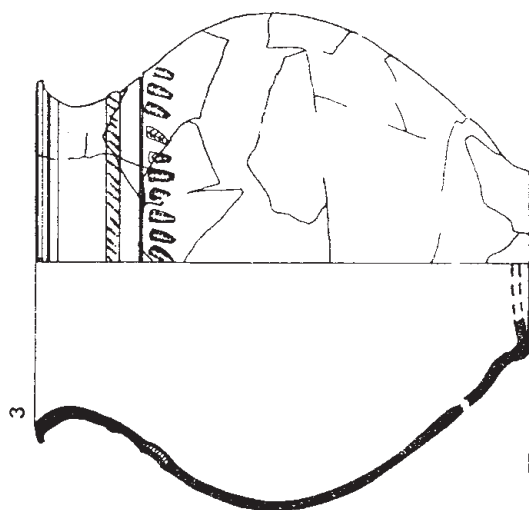
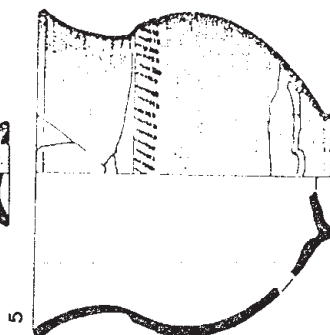
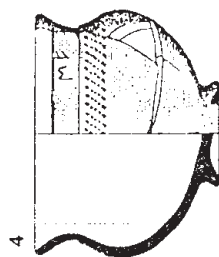
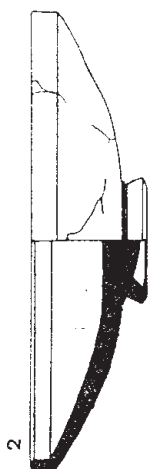


Fig.: 25.- Cerámicas de los siglos IV y III a.C., entre los célticos de la Beturia: M: producciones a mano, caladas, excisas, incisas, aplicadas y estampilladas TG: a torno, grises; TO: a torno oxidada y pintada; TC: a torno, común y estampilladas; A: ánforas ibero-turdetanas, 1-11, 13 y 14; Capote; 12, 15, 16 y 17: Belén (según Rodríguez Díaz, 1991).



TC

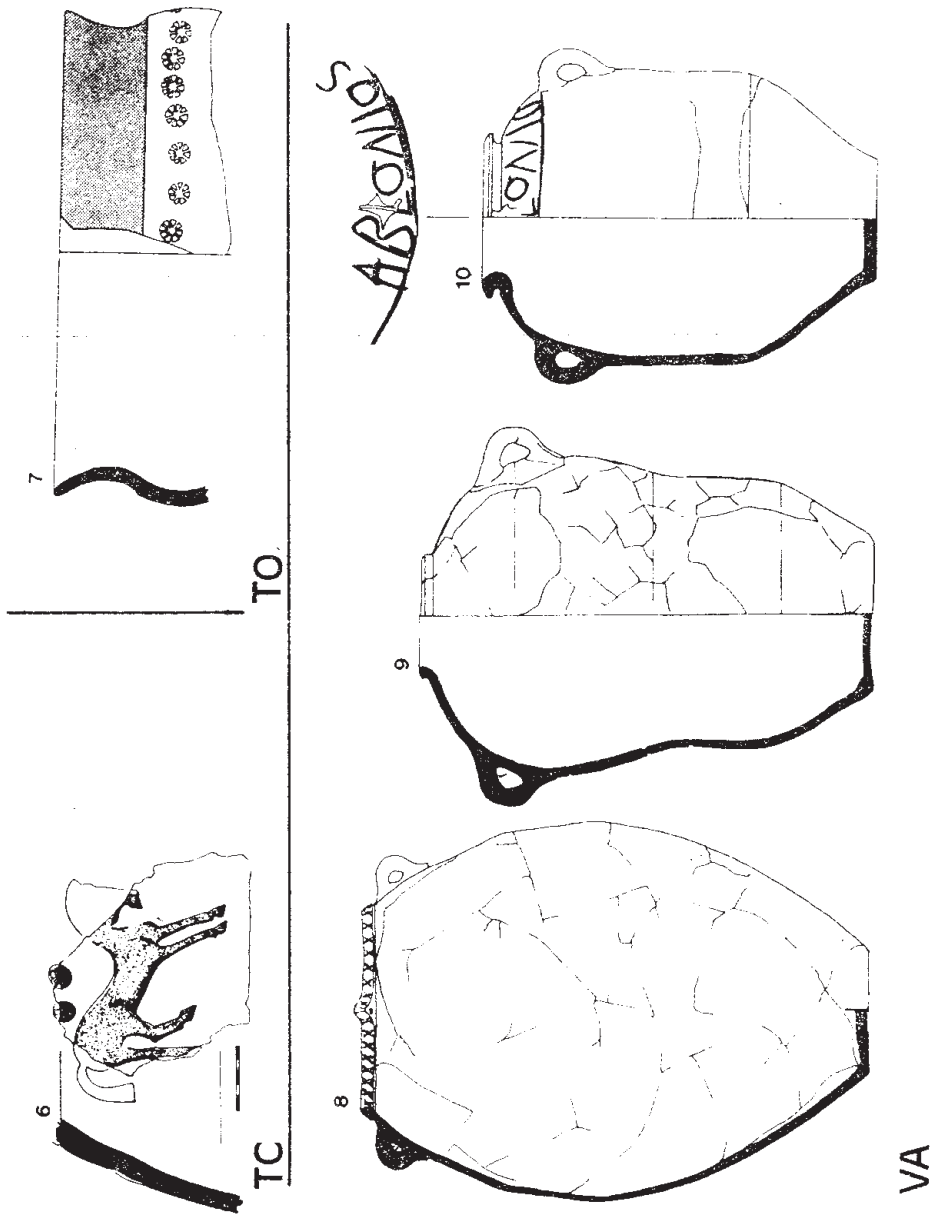


Fig.: 26.- Cerámicas del siglo II a.C., entre los célticos de la Beturia: TC: a torno, grises estampilladas e impresas; TO: a torno oxidada, pintada y estampillada; TC: a torno, común y estampillada; VA: grandes vasijas de almacén indígenas. 1-6, 8-10: Capote; 7: Belén (según Rodríguez Díaz, 1991).

En estos momentos se reconocen algunas armas (p.e., puñales dobleglobulares, la falcata hallada en Capote), proliferan las fíbulas latenienses (de tipos septentrionales, occidentales y, también, transpirenaicos) y aparecen las primeras monedas, siempre foráneas¹⁷⁶. Entre estos materiales, homogéneos en la Beturia céltica a finales del siglo II a.C., las últimas campañas de excavaciones en el Castrejon de Capote¹⁷⁷ han proporcionado recientes descubrimientos que nos han permitido aportar nuevas luces en la búsqueda de una respuesta que vaya más allá de la constatación y cronología de estas primeras monedas aparecidas en la Beturia¹⁷⁸.

Nos referimos a una serie de elementos metálicos que recurrentemente han ido apareciendo en conjunción con ases de las cecas celtibéricas de “*sekaisa* y *arekoratas*”. La aparición de este numerario, que inicialmente fue una mera referencia al supuesto origen de los célticos del Suroeste sin poder concretar la razón de su presencia, hoy se ha visto perfilada por una serie de asociaciones que permiten comprender mejor su presencia.

Junto a media docena de ases de las mismas cecas se han documentado otras tantas fíbulas de tipología La Tène II (grupo VII de Cabré y Morán, consideradas producciones específicas de los talleres metalúrgicos de Numancia¹⁷⁹).

¹⁷⁶. Berrocal-Rangel, 1994-a, para un desarrollo en profundidad de este momento tardío, y Berrocal-Rangel y Canto García, 1990 para datos sobre la aparición de monedas en los niveles estratigráficos de Capote. A ampliar en Berrocal-Rangel, 1991; Arévalo González, 1994. El mejor resumen sobre la numismática republicana en la Beturia: García-Bellido, 1995 (e.p.), a completar con otros trabajos de esta Autora y con estudios concretos como los debidos a Jiménez Ávila (1989-1990 y 1990) y otros debidos a C. Blázquez, en preparación.

¹⁷⁷. Para mayor detalle de lo desarrollado a continuación, remitimos a nuestra reciente aportación al *I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua*: Berrocal-Rangel, 1995-b y a un trabajo que culminamos de forma paralela para el coloquio *Arqueología en Extremadura: Diez años de descubrimientos*, U.A.M., Marzo de 1995, (1995-c).

¹⁷⁸. En tal sentido, el citado trabajo de García-Bellido es un paradigma de cómo la Numismática sirve de fuente de información integral para el conocimiento arqueológico e histórico (1995, e.p.).

¹⁷⁹. Cabré y Morán, 1979: 22; Berrocal-Rangel, 1992: 138.

Con ellas, tres *ciathi*, cacitos celtibéricos, alpinos y republicanos que van marcando por su aparición los caminos de la conquista del valle del Ebro, y de los del Guadiana y del Tajo (es decir el marco bélico de las guerras de resistencia en el siglo II a. C.), se ven asociados a restos de dos, quizá tres, puñales dobleglobulares de clara tipología celtibérica, al antropónimo inciso en cerámica *ABLONIOS* y otros elementos (como fíbulas con puente «de abanico», y adornos de bronce realizados con troquel)¹⁸⁰ -(Fig.: 27).

Todas estas asociaciones (puñales, cazos, fíbulas, monedas), elementos de ostentación y prestigio entre los celtíberos de esta época, parecen incidir en una presencia muy concreta cuya funcionalidad debe relacionarse con el ámbito socio-económico y cuyo reflejo en la Cultura material ordinaria no fue suficientemente intenso como para modificar unos patrones que no manifiestan nada específicamente «celtibérico» (cerámicas «a torno» grises del Suroeste, «a mano», indígenas o meseteñas; patrones constructivos de ocupación, etc.). Frente a ello, estas asociaciones metálicas tardías (segunda mitad del siglo II a. C.) vienen a coincidir con clara raigambre celtibérica de los topónimos de la Beturia occidental, que confirman con unanimidad el dato recogido por Plinio sobre la lengua celtibérica de estos célticos del Suroeste¹⁸¹.

¹⁸⁰. Martín Valls, 1990: 167-169; Berrocal-Rangel, 1994: 273; Cabré de Morán, 1990: 221; Lorrio Alvarado, 1994: 233 y 238.

¹⁸¹. Recordamos que la personalidad hispanocéltica del Suroeste, el estilo reflejado en sus producciones cerámicas y metálicas, y los patrones de explotación y ocupación del territorio deben considerarse consecuencia de un lento proceso acumulativo que culmina con el aporte demográfico de pueblos salidos del Duero Alto-Medio en los siglos VI-V a.C., conocidos como «vaceos antiguos».

Esta deducción se alcanza tras el estudio de la personalidad y el momento de aparición de las singulares cerámicas fabricadas a mano, y de otras producciones a torno que caracterizan estos célticos a partir del siglo V a.C. Dichas producciones, por su singularidad decorativa y formal (por ejemplo, los vasos calados con piés destacados o polípedos, las técnicas excisas, pseudoexcisas o las impresiones a punta de espátula, formando variantes de motivos de «dientes de lobo», bien conocidos en Garvão -Beirão et alii, 1985 y 1987-, Belén -Rodríguez Díaz, 1991- y Capote -Berrocal-Rangel, 1994-b-, entre otros depósitos y materiales del Suroeste) siempre nos habían llevado hacia el Duero medio (cuencas del Eresma-Pisuerga: Berrocal-Rangel, 1992:285 y 288), pero diversas piezas, especialmente metálicas como las referidas, hacían alusión a ambientes arévacos y, por ello, a celtíberos ulteriores.

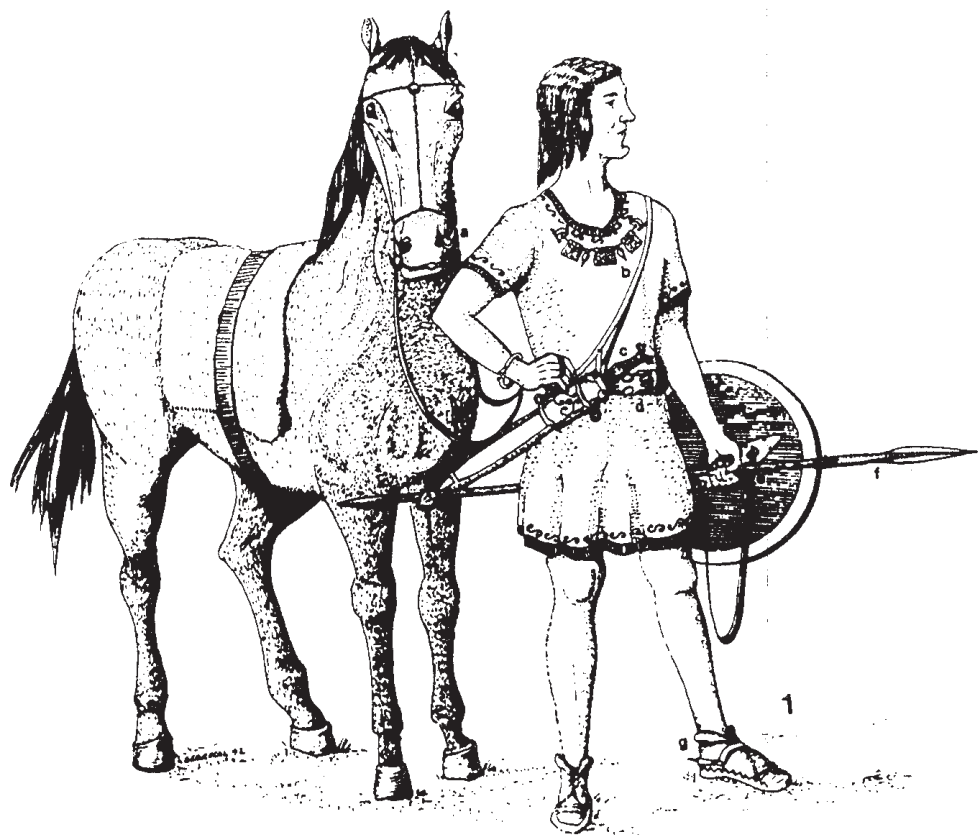
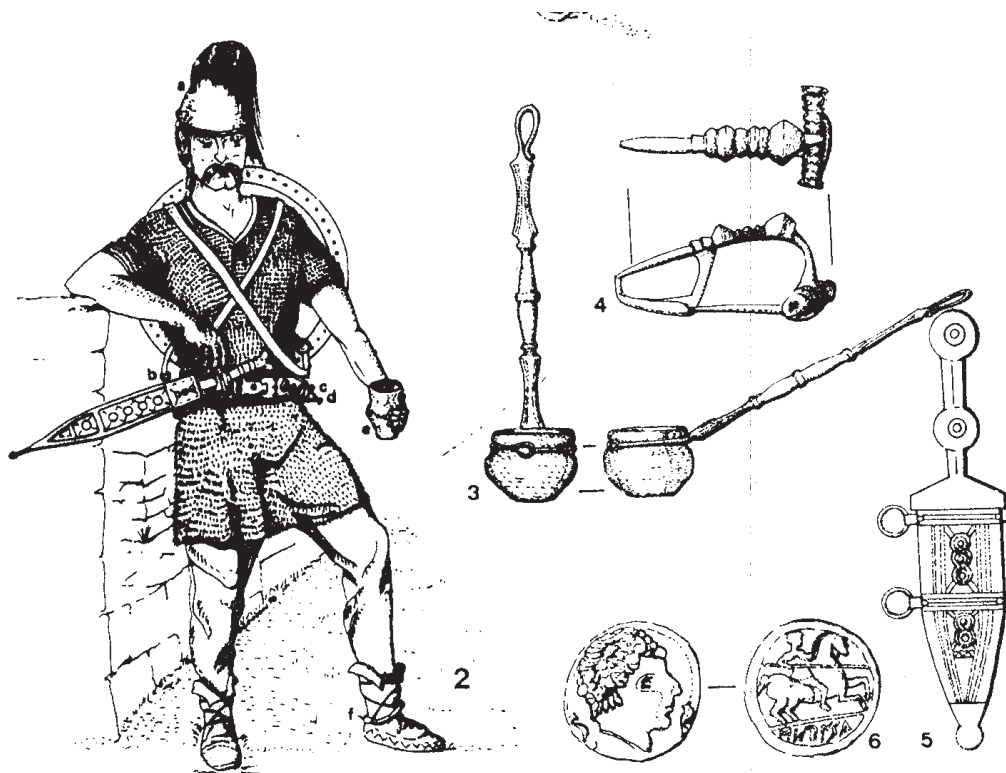


Fig.: 27.- Reconstrucciones hipotéticas de un guerrero céltico (1) y otro celtibérico (2), según los materiales documentados en el SO. peninsular. 1.- Pectoral de Segura de León; atalajes, lanza, escudo, espada de antenas, fíbula y broche de cinturón de la necrópolis de Alcácer do Sal; espuela de Capote;



2.- Fíbulas, cinturón, espuela y puñal de Capote, espada de Herdade das Casas, casco de Vaiamonte;
3. Ciathus, 4. Fíbula, 5. Puñal y 6. As de Sekaisa, de tipología celtibérica, procedentes del nivel 2 de Capote.

Aunque no creemos que tal constatación lingüística se deba exclusivamente a un fenómeno de presencia celtibérica tardía, cuya entidad tendría que ser excesivamente notable como para haber impuesto rápidamente su lengua y no haber dejado rastros materiales celtibéricos en abundancia, las asociaciones de piezas referidas y los testimonios lingüísticos nos obligan a apoyar una cierta presencia de singulares contingentes verdaderamente «celtibéricos» (arévacos, pero también belos y titos) a finales del siglo II a.C. Dicha presencia se ha visto refrendada en el mismo Capote por el único testimonio epigráfico verdaderamente prerromano: «el» *ABLONIOS* cuya existencia debe responder a razones muy específicas, relacionadas con las transformaciones motivadas por las luchas de resistencia a la Conquista romana (cf. *infra*).

Que estos habitantes eran celtoparlantes (sin duda, el rasgo más definitorio de este amplio y difuso pueblo del Suroeste -por eso se les denomina de forma tal genérica-, y descendientes de pueblos hispanoceltas de la Meseta Nordoriental (emigrados en una época previa, o contemporánea, al impacto celtibérico), debería colegirse de la misma denominación «célticos», que implica con seguridad un reconocimiento de su lengua, tal como ha demostrado exhaustivamente Javier De Hoz¹⁸². Y dado que en la Península sólo pueden

Esta confusión creemos que está solucionada gracias a las asociaciones de materiales tardíos que presentamos en estas páginas (nivel 2, segunda mitad del siglo II a. C.), que son claramente celtibéricos a diferencia de las cerámicas y el trasfondo desarrollado desde finales del siglo V. Que tal trasfondo no se relaciona con los arévacos, sino con los vacceos, nos fue aclarado por nuestros compañeros Joaquín Barrio y Alberto Lorrio, con aportaciones sustanciales sobre las delimitaciones entre ambos pueblos (específicamente, junto con las del primero, recogidas en el libro *Arqueología vaccea*, Romero, Sanz Mínguez y Escudero, eds., 1993; el trabajo de síntesis firmado por Alberto Lorrio en las actas del coloquio *La Beturia: celtas y túrdulos*, 1995, e.p.), aunque el apoyo más claro lo recibimos de M.P. García-Bellido, quien desde enfoques puramente numismáticos y económicos, llegó a las mismas deducciones de manera convergente. La solidez de su magisterio nos ha permitido consolidar las conclusiones que defendemos en estas páginas.

¹⁸². Incluso, este investigador indica que «céltico en la Península podría designar a los miembros de la nación celta que no eran celtíberos, a una subnación celta específica distinta de la celtibérica, a distintas naciones, todas ellas reconocibles en último extremo como celtas, o a distintas naciones que sin ser necesariamente celtas habían asumido rasgos de ese tipo, es decir algo así como <<celtizados>>» (De Hoz, 1993: 358-359 y 1992-b: 9).

considerarse como «celtas» a los pueblos indoeuropeos que conformaron la Cultura celtibérica (a más de escasos contingentes, de clara ascendencia transpirenaica, como los Galos y los Berones del Ebro) y sus derivados, hemos de apoyar que los célticos betúricos, aunque descendientes del Duero medio, tenían que presentar una cierta raigambre hispanocelta, si no celtibérica¹⁸³.

Así puede presumirse a partir del texto de Plinio sobre la Beturia y de otros consistentes indicios, si no es posible creerlos evidencias, como la homogeneidad de los nombres de sus *oppida* (*Nertobriga*, *Segida*, *Turobriga*, *Seria*, *Curiga*, *Ugultunia*, *Laci<ni>murga*, *Gigonza*, etc.), hasta el punto de encontrar topónimos no listados por Plinio que confirman la coherencia de esta visión. Este es el caso de *Corticata*, en el cerro de Talaverilla (otro topónimo relacionable), junto a la localidad que ha heredado su nombre, Cortegana (Huelva). Este nombre responde al término celtibérico *kortika*, tan conocido por su aparición sobre las téseras (que ha sido traducido como tal soporte, o con el significado de «contrato», «pacto» o «alianza»), junto a la terminación del mismo lenguaje *-tus/-ta*, reconocido en el bronce I de Botorríta¹⁸⁴.

Pruebas más consistentes comienzan a documentarse con resultados altamente significativos, como la que la única inscripción hallada en una excavación sistemática y en contexto claramente indígena sea, pese al uso de una grafía latina arcaica, céltica en toda su extensión: el antropónimo *Ablonios* que, en número de tres ocasiones, aparece sobre grandes vasijas de almacén indígenas de finales del siglo II a. C. en el Castrejón de Capote (Fig.: 26.10). Nuestro *Ablonios*, singular donde los haya, nos ha marcado unas pautas más amplias de lo que en principio podríamos presumir de un mero nombre propio (incluso, en el *C. Applei Apolonius*, de la Acinippo «céltica»).

Ya hemos indicado que, en nuestra opinión y a juzgar por la repartición de sus paralelos (siempre en forma latina), debía considerarse un antropónimo celtibérico, si no galo¹⁸⁵. Hoy lo tenemos localizado en el bronce latino de

¹⁸³. Quizá en el camino que intuye De Hoz sobre la presencia de hispanoceltas «no celtibéricos»: «However, it is not necessary to think that all the Celtici were related to the Celtiberians, and at all events we know that there were Celts in the Iberian Peninsula that should not be confused with Celtiberians» (1992-b:10).

¹⁸⁴. De Hoz, 1992-b: 14-13 y 21.

¹⁸⁵. Berrocal-Rangel, 1992: 57, fig: 5.4; 1994-a: 286 y figs: 20-21 .

Botorrita, significativamente por dos veces y en contextos que dejan fuera de dudas su celtismo¹⁸⁶. Uno de ellos, *Babbus Bolgondiscum Ablonis f(i)lius magistratus*, tiene una traducción muy parecida a la propuesta para la tésera celtibérica «de París»: *lubos alisokum aualo ke kontebias belaiskas* (*Lubo*, hijo de *Avalos*, de los descendientes de un tal *Alisos*- y de Contrebia *Belaiska*¹⁸⁷).

Tampoco sorprende que la otra mención del bronce latino sea *Ablo Tindilicum Lubbi f(i)lius magistratus*, porque parece que el antropónimo *Lubos* es, como *Ablonios*, un nombre especialmente repetido en epígrafes procedentes de Borrita: así los encontramos en el bronce celtibérico I, caras A y B, en las formas de *Lubos* y la derivada -o, quizá originaria-, *Abulo*¹⁸⁸. Admitimos esta versión porque ya lo había hecho Gorrochategui al traducir el gentilicio de un celtíbero bilbilitano, *a.b.u.l.o.r.a.u.n.e.*, como perteneciente «a la agrupación familiar de los *Ablones*», tradicionalmente, una *gentilitas*¹⁸⁹.

Resta referirnos a un último grupo de indicios, topónimos esta vez, de constatación moderna que sólo ciertos rasgos de antigüedad y coincidencias arqueológicas permiten suponerlos como herencias prerromanas. Además del

¹⁸⁶. Lectura de Fatás, 1980; 1989: 233-235; R.E.H., 1993: 160-161.

¹⁸⁷. De Hoz, 1993: 362.; las concomitancias se incrementan con la inscripción sobre el tesoro de Barros, en las Beiras. En uno de sus vasos de plata, nuestros colegas Varela Gomes y De Mello Beirão, identificaron una clara leyenda celtibérica que registra: ALISOS·AS(S)AS·BaLAISOKUM, es decir, *Alisos* y *Assás*, de los de *Belaiska*: demasiadas coincidencias con la tésera zaragozana depositada en París (Gomes y Beirão, 1988:130-132).

¹⁸⁸. Beltrán y Tovar, 1982; Beltrán, 1992: 61-63. Al ser una traducción de una adaptación del sistema fonético céltico a la escritura ibérica, no sabemos si *Abulos* es la forma más cercana a la, auténticamente, celta, o lo fue *Ablonios*, porque ambas fueron acomodadas a escrituras foráneas. Pese a que, la legada en Latín, contara con la ventaja de la naturaleza indoeuropea de esta lengua, no podemos calibrar el grado de adaptación que la caligrafía ibérica llegó a alcanzar como expresión del sistema fonético celta.

¹⁸⁹. Gorrochategui, 1993: 424; De Hoz viene a considerar que las gentilidades celtibéricas no eran más que menciones a familias amplias, a modo de un apellido actual, más que de un linaje concreto: 1992-b: 23. Otra de estas gentilidades serían los *Aianicos* (*aiancum*), con tres integrantes en la cara B del bronce y con un nombre que recuerda a los Callenses Aeneanici de los célticos de la Beturia.

yacimiento de Gigonza, de ocupación prerromana e islámica (el único reconocido en el Ardila), hemos detectado una serie de topónimos contruidos con el radical protocelta **kanto-*, recientemente estudiado por Francisco Villar a raíz de su inclusión en el primer término del bronce celtibérico I de Botorrita. Según este investigador, en la Beturia localizamos el topónimo *Cantos Negros*, y de su derivado **kantia*, uno de los mejores y más claros hidrónimos, el río Chanza, afluente del Guadiana que por el Sur delimita, fue frontera, del territorio de la Beturia céltica¹⁹⁰.

Pero, además, contamos con la localidad de Fuente de Cantos, entre *Ugultunia* y *Curiga*, a lo largo de la Vía de la Plata y con nombre ya traducido al árabe *-Laqant-*¹⁹¹, que se emplaza cerca del paraje de «Cantalgallo», al sur de *Turobriga* - Bienvenida. Relaciona Villar dichos términos celtas con los significados de «encrucijada» y «frontera» y, ciertamente, si algo caracteriza los emplazamientos de Fuente de Cantos y Cantalgallo es, precisamente, su localización junto a una de las principales encrucijadas de caminos arqueológicos, uno de los cuales, la Vía de la Plata, funcionó como frontera entre las comunidades célticas y túrdulas (Fig: 12. F y G). Pero, para aclarar las lógicas dudas que tales relaciones plantean, existen otros topónimos de clara naturaleza prerromana, los castrejos del «Cantamento de la Pepina» (Fig: 12.34 y 35) y el paraje vecino a Capote, «los Cantos del Castrejón»¹⁹².

Tales testimonios arqueológicos, numismáticos, epigráficos, textuales y lingüísticos nos han llevado a plantear la presencia de un último «impacto» celtizador del Suroeste, esta vez relacionado con la presencia de celtíberos ulteriores, de las etnias arévacas y belas.

Consecuencia de esta presencia, elitista, sería la tradición que recoge Plinio, como la celtiberización de los nombres de sus *oppida*, pero no sabemos quienes eran y porqué aparecen, a finales del siglo II a.C., gentes como *Ablonios*.

Puede especularse con la presencia de especialistas metalúrgicos que, para las élites locales, prospectasen y explotasen las difíciles menas férricas del Ardila, pero preferimos suponer otras razones más congruentes con el contexto

¹⁹⁰. Villar, 1990: 382 ss.

¹⁹¹. Terrón Albarrán, 1991: 292.

¹⁹². Sobre los castros del Cantamento: Rodríguez Díaz y Berrocal, 1988 y Berrocal-Rangel, 1990.

histórico de finales del siglo II a.C. y con la naturaleza de las asociaciones arqueológicas analizadas. Igual que ha sido planteada la relación entre el hallazgo de moneda celtibérica -significativamente de *sekaísa*- en las zonas mineras de la Ulterior a finales del siglo II a.C. y la presencia de poblaciones de este origen, dedicadas a actividades específicas de tal índole¹⁹³, no deben descartarse otros motivos que produzcan las apariciones celtibéricas en la Beturia.

García-Bellido enfatizó también las relaciones con el ejército¹⁹⁴ y en tal sentido el caso de las asociaciones arqueológicas de Capote pudieran ser mejor comprendidas, aunque la existencia de los restos metalúrgicos afirmen funciones complementarias, como han demostrado esta autora y Arévalo González al considerar la distribución de sus recursos a través de *Ilipa*¹⁹⁵.

Acabadas las guerras celtibéricas y lusitanas (Viriato), la presencia de contingentes celtibéricos podía responder mejor a un procedimiento de control de unas tierras no definitivamente conquistadas, donde una élite guerrera (celtibérica y, por tanto foránea pero peninsular, con un mismo remoto origen y una misma lengua) podía facilitar la sumisión de las especialmente levantiscas poblaciones célticas de la Beturia. Por ello, la Cultura material ordinaria no refleja de forma específica dicha presencia (no hay cerámicas celtibéricas), como difícilmente lo harían el resto de los elementos asociados, si no estuviesen las monedas.

Pero la interpretación no tiene porqué limitarse a la consideración de asalariados bajo el poder de Roma, puesto que Martín Almagro-Gorbea ha planteado la existencia de élites indígenas como protagonistas del postrero proceso de desarrollo social entre los pueblos del Interior peninsular y a las que se debería, en gran parte, la extensión desmedida que de los «celtíberos» de los siglos II y I a. C. muestran las fuentes greco-romanas: «Esta estructura socioeconómica, adecuada al medioambiente pastoril y a la clientela personal, favorecería el mercenariado, la tradición de racias para el pillaje y robo de ganado, etc., lo que reforzaría la tendencia expansiva de esta sociedad y la consiguiente celtización del substrato protocéltico llevada a cabo por los pueblos conocidos como celtíberos, proceso que iría transformando social, ideo-

¹⁹³. García-Bellido, 1986: 34-38.

¹⁹⁴. 1990: 14.

¹⁹⁵. Arévalo González, 1994; García-Bellido, 1995, en prensa.

lógica y lingüísticamente el estrato precedente, hasta que la conquista romana lo truncó tras una impresionante resistencia de casi dos siglos»¹⁹⁶.

Tal trascendencia social justificaría que, dos siglos después, Plinio describiese a los célticos betúricos (y «sudlusitanos» del Alentejo) como descendientes de celtíberos y permitiría comprender la ligazón toponímica de nuestra Céltica con los celtíberos, Belos, Titos y Arévacos (*Nertobriga*, *Segida*, *Ablonios*), los primeros, aliados de los romanos en el 152 a. C.¹⁹⁷.

Posteriormente es muy probable que, entrado el siglo I a. C., la presencia de pequeños contingentes celtibéricos y de otras regiones en la Beturia fuera perdiendo estas causalidades para desarrollar, específicamente, la minera de la mano de un programa de intensificación de sus explotaciones por parte de los romanos. Así se supone a partir de inscripciones tan significativas como las dedicadas por límicos talabrigenses y otros aborígenes de los distritos mineros del NO., que recoge por Luzón en sus estudios sobre el territorio septentrional onubense¹⁹⁸ o la *CELTIBERA* grafitada sobre una vasija de la *Mirobriga* túrdula, aunque faltan tales testimonios para la Beturia céltica¹⁹⁹.

CONCLUSIÓN

En términos de propuesta, entendemos la existencia de un proceso de celtización que se desarrollaría en cuatro fases:

1.- Un período inicial, datable entre el Bronce Final atlántico y el Período Orientalizante (ss. IX a VII a.C.), en el que se produjo un incremento de las relaciones septentrionales, quizá, propiciando una *indoeuropeización acumulativa* (que, como tal, no descarta pequeños aportes poblacionales). Las estelas de guerrero, con algunas de las armas representadas y ciertos tesorillos, y cerámi-

¹⁹⁶. Almagro-Gorbea, 1993-b: 152 y 146ss.; Lorrio Alvarado, 1995, e.p.

¹⁹⁷. Burillo Mazota, 1987, 76.

¹⁹⁸. Luzón, 1974: 294-296.

¹⁹⁹. Pastor, Pachón y Carrasco, 1992: 188.

cas de Cogotas I, irían marcando relaciones meseteñas todavía mal conocidas. A partir del siglo VII, tales relaciones no desaparecen pero sí quedan oscurecidas para la investigación ante la importancia cultural que adquieren los materiales de origen oriental. No obstante, es posible rastrear un substrato poblacional de carácter indoeuropeo en la simbología de ciertas piezas orientalizantes, como los carros votivos de Mérida y Almoróqui.

2. Desde el siglo VI a. C., algunas piezas en contexto empiezan a demostrar el relanzamiento de las relaciones con la Meseta Norte y, en este caso, con el Golfo de León y el Norte de Italia: materiales de Cancho Roano y Capote, así como tradiciones ornamentales cerámicas (visibles posteriormente), la misma lengua representada en las losas con Escritura del S.O. (que empiezan a aportar los primeros indicios «celtas») y, creemos que la planta del último edificio de Cancho Roano, son las muestras iniciales, exclusivamente, de un cambio de dinámica cultural y de la renovación de antiguas rutas y relaciones.

3. Tales vías y contactos facilitaron el proceso de una auténtica hispano-celtización a partir de finales del siglo V a.C., con una eclosión de poblados (que al menos demuestran un cambio de estrategias en la colonización del suelo) y unas evidencias sobre lengua y creencias de tipo celtibéricas (escasas pero consistentes) que permiten, junto con un nuevo estilo cerámico, sospechar la existencia de una migración de poblaciones septentrionales que, a juzgar por las cerámicas, procedería de los llamados «vacceos».

Es posible que tal movimiento, que pudo reforzarse por unas relaciones muy intensas a finales del siglo V e inicios del IV a.C., a través de la llamada «Falla de Plasencia», se realizó según un proceso similar al ocurrido en la Meseta²⁰⁰ y bajo motivaciones generales que afectaron a la Europa Occidental en su totalidad. Aprovechando las rutas abiertas con anterioridad y en clara relación con las explotaciones ganaderas a larga distancia y con los recursos mineros, este movimiento incidió de manera trascendente en las tierras bañadas por la cuenca baja del Guadiana (hasta el inicio de su tramo final), y sus consecuencias se observan en el desarrollo de una población prerromana, homogénea y singularizada.

²⁰⁰. Almagro-Gorbea, 1985: 331 ss.

Sobre un entramado de hábitat disperso (poblados castreños, sin *oppida* equiparables a las «ciudades» turdertanas o ibéricas) y con creencias y costumbres igualitaristas (p.e., en el altar de Capote), dicha cultura se desarrolló sobre la base de dedicaciones ganaderas, metalúrgicas y mineras, siempre en explotaciones pecuarias de ámbito «doméstico». Las explotaciones ganaderas (con rutas abiertas hasta nuestros días -Reales cañadas leonesas y sorianas- y que fueron, en otro sentido, motor principal de la celtización del Duero²⁰¹) junto con los recursos de hierro, oro y cobre, y el control de su tránsito, serían las principales motivaciones del asentamiento, y condicionarían la elección de pequeños castros, emplazados en buenas defensas naturales, a lo largo del Ardila.

4. En el siglo II a.C., la aparición de contingentes, posiblemente militares, de clara naturaleza celtibérica debieron servir para reforzar la caracterización dada por Plinio para los célticos del Suroeste²⁰². Pese a la clara personalidad, no celtibérica, de estos célticos desde finales del siglo V a.C. cuando se analiza cierta cultura material, y la epigráfica y lingüística en concreto, se observa una presencia notable de testimonios verdaderamente celtibéricos, siempre muy selectivos, a lo largo del siglo II a. C.

Antropónimos como *Ablonios*, y asociaciones armamentísticas y de prestigio, permiten plantear la presencia de pequeños contingentes ulteriores, quizá «belos» a juzgar por las homonimias de sus *oppida*, ya célticos (Nertobriga, Segida, Giconza, Corticata), como túrdulos (Mirobriga) o vetones (Tamusia), sin que podamos aquilatar por el momento las razones de su función y de su presencia, sin duda en relación con las Guerras lusitanas y de conquista por Roma.



²⁰¹. Almagro-Gorbea, 1987: 332.

²⁰². Berrocal-Rangel, 1995-a y -b.

V

TÚRDULOS, TURDETANOS, PÚNICOS

PROCESOS DE SEMITIZACIÓN

Al final, este proceso pone en evidencia una clara distinción entre la ergología de los dos pueblos betúricos, porque en síntesis las excavaciones realizadas en territorio túrdulo han demostrado una cultura material de fuerte semejanza con las registradas en el Valle del Guadalquivir, de forma que podemos suponer un proceso convergente con la «turdetanización».

Pese a contar con escasas estratigrafías de completo desarrollo vertical (puntualmente, Medellín y La Bienvenida), las excavaciones de importantes yacimientos de ocupación antigua (como Cancho Roano, Entreríos o La Mata) y reciente (como Hornachuelos y el recinto-torre de Hijovejo, entre otros) permiten adquirir una buena visión de conjunto que sólo adolece de la falta del conocimiento del «urbanismo» y de la escasez de necrópolis documentadas²⁰³.

En general, los escritores clásicos ya habían denunciado la nula diferencia que, en tiempos iniciales del Imperio, se observaba entre las poblaciones túrdulas y turdetanas de la Bética, aunque si acudían a las informaciones más

²⁰³. Fernández Ochoa et alii, 1994; Zarzalejos Prieto et alii, 1994; Fernández Ochoa y Zarzalejos Prieto, 1992; Almagro-Gorbea, 1977; Almagro-Gorbea y Martín

antiguas -como recoge Estrabón sobre *Polybios*- reflejan una clara conciencia de la individualidad de cada etnia y, por una referencia geográfica²⁰⁴, sabemos que ello era así porque se referían a los túrdulos betúricos.

Si una «celtización» previa de tipo acumulativo pudo incidir sobre toda la Beturia por igual, en términos genéricos, el aporte decisivo celta sólo impactó en la mitad occidental de ésta en parte porque, de forma coetánea, se produjo un fenómeno similar, pero de sentido opuesto, conocido como «iberización» de la Submeseta Sur²⁰⁵. Que este proceso afectó, por igual, a la Beturia túrdula no hay la menor duda aunque, siguiendo planteamientos de Rodríguez Díaz, lo que manifiesta la cultura material de los túrdulos es una cierta convergencia con el proceso de *turdetanización* del Guadalquivir²⁰⁶.

Dicho proceso se define desde una dinámica transformadora que mantendría las relaciones exteriores que pergeñan el profundo fenómeno de aculturación semita (que no de poblamiento²⁰⁷) del Período orientalizante en el territorio central de la Baja Extremadura²⁰⁸.

Las diferencias culturales y étnicas, tan marcadas en la Beturia, serían consecuencia tanto del proceso de «celtización» o «continentalización»²⁰⁹, como

Bravo, 1994; Celestino y Jiménez Ávila, 1993; Rodríguez Díaz, 1993 e.p.; Almagro-Gorbea y Lorrio Alvarado, 1986; Rodríguez Díaz, 1991; Rodríguez Díaz y Ortiz Romero, 1990; Ortiz Romero, 1991; Domínguez de la Concha y García, 1991; Kurtz Schaefer, 1991; Pastor, Pachón y Carrasco, 1992; Vaquerizo Gil, 1986; etc.

²⁰⁴. «Se llaman los habitantes turdetanos y túrdulos, creyendo unos que estas tribus son idénticas, otros que son diferentes. Entre éstos figura también Polybios, diciendo que los túrdulos son los vecinos de los turdetanos por el Norte....»

(Estrabón, Geog., III:1, 6).

²⁰⁵. Almagro-Gorbea, 1976-1978: 93-151.

²⁰⁶. Rodríguez Díaz, 1989: 190, 1993 y 1994, así como su trabajo en prensa, sobre el territorio túrdulo incluido en las actas de Celtas y túrdulos: La Beturia; Celestino, Enríquez y Rodríguez Díaz, 1990: 327.

²⁰⁷. Almagro-Gorbea, 1991: 164.

²⁰⁸. Rodríguez Díaz, 1994: 109.

²⁰⁹. Que Manuel Bendala supone favorecido por el vacío dejado tras la desaparición de Tartessos (1991: 106), pero cuyas raíces, como hemos tratado de demostrar,

de un «reacondicionamiento» de las relaciones con el Guadalquivir, en transición hacia la formación de las comunidades turdetanas²¹⁰. Este «reacondicionamiento» se comprende gracias a la profundidad alcanzada por el proceso de aculturización fenicia previo en algunas comarcas del centro del Guadiana medio, como reflejan restos de la categoría de Cancho Roano y el complejo Campanario-Magacela²¹¹, profundidad que ha sido interpretada por Almagro-Gorbea como efecto de una «colonización interna» de carácter agrario del territorio, dependiente del Guadalquivir y desarrollada en los momentos más destacados de la presencia orientalizante en Extremadura, esto es, a lo largo del siglo VI a. C.²¹²

El proceso quedaría, de esta manera, definido como de naturaleza básicamente autóctona, aunque mediterraneizado y relacionado con el incremento de los recursos agro-pecuarios (agrarios, fundamentalmente, diríamos) y con el control de rutas que, a juzgar por los primeros restos consistentes, demuestran haber sido de gran importancia en el desarrollo del intercambio peninsular (cf. *infra*). Por el contrario, las muestras de explotaciones mineras, fundamentalmente de plata, cobre y oro, son relativamente escasas²¹³.

Esta especial consolidación de la proyección agraria y del control de las rutas de intercambio entre el Golfo de Cádiz y el Guadalquivir, por el Sur, y la Meseta y el Noroeste, por el Norte, serán rasgos fundamentales para comprender la concepción de la Beturia túrdula que los restos prerromanos del centro y este de Guadiana sugieren.

son más antiguas (indoeuropeización del substrato desde la Edad del Bronce) y cuyos efectos más claros son, por el contrario, más recientes (aporte de contingentes «vacceos» a comienzos del siglo IV a.C.), sin que neguemos los efectos de tan evidente «vacío».

²¹⁰. Belén y Escacena, 1991-1992.

²¹¹. Rodríguez Díaz, 1994:114.

²¹². Almagro-Gorbea, 1990: 95; como Rodríguez Díaz (1994: 110) compartimos sus palabras: resultado de la paralela innovación agrícola, consecuencia de innovaciones tecnológicas y de la aparición de nuevos cultivos, pero también del consiguiente aumento de la presión demográfica y de una nueva organización de la producción agraria.....».

²¹³. Rodríguez Díaz, 1994: 111 ss.

El mantenimiento del hábitat de época orientalizante, al menos durante los siglos de lo que podríamos llamar «túrdulo-turdetano» pleno (ss. IV - 1/2 III a.C.), está constatado en Medellín y *Sisapo* con claras remociones arquitectónicas, pero también con una cierta continuidad que se manifiesta en el mantenimiento de la ocupación de estos grandes *oppida*, bien distintos a sus vecinos célticos: Fernández Ochoa y Zarzalejos calculan no menos de 10 ha. para *Sisapo*, mientras Almagro-Gorbea cree que Medellín pudo alcanzar la veintena, aunque parece claro por su topografía que, al menos, 13 ha. estaban sólidamente fortificadas. Estas superficies, y otras menores como las 4/5 ha. de Hornachuelos, el Peñón del Pez de Capilla o el Castillo de Azuaga, permiten observar que se encuentran mucho más cerca de las extensiones de los poblados y ciudades turdetanas que las 2,5 ha. de superficie media de los castros célticos ²¹⁴.

Sin embargo, ello no significa que estos poblados puedan equipararse a los del Guadalquivir, incluso los que, como el oretano Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real), muestran un desarrollo notable de la arquitectura interior²¹⁵.

La constatación de tales diferencias ha sido planteada en trabajos recientes por Rodríguez Díaz²¹⁶, destacando que no responden exclusivamente a un desarrollo creciente y específico de la Segunda Edad del Hierro, sino que hunden sus raíces en la naturaleza del poblamiento durante los momentos de mayor auge orientalizante, con un sistema que enfatiza el control de las vías de intercambio (el Risco, la Alcazaba, Medellín, La Bienvenida, Alange.....) y con la utilización de un tipo de hábitat en llano, relacionado con funciones socio-económicas y culturales (Cancho Roano, La Mata, Torrejón de Abajo), que aparece como específico del siglo VI a.C. en Extremadura. Por la misma razón, alcanzado el 400 a. C., estos poblados se

²¹⁴. Para *Sisapo*: Fernández Ochoa, Zarzalejos, Hevia y Esteban, 1994; Zarzalejos Prieto et alii, 1994: 171; para Medellín: Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994; Almagro-Gorbea, 1991; otros poblados betúricos en Vaquerizo Gil, 1986; Rodríguez Díaz, 1989 y 1991; Celestino, Enríquez y Rodríguez, 1992 y Berrocal-Rangel, 1992:215; Almagro-Gorbea, 1987-a: 28-31.

²¹⁵. Almagro-Gorbea, 1994: 37 ss.; Vélez y Pérez Avilés, 1987.

²¹⁶. Por ejemplo, en 1993: 10 ss. y 1994: 116 ss.

abandonan y se produce una eclosión del hábitat castreño por todo el territorio extremeño, ocupando una mayoría de asentamientos nuevos, en una dinámica contraria al patrón observado en la Turdetania²¹⁷.

Quizá por ello, y por razones de integración y conquista (no puede olvidarse que en esta zona oriental se deduce una asimilación cultural más rápida), los *oppida* túrdulos reciben una potenciación menor que la reflejada por los célticos de la Beturia, y tal situación se refleja en la falta de *trianomina* aunque, como Plinio indicaba, eran poblaciones «no sin fama» (*Nat. Hist.*, III, 13-14).

Respecto a las producciones materiales, una somera visión de algunas cerámicas características (Figs.: 28-29) permite comprobar el grado de «ibero-turdetanización» de estos pueblos.

En las fases más antiguas, entre mediados del siglo V y mediados del III a.C., los recipientes elaborados a mano no sólo son muy escasos sino que, en muchos yacimientos, son inexistentes (Fig: 28.M), algo que contrasta con las ricas producciones que en los mismos momentos son tan características de las poblaciones de la Beturia occidental. En épocas posteriores no es de extrañar, por tanto, que estas cerámicas no aparezcan ni en yacimientos tan cercanos a los célticos como el poblado de Hornachuelos, junto al río Matachel²¹⁸.

En su extremo oriental, el *oppidum* de *Sisapo* (La Bienvenida) desde mediados del siglo V, en una fase que Carmen Fernández Ochoa y Mar Zarzalejos denominan «Ibérico pleno», destaca por la presencia de sus cerámicas «a torno» que por primera vez son mayoritarias frente a las producciones a mano. Estas, junto con las últimas cerámicas grises de tipo orientalizante, desaparecen en los estratos intermedios de este período, tras un claro nivel de incendio (estrato 8) que se fecha a finales del siglo gracias a un fragmento de copa ática de labio recto²¹⁹.

Nuevamente encontramos un abando del hábitat, o un incendio asociado, a estas postreras cerámicas griegas, como en Cancho Roano, La Mata

²¹⁷. Rodríguez Díaz, 1990: 134 y 1994: 119.

²¹⁸. Rodríguez Díaz, 1991: 291.

²¹⁹. Zarzalejos et alii, 1994: 176-177.

o Medellín y, entre los célticos, en la misma Alcazaba de Badajoz, reflejos todos ellos de lo que el profesor Alonso Rodríguez Díaz ha denominado «Crisis del 400».

Tras este momento, las cerámicas «a mano» quedan reducidas a ciertas zonas y a poblados de menor transcendencia, como testimonian sus presencias en La Tabla de las Cañas, muy cerca de la posterior *Mirobriga*²²⁰, pero en general se imponen las producciones oxidadas a torno, generalmente de pastas muy decantadas, buen acabado y decoraciones con pintura rojiza aplicada al pincel, o con pintura y pequeñas estampillas al más puro estilo «Valdepeñas». Sus motivos muestran escasa variedad, con una proliferación de bandas, semicírculos, abanicos y flecos, aunque las formas de estos recipientes reflejan claramente modelos frecuentes en las tipologías ibero-turdetanas²²¹.

En tal sentido, la información sobre el hábitat y la relativa abundancia de cerámicas estampilladas en un contexto fuertemente turdetanizado presentan un panorama un tanto diferente a la Cultura turdetana, con vectores autóctonos ya comentados, junto a otros más semejantes a los pueblos de la Submeseta Sur, especialmente a los oretanos²²², y con los que *Sisapo*, como *oppidum* fronterizo, muestra claras concomitancias²²³. Como entre éstos, las explotaciones mineras, preferentemente de plomo argentífero, serían sus recursos principales²²⁴.

Todo ello tiene su importancia al considerar las diferencias étnicas y culturales entre célticos y túrdulos porque, si entre los primeros hemos defendido la existencia de un largo proceso de «celtización» que les confirió una

²²⁰. Domínguez de la Concha y García Blanco, 1991: 240.

²²¹. Rodríguez Díaz, 1990: 140-141; Zarzalejos et alii, 1994: 176-177; Mata y Bonet, 1992; Pereira Sieso, 1988.

²²². A este respecto remitimos a la síntesis más reciente, en Blasco Bosqued, 1992: 293.

²²³. Es interesante observar que, desde el punto de vista numismático (como ha hecho García-Bellido para destacar la significativa similitud de los comportamientos vacceos y célticos), Arévalo González y Zarzalejos han considerado la ergología de la única ceca oriental, *Sisapo* (La Bienvenida), más oretana que túrdula, con una clara relación con Cástulo (e.p.).

²²⁴. cf. supra y Rodríguez Díaz, 1990: 138-139.

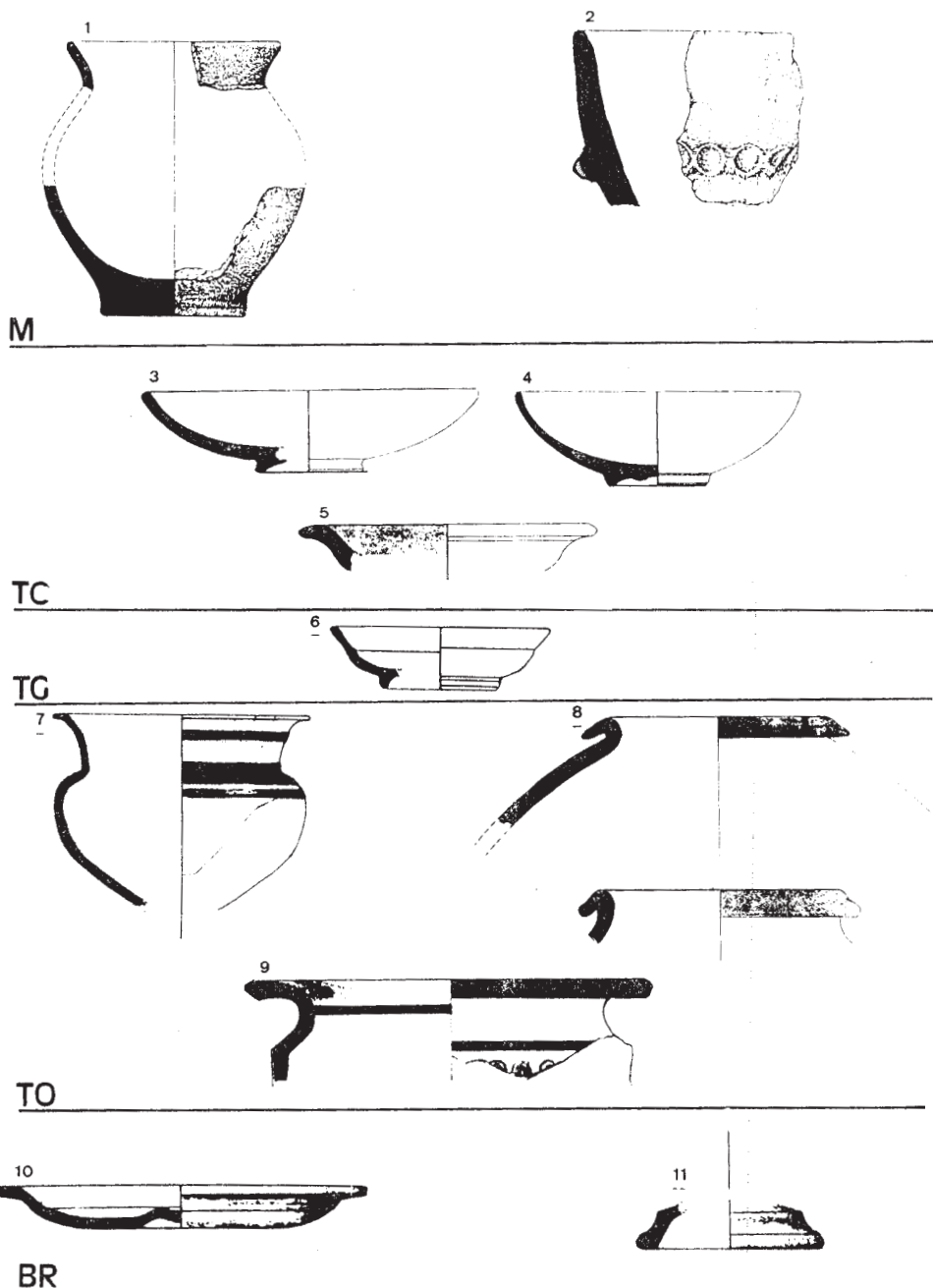
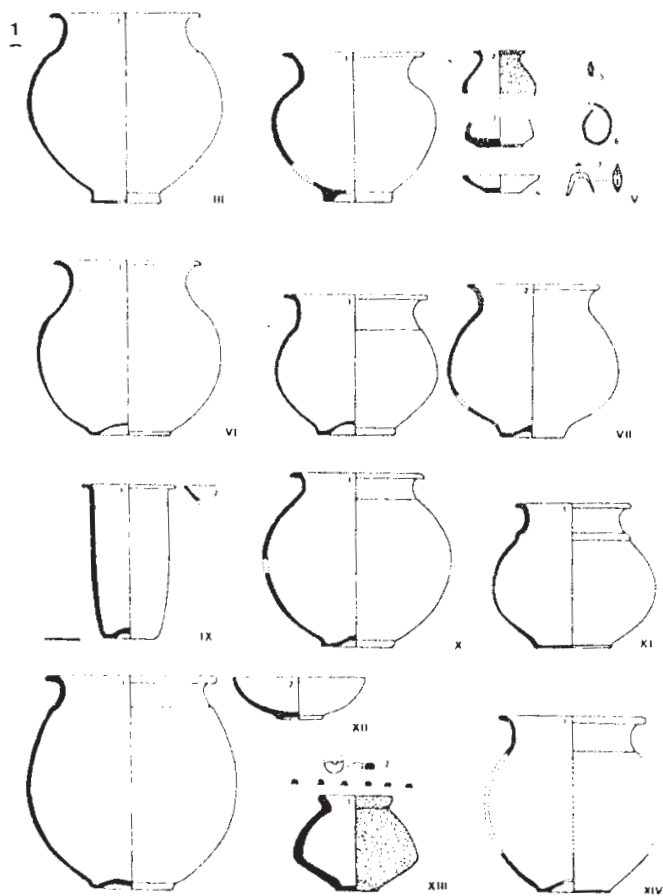


Fig. 28.- Cerámicas de los siglos IV y III a.C., entre los túrdulos de la Beturia: M: producciones a mano, aplicadas y digitadas; TG: a torno, gris, de imitación ática; TO: a torno oxidadas, pintadas y estampillada (nº 9); TC: a torno, común; BR: producciones de «barniz rojo». 1-5 y 8: La Tabla de las Cañas (según Domínguez de la Concha, 1991); 6, 7, 9-11: Sisapo- La Bienvenida (según Zarzalejos et alii, 1994).



TO

Fig: 29.- Cerámicas de los siglos II y I a.C., entre los túrdulos de la Beturia: TO: producciones a torno oxidadas.

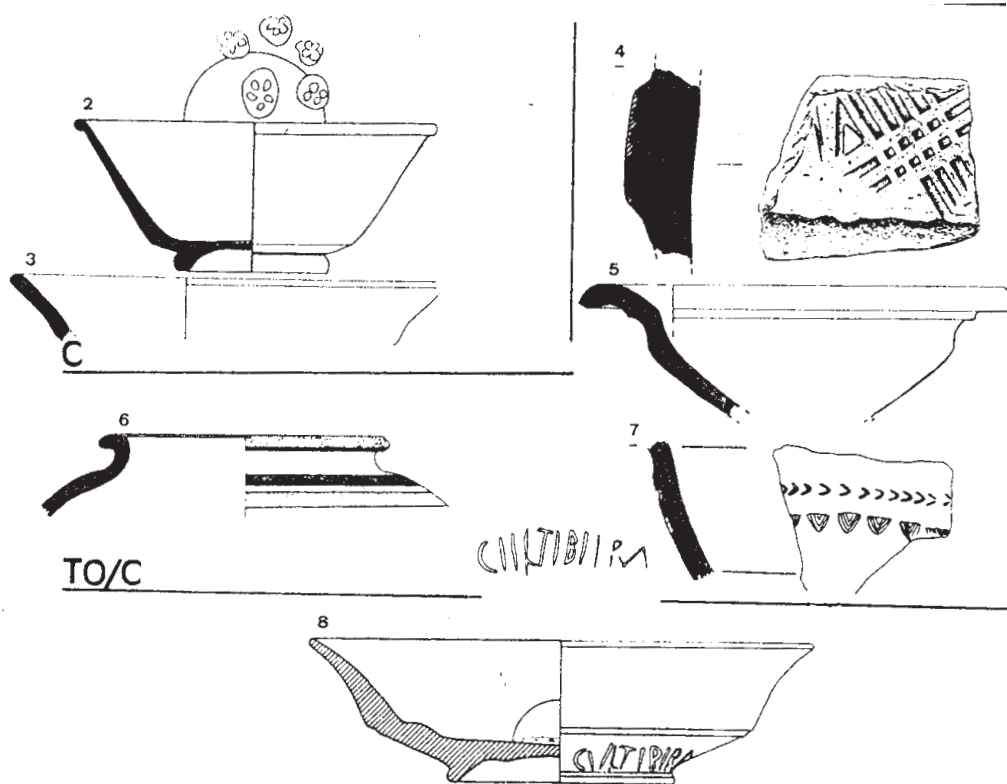


Fig.: 30.- Cerámicas del siglo I a. C. entre los Túrdules. TC: a torno, común pintadas y estampilladas; C: producciones campanienses y afines; 8: sigillata de Mirobriga, con la inscripción CELTIBERA. 1: Necrópolis de El Peñascón, Hornachuelos (según Rodríguez Díaz, 1989); 6-7: Poblado de Jarante (según Kurtz, 1991); 2-5 y 8, Mirobriga (según Pastor, Pachón y Carrasco, 1992).

fuerte homogeneidad e identidad, entre los túrdulos observamos un panorama mucho más diverso, que ha venido a reforzarse con los primeros indicios sólidos de una, para nosotros, postrera presencia púnica en la Beturia.

Junto con la innegable personalidad de la cultura material de los túrdulos, los límites naturales del territorio betúrico (que, recordemos, hemos definido con las cuencas del Zújar y del Matachel, así como sus alrededores) parecen haber sido habitados por otras gentes, o reflejar éstas, la expansiva personalidad de sus vecinos, turdetanos por el Sur (territorio de *Arsa*, *Mellaria*,....); oretanos, por el Este (territorio de *Sisapo*²²³) y púnicos en el Centro (a lo largo del Matachel, *territorio de Regina-Fornacis*, cf. *infra*).

Incluso, en un proceso similar al razonado para la Beturia céltica, no puede descartarse la presencia de élites celtibéricas, o indoeuropeas, que justificasen algunos topónimos e indicios sobradamente conocidos, de los que el más destacado es la *Mirobriga* de Capilla, Badajoz¹⁹⁹.

En los últimos años, la sorprendente ausencia de elementos púnicos que sucediesen a los orientalizantes del siglo VI y justificasen, en algún sentido, el supuesto «dominio» púnico que los textos clásicos conferían a todo el Suroeste y gran parte del interior peninsular²²⁵ se ha visto paliada por los materiales numismáticos procedentes de los entornos del yacimiento de Hornachuelos, sobre el río Matachel.

La interpretación de algunos de estos materiales, especialmente las téseras convenientemente destacadas por M^a Paz García-Bellido, incluso han llegado a permitir el considerar una importante presencia de la Civilización púnica en este territorio²²⁶. No obstante, en su aportación al coloquio *Celtas y túrdulos: La Beturia*²²⁷, la misma autora ha profundizado sobre la valía real de dicho testimonio, alcanzando conclusiones que personalmente

²²⁵. Dominio que, sin duda, ejercían pero de forma externa, sobre las producciones indígenas y sin una clara penetración de su cultura material (que sólo se manifiesta puntualmente, como en las escasas ánforas ibero-púnicas).

²²⁶. Remitimos a los sugerentes trabajos de esta investigadora: 1993-a y 1993-b

²²⁷. García-Bellido, 1995, e.p. Agradecemos a la Autora el poder consultar su trabajo, en prensa, para esta publicación.

nos han llevado desde un cierto escepticismo inicial a una clara, aunque prudente, adhesión²²⁸.

Por una parte, los materiales numismáticos, monedas, téseras y lingotes en los que se basa dicha supuesta presencia no proceden de actividades científicas ni, tampoco, del mero azar. Se debe suponer, por ello, un acto de buena voluntad en los cauces de información, aunque reconozcamos el escaso valor científico que estos demuestran (entre otras razones por la carencia de una metodología clara y por el trasfondo lucrativo que suele acompañar a las actividades clandestinas). Pero, por otra, nos convence plenamente la solidez presentada por las interpretaciones de la Dr^a. García-Bellido, la singularidad de la presencia y significado de las téseras, y la veracidad de algunos de sus hallazgos (que hace años conocíamos, por otros cauces informativos, en lo referente a las monedas de *Turrirecina* en Extremadura).

Ante tal estado de la cuestión, la situación se asemeja en mucho a la discutida previamente sobre la ceca de *Tamusia*, en Villasviejas del Tamuja, pero aquí la trascendencia que se quiere probar va mucho más allá, no limitándose al emplazamiento de una sólo ceca como la celtibérica. Por el contrario, si el apoyo arqueológico de los partidarios de esta opción es débil (pero existe: los ases celtibéricos de *Titiacos* hallados en las excavaciones), entre los túrdulos no se conoce ninguna moneda o materia similar procedente de excavaciones que certifique una presencia púnica²²⁹. Por otra parte, Villaronga ya expresó sus dudas razonables sobre la «técnica» de emplazar cecas en función de la concentración de sus emisiones, al referirse al caso de *Tamusia*²³⁰, aunque de nuevo encontramos el inconveniente de querer emplazarlas en una región, la gaditana, donde ni siquiera se abundan o se conocen dichas emisiones, tal como, acertadamente, apostilla García-Bellido.

²²⁸. Afirmábamos «que negar la solidez de los indicios presentados por esta investigadora es negar la existencia de un fenómeno cada vez más claro, pero cuya verdadera naturaleza desconocemos», en nuestra aportación a las actas del Coloquio.

²²⁹. Al menos que conozcamos, sobre las memorias de excavaciones y sondeos publicadas.

²³⁰. Villaronga, 1990.

De los razonamientos aducidos por esta autora, los extrapolados de lo que denomina «circulación de monedas minoritarias» nos parecen los más concluyentes, tanto para el caso de Tamusia como para la presencia púnica en la Beturia, presencia que, matiza, «si el futuro (la) confirmase.., tendríamos que reducir al espacio central de (la provincia de) Badajoz la ocupación púnica, y pensar en otras gentes asentadas en la zona este de la Beturia túrdula».

Este análisis demuestra que, de las monedas recogidas como procedentes del Matachel, se infieren relaciones no sólo con las ciudades neopúnicas peninsulares del Estrecho, sino con el Norte de África. Estas relaciones tienen su reflejo en la homogeneidad de la aparición de sus raras monedas, minoritarias frente a los numerarios de *Roma*, *Ilipa*, *Obulco* o *Cástulo*, pero que «constituyen un conjunto homogéneo de cecas en la vía que desde el Estrecho sube por Carmo y por Osset llegando a la *Baeturia*.....La presencia en Hornachuelos de este conjunto de moneda procedente del Estrecho y de los enclaves en las vías que con él lo unen, indica que las gentes túrdulas de la Beturia mantenían vivas unas fluidas relaciones con la zona nuclear fenicio-púnica, relaciones viejas pero a las que se les había supuesto una ruptura definitiva en el siglo IV. La Numismática viene a contradecir tal supuesto, tanto por las ciudades neopúnicas que allí se emplazan -*Turrirecina* y *Arsa*-, seguramente también *Balleia*-, como por los gestores y mano de obra minera que rigen las explotaciones -las téseras en Hornachuelos de *b'glt*-, como por la iconografía de sus monedas, la circulación monetaria de uno de sus yacimientos -Hornachuelos-, donde el grupo de cecas púnicas del Estrecho está bien representado. Todo ello indica que existía una clara relación cultural y económica con los parientes sitios en las bocas del Estrecho»²³¹.

Existen otros apoyos, también indirectos, que vienen a consolidar las hipótesis planteadas. En nuestra opinión, el mejor es el referido a la definición geográfica de estos territorios que en términos generales coincidiría con la cuenca del Matachel y, por ello, con gran parte de la comarca de Tierra de Barros. No creemos que sea banal la reconocida riqueza agrícola de esta región, la única con esta trascendencia en la Beturia, gracias al manchón de arcillas terciarias depositadas sobre la base geológica cámbrica.

²³¹. Las dos citas textuales proceden de García-Bellido, 1995, e.p.

Por ello, los cultivos de la vid y del olivo, especialmente de la primera, son tradicionales en estas tierras que por otra parte son cruzadas a lo largo por la llamada «Vía de la Plata»: cultivos²³² y comunicación permiten comprender porqué la comarca de Barros reflejaría, y refleja, una especial incidencia de los pueblos meridionales y septentrionales (baste recordar la perduración de las centuriaciones emeritenses hasta Los Santos de Maimona)²³³.

En este panorama, es posible que ciertos rasgos singulares documentados en la necrópolis de El Peñascón (Hornachuelos), con el mayor número de tipos de tumbas y rituales en disposiciones y concentraciones que permiten especular a su excavador que «tal vez, pudiera ser el reflejo -aunque ya tardío- de ciertas formas de organización suprafamiliar de las comunidades indígenas que ocuparon nuestra región antes de la llegada de los romanos. Sin embargo, la ya aludida imprecisión cronológica, la reducida superficie excavada y los propios problemas que hoy tiene planteados la investigación de estas cuestiones en la Hispania Antigua nos obligan una vez más a ser cautos.»²³⁴. Esta cautela no es gratuita, porque las monedas y téseras referidas parecen fecharse en época más tardía, en pleno siglo I a. C., y por ello pudieran no tener relación con las gentes descubiertas en El Peñascón.

Queda, por tanto, esperar a que las próximas actuaciones arqueológicas, sistemáticamente ejecutadas y publicadas, vengan a confirmar estas especulaciones y acaben por confirmar, o descartar, las razones que habrían llevado a unos púnicos a acuñar monedas en el centro de la Beturia, con la que sólo le unían supuestos lazos puntuales según los textos clásicos, más que en la Turdetania, donde el profesor Bendala ha demostrado, arqueológicamente, una prolongada y diáfana presencia (véase, como ejemplo, *Carmo* o *Itucci*²³⁵).

232. Tampoco es baldío considerar que ello sea reflejo de esa intensiva «colonización agraria» del suelo que Martín Almagro-Gorbea supone para comprender la fuerza del proceso de «aculturación orientalizante» (1990: 95) en estas y otras zonas centrales del cauce medio del Guadiana (Tierra de Barros y La Serena).

233. Ramírez, 1994: 347 y 353; Sillières, 1982.

234. Rodríguez Díaz, 1991: 298.

235. Bendala Galán, 1982 y 1987; Bendala y Navarro Cañada, 1991.

Tal planteamiento debe tener, por ello, una respuesta singular, cuya imbricación con este heterogéneo trasfondo étnico de la Beturia túrdula no es arqueológicamente palpable: ¿talleres itinerantes?, ¿soldadas de contingentes militares o mineros? ¿impulsos comerciales? o, quizá, ¿una colonización fallida en época tardo-republicana, en clara relación con procesos de renovación de las explotaciones mineras? podrían ser interrogantes que expliquen, mejor, este nuevo y apasionante tema de debate.



VI

CONCLUSIONES: LA BETURIA, ¿UN TERRITORIO?

Por todo lo visto, la Beturia no fue nunca un territorio dentro de las demarcaciones de los pueblos prerromanos. Todo lo más, ha de comprenderse como un *concepto exclusivamente espacial* surgido a ojos de las concepciones greco-latinas y con una clara definición geográfica. En tal sentido, su nombre, *Baitouria*, formado por una derivación del radical indoeuropeo **bait-* y una terminación griega habitual para designar ámbitos territoriales y étnicos (como Etruria o Liguria), parece relacionarla con el remoto significado de «tierras del *Baetis*», tal como propuso Luis García Iglesias²³⁶.

Desde este significado, referido a las tierras bañadas, en principio, y situadas, después, más allá del Guadalquivir (que era el accidente mejor conocido en los primeros momentos de penetración por el Mediodía y servía de mera referencia espacial desde el Exterior), los militares republicanos debieron modificar su aplicación para ajustarla en pleno siglo II a. C. a las tierras montañosas del Guadiana, donde descubrieron especiales intereses estratégicos, re-

²³⁶. García Iglesias, 1971: 105.

feridos a la creación de una zona-barrera frente a los lusitanos y a la explotación y control de recursos mineros y pecuarios.

En estos momentos, la Beturia dejó de tener un significado difuso, «el conjunto de tierras desconocidas situadas más allá del Betis», en palabras de García Iglesias, para aplicarse a una amplia comarca natural subsidiaria de la cuenca del Guadiana, caracterizada por numerosos y dispersos recursos mineros de irregular entidad, y habitada por pueblos célticos y túrdulos.

Es muy probable que desde el siglo II a.C. hasta poco antes del cambio de Era, cuando se integra artificialmente en la Bética (ya hemos indicado las razones estratégicas y económicas que motivaron esta asimilación, muy matizada hoy en día por el descubrimiento de numerosos y amplios territorios emeritenses entre las tierras de los célticos betúricos²³⁷), el nuevo significado territorial de la Beturia adquiriera sus límites más precisos y estos, a juzgar por el emplazamiento de sus principales *oppida*, son las comarcas bañadas por el Ardila, para los célticos, y el Zújar, principalmente, para los túrdulos. Esta definición tiene su explicación cuando se comprueba el importante factor que la Hidrografía tuvo, no sólo en los pueblos betúricos, sino en los hispanos en general, favoreciendo su asentamiento y colonización por cuencas, y no entre cauce y cauce (Figs.: 1 y 2).

La segunda información clásica que define el concepto histórico de la Beturia es su especial vocación minera, y tal dedicación parece comprobada y matizada pese a la escasez de testimonios arqueológicos. Es factible afirmar que los célticos de la Beturia explotaban numerosas y pequeñas menas de hierro, cobre y oro, concentradas en algunas de sus comarcas y productivas sólo a escala familiar, y que poseían un buen desarrollo de las técnicas metalúrgicas: hornos, fraguas y herramientas son buena prueba de ello. En lo que respecta a los túrdulos, las explotaciones mineras fueron realmente de entidad y se centraban en los depósitos de plomo argentífero y, conforme a ellos, tuvieron un especial incremento en las labores de extracción a lo largo del siglo I a.C., bajo dominio romano.

²³⁷. Como testimonio referimos, sólo, los últimos trabajos de Jose Luis Ramírez, esclarecedores en extremo, así como la rigurosa planimetría desplegada por Adela Cepas, entre otros, en la Hoja J-29 de la *Tabvla Imperii Romani*, en próxima publicación (CSIC - Instituto Geográfico y Catastral, 1995).

Pero «la Beturia nunca fue en época romana (ni previamente) un distrito minero de gran importancia. Enclavada entre dos regiones mineras de primer orden, la Noroeste (Asturias, Galicia y Norte de Portugal) y la Suroeste (Sierra Morena -Riotinto- y Portugal) fue, principalmente, y aquí está precisamente su importancia, un enclave de control del tráfico (y de transformación del producto, nos atrevemos a sugerir) que se desarrollaba entre ambas.»²³⁸.

La tercera característica transmitida por los textos greco-latinos hacía referencia a sus habitantes, miembros de las étnias que poblaban por entonces ambas orillas del Guadiana, y parte de otras regiones occidentales y meridionales de la Península.

Sobre los célticos parece confirmarse cierta naturaleza «celtibérica» de su origen, aunque dicha relación es tardía (siglo II a. C.) y no proceden de la Lusitania, entendida en sus límites romanos del siglo I d. C. (esto es una concepción errada de quien desconoce la falta de entidad indígena de la frontera romana entre la Bética y la Lusitania: el límite natural está, como hemos visto, en la divisoria de aguas, coincidiendo con las estribaciones centrales de Sierra Morena y, gran parte de la Beturia pertenecía «de hecho» al ámbito occidental).

Estos célticos habitaban por igual la actual provincia pacense y El Alentejo, con inclusión en las tierras septentrionales de Huelva, y se han definido en última instancia como descendientes de poblaciones vacceas, emigradas desde el Duero medio en una época previa o, quizá, contemporánea con la iberización de este origen (finales del siglo V a.C.). Según los abundantes indicios, y no pocas evidencias, hablaban una lengua celtibérica y tenían creencias y una estructura social propia de pueblos hispano-celtas, quizá incrementada por la presencia de élites de celτίberos ulteriores, pueblos arévacos y belos que seguramente fueron la razón última de la relación de procedencia que Plinio recogió.

Por el contrario, los túrdulos betúricos, aunque pudieran sufrir un cierto impacto inicial de la «celtización» del Suroeste, y acogieran elementos tardíos (*Mirobriga* y otros *oppida* muestran nombres de ascendencia indoeuropea), mantuvieron unas relaciones continuistas y fueron rápidamente asimilados por el proceso inverso, en parte convergente y en parte expansivo, de ibero-turdetanización que, quizá, desde finales del siglo VI a.C. se constata en la Submeseta Sur.

²³⁸. Álvarez Martínez, De la Barrera y Velázquez, 1985: 140.

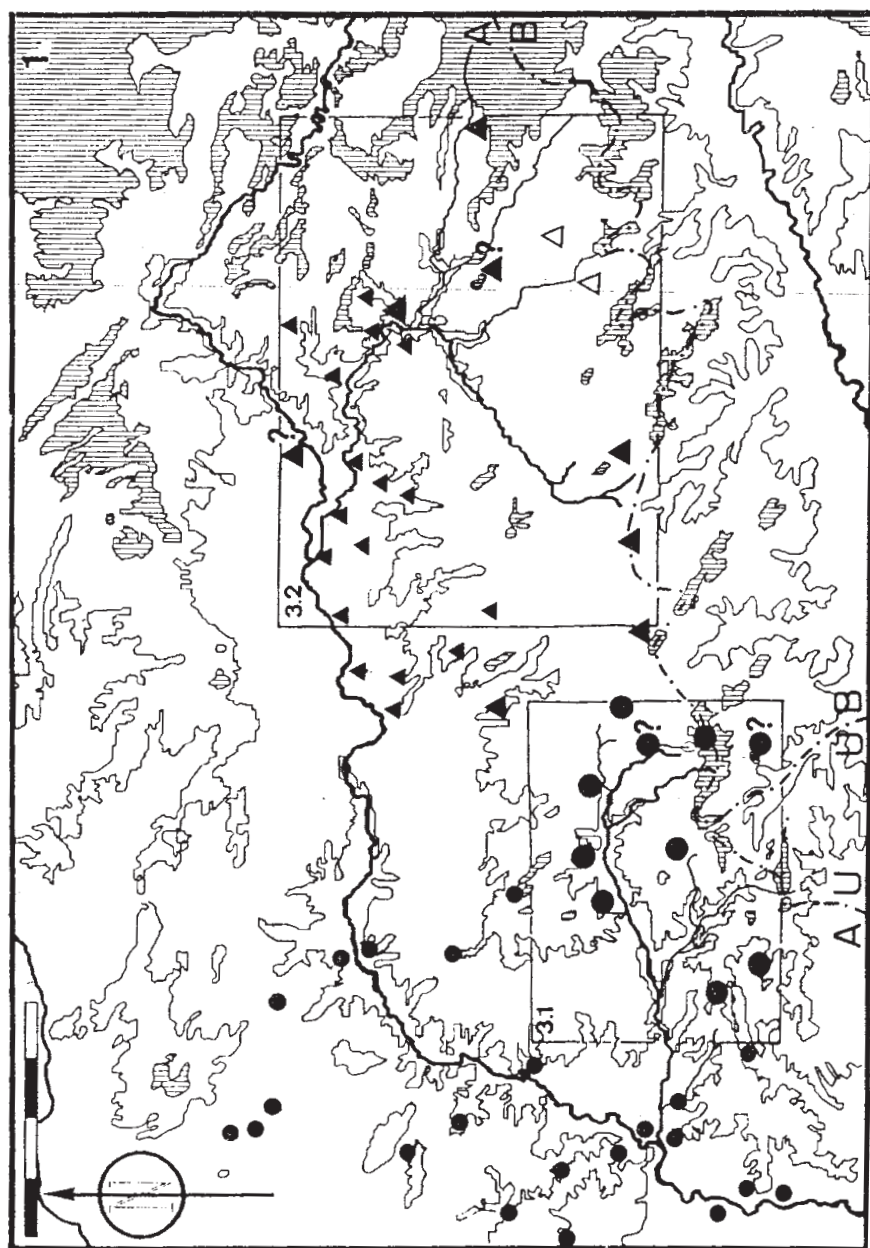


Fig.: 31. 1.- Mapa de la Beturia: dispersión de pueblos célticos (círculos) y túrdulos (triángulos);

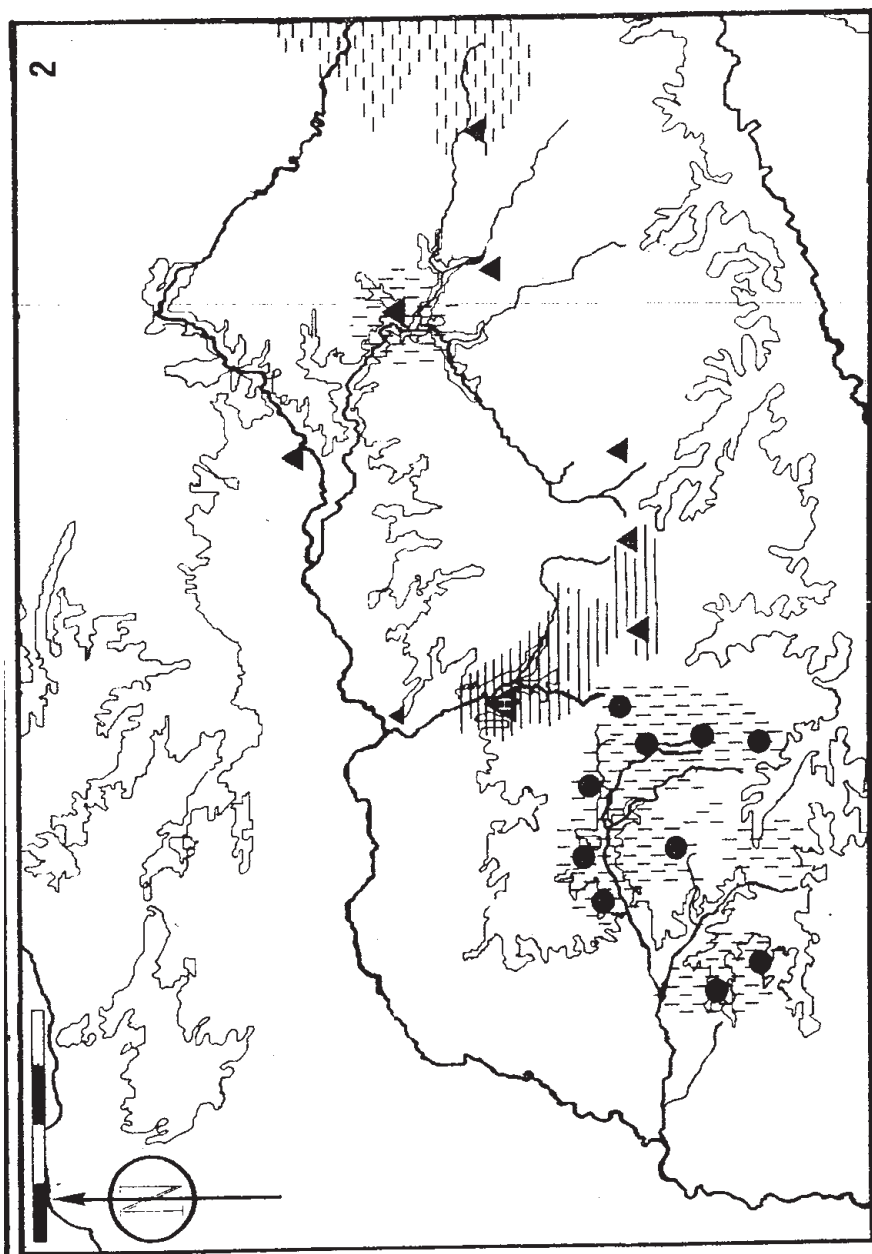


Fig.: 31. 2: propuesta de localización de las presencias celtibéricas (verticales discontinuas), púnicas (horizontales continuas) y oretanas (horizontales discontinuas) en el siglo I a.C.

En tal sentido, los túrdulos son, como los oretanos, pueblos de raigambre indoeuropea y cultura fuertemente «turdetanizada» y ello viene, de nuevo, a ratificar las iniciales informaciones clásicas, porque desde estas fechas muestran patrones de ocupación y producciones que no pueden asimilarse a las del Guadalquivir, por mucho que se parezcan. Sin embargo, a lo largo del siglo II a. C., la intensificación de sus importantes recursos de plata y el aprovechamiento del plomo debieron ser razones suficientes para acelerar su integración en el dominio romano cuyo más sorprendente efecto es la aparición en su territorio de otros grupos étnicos: oretanos, púnicos, celtíberos....., configurando una heterogeneidad cultural que contrasta con la homogeneidad reflejada en el territorio céltico.

En suma, sólo podemos afirmar que, aunque lo reflejado por los cronistas greco-latinos sea una visión claramente etnocéntrica y tardía, el testimonio arqueológico, epigráfico y numismático (entendiendo como tal el cúmulo de sólidos indicios y de evidencias) confirma esta visión de un territorio, la Beturia, que en realidad nunca llegó a existir (porque ni siquiera consta que tuviera, *como tal*, una entidad jurídica en época romana).



BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR, A.y GUICHARD, P.

-(1993) Lacinimurga. La ciudad antigua y su entorno. *Revista de Arqueología* , 144: 32-39.

ALBERTINI, E.

-(1923) *Les divisions administratives de l'Espagne romaine*. París.

ALBERTÓS FIRMAT, M.L.

-(1990) Los topónimos en -briga en Hispania. *Veleia*, 7:131-143.

ALDHOUSE-GREEN, M.

-(1993) La religión celta., *Los Celtas: Hispania y Europa (Almagro-Gorbea, ed.)*: 451-475.

ALIA MEDINA, M.

-(1963) Rasgos estructurales de la Baja Extremadura. *BRSEHN*, (G), 61: 247-262.

ALMAGRO-GORBEA, M.

-(1977) *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. BPH, XIV, Madrid.

-(1976-1978) La iberización de las zonas orientales de la Meseta. *Ampurias*, 38-40: 93-151.

-(1987-a) El área superficial de las poblaciones ibéricas. *Los Asentamientos ibéricos ante la Romanización*: 21-34, Madrid.

-(1987-b) La Celtiberización de la Meseta: Estado de la cuestión., *I Congreso de Historia de Palencia*: 313-344.

-(1990) El Período orientalizante en Extremadura., *La Cultura tartésica y Extremadura (VV.AA.)*, *Cuadernos Emeritenses*, 2: 85-126.

-(1991) La necrópolis de Medellín., *EA*, II: 159-174.

-(1992-a) El origen de los Celtas en la Península Ibérica. Protoceltas y celtas., *POLIS*, 4:5- 31.

-(1993) Les stèles anthropomorphes de la péninsule Iberique., *Les représentations humaines du Néolithique à l'Âge du Fer*: 123-140, C.T.H.S., Paris.

-(1993) Los Celtas en la Península Ibérica: origen y peronalidad cultural., *Los Celtas: Hispania y Europa* (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds.): 121-174, Madrid.

-(1994) El urbanismo de la Hispania céltica: castros y oppida., *Castros y oppida en Extremadura* (Almagro-Gorbea, Martín Bravo, eds.), Extra Complutum, 4: 13-76.

ALMAGRO-GORBEA, M.; LORRIO ALVARADO, A.J.

-(1987) La expansión céltica en la Península Ibérica., *I Simposio sobre Celtíberos* (Zaragoza, 1985): 105-122.

-(1993) La tête humaine dans l'art celtique de la Péninsule Ibérique., *Les représentations humaines du Néolithique à l'Âge du Fer*: 219-238, C.T.H.S., Paris.

ALMAGRO-GORBEA, M.; MARTÍN BRAVO, A.M.

-(1994, eds.) *Castros y oppida en Extremadura.*, Extra Complutum, 4, Universidad Complutense de Madrid.

-(1994) Medellín 1991. La ladera norte del Cerro del Castillo., *Castros y oppida en Extremadura.*, Extra Complutum, 4: 77-128.

ALMAGRO-GORBEA, M.; RUIZ ZAPATERO, G.

-(1992) Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro., *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds.), Complutum, 2-3: 469-499, Madrid.

-(1993, eds.) *Los Celtas: Hispania y Europa*. Actas de El Escorial, Universidad Complutense, Madrid.

ALMEIDA, C.A. FERREIRA DE

-(1974) Cerámica castreja. *Rev. de Guimarães*, LXXXIV: 171-198.

ALVARADO CORRALES, E. y RODRÍGUEZ CANCHO, M.

-(1988) Aspectos físico- geográficos. *Extremadura y América*, I: 15-29, Badajoz.

ÁLVAREZ, A. y GIL, J.

-(1988) Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el primer milenio a.C. en Extremadura. *TP*, 45: 305-316.

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J.M.; DE LA BARRERA, J.L. y VELAZQUEZ, A.

-(1985) El tiempo antiguo. *Historia de Extremadura*, I (Barrientos, Cerrillo y Alvarez Martínez, eds.), Biblioteca Básica Extremeña, Universitas Editorial, Badajoz, 101-180 pp.

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J.M.; MOSQUERA MÜLLER, J.L.

-(1991) Excavaciones en Regina (1986-1990), *Extremadura Arqueológica*, 2: 361-373.

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J.M.; RUBIO MUÑOZ, L.A.

-(1988) Excavaciones en el yacimiento romano de Regina Turdulorum., *Extremadura Arqueológica*, 1: 221-229.

ANÓNIMO

-(1988) MAPA DE CULTIVOS Y APROVECHAMIENTOS DE LA PROVINCIA DE BADAJOZ (y Memoria), *Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.*, Madrid, 191 pp.

ARÉVALO GONZÁLEZ, A.

-(1993) *Las monedas de Obulco.*, Tesis microfilmadas de la Universidad Autónoma Madrid.

-(1994) La dispersión de las monedas de *Ilipa Magna.*, *IX Congreso Nacional de Numismática*:39-48.

ARÉVALO GONZÁLEZ, A.; ZARZAALAJOS PRIETO, M. M.

-(e.p.) Apuntes para las claves interpretativas de la *Sisapo* republicana: testimonios materiales., *XXIII CNA (Elche, 1995)*.

ARRIBAS, A.

-(1962) Mineralogía y Metalogenia de los yacimientos españoles de Uranio: Burguillos del Cerro (Badajoz). *Estudios Geológicos*, 18: 173-192.

ARRIBAS, A.; CLADDOCK, P.; MOLINA, F. y ROTHENBERG, B.

-(1989) Investigaciones en yacimientos de la Edad del Cobre en el Sur de la Península Ibérica. *Minería y Metalurgia en las Antiguas Civilizaciones Mediterráneas y Europeas*, I (Actas Col. Int. Asocc., Madrid, 1985): 71-80, Madrid.

BARD, J.P.; FABRIES, J.

-(1970) Aperçu pétrographique et structural sur les Granitoides de la Sierra Morena Occidentale (Espagne). *BGM*, 81: 226-241.

BARRIENTOS ALFAGEME, G.

-(1990) *Geografía de Extremadura*. Biblioteca Popular Extremeña, Universitas Edit. Badajoz: 201 pp.

BARRIO MARTÍN, J.

-(1988) *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas de San Andrés, Cuellar (Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la Segunda Edad del Hierro en la Meseta Norte.*, Segovia.

-(1987) Los vasos trípodas de las necrópolis de Las Erijuelas de S. Andrés (Cuéllar, Segovia). Apuntes para su estudio., *OArqP*, V,5:101-123.

BEIRÃO, C. DE M.; SILVA, C. T. DA; GOMES, M. V.; GOMES, R. V.

-(1987) Um depósito votivo da II Idade do Ferro, no Sul de Portugal, e a suas relações com as culturas da Meseta., *Studia Paleohispanica* (IV CLYCP), 2-3: 207-221.

BELÉN, M.; ESCACENA, M.

-(1991-1992) las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental., *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Almagro-Gorbea, Ruiz Zapatero, eds.), Complutum, 2-3: 65-88.

BELLOT RODRIGUEZ, F.

-(1978) *El Tapiz Vegetal de la Península Ibérica*. Blume Edicc. Madrid, 421 pp.

BELTRÁN MARTÍNEZ, A.

-(1992) El «bronce de Botorrita». Aportaciones al problema del substrato en la Edad Antigua hispana., *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds.), Complutum, 2-3: 57-63.

BELTRÁN, A.; TOVAR, A.

-(1982) *Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza)*. *El bronce con alfabeto «ibérico» de Botorrita*. Zaragoza.

BENDALA GALÁN, M.

-(1977) Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos., *Habis*, 8: 177-205.

-(1982) La perduración púnica en los tiempos romanos. el caso de Carmo. *Huelva Arqueológica*, VI: 193-203.

-(1983) En torno al instrumento musical de la estela de Luna (Zaragoza)., *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, II: 141-146.

-(1987-a) Los cartagineses en España. *Historia General de España y América*, I-2, Madrid: 115-170.

-(1987-b) Reflexiones sobre los escudos de las estelas tartésicas., *BAEAA*, 27: 12-17.

-(1991) Tartessos., *Veinte años de Arqueología en España* (Ruano, ed.), *BAEAA*, 30-31: 99-110.

BENDALA, M.; CORZO, R.

-(1991-1992) Etnografía de Andalucía Occidental., *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds.), Complutum, 2-3: 89-100.

BENDALA, M.; NAVARRO CAÑADA, J.

-(1991) La colonización feniciopúnica., *Veinte años de Arqueología en España* (Ruano, ed.), *BAEAA*, 30-31:111-122.

BERROCAL-RANGEL, L.

-(1987) El Antropomorfo de Bodonal: ensayo de interpretación de las Estelas-guijarros y sus relaciones atlánticas. *Arqueología*, 16: 83-94 pp. Oporto.

-(1987) La Losa de Capote (Higuera la Real, Badajoz). *AEspA*, 60: 195-207.

-(1988-a) *Excavaciones en Capote (Beturia Céltica)*, I. Serie Nertobriguense, 1: 84 pp.

-(1988-b) Hacia la definición arqueológica de la «Beturia de los Célticos»: la Cuenca del Ardila. *Espacio, Tiempo y Forma, serie II*, 1: 57-69. Madrid.

-(1989-a) Placas áureas de la Edad del Hierro en Meseta Occidental. *TP*, 49:279-291.

-(1989-b) «El asentamiento «céltico» de Capote (Higuera la Real, Badajoz).» *CupaUAM*, 16: 245-295.

-(1989-1990) Cambio cultural y Romanización en el Suroeste Peninsular. *Anas*, 2: 103-121.

-(1990) Materiales cerámicos «a mano» de una necrópolis nertobriguense. *Necrópolis Celtibéricas*, 311-316.

-(1991) Avance al estudio del depósito votivo alto-imperial del Castrejón de Capote. *Extremadura Arqueológica*, II: 331-346.

-(1992) *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica.*, Complutum, Extra 2, Madrid: 386 pp.

-(1994-a) La falcata de Capote y su contexto. Anotaciones sobre la Fase tardía de la cultura céltico-lusitana., *MM*, 35: 258-292.

-(1994-b) *El Altar prerromano de Capote. Ensayo etnoarqueológico sobre un ritual céltico en el Suroeste Peninsular.* Excavaciones en Capote (Beturia Céltica), II, Ayuntamiento de Higuera la Real - Universidad Autónoma, Madrid: 400 pp.

-(1994-c) Castros y oppida de la Beturia Céltica. *Castros y oppida en Extremadura* (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, eds.): , Extra Complutum, 4: 189-242, Madrid.

-(1994-d) El oppidum de Badajoz: ocupaciones protohistóricas en la Alcazaba., *Castros y oppida en Extremadura* (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, eds.) Extra Complum, 4: 143-188.

-(1995-a) Arqueología de las fortificaciones griegas, III. Repercusiones entre púnicos, íberos y celtas. *Rev. de Arqueología*, 166: 24-35.

-(1995-b, en prensa) Etnogénesis y territorio: jefaturas, estatalización y moneda entre los pueblos betúricos., *Actas I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua* (Madrid, 1994).

-(1995-c, en prensa) Indoeuropeos, Célticos y Celtíberos en el territorio extremeño., *Arqueología en Extremadura: Diez años de descubrimientos* (Berrocal-Rangel et alii, eds.).

BERROCAL-RANGEL, L.; CANTO GARCÍA, A.

-(1990) Aproximación al estudio de la Numismática prerromana del Suroeste peninsular: el castro de Capote., *Gaceta Numismática*, 97-98: 67-78.

BERROCAL-RANGEL, L.; CELESTINO, S.; ENRÍQUEZ, J.J.; VALDÉS, F.

-(1995, eds. en prensa) *Arqueología en Extremadura: Diez años de descubrimientos*. Extremadura Arqueológica, 4, Universidad Autónoma de Madrid - Junta de Extremadura; Madrid-Mérida.

BIERS, W.R.

-(1988) *Mirobriga. Investigations at an Iron Age and Roman site in Southern Portugal by the University of Missouri-Columbia, 1981-1986*. BAR, 451: 398 pp.

BLANCO FREIJEIRO, A.

-(1982) El enigma de Cancho Roano., *Investigación y Ciencia*, Junio 1982, nº 64: 42-43.

BLANCO, A.; ROTHENBERG, B.

-(1981) *Exploración arqueometalúrgica de Huelva*., Barcelona.

BLASCO BOSQUED, M.C.

-(1992) Etnogénesis de la Meseta Sur., *Paleoetnología de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds.)*, Complutum, 2-3: 282-297, Madrid.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.

-(1976) Bronces de la Mérida prerromana., *Augusta Emerita, II Milenario de Mérida*: 11 ss., Madrid.

-(1982-1983) Noticias sobre las excavaciones arqueológicas en la mina republicana en la mina republicana de La Loba (Córdoba). *Corduba Archaeologica*, 12, Córdoba.

BOSCH GIMPERA, P.

-(1974) *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Graz: 1291 pp.

BRUSCHETTI, P.

-(1989) Il santuario di Pasticcetto di Magione e i votivi in bronzo., *Antichità dall'Umbria a Budapest e Cracovia*: 113-123.

BRUN, P.

-(1988) L'Entité <<Rhin-Suisse-France Orientale>>: Nature et Évolution., *La notion de civilisation des Champs d'Urnes*: 599-620.

BURILLO MOZOTA, F.

-(1987) Sobre el origen de los celtíberos. *I Simposium sobre Celtíberos (Daroca, 1986)*: 75-93.

CABO ALONSO, J.

-(1979) *Extremadura. Introducción geográfica*. Tierras de España. Madrid: 11-47.

CANTO Y DE GREGORIO, A. M.

-(1989) Colonia Iulia Augusta Emerita: consideraciones en torno a su fundación y territorio., *Gerión*, 7: 149 ss.

-(1990) Las tres fundaciones de Augusta Emerita. *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*. Bayerische Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-Historische Klasse Abhandlungen, N.F., Heft 103: 289-297, München.

-(1991) Noticias arqueológicas y epigráficas sobre la Beturia Céltica., *CupaUAM*, 18:275-298.

CARO, R.

-(1634, ed. 1932) *Adiciones al Principado y Antigüedad de Sevilla.*, Sociedad de Bibliófilos Sevillanos, sevilla.

CARRASCO MÁRQUEZ, C.

-(1987) La organización del territorio de la Lusitania y la Bética: un ejemplo del Sur de Extremadura. *Jornadas Internacionales d'Arqueología Romana* (Granollers, 1987): 478-479.

CARRASCO MARTÍN, M. J.

-(1991) Campaña de urgencia en el Castillo de «La Morería» (Jerez de los Caballeros, Badajoz). *Extremadura Arqueológica*, 2: 559-576.

CASTAÑO UGARTE, P.M.

-(1991-a) Animales domésticos y salvajes en Extremadura. Origen y evolución, *REE*, XLVII (I):9-66

-(1991-b) Estudio de los restos óseos del yacimiento de la Ermita de Belén (Zafra, Badajoz)., *La Ermita de Belén* (Rodríguez Díaz, ed.): 247-258.

CASTRO, A.

-(1987) Implicaciones de la Zona Ossa-Morena y dominios equivalentes en el modelo geodinámico de la cadena Hercínica Europea. *Estudios Geológicos*, 43 (3/4): 249-260.

CEAN BERMUDEZ, J.A.

-(1832) *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*. Madrid.

CELESTINO PÉREZ, S.

-(1990) Las estelas decoradas del S.W. peninsular., *La Cultura tartésica y Extremadura*, Cuadernos emeritenses, 2: 45-63.

-(1992) Cancho Roano. Un centro comercial de carácter político-religioso e influencia oriental., *RSF*, XVIII-1.

-(1994) Los altares en forma de <<lingote chipriota>> de los santuarios de Cancho Roano., *REIb*, 1: 291-310.

CELESTINO PÉREZ, S.; ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J.; RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

-(1992) Paleoetnología del área extremeña., *Paleoetnología de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds.)*, Complutum, 2-3: 311-327, Madrid.

CELESTINO PÉREZ, S.; JIMÉNEZ ÁVILA, F.J.

-(1993) *El palacio-santuario de Cancho Roano, IV. El sector norte*. Badajoz: 261 pp.

CELESTINO PÉREZ, S.; JULIÁN RODRÍGEZ, J.M.

-(1991) El caballo de bronce de Cancho Roano., *CupaUAM*, 18: 179-188.

CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E.; FERNANDEZ CORRALES, J.M.

-(1980) Contribución al estudio del asentamiento romano en Extremadura, *Norba*, 1.

CORREA, J.A.

-(1985) Consideraciones sobre las inscripciones tartesias., *III Col. Linguas y Culturas paleohispánicas (Lisboa, 1980)*: 377-395.

-(1988) Estela en escritura tartesia (o del SO) hallada en Alcoforado (Odemira, Baixo Alentejo)., *AEspA*, 61: 197-200.

-(1989) Posibles antropónimos en las inscripciones en escritura del S.O. (o tartesia.), *Veleia*, 6: 243-252.

-(1992) La epigrafía tartesia., *Andalusien zwischen Vorgeschichte und Mittelalter (Hertel y Untermann, eds.)*: 75-114, Köln-Weimar-Wien.

CORTÉS y LÓPEZ, M.

-(1835-1836) *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua tarraconense, bética y lusitana*. Madrid.

CORZO, R.; JIMÉNEZ, A.

-(1980) Organización territorial de la Bética. *AEspA*, 53: 21-44.

CRESPO-BLANC, A.

-(1987) El macizo de Aracena (Macizo Ibérico Meridional): propuesta de subdivisión sobre las bases de nuevos datos estructurales y petrológicos. *BGyM*, 98: 507-516.

CHACON, J.

-(1982) El límite entre las zonas Centro-Ibérica y Ossa-Morena al este de la Tierra de Barros (SW Macizo Ibérico, Badajoz). *Cuad. Lab. Geol. Laxe*, 3: 163-181.

CHIC GARCIA, G.

-(1980) Consideraciones sobre las incursiones lusitanas en Andalucía. *Gades*: 15-25, Cádiz.

DE HOZ, J.

-(1992-a) Arqueología del lenguaje sin lágrimas..y sin lenguaje. *Arqrítica*, 3:12-13

-(1992-b) The Celts of the Iberian Peninsula. *Zeitschrift für Celtische Philologie*,45:1-37

-(1993-a) Testimonios lingüísticos relativos al problema céltico en la Península Ibérica., *Los Celtas: Hispania y Europa* (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds.): 357-407.

-(1994) Las sociedades paleohispánicas del área no indoeuropea y la Escritura, *AEspA*,66:3-29

DEL AMO, M.

-(1978) El Castañuelo. Un poblado céltico en la provincia del Huelva. *Huelva Arqueológica*, IV: 299-340 pp.

DE LA BARRERA ANTÓN, J.L.

-(1985) El impacto de la presencia romana en el suroeste peninsular. La política de enclaves. (en Álvarez Martínez, El tiempo antiguo) *Historia de Extremadura*, I: 101-111, Badajoz.

DE LA RADA, J.

-(1894) Nertóbriga Baetúrica. *BRAH*, XXIV: 164-167.

DELGADO-QUESADA, M.

-(1971) Esquema geológico de la Hoja nº. 878 de Azuaga (Badajoz). *BGyM*, 82/84: 277-286.

DELIBES, G.; ROMERO, F.

-(1991-1992) El último milenio a. C. en la cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural. *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Almagro-Gorbea, Ruiz Zapatero, eds.), 233-258.

DOLLFUS, O.

-(1978) *El análisis Geográfico*. Barcelona.

DOMERGUE, C.

-(1967) La mine antique de Diógenes., *MCV*, III: 46 ss.

-(1970) Un témoignage sur l'industrie minière et métallurgique du plomb dans la région d'Azuaga (Badajoz) pendant la guerre de Sertorius., *XIX CNA*: 608-625.

-(1983) *La mine antique d'Aljustrel (Portuga) et les tables de bronze de Vipasca.*, Maison des Pays Iberiques, 12, Centre Pierre Paris, París: 210 pp.

-(1985) Algunos aspectos de la explotación de las minas de la Hispania en la época republicana., *Pyrenae*, Crónica arqueológica: 91-96.

-(1987) *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Peninsule Iberique*, 2 vols. Serie Archeologie, VIII, Casa de Velázquez, De Boccard, Madrid, 585 pp.

-(1990) *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité Romaine*. Collect. de l'Ecole Française de Rome, 127, Ecole Française de Rome, 625 pp.

DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, M.C.; GARCÍA, J.

-(1991) La Tabla de las Cañas (Capilla, Badajoz)., *Extremadura Arqueológica*, 2: 235-246.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.

-(1984) Reflexiones acerca de la sociedad hispana, reflejada en la <<Geografía>> de Estrabón. *Lucentum*, III: 201-218, Alicante.

DOSMA DELGADO, R.

-(ed. 1870) *Discursos patrios de la Real Ciudad de Badajoz*. Vicente Barrantes edt., Badajoz.

EADEM, P.

-(1968) Un grupe de bovines préromains., *MEFRA*, LXXX,I: 143 ss.

ECC, M.

-(1896) Die «Herrin der Pferde» im Alpengebiet., *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 16: 69-78.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J.

-(1988) Algunas cerámicas decoradas del castillo de Alange., *Homenaje S. de los Santos*, Albacete.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J.; HURTADO PÉREZ, V.

-(1986) Prehistoria y Protohistoria., *Historia de la Baja Extremadura (Terrón Albarrán, ed.)*: 3-85.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J.; RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

-(1985) *Las piezas de oro de Segura de León y su entorno arqueológico*. Mérida, 11 pp.

-(1988) Campaña de Urgencia en la Sierra de la Martela (Segura de León, Badajoz). *Extremadura Arqueológica*, I: 113-128 pp.

ESTEBAN ORTEGA, J.

-(1984) Epígrafe sobre la diosa Ataecina. II *JMyDH (Historia Antigua)*: 21-25, Cáceres.

-(1993) El poblado y la necrópolis de «La Coraja». *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana*, Cuadernos Emeritenses, 2: 55-112, Mérida.

F.A.O.

-(1968) Definitions of soil units for the Soil Map of the World. *World Soil Resources Reports*, 33, Roma.

FATÁS, G.

-(1980) *Contrebia Belaisca, II. Tabula Contrebiensis*. Zaragoza.

FERNÁNDEZ CORRALES, J.M.

-(1988) *El asentamiento romano en Extremadura y su análisis espacial*. Universidad de Cáceres.

FERNÁNDEZ CORRALES, J.M.; RODRIGUEZ DIAZ, A.

-(1989) Campaña de urgencia en el poblado prerromano de Los Castillejos (Fuente de Cantos, Badajoz). *REE*, XLV:97-121

FERNÁNDEZ CORRALES, J.M.; SAUCEDA, M.I. y RODRIGUEZ, A.

-(1988) Los poblados calcolítico y prerromano de «Los Castillejos» (Fuente de Cantos, Badajoz). *Extremadura Arqueológica*, I: 69-88.

FERNÁNDEZ OCHOA, M.C.; CABALLERO KLINK, A.

-(1988) El horizonte histórico de La Bienvenida y su posible identificación con la antigua Sisapo. *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Ciudad Real, 1988)*, Ciudad Real.

FERNÁNDEZ OCHOA, M.C.; ZARZALEJOS PRIETO, M.M.

-(1992) Excavaciones en la antigua Sisapo. *Revista de Arqueología*, 132, Madrid.

FERNÁNDEZ OCHOA, M.C.; ZARZALEJO, M.M.; HEVIA, P.; ESTEBAN, G.

-(1994) *Sisapo I. Excavaciones en «La Bienvenida», Almodovar del Campo (Ciudad Real)*. Junta de Castilla y León, Toledo.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M.; GARCÍA BUENO, C.

-(1994) El poblado romano de Valderrepisa. *Arqueología en Ciudad Real (Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la Univ. Autónoma de Madrid)*: 195-210.

FERUGLIO, a.e.

-(1989) Orvieto, necropoli di Crocifisso del Tufo., *Antichità dall'Umbria a Budapest e Cracovia*: 53-67, Electa.

FITA, F.

-(1893) Nertóbriga Betúrica. *BRAH*, XII: 379-383.

-(1897) Seria. *BRAH*, 30. Madrid.

FORBES, R. J.

-(1972) *Studies in Ancient Technology*, vol.:IX (2a.edicc.), Leiden.

FORTEA, J.; BERNIER, J.

-(1970) *Recintos y fortificaciones ibéricos en la Bética*. Sem. Prehistoria y Arqueología. Salamanca.

GALÁN DOMINGO, E.

-(1993, e.p.) *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce final del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra, 3, Madrid.

GAMITO, T. JUDICE

-(1990) O concelho de Moura na Proto- história. *Moura na época romana. Cuadernos do Museu Municipal de Moura*, 1: 17-30, Câmara Municipal, Moura.

GARCÍA, D.

-(1993) *Entre Ibères et Ligures. Lodévois et Moyenne vallée de l' Herault protohistorique.*, Rev. Archéologique de Narbonnaise, 26, CNRS, Paris.

GARCÍA-BELLIDO, M^a P.

-(1986) Nuevos documentos sobre minería y agricultura romanas., *AEspA*, 59: 34-38.

-(1990) *El tesoro de Mogente y su entorno monetar.*, Valencia.

-(1993-a) Sobre las dos supuestas ciudades de la Bética llamadas Arsa. Testimonios púnicos en la *Baeturia túrdula*. *Anas*, IV: 81-92.

-(1993-b) Las cecas libiofenicias. *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 31:97-146.

-(1995, e.p.) Célticos y púnicos en la Beturia según los documentos monetales., *Celtas y túrdulos: La Beturia (Velázquez y Enríquez, eds.)*, Monografías Emeritenses, 9, Mérida.

GARCÍA IGLESIAS, L.

-(1971) La Beturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua. *AEspA*, XLIV: 86-108 pp.

-(1972) El Guadiana y los límites comunes de Bética y Lusitania., *Hispania Antiqua*, II: 23 ss.

GARCÍA MARTIN, P.

-(1988) *La Ganadería Mesteña en la España Borbónica (1700-1836)*. Serie Estudios. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

GARCÍA MARTÍN, P. *et alii*

-(1991) *Cañadas, cordeles y veredas.*, Valladolid.

GARCÍA y BELLIDO, A.

-(1947, 1978) *La España del siglo primero de Nuestra Era (según P. Mela y C. Plinio)*. Espasa-Calpe, Madrid, 301 pp.

-(1960) Parerga de arqueología y epigrafía hispano-romana., *AespA*, 33: 167-193.

GÓMES, M. VARELA; BEIRÃO, C. DE MELLO

-(1988) O tesouro da colecção Barros e sá, Monsanto da Beira (Castelo Branco). *Veleia*, 5: 125-138.

GÓMEZ DE SOTO, J.

-(1993) «Pictogrammes», figurations anthropomorphes et zoomorphes sur les céramiques de la fin de l'Âge du Bronze. Une revision., *Les représentations humaines du Néolithique à l'Âge du Fer.*: 149-164, C.T.H.S, Paris.

GÓMEZ PANTOJA, J.

-(1993) Buscando los pastores., *Trabajos de Antropología y Etnología*, 33 (III - IV): 445-459.

GORROCHATEGUI, J.

-(1991) El Puzzle indoeuropeo., *Arqrítica*, 2: 14-16.

-(1993) Las lenguas de los pueblos paleohispánicos., *Los Celtas: Hispania y Europa* (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds.): 409-429.

GRAN-AYMERICH, M.J.; ALMAGRO-GORBEA, M.

-(1991) Les fouilles récentes à Bourges et les recherches sur les importations étrusco-italiques., *Bull. Société Nat. des Antiquaires de France*,: 312-339, Paris.

GUERRA GUERRA, A.

-(1972) La minería en Extremadura en los siglos XVI, XVII y XVIII. *REE*, XXVIII-3: 425-440.

-(1975) La minería en la Baja Extremadura en la primera mitad del siglo XIX. *REE*, XXXI: 213-240.

GUTIERREZ ELORZA, M.

-(1970) *Explicación a la Hoja 917. Aracena*. Mapa Geológico de España. Ministerio de Industria y Energía, Madrid, 16 pp.

GUTIERREZ ELORZA, M.; HERNANDEZ ENRILE, J.L.; VEGAS, R.

-(1971) Los grandes rasgos geológicos del S. de provincia de Badajoz y N. de la de Huelva. *BGyM*, 82: 269-273.

HAGGETT, J.

-(1976) *Análisis locacional en geografía humana.*, Gustavo Gili, Barcelona.

HARRISON, R. J.

-(1977) A late Bronze Age grave group from Mérida., *MM*: 17-18.

HATT, J.J.

-(1989) *Mythes et Dieux de la Gaule. 1 Les grandes divinités masculines.*, Picard, Paris.

HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.

-(1993) El yacimiento de Villasviejas y el proceso de romanización., *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana (Salina et alii, eds.)*, Cuadernos Emeritenses, 2: 113-144.

HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ LÓPEZ, D.; SÁNCHEZ SÁNCHEZ, A.

-(1989) *Excavaciones en el castro de Villas viejas del Tamuja (Botija, Cáceres).*, Editora Regional de Extremadura, Mérida.

HODDER, I.; ORTON, C.

-(1976) *Spatial Analysis in Archaeology*, Cambridge U.P, 263 pp.

-(1990) *Análisis espacial en Arqueología*. Crítica -Arqueológica, Barcelona, 293 pp.

HUDSON, J.C.

-(1969) A location theory for rural settlement. *AAAG*, 59: 365-381.

INVENTARIO FORESTAL NACIONAL

-(1977) *Badajoz. Inventario Forestal Nacional, Estimaciones comarcales y mapas, Cuaderno, 2*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 5 pp.

JACOBSTHAL, P.

-(1969) *Early Celtic Art*, 2 vols., Oxford.

JIMÉNEZ ÁVILA, F.J.

-(1989-1990) Notas sobre la minería romano-republicana bajoextremeña: las explotaciones de plomo de la Sierra de Hornachos (Badajoz). *Anas*, 2-3: 123-134.

-(1990) *Estudio numismático del poblado de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz)*. Serie de Arqueología Extremeña, 4, Cáceres.

- JULIVERT, M., FONTBOTE, J.M., RIBEIRO, A.; CONDE, L.
 -(1980) *Mapa Tectónico de la Península Ibérica y Baleares. Memoria. Contribución al Mapa Tectónico de Europa*, Instituto Geológico y Minero de España, Madrid.
- KLEIN, A.
 -(1979) *La Mesta*. Alianza Universidad, 237. Madrid.
- KNAPP, R. C.
 -(1977) *Aspects of the Roman Experience in Iberia, 206-100 BC*. Anejos a Hispania Antiqua, IX. Valladolid.
 -(1985) The significance of Castelo da Lousa. III Congreso *Lenguas y Culturas Paleoibéricas* (Lisboa, 1980): 159-162.
- KURTZ, W.S.
 -(1991) El recinto superior de Jarante., *Extremadura Arqueológica*, 2: 319-330.
- LADERO ALVAREZ, M.
 -(1987) España Lusoextremadurese., *La Vegetación de España* (Peinado, M. y Rivas-Martínez, S., eds.) Colección Aula Abierta, Universidad de Alcalá de Henares, Madrid, 554 pp.
- LIMA, J.M. FRAGOSO DA
 -(1951) Aspectos da Romanização no território português da Bética. *OArqP*, 2ª ser.: 171-211.
 -(1981) *Elementos históricos e arqueológicos do Concelho da Moura*. Biblioteca Municipal de Moura, 471 pp.
- LORRIO ALVARADO, A.J.
 -(1995, e.p.) Celtas y Celtíberos en la Península Ibérica., *La Beturia: celtas y túrdulos* (Enríquez y Velázquez, eds.), *Monografías Emeritenses*, 9, Mérida.
 -(e.p.) La formación de la cultura celtibérica., *XXII CNA (Vigo, 1993)*.
- LORRIO, J. A.; ALMAGRO-GORBEA, M.
 -(1986) El castro de Entre Ríos (Badajoz)., *REE*, XLII (III): 617-631.
- LOPEZ MELERO, R.
 -(1986) Nueva evidencia sobre el culto de Ategina: el epígrafe de Bienvenida. *Manifestaciones religiosas en la Lusitania*: 94-112, Cáceres.
- LOPEZ PALOMO, L.A.
 -(1987) Informe: Iberos y celtas en la penillanura de Los Pedroches. *R.Arqueología*, 69:37-45

LOTZE, F.

-(1970) *El Cámbrico en España* (Traducción de *Das Kambrium Spaniens*, 1961). Memorias del IGME, 75.

LUCAS PELLICER, R.

-(1987) ¿Dónde está la Primera Edad del Hierro? *BAEAA*, 23:40-52.

LUZÓN NOGUÉ, J.M.

-(1974) Romanización., *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*: 271-320.

LUZÓN NOGUÉ, J.M. et alii

-(1980) *El Caurel*, EAE, 110, Madrid, 155 pp.

MADOZ, P.

-(1847) *Diccionario Geográfico Estadístico Histórico de España y sus posesiones...* Madrid.

MADROÑERO DE LA CAL, A.; AGREDA SUEMN, M. N. I.

-(1989) Los hierros de la España Prerromana. *Minería y Metalurgia de las Antiguas Civilizaciones Mediterráneas y Europeas* (Domergue, C. coord.): 109-118, Madrid.

MAIA, M.

-(1986) Os castella do Sul de Portugal. *MM*, 27: 195-223.

MAÑA, J.M.

-(1951) Sobre tipología de ánforas púnicas. *IV CAS* (Cartagena, 1950): 205 ss.

MALUQUER DE MOTES Y NICOLAU, J.

-(1981) El santuario protohistórico de Zalamea la Serena (Badajoz)., *Andalucía y Extremadura (Maluquer de Motes, Aubet, eds.)*: 225-408.

-(1987-a) El santuario protohistórico de Zalamea la Serena (Badajoz).II, 1981-1982., *Andalucía y Extremadura (P.I.P.)*: 1-153.

-(1987-b) La necrópolis paleoibérica de Mas de Mussols, La Palma, Tortosa (Tarragona)., *Catalunya: Baix Ebre* (P.I.P., VIII, 1984): 3-115, Barcelona.

MANGAS NAVAS, J. M.

-(1992) *Vías pecuarias*. Cuadernos de la Trashumancia, 0, Madrid.

MAPAS PROVINCIALES DE CULTIVOS. BADAJOZ

-(1988) *Mapa de Cultivos y Aprovechamientos de la provincia de Badajoz*, Memoria, 1:200.000, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 192 pp.

MAPAS PROVINCIALES DE SUELOS, BADAJOZ

-(1972) *Mapa Agronómico Nacional*, Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias, 475 pp.

MAPAS PROVINCIALES DE SUELOS, PONTEVEDRA

-(1964) *Mapa Agronómico Nacional*, Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias, 273 pp.

MARCHETTI, M.

-(1917) «Le provincie romane delle Spagna.» en De Ruggiero, *Dizionario epigrafico d'antichità romana*, III, Roma.

MARTÍNEZ SASTRE, C.

-(1992) El poblado de Campos de Urnas en Fuente Estaca (Embid, Guadalajara)., *La celtiberización del Tajo superior* (Valiente, ed.): 67-78, Alcalá de Henares.

MARTÍNEZ y MARTÍNEZ, R.

-(1905) *Historia del reino de Badajoz durante la dominación musulmana.*, Badajoz.

MARTÍN VALLS, R.; ESPARZA ARROYO, A.

-(1991-1992) Génesis y evolución de la Cultura celtibérica., *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds.), Complutum, 2-3: 259-279.

MATA PARREÑO, C.; BONET ROSADO, H.

-(1992) La cerámica ibérica: ensayo de tipología., *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Plá Ballester*, Trabajos Varios del S.I.P., 89, Valencia.

MEGAW, J.V.S.

-(1970) *Art of European Iron Age*, Bath.

MÉLIDA, J.R.

-(1925) *Catálogo monumental de España. Provincia de Badajoz.*, I, Madrid.

MONSALUD, M. DE

-(1901) Citanias extremeñas. *Revista de Extremadura*, III: 6-13.

MONSEUR, G.

-(1977) Mineralisations cambriennes d'Espagne (essay de Synthèse). *Mineralium Deposita*, 12: 331-352.

MORALES MUÑIZ, A.

-(1994) Los mamíferos de Medellín., *Oppida y castros en Extremadura* (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, eds.), Extra Complutum, 4: 129-142.

MUNILLA CABRILLANA, G.

-(1991) Elementos de influencia etrusca en los ajuares de las necrópolis celtibéricas., *La presencia del material etrusco en la Península Ibérica (Musso y Remesal, eds.):* 107-175.

NEWTON, R.R.

-(1978) *The crime of Claudius Ptolomaeus.*, J. Hopkins Univ., Baltimore.

OLMOS ROMERA, R.

-(1977) El sileno simposiasta de Capilla. Un nuevo bronce itálico del siglo V a.C. en España., *TP*, 34: 371-389.

ORIOI, R.

-(1891) Filones metalíferos de Zalamea de la Serena (Badajoz)., *Rev. Min. y Met.*, 9, Madrid.

ORTIZ ROMERO, P.

-(1991) Excavaciones y sondeos en los recintos tipo torre de La Serena., *EA*, II: 283-300.

OTERO, J.M.; MELENA, J.L.

-(1976) La estela inscrita de Siruela, Badajoz. *I CLyCP (Salamanca, 1974):* 343-352.

OYOLA FABIÁN, A.

(e.p.) *Cristo de la Rreja: de los Franciscanos a las Capeas.*, Fregenal de la Sierra.

PADILLA MONGE, A.

-(1989) *La Provincia Romana de la Bética (253-422).*, Ecija, 384 pp.

PASTOR, M.; PACHÓN, J.A.

-(1991) Excavación arqueológica en Miróbriga: campañas de 1987-1988. *Extremadura Arqueológica*, II: 347-360.

PASTOR, M.; PACHÓN, J.A.; CARRASCO, J.

-(1992) *Mirobriga. Excavaciones arqueológicas en el «Cerro del Cabezo» (Capilla, Badajoz). Campañas 1987-1988*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 293 pp.

PAVÓN SOLDEVILA, I.

-(1994) *Aproximación al estudio de la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Guadiana: La Solana del Castillo de Alange (1987).*, Inst. Cultural El Brocense, Salamanca.

PARREIRA, R.; BERROCAL-RANGEL, L.

-(1990) O povoado da II Idade do Ferro da Herdade do Pomar. Evidel, Aljustrel. *Conimbriga*, 29: 39-69, Conimbriga.

PELLICER, M.; ESCACENA, J.L. y BENDALA, M.

-(1983) *El cerro Macareno*. EAE, 124.

PEREIRA SIESO, J.

-(1988 y 1989) La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir, I y II, *TP*, 45 y 46: 143ss y 149-160.

PÉREZ DÍAZ, A.

-(1988) *Cambios y problemática de la dehesa (El Suroeste de Badajoz)*, Publicaciones de la Universidad de Extremadura, Cáceres, 183 pp.

PÉREZ MACÍAS, J.A.

-(1987) *Carta Arqueológica de los Picos de Aroche*. Huelva, 131 pp

-(1993), *Cerámicas prerromanas de La Pasada del Abad (Rosal de la Frontera, Huelva)*., BAEAA, 33: 19-26, Madrid.

PÉREZ VILATELA, L.

-(1990-a) La adscripción de «Acinipo» a los Célticos en época romana. *La ciudad romana de Acinipo. Recuerdos de Ronda....y su historia*: 15-106, Ronda.

-(1990-b) Identificación de «Lusitania». *Homenaje a J. Esteve*: 133 ss, Valencia.

PRIETO ARCINIEGA, A. M.

-(1986) La romanización de la Bética. *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua*, Akal Universitaria, 95: 139-150, Madrid.

QUESADA OCHOA, C. et alii,

-(s.f.) *Explicación a la Hoja 896*. Higuera la Real. Mapa Geológico de España. Ministerio de Industria y Energía, Madrid, 17 pp.

QUESADA SANZ, F.

-(1991), *Arma y símbolo: la falcata iberica*., Instituto Cultura Juan Gil-Albert, Alicante.

RAMÍREZ SÁDABA, J. L.

-(1993) *Dos termini augustales del Territorium Emeritense*: uno de Valencia del Vento-so y otro de Montemolín., *Veleia*, 10: 301-305.

-(1994) *La Baeturia céltica y los límites con Lusitania*., *II Congreso de Historia de Andalucía (Córdoba, 1991)*: 345-353.

RAMÓN MARTINEZ, M.

-(1892, red. 1994) *El libro de Jerez de los Caballeros*. Sevilla.

-(1903) *Fuente de Cantos*., *RE*, 5: 228 ss.

REDONDO RODRIGUEZ, J. A.; ESTEBAN, J.; SALAS, J. L.

-(1991) El castro de La Coraja de Aldeacentenera, Cáceres. *EA*, II: 269-282.

RENFREW, C.

-(1990) *Arqueología y Lenguaje.*, Crítica, Barcelona: 271 pp.

RIDWAY, F.R.

-(1979) The Este and Golasecca Cultures: A Chronological Guide., *Italy before the Romans*: 419-487, Academic Press, Cambridge.

RIVAS GODAY, S.

-(1964) *Vegetación y flórua de la cuenca extremeña del Guadiana.*, Madrid, 777 pp.

RIVAS-MARTÍNEZ, S.

-(1974) La vegetación de la clase Querceta Ilicis en España y Portugal. *Anales Instituto Botánico Cavanilles*, XXX: 69-87.

-(1987) *Memoria del Mapa de Series de Vegetación de España*. Serie Técnica, ICONA, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 268 pp.

RODRÍGUEZ BORDALLO, R. y RIOS, A.M.

-(1976, Contributa Iulia Ugultuniacum. V Congreso Estudios Extremeños (Arte y Arqueología): 147-163, Badajoz.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

-(1987) *El Poblamiento prerromano en la Baja Extremadura*. Tesis doctoral inédita. U. de Extremadura.

-(1989) La Segunda Edad del Hierro en la Baja Extremadura: problemática y perspectivas en torno al poblamiento. *Saguntum*, 22: 165-224.

-(1990-a), Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro. *La Cultura Tartésica y Extremadura*:127-162, Mérida.

-(1991-a) Proyecto Hornachuélos: 1986-1990., *Extremadura Arqueológica*, 2: 283-300.

-(1991-b) *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). Campaña 1987*. Editora Regional de Extremadura, Mérida, 259 pp.

-(1993) Sobre la periferia turdetana y la configuración diversa de la Beturia: célticos y túrdulos en el Guadiana Medio., *Spal*, 2: 3-21.

-(1993, e.p.), Algunas reflexiones sobre el fin de Tartessos: la <<Crisis del 400>> a.C. y el desarrollo de la Beturia. *CupaUAM*, 20, en prensa.

-(1994), El valle medio del Guadiana, «espacio de frontera» en la Protohistoria del Suroeste., *Sagvntvm*, 27: 107-124.

RODRÍGUEZ DIAZ, A.; BERROCAL-RANGEL, L.

-(1988) Materiales cerámicos de la Segunda Edad del Hierro del Cantamento de la Pepina (Fregenal de la Sierra, Badajoz). *CupaUAM*, 15: 215-252.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; JIMÉNEZ ÁVILA, F.J.

-(1987-1988) Informe sobre las excavaciones realizadas en el yacimiento de Hornachuelos, Ribera del Fresno (Badajoz). 1986-1987. *Norba*, 8-9: 13-31.

RODRÍGUEZ DIAZ, A.; ORTÍZ ROMERO, P.

-(1986) Avance de la primera campaña de excavación en el recinto-torre de Hijoviejo (Quintana de la Serena, Badajoz). El sondeo nº 2., *Norba*, 7: 25-41.

-(1990) Poblamiento prerromano y recintos ciclópeos de La Serena, Badajoz. *CupaUAM*, 17: 45-66.

ROLDÁN HERVÁS, J.

-(1974) *Hispania y el Ejército Romano. Contribución a la Historia Social de España Antigua*. Acta Salmanticensia, 76, Salamanca, 535 pp.

-(1975) *Itineraria Hispana. Fuentes Antiguas para el estudio de las vías romanas en el Peninsula Ibérica*. Anejo de Hispania Antiqua, Madrid, 279 pp.

-(1989) La Organización militar romana a mitad del siglo II: De la Milicia Ciudadana al Ejército Profesional., *Ejército y Sociedad en la España Romana*: 17-60, Biblioteca de Bolsillo de la Universidad de Granada, Granada,

ROMERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; ESCUDERO, Z.

-(1993, eds.) *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*, Valladolid.

ROSO DE LUNA, M.

-(1908) Protohistoria Extremeña, *BRHA*, 52: 140 -151 pp.

ROSO DE LUNA, I.; HERNANDEZ PACHECO F.

-(1955) *Explicación a la Hoja 854. Zafra*. Mapa Geológico de España. 142 pp.

-(1956) *Explicación Hoja 876. Fuente de Cantos*. Mapa Geológico España. 87 pp.

ROTHENBERG, B.

-(1989) Early Riotinto: mining and metallurgy. *Minería y Metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas, I* (Col. Int. Asociado, Madrid, 1985): 57-70.

ROUILLARD, P.

-(1975) Les Coupes Attiques a figures rouges du IVe. s. en Andalousie. *Melanges*, XI: 21-49.

-(1991) *Les Grecs et la Peninsule Iberique du VIII e au IV siècle avant Jésus-Christ*. Publ. CPP, VA, 991, Paris.

RUBIO MUÑOZ, L.A.; CHICO PAJARES, M. J.

-(1984) Materiales mineros romanos del Museo Arqueológico provincial de Badajoz., *Museos*, 2: 79-84

RUBIO MUÑOZ, L. A.; CLAVER, E.

-(1986) Un pequeño lote de fíbulas del Museo Arqueológico de Badajoz. *REE*, XLII-2: 399-412.

RUIZ-GÁLVEZ, M. L.

-(1992) Variaciones sobre un tema.....no de Haydn sino de Renfrew: los indoeuropeos, sus lenguas y comercios. *Arqrítica*, 4: 18-19.

RUIZ-GÁLVEZ, M. L.; RUIZ ZAPATERO, G.

-(1991) ¡Cielos, los Arios atacan de nuevo!, *Arqrítica*, 2: 11-14.

RUIZ ZAPATERO, G.

-(1985) *Los Campos de urnas del Noroeste de la Península Ibérica*., 2 vols., Tesis de la Universidad Complutense, Madrid.

-(1992) Campos de Urnas, Migraciones y Lenguas., *Arqrítica*, 4: 19.

-(1993) El concepto de Celtas en la Prehistoria europea y española., *Los Celtas: Hispania y Europa (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds.):* 23-62.

SÁEZ FERNÁNDEZ, P.

-(1992) Estudio sobre una inscripción catastral colindante con Lacimurga., *Habis*, 21: 205 ss.

SÁNCHEZ ABAL, J.L.; GARCÍA JIMÉNEZ, S.

-(1988) La ceca de Tanusia. *I Cong. Peninsular de Historia Antigua (Santiago, 1986)*, II: 149-190.

SAYAS ABENGOCHEA, J.J.

-(1989) Colonización y municipalización bajo César y Augusto: Bética y Lusitania. *Aspectos de colonización y municipalización de Hispania*: 33-70.

SCHÜLE, W.

-(1969) *Die Meseta-Kulturen der Iberische Halbinsel*., 2 vols., Berlín.

SCHULTEN, A.

-(1959 y 1963) *Geografía y Etnografía antiguas de la Península Ibérica*, I y II, CSIC, Madrid.

SOARES, A. MONGE

-(1986) O povoado do Passo Alto. Escavações de 1984. *O Arquivo de Beja*, ser. II, 3: 89-99, Beja.

SOARES, A. MONGE; ARAUJO, A. FATIMA; CABRAL, J. M. PEIXOTO

-(1984) O Castelo velho de Safara: vestígios da prática da metalúrgia. *Rev. Arqueologia*, 11:87-94.

SOEIRO, T.

-(1981-1982) Monte Mozinho: cerâmica cinzenta fina., *Portugalia*, II - III: 97-120, Porto.

SOLANO DE FIGUEROA, J.

-(1668) *Historia eclesiástica de la Ciudad y Obispado de Badajoz*., Editada y continuada por T. Lozano Rubio (1929-1933), 7 vols., Badajoz.

STYLOW, A. U.

-(1986) Beiträge zur lateinischen Epigraphik im Norden der Provinz Córdoba, I. Solia., *MM.*, 27: 235-277.

-(1987) Beiträge zur lateinischen Epigraphik im Norden der Provinz Córdoba, II. Baedro. III. Mellaria., *MM.*, 28: 57-126.

-(1991) *El Municipium Flavium V(—) de Azuaga (Badajoz) y la municipalización de la Baeturia Turdulorum. Ius Latti y derechos indígenas en Hispania*. *Historia Antigua*, IX: 11ss.

TERRÓN ALBARRAN, M.

-(1991) *Extremadura musulmana. Badajoz, 713-1248.*, Badajoz.

THOUVENOT, R.

-(1940, 1973) *Essai sur la province romaine de Bétique*. París

TOVAR, A.

-(1974/1976) *Iberische Landeskunde, I, Baetica. II, Lusitanien*, Baden-Baden.

TYLECOTE, R. F.

-(1962) *Metallurgy in Archaeology*. Londres.

UNTERMANN, J.

-(1965) *Elementos de un Atlas antroponímico de Hispania antigua*. Madrid

-(1992) Los etnónimos de la Hispania antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica., *Paleoetnología de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds.)*: 57-63.

VAQUERIZO GIL, D.

-(1986) Indigenismo y romanización en la llamada Siberia extremeña (Badajoz)., *Revista de Arqueología*, 58: 10-18.

VELÁZQUEZ JIMÉNEZ, A.; ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. (eds.)

-(1995 e.p.) *Celtas y túrdulos: la Beturia.*, Cuadernos emeritenses, 9, Mérida.

VÉLEZ, J.; PÉREZ AVILÉS, J. J.

-(1987) El yacimiento protohistórico del Cerro de las Cabeza (Valdepeñas)., *Oretum*, 3: 167-196.

VILASECA, S.

-(1953) *Coll del Moro, yacimiento posthallstático.* Estudios Ibéricos, 1, Valencia.

VILLAR, F.

-(1990) La línea inicial del bronce de Botorrita., *Studia Indogermanica et Paleohispanica in honorem A. Tovar et L. Michelena*: 375-392

-(1992) La teoría de la Indoeuropeización neolítica., *Arqrítica*, 3: 14-16.

VILLARONGA, L.

-(1990) El hallazgo de monedas. El caso de Tanusia., *Gaceta Numismática*, 97 - 98/ II - III: 79-86.

VITA-FINZI, C.; HIGGS, E. S.

-(1970) Prehistoric economy in the Mout Carmel area: site catchment analysis. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 36: 1-37.

VIU, J.

-(1852) *Extremadura. Colección de sus inscripciones y monumentos*, I. Madrid.

VV.AA.

-(1987) *La minería en Extremadura.*, Mérida.

WAHL, J.

-(1985) Castelo da Lousa. MM, 26: 149-176.

WATTENBERG, F.

-(1959) *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la Cuenca media del Duero.*, BPH, II, Madrid.

-(1963) *Las cerámicas indígenas de Numancia.*, BPH, IV, Madrid.

WERNER, S.

-(1987) Relaciones entre las cerámicas bícromas de la Península Ibérica y las del ámbito centroeuropeo durante la Primera Edad del Hierro., *BAEAA*, 23: 63-70.

WIEGELS, R.

-(1976) Zum Territorium der augusteischen Kolonie Emerita., *MM*, 17:258 ss.

-(1985) *Die Tribusinschriften des römischen Hispanien*. Berlín.

ZAMORA CABANILLAS, J. F.

-(1987) *El río Guadiana (Fisiografía, Geoquímica y Contaminación)*. Badajoz, 301 pp.

ZARZALEJOS PRIETO, M. M.; FERNÁNDEZ OCHOA, M. C.; HERVIA GÓMEZ, P.; ESTEBAN BORRAJO, G.

-(1994) Excavaciones en La Bienvenida (Ciudad Real). Hacia una definición preliminar del horizonte histórico-arqueológico de La Sisapo antigua. *Arqueología en Ciudad Real* (Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la UAM): 167-194.

INDICES DE FIGURAS

Fig.: 1.1.- Oppida y ciudades del cuadrante sudoccidental de la Península, citados según los textos clásicos según sus adscripciones étnicas prerromanas. Obsérvese la relación con las cuencas hidrográficas; 1.2.- Localización de estas poblaciones con la dispersión de topónimos en -briga.

págs.23-24

Fig.:2.- Definición geográfica de la Beturia, en la cuenca del Guadiana y su divisoria con el Guadalquivir, según sus oppida: 1. Nertobriga, 2. ¿Segida?, 3. Ugultunia, 4. Curiga, 5. ¿Laci<ni>murga?, 6. ¿Turobriga?, 7. Arucci, 8. N.C.A. o Turobriga?, 9. ¿Seria?, 10. ¿Callet?, entre los célticos, y 1. Regina, 2. ¿Arsa?, 3. Mellaria, 4. ¿Sosontigi?, 5. Mirobriga, 6. Sisapo, 7. Lacimurga, entre los túrdulos. 2.2: a: río Baetis; b: río Baites ; A: Bitúrigos viviscos; 1: célticos de Gallaecia; 2: célticos de Baetica.

págs. 29-30

Fig.: 3.- Planimetría de las cuencas del Ardila y el Zújar, con la localización de los yacimientos arqueológicos prerromanos de la Beturia céltica (1) y túrdula (2).

págs. 38-39

Fig.: 4.- Dominios metalíferos en el Suroeste: previsiones de recursos de Oro y Estaño.

pág. 48

Fig.: 5.- Dominios metalíferos en el Suroeste: previsiones de recursos de Cobre y Plata.

pág. 49

Fig.: 6.- Dominios metalíferos del Suroeste: previsiones de recursos de Plomo e Hierro.

pág. 50

Fig.: 7.- Patrón de poblamiento lineal entre los célticos de Seria, Segida y Ugultunia.

pág. 62

Fig.: 8.- Patrón de poblamiento concentrado y regular en la comarca de Nertobriga.

pág. 63

Fig.: 9.- Patrón de poblamiento concentrado e irregular en la comarca de Regina - Mellaria.

pág. 64

Fig.: 10.- Patrón de poblamiento agrupado y regular en la comarca de Iulipa.

pág. 65

Fig.: 11.- Patrón de poblamiento agrupado e irregular en los entornos de Mirobriga.

pág. 66

Fig.: 12.- Patrón de poblamiento disperso entre los oppida de Ugultunia, Laci<ni>murga y Curiga.

pág. 67

Fig.: 13.1.- Mapa de las principales cañadas mesteñas, realizado a partir de García Martín et alii, 1991 y Mangas Navas, 1992, ampliados; 13.2.- Cañadas, cordeles, vere-

das y coladas del Ardila y su confrontación con el poblamiento prerromano y con las vías de intercambio propuestas, y ampliadas con las recogidas en hojas 1:25.000 y 1: 50.000 del MTN (Berrocal-Rangel, 1994-c).

pág. 69

Fig.: 14.1.- Repartición de las diferentes clases agrológicas en la Beturia céltica y sus relaciones con os poblados prerromanos (círculos negros), con información del Mapa provincial del Suelo y Hojas y Mapas de cultivos y aprovechamientos de Badajoz: clase I (agricultura de regadío, prados naturales); II (vides y asociación con olivos); IIIa (olivos y frutales); IIIb (agricultura de secano, cereales); 14.2.- Repartición de los recursos mineros: 1 (núcleo de El Guruviejo), 2 (núcleos de El Cañuelo y Jerez), 3 (Núcleo de Cortegana); 4 (Núcleo de Cala); 5 (Núcleo de Nertóbriga). Información de los mapas previsores y hojas metalogenéticas ampliadas con cartografía y bibliografía específica (en Berrocal-Rangel, 1994-c).

págs. 70-71

Fig.: 15.- Herramientas mineras (1) y metalúrgicas (2-7) de hierro, procedentes de los castros de Capote (1, 2, 3, 5 y 7) y La Martela (4 y 6, de Enríquez y Rodríguez Díaz, 1988). ss. IV/III a.C.

pág. 77

Fig.: 16.- Herramientas agrícolas de hierro de los castros de Capote (2, 3 y 4) y La Martela (1 y 5), estos últimos digitalizados a partir de Enríquez y Rodríguez Díaz, 1988.

pág. 78

Fig.: 17.- Prototipos de los hornos metalúrgicos de tipo 1 (según Hings, 1978) y 2 (Ros Sala, 1989); 3 y 4: Restos de los hornos de tipo 2 hallados en los castros de Belén (según Rodríguez Díaz, 1991) y Capote (dibujo de Carmen Ruiz Triviño).

págs. 80-81

Fig.: 18.- Tipos de castros y castrejones, emplazados en colinas y espigones fluviales, y ocupados en los comienzos de la Segunda Edad del Hierro: 1. Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos; 2. Los Castejones de Bodonal 1 y 2; 3. El Castrejón de Capote.

pág. 94

Fig.: 19.- Elementos «simbólicos» del estilo cerámico de los célticos del Suroeste peninsular: 1-3, 6-10 y 14 de Capote; 4-5 de Segovia (Elvas); 11-12 de La Alcazaba de Badajoz; 13 y 15 de Garvão (Ajustrel), en Berrocal-Rangel, 1992: 286, con bibliografía de procedencia.

pág. 95

Fig.: 20.- Piezas de bronce, plomo y plata procedentes del Castrejón de Capote (1-5) y del Edificio A de Cancho Roano (6, esta reconstrucción, realizada a partir de Maluquer de Motes, 1981). Ss. VI/V a.C.

págs. 100-101

Fig.: 21.- Copas de cerámica hechas a mano, decoradas con motivos incisos en patrones similares a los derivados de los pueblos de Campos de Urnas tardíos, del Mediterráneo nordoccidental, procedentes del depósito ritual hallado en el Altar de Capote (en Berrocal-Rangel, 1994-b).

pág. 103

Fig.: 22.1.- Plano el Castrejón de Capote, con indicación de la sección abierta en el bastión de entrada (A-B); 22.2.- Sección A-B referida, con indicación de la proteichisma (4) levantada sobre el extremo de un foso amortizado en el siglo III a. C.; 22.3.- Sección de la muralla de Los Castillejos 2, digitalizada a partir de Fernández Corrales, Saucedo y Rodríguez Díaz, 1988, con casamatas (a) y proteichisma (c).

págs. 109-110

Fig.: 23.1.- Propuesta de relaciones geopolíticas entre los poblados célticos de la Beturia, a finales del siglo II a. C., con potenciación de los oppida republicanos: N (Nertobriga), s (Seria? entre La Gama y Jerez de los Caballeros), S (Segida?), U (Ugultunia), C (Curiga) y A (Arucci). En puntos, los límites teóricos del territorio nertobriguense; 23.2.- Patrón teórico de dicha organización; 23.3.- Plasmación de dicho patrón sobre los poblados conocidos de la Beturia céltica en el siglo II a. C. (en Berrocal-Rangel, 1994-c).

págs. 111-112

Fig.: 24.- Representaciones laténicas en la Beturia céltica: 1 y 2, placas de oro de la Martela; 3 y 4 apliques de cerámica en vasijas del Altar de Capote (ss. V/III a.C.). Las nº 1, 2 y 3, representan figuraciones del dios celta Esus, flanqueado por hojas colocadas en sentido inverso.

pág. 114

Fig.: 25.- Cerámicas de los siglos IV y III a.C., entre los célticos de la Beturia: M: producciones a mano, caladas, excisas, incisas, aplicadas y estampilladas TG: a torno, grises; TO: a torno oxidada y pintada; TC: a torno, común y estampilladas; A: ánforas ibero-turdetanas. 1-11, 13 y 14: Capote; 12, 15, 16 y 17: Belén (según Rodríguez Díaz, 1991).

págs. 116-117

Fig.: 26.- Cerámicas del siglo II a.C., entre los célticos de la Beturia: TG: a torno, grises estampilladas e impresas; TO: a torno oxidada, pintada y estampillada; TC: a torno,

común y estampillada; VA: vasijas de almacén. 1-6, 8-10: Capote; 7: Belén (según Rodríguez Díaz, 1991)

págs. 118-119

Fig.: 27.- Reconstrucciones hipotéticas de un guerrero céltico (1) y otro celtibérico (2), según los materiales documentados en el SO. peninsular. 1.- Pectoral de Segura de León; atalajes, lanza, escudo, espada de antenas, fíbula y broche de cinturón de la necrópolis de Alcácer do Sal; espuela de Capote; 2.- Fíbulas, cinturón, espuela y puñal de Capote, espada de Herdade das Casas, casco de Vaiamonte; 3. Ciathus, 4. Fíbula, 5. Puñal y 6. As de Sekaia, de tipología celtibérica, procedentes del nivel 2 de Capote.

págs. 122-123

Fig: 28.- Cerámicas de los siglos IV y III a.C., entre los túrdulos de la Beturia: M: producciones a mano, aplicadas y digitadas; TG: a torno, gris, de imitación ática; TO: a torno oxidadas, pintadas y estampillada (nº 9); TC: a torno, común; BR: producciones de «barniz rojo». 1-5 y 8: La Tabla de las Cañas (según Domínguez de la Concha, 1991); 6, 7, 9-11: Sisapo- La Bienvenida (según Zarzalejos et alii, 1994).

pág. 139

Fig: 29.- Cerámicas de los siglos II y I a.C., entre los túrdulos de la Beturia: TO: producciones a torno oxidadas.

pág. 140

Fig.: 30. Cerámica del siglo I a. C. entre los túrdulos. TC: a torno, común pintadas y estampilladas; C: producciones campanienses y afines; 8: sigillata de Mirobriga, con la inscripción CELTIBERA. 1: Necrópolis de El Peñascón, Hornachuelos (según Rodríguez Díaz, 1989); 6-7: Poblado de Jarante (según Kurtz, 1991); 2-5 y 8, Mirobriga (según Pastor, Pachón y Carrasco, 1992).

pág. 141

Fig.: 31.- Mapa de la Beturia: 1: dispersión de pueblos célticos (círculos) y túrdulos (triángulos); 2: propuesta de localización de las presencias celtibéricas (verticales discontinuas), púnicas (horizontales continuas) y oretanas (horizontales discontinuas) en el siglo I a.C.

págs. 150-151

